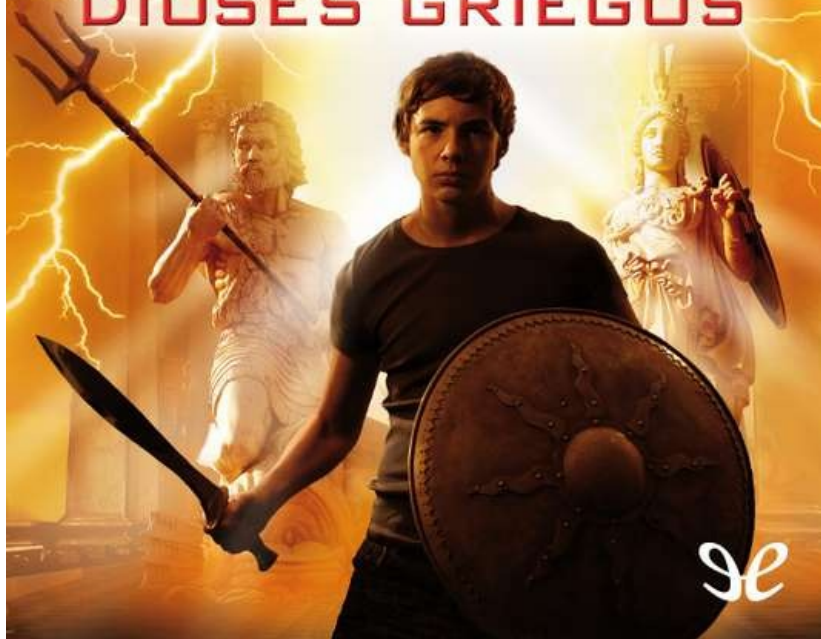


RICK RIORDAN



# PERCY JACKSON

Y LOS  
DIOSES GRIEGOS



se

Como hijo de Poseidón y madre humana, nadie puede hablarnos de los dioses griegos con mayor autoridad que Percy Jackson. En un breve paréntesis de sus fabulosas aventuras, que tantos fans han cosechado en el mundo entero, Percy nos ofrece en este libro una visión muy cercana de los olímpicos, añadiendo una pizca de su magia particular, y un montón de comentarios sarcásticos, al conocimiento de la mitología.

Además de un breve repaso al quién es quién de las deidades clásicas, Percy nos explica en qué consistió la creación del mundo, y, sin morderse la lengua, nos advierte: «Si os gustan las películas de terror, los baños de sangre, las mentiras, los robos, las puñaladas por la espalda y el canibalismo, seguid leyendo, porque sin duda aquella fue la Edad de Oro de todo eso».



Rick Riordan

**Percy Jackson y los dioses griegos**

ePub r1.0

Titivillus 05.12.15

Título original: *Percy Jackson and the Greek Gods*

Rick Riordan, 2014

Traducción: Pilar Ramírez Tello

Ilustración de la cubierta: Steve Stone

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Dedicado a mi padre, Rick Riordan,  
que me leyó mi primer libro de mitología

## Introducción

\*

Espero que esto sirva para subirme la nota.

Un editor de Nueva York me pidió que escribiera todo lo que supiese sobre los dioses griegos, y yo le dije: «¿Puede ser anónimo? Porque lo único que me falta es que los dioses del Olimpo se enfaden otra vez conmigo».

Pero si os ayuda conocer a los dioses griegos y saber cómo sobrevivir a un encuentro con ellos si alguna vez os los topáis, pues supongo que escribir todo esto será mi buena obra de la semana.

Por si no me conocéis, me llamo Percy Jackson. Soy un semidiós contemporáneo —un hijo de Poseidón medio dios, medio mortal—, aunque no pienso hablar mucho de mí. Mi historia ya se ha contado en varios libros que son completamente ficticios (doble guiño) y yo no soy más que otro personaje de la historia (estooo, sí, ya).

Tened paciencia conmigo mientras os hablo de los dioses, ¿vale? Hay como chorrocientas mil versiones distintas de los mitos, así que no os pongáis en plan: «Oye, que a mí me lo han contado de otra manera, ¡te has equivocado!».

Voy a contaros las versiones que me parecen más lógicas. Os prometo que no me invento nada. Todas estas historias las he sacado directamente de los griegos y romanos que las escribieron por primera vez. Creedme: no sería capaz de inventarme cosas tan raras.

Bueno, allá vamos. Primero os hablaré de cómo se creó el mundo. Después haré una lista de dioses y os contaré un poquito sobre cada uno de ellos. Solo espero que no se lo tomen a mal y acaben incinerándome antes de que...

¡Aaaaaaaahhhhhh!

Era broma. Sigo aquí.

En fin, empezaré por la historia de la creación según los griegos; una historia bastante complicada, por cierto. Poneos las gafas de seguridad y el chubasquero, que va a haber sangre.

## El principio y eso

\*

Al principio de todo, yo no estaba. Tampoco creo que estuvieran los antiguos griegos. Nadie tenía papel y boli para tomar notas, así que no puedo jurar que lo que sigue sea cierto, pero sí puedo aseguraros que esto es lo que los griegos creían que pasó.

Al principio había poco menos que nada. Mucha nada.

El primer dios, por llamarlo de algún modo, fue Caos: una bruma lúgubre y espesa con toda la materia del cosmos flotando a la deriva. Un dato técnico: *caos* significa, literalmente, «espacio que se abre», y no estamos hablando de la inauguración de ningún centro comercial ni nada por el estilo.

Al final, Caos se volvió menos caótico. Quizá se aburriera de ser tan lúgubre y brumoso. El caso es que parte de su materia se agrupó y solidificó para formar la tierra, y esta, por desgracia, desarrolló una personalidad propia y se hizo llamar Gea, la Madre Tierra.

Bueno, pues Gea era de verdad la tierra, es decir, las rocas, las colinas, los valles... el lote completo. Sin embargo, también podía adoptar forma humana y le gustaba pasear por la tierra —vamos, pasear por encima de sí misma— bajo la apariencia de una mujer madura con un vaporoso vestido verde, cabello negro rizado y una plácida sonrisa en el rostro. Sonrisa que en realidad ocultaba un carácter bastante desagradable, como veremos enseguida.

Después de pasar mucho tiempo sola, Gea levantó la mirada hacia la nada brumosa que cubría la tierra y se dijo: «¿Sabes qué estaría bien? Un cielo. No me vendría nada mal un cielo. Y sería un puntazo que además fuera un hombre guapo del que pudiera enamorarme, porque me siento sola aquí abajo con tanta roca».

O Caos la oyó y cooperó o, simplemente, fue obra de la voluntad de Gea. Sobre la tierra se formó el cielo, una bóveda protectora que era azul por el día y negra por la noche. El cielo se hizo llamar Ouranos, que es otra manera de escribir Urano. No hay forma de pronunciar ese nombre sin que alguien se ría por lo bajo y piense en cierta parte del cuerpo. Es que suena mal, y punto. ¿Por qué no eligió un nombre mejor, como Heraldo de la Muerte o José? Pues ni idea, aunque quizá eso explique por qué Urano estaba siempre de morros.

Como Gea, Urano podía adoptar forma humana y visitar la tierra, lo cual era bueno, porque el cielo queda muy arriba y las relaciones a distancia nunca funcionan.

En su forma física era un tío alto y musculoso, de pelo oscuro tirando a largo. Iba cubierto solo con un taparrabos y la piel le cambiaba de color: a veces era azul con dibujos de nubes sobre los músculos y, a veces, oscura con estrellas resplandecientes. En fin, Gea lo soñó así, no me echéis a mí la culpa. Encontraréis imágenes suyas con una rueda del zodiaco en la mano, lo que representa todas las constelaciones que surcan el cielo una y otra vez, por toda la eternidad.

En cualquier caso, Urano y Gea se casaron.

¿Y fueron felices y comieron perdices?

Pues más bien no.

Parte del problema fue que a Caos se le fue un poco la mano con lo de crear y, en su lúgubre bruma, pensó: «Oye, tenemos tierra y cielo. ¡Qué pasada! ¿Qué más podría hacer?».

No tardó en crear todo tipo de problemas, y al decir problemas me refiero a dioses. El agua extraída de las brumas de Caos se acumuló en las zonas más profundas de la tierra y formó los primeros mares, que, como es natural, desarrollaron una conciencia propia: el dios Ponto.

Entonces, Caos se volvió loco de verdad y pensó: «¡Ya sé! ¿Qué tal una bóveda como la del cielo, pero en el fondo de la tierra? ¡Sería genial!».

Así que apareció otra bóveda bajo la tierra, aunque esta era oscura, turbia y poco agradable, en general, ya que siempre quedaba oculta a la luz del cielo. Y ese fue Tártaro, el Pozo del Mal; como podéis imaginar por el nombre, cuando desarrolló una personalidad divina no ganó ningún concurso de popularidad.

El problema era que tanto a Ponto como a Tártaro les gustaba Gea, lo cual sometió a cierta presión la relación de esta con Urano.

Unos cuantos dioses primordiales surgieron en el mismo plan, pero me harían falta varias semanas para nombrarlos a todos. Caos y Tártaro tuvieron una hija juntos (no me preguntéis cómo, que no tengo ni idea) a la que llamaron Nyx, la encarnación de la noche. Después, Nyx, ella solita, vete a saber cómo, tuvo una hija llamada Hemera, que era el día. Esas dos nunca se llevaron bien porque eran tan diferentes como... bueno, ya sabéis.

Según algunas historias, Caos también creó a Eros, el dios de la procreación... En resumen, dioses mamás y dioses papás que tuvieron un montón de dioses bebés. Otras historias cuentan que Eros era el hijo de Afrodita. Ya llegaremos a ella. No sé cuál es la versión correcta, pero sí sé que Gea y Urano empezaron a tener hijos juntos... con resultados muy distintos.

Primero tuvieron un lote de doce: seis chicas y seis chicos, llamados titanes. Parecían humanos, aunque eran mucho más altos y fuertes. Pensaréis que doce hijos son más que suficientes para cualquiera, ¿no? Vamos, que con una



familia tan grande casi que tienes un *reality show* para ti solo.

Además, tras el nacimiento de los titanes, el matrimonio entre Gea y Urano empezó a ir mal. Urano pasaba mucho más tiempo en el cielo. No bajaba de visita. No ayudaba con los hijos. Gea se enfadó y los dos empezaron a discutir. Cuando los niños crecieron, Urano les gritaba y, en general, se comportaba como un padre horrible.

Gea y Urano intentaron arreglar las cosas unas cuantas veces. Gea pensó que quizá se sentirían más unidos si tenían otro lote completo de críos...

Ya lo sé: mala idea.

Dio a luz a trillizos. El problema era que estos nuevos bebés eran la fealdad personificada. Eran tan grandes y fuertes como los titanes, pero corpulentos, brutos y muy necesitados de una buena depilación. Lo peor de todo era que cada uno de ellos tenía un solo ojo en el centro de la frente.

Bueno, pues Gea adoraba a sus hijos. Eso sí que es amor de madre. Los llamó cíclopes mayores y, con el tiempo, engendrarían a toda una raza de cíclopes, los menores. Pero eso fue mucho más tarde.

Cuando Urano vio a los trillizos cíclopes, se puso como loco.

—¡No pueden ser hijos míos! —gritó—. ¡Ni siquiera se me parecen!

—¡Claro que son tus hijos, pedazo de inútil! —le contestó Gea a gritos—. ¡Ni se te ocurra largarte y dejarme sola para criarlos!

—Tranquila, no lo haré —refunfuñó Urano.

Entonces salió de allí hecho una furia y regresó con unas gruesas cadenas fabricadas con la oscuridad más pura del cielo nocturno. Encadenó a los cíclopes y los lanzó al Tártaro, el único lugar de la creación en el que no tendría que verlos.

Duro, ¿eh?

Gea chilló y berreó, pero Urano se negó a liberar a los cíclopes. Nadie se atrevía a incumplir sus órdenes porque, a estas alturas, ya empezaba a tener fama de tío aterrador.

—¡Soy el rey del universo! —bramó—. ¿Cómo no iba a serlo? Estoy, literalmente, por encima de todo.

—¡Te odio! —se desgañitó Gea.

—¡Bah! Harás lo que te diga. Soy el primero y mejor de los dioses primordiales.

—¡Yo nací antes que tú! —protestó Gea—. Ni siquiera estarías aquí de no

haberte...

—No me pongas a prueba, que todavía me quedan muchas cadenas de oscuridad —rugió él.

Como podéis imaginar, la cólera de Gea provocó terremotos, pero la diosa no sabía qué más hacer. Sus primeros hijos, los titanes, ya eran prácticamente adultos y se sentían mal por su madre. Tampoco les gustaba demasiado su padre, ya que Gea siempre estaba poniéndolo verde, y con razón, pero los titanes temían a Urano y no se veían capaces de detenerlo.

«Tengo que mantener la calma por los niños —pensó Gea—. Quizá debería volver a intentar solucionar las cosas con Urano».

Organizó una noche romántica con velas, rosas y música suave. Debía de quedarles una chispa de su antiguo amor porque, unos meses después, Gea volvió a dar a luz a trillizos.

Como si necesitara otra prueba de que su matrimonio con Urano estaba muerto...

Los nuevos bebés eran aún más monstruosos que los cíclopes. Cada uno de ellos tenía cien brazos alrededor del pecho, como espinas de erizo de mar, y cincuenta cabecitas diminutas sobre los hombros. A Gea no le importaba, adoraba sus caritas; todas ellas, las ciento cincuenta. Llamó a los trillizos centimanos, los de las cien manos. Sin embargo, apenas tuvo tiempo de ponerles un nombre, ya que, cuando apareció Urano y les echó la vista encima, los arrancó de los brazos de Gea. Sin mediar palabra, los cargó de cadenas y los lanzó al Tártaro, como si fueran bolsas de basura para reciclar.

Está claro que el tío celestial tenía problemas mentales.

Bueno, esa fue la gota que colmó el vaso para Gea. La pobre lloró, aulló y provocó tantos terremotos que los titanes acudieron a toda prisa para ver qué pasaba.

—¡Vuestro padre es un \_\_\_\_\_!

No sé lo que le llamaría, pero me da la sensación de que entonces fue cuando se inventaron las palabrotas.

Les explicó lo sucedido. Después alzó los brazos e hizo temblar el suelo bajo sus pies e invocó la sustancia más dura que pudo encontrar en sus dominios terrestres. Con su ira dio forma a aquella materia y creó la primera arma de la historia: una hoja de hierro curva de casi un metro de largo. La encajó en un mango de madera que hizo con una rama cercana y les enseñó el invento a los titanes.

—¡Contemplad, hijos míos! —dijo—. Este será el instrumento de mi venganza. ¡Lo llamaré guadaña!

Los titanes se pusieron a murmurar entre ellos: «¿Para qué es eso?», «¿Por qué tiene forma curva?», «¿Cómo se escribe “guadaña”?».

—¡Uno de vosotros debe dar un paso al frente! —gritó Gea—. Urano no se merece ser el rey del cosmos, así que uno de vosotros lo matará y ocupará su puesto.

Los titanes no parecían demasiado convencidos.

—A ver, explícanos todo eso de matar —respondió Océano, que era el mayor de los titanes, aunque solía pasar el rato en los confines del mar con el dios primordial del agua, a quien llamaba tío Ponto—. ¿Qué significa?

—Quiere que exterminemos a papá —aventuró Temis. Era una de las hermanas más listas, así que entendió a la primera la idea de castigar a alguien por un delito—. Vamos, que deje de existir y tal.

—Pero ¿eso es posible? —preguntó su hermana Rea—. Creía que éramos todos inmortales.

Gea rugió de frustración.

—¡No seáis cobardes! Es muy sencillo: cogéis esta hoja afilada y en punta, y cortáis a vuestro padre en pedacitos para que no vuelva a molestarnos. ¡El que lo haga gobernará el universo! Además, os prepararé esas galletas que os gustaban tanto, con fideos de colores por encima.

Veréis, en la época actual tenemos una palabra para denominar este tipo de comportamiento: era lo que ahora llamamos una psicópata.

Por aquel entonces, las reglas de comportamiento eran bastante más relajadas. Quizá tendréis una mejor opinión de vuestros parientes ahora que sabéis que la primera familia de la historia también fue la primera familia disfuncional de la historia.

Los titanes empezaron a murmurar y a señalarse los unos a los otros.

—Oye, a ti se te daría genial matar a papá.

—Eeeh, no, qué va, creo que deberías hacerlo tú.

—Me encantaría matar a papá, pero es que tengo que hacer una cosilla que...

—¡Lo haré yo! —exclamó una voz desde el fondo.

El más joven de los doce se abrió paso a empujones. Cronos abultaba menos que sus hermanos y hermanas. No era ni el más listo ni el más fuerte ni el más rápido, pero sí el más ávido de poder. Supongo que cuando eres el más pequeño de doce críos siempre estás buscando el modo de destacar y llamar la atención. Al menor de los titanes le encantó la idea de adueñarse del mundo, sobre todo si de paso se convertía en el jefe de todos sus hermanos.

La oferta de las galletas con fideos de colores también ayudaba.

Cronos medía unos dos metros setenta, que era poca cosa para un titán. No parecía tan peligroso como sus hermanos, pero el chaval era astuto. Los demás titanes lo llamaban «el Retorcido» porque siempre jugaba sucio en las competiciones de lucha libre y nunca estaba donde uno esperaba.

Había heredado, por un lado, la sonrisa y el pelo rizado oscuro de su madre, y, por otro, la crueldad de su padre. Cuando te miraba, costaba averiguar si iba a pegarte un puñetazo o a contarte un chiste. Y su barba también era un poco inquietante. Era demasiado joven para tenerla, pero ya había empezado a dejar que los bigotes se le juntaran en una punta que le salía de la barbilla como el pico de un cuervo.

Cuando Cronos vio la guadaña, le brillaron los ojos: deseaba aquella hoja de hierro. Fue el único de los hermanos que comprendió el daño que podía causar.

En cuanto a matar a su padre... bueno, ¿por qué no? Urano apenas le hacía caso, ni tampoco Gea, ya puestos. Es bastante probable que sus padres ni siquiera supiesen cómo se llamaba.

Cronos odiaba que pasaran de él y estaba cansado de ser el menor, el que siempre tenía que conformarse con la estúpida ropa que se les quedaba pequeña a los otros titanes.

—Lo haré yo —dijo de nuevo—. Yo haré pedacitos a papá.

—¡Mi hijo favorito! —exclamó Gea—. ¡Eres maravilloso! Sabía que podía contar contigo... Esto... ¿cómo te llamabas?

—Cronos —respondió él, esforzándose por conservar su sonrisa. A cambio de una guadaña, galletas y la oportunidad de cometer un asesinato, Cronos era capaz de ocultar sus sentimientos—. Será un honor matar por ti, madre, pero lo haremos a mi manera. Primero, haz que Urano venga a visitarte. Dile que lo sientes, que ha sido todo por tu culpa y que vas a prepararle una cena elegante a modo de disculpa. Tú consigue que venga esta noche y compórtate como si todavía lo quisieras.

—¡Puaj! —dijo ella, reprimiendo las arcadas—. ¿Te has vuelto loco?

—Solo tienes que fingir —insistió Cronos—. Cuando adopte forma humana y se siente a tu lado, saldré de mi escondite y atacaré. Pero necesitaré ayuda.

Se volvió hacia sus hermanos, que, de repente, se miraban los pies como si fueran lo más interesante del mundo.

—Mirad, chicos —les dijo Cronos—, si esto sale mal, Urano va a vengarse de todos nosotros. No podemos cometer ningún error. Os necesito para que lo sujetéis y os aseguréis de que no escapa al cielo antes de que termine de matarlo.

Los otros guardaron silencio. Seguramente intentaban imaginarse a Cronos, su hermanito más canijo, enfrentándose a su enorme y violento padre, y no les hacía gracia el posible resultado.

—¡Anda, venga! —los regañó—. Yo me encargaré de cortar y picar. Solo necesito a cuatro de vosotros para que lo sujetéis. ¡Cuando sea rey, recompensaré a esos cuatro! A cada uno le permitiré gobernar sobre una esquina del mundo: el norte, el sur, el este y el oeste. Una oferta especial. ¿Quién está conmigo?

Las chicas eran demasiado listas para dejarse liar en un plan de asesinato, así que se disculparon y se largaron rápidamente. El hijo mayor, Océano, se mordisqueó el pulgar, nervioso, y dijo:

—Tengo que regresar al mar a encargarme de unos asuntos... esto... acuáticos. Lo siento...

Eso dejó a Cronos con solo cuatro hermanos: Ceo, Jápeto, Crío e Hiperión.

Cronos les sonrió. Después aceptó la guadaña de manos de Gea y comprobó lo afilado de la punta: la tocó y de su dedo brotó una gota de sangre dorada.

—Bueno, pues ya tenemos cuatro voluntarios. ¡Estupendo!

Jápeto carraspeó.

—Perdona, pero...

Hiperión le dio un codazo a Jápeto.

—¡Estamos contigo, Cronos! —le prometió—. ¡Puedes contar con nosotros!

—Excelente —repuso Cronos, y esa fue la primera vez que un genio del mal pronunció esa palabra.

A continuación, les explicó el plan.

Aunque parezca mentira, Urano apareció aquella noche.

Entró tranquilamente en el valle en el que solía encontrarse con Gea y frunció el ceño al ver la lujosa cena dispuesta sobre la mesa.

—Me llegó tu nota. ¿Vas en serio con lo de hacer las paces?

—¡Por supuesto!

Gea llevaba su mejor vestido verde sin mangas. Se había trenzado los rizos y los había decorado con gemas (no le costaba encontrarlas, claro, al ser ella la misma tierra), y olía a rosas y jazmín. Se recostó en un sofá a la tenue luz de las velas y pidió a su marido que se acercara.

Urano, con su taparrabos, no se sentía vestido para la ocasión. No se había cepillado el pelo ni nada. Al ser de noche, tenía la piel oscura y cubierta de estrellas, pero seguramente eso no cuenta como traje de etiqueta para una cena de gala. Empezaba a pensar que debería haberse cepillado los dientes.

¿Sospechaba algo? No lo sé. Recordad que a nadie antes en la historia del cosmos le habían tendido una emboscada para hacerlo pedazos. Él iba a ser el primero. Un tipo con suerte. Además, se sentía solo después de pasar tanto tiempo en el cielo con la única compañía de las estrellas, Éter (el dios del aire, y a fe que aire era lo único que tenía en la cabeza), Nyx y Hemera, madre e hija, que no hacían más que discutir cada alba y cada anochecer.

—Entonces... —empezó a decir Urano con las manos sudorosas. Se le había olvidado lo bella que era Gea cuando no se dedicaba a gritarle a la cara—. ¿Ya no estás enfadada?

—¡En absoluto! —le aseguró Gea.

—Y... ¿no te importa que cargara de cadenas a nuestros hijos y los lanzara al abismo?

Gea apretó los dientes y se obligó a sonreír.

—No me importa —contestó.

—Bien —gruñó él—, porque esos enanos eran la mar de feos.

Gea dio unas palmaditas en el sofá.

—Ven, siéntate a mi lado, esposo mío.

Urano sonrió y avanzó pesadamente hacia ella.

En cuanto se sentó, Cronos susurró desde detrás de la roca más cercana:

—Ahora.

Sus cuatro hermanos salieron de sus escondites. Crío se había disfrazado de arbusto. Ceo había excavado un hoyo para meterse dentro y lo había cubierto de ramas. Hiperión se había ocultado bajo el sofá (era un sofá grande) y Jápeto intentaba hacerse pasar por un árbol, con los brazos tendidos a modo de ramas. No sé cómo, pero funcionó.

Los cuatro hermanos agarraron a Urano. Cada uno lo sujetó por un brazo o una pierna, y forcejearon con su padre hasta tumbarlo en el suelo, abierto de brazos y piernas.

Cronos salió de entre las sombras. Su guadaña de hierro brillaba a la luz de las estrellas.

—Hola, padre.

—¿Qué significa todo esto? —bramó Urano—. ¡Gea, diles que me suelten!

—¡Ja! —exclamó ella mientras se levantaba del sofá—. No tuviste piedad con nuestros hijos, esposo mío, así que no la mereces. Además, ¿a quién se le ocurre presentarse a una cena elegante vestido con un taparrabos? ¡Estoy indignada!

Urano intentó liberarse, pero fue en vano.

—¡Cómo os atrevéis! ¡Soy el señor del cosmos!

—Ya no —repuso Cronos mientras alzaba la guadaña.

—¡Ten cuidado! Si haces eso, eeh... ¿Cómo habías dicho que te llamabas?

—¡¡Cronos!!

—Si haces eso, Cronos, ¡te maldeciré! ¡Algún día, tus propios hijos te destruirán y te arrebatarán el trono, igual que tú a mí!

—¡Que lo intenten! —exclamó Cronos entre risas.

Y dejó caer la guadaña.

La hoja acertó a Urano justo en el... Bueno, ¿sabéis qué? Ni siquiera soy capaz de decirlo. Si eres un tío, imagínate el lugar más doloroso en el que te pueden golpear.

Sí, justo ahí.

Cronos cortó y Urano aulló de dolor. Fue como la peli de terror de bajo presupuesto más asquerosa que os podáis imaginar. Sangre por todas partes... salvo que la sangre de los dioses es dorada y se llama icor.

Un rocío de icor cayó sobre las rocas; y aquel líquido era tan poderoso que, más tarde, cuando nadie miraba, surgieron de él unas criaturas siseantes: tres demonios alados llamados las Furias, los espíritus de la venganza. Las Furias salieron volando de inmediato hacia la oscuridad del Tártaro. Otras gotas de sangre celestial cayeron sobre terreno fértil y, al cabo de un tiempo, se convirtieron en unas criaturas silvestres, pero más amables, llamadas ninfas y sátiros.

La mayor parte de la sangre se limitó a salpicarlo todo. En serio, aquellas manchas no se irían nunca jamás de la camisa de Cronos.

—¡Bien hecho, hermanos! —exclamó Cronos, sonriendo de oreja a oreja mientras la guadaña goteaba oro.

Jápeto vomitó allí mismo. Los demás rieron y se dieron palmaditas en la espalda.

—¡Hijos míos, qué orgullosa estoy! —les dijo Gea—. ¡Galletas y ponche para todos!

Antes de la celebración, Cronos reunió los restos de su padre sobre el mantel. Quizá enfadado con su hermano mayor, Océano, porque no había querido participar en el asesinato, Cronos hizo un petate con todo, lo llevó hasta el mar y allí lo lanzó. La sangre se mezcló con el agua salada y... bueno, más adelante veréis lo que salió de ahí.

Ahora me preguntaréis: «Vale, entonces, si asesinaron al cielo, ¿cómo es posible que sigamos viéndolo cada vez que miramos hacia arriba?».

Respuesta: ni idea.

Supongo que Cronos mató la forma física de Urano, de modo que el dios del cielo ya no podía aparecer en la tierra y reclamar su reinado. Básicamente lo exiliaron al cielo. Así que no está del todo muerto; pero ahora ya no es más que una inofensiva bóveda sobre el mundo.

En cualquier caso, Cronos regresó al valle y todos los titanes se corrieron una buena juerga.

Gea nombró a Cronos señor del universo. Le fabricó una corona dorada muy chula, edición exclusiva de coleccionista. Cronos mantuvo su promesa y entregó a sus cuatro hermanos el control de las cuatro esquinas del mundo: Jápeto se convirtió en el titán del oeste; Hiperión recibió el este; Ceo se llevó el norte, y Crío, el sur.

Aquella noche, Cronos alzó su copa de néctar, que era la bebida favorita de los inmortales. Intentó esbozar una sonrisa que rebosara confianza, que es lo que tienen que hacer los reyes, aunque la verdad es que ya empezaba a preocuparse por la maldición de Urano: que algún día sus propios hijos lo derrocarían.

Pese a ello, gritó:

—¡Hermanos míos, brindemos! ¡Hemos dado inicio a una Edad de Oro!

Y si lo que os va es la mentira, el robo, las puñaladas por la espalda y el canibalismo, seguid leyendo, porque sin duda fue una Edad de Oro para todo eso.



## La Edad de Oro del canibalismo

\*

Al principio, Cronos no se portó tan mal. Tuvo que esforzarse mucho hasta convertirse en un saco de estiércol de la peor clase.

Liberó del Tártaro a los cíclopes mayores y a los centimanos, lo cual hizo feliz a Gea. Además, aquellos tipos tan monstruosos resultaron ser útiles. Se habían pasado toda la vida en el abismo aprendiendo a forjar el metal y a construir con piedra (supongo que no había nada mejor que hacer), así que, en agradecimiento por su liberación, construyeron un enorme palacio para Cronos en la cima del monte Otris, que entonces era la montaña más alta de Grecia.

El palacio estaba hecho de mármol negro como el carbón. Unas columnas altísimas y unos salones gigantescos resplandecían a la luz de antorchas mágicas. El trono de Cronos estaba tallado en un bloque macizo de obsidiana, con incrustaciones de oro y diamantes, lo cual debía de ser impresionante, aunque seguro que no demasiado cómodo. A Cronos le daba igual: podía pasarse el día entero allí sentado, supervisando el mundo que yacía a sus pies mientras exclamaba entre carcajadas malévolas: «¡Mío! ¡Todo mío!».

Sus cinco hermanos titanes y seis hermanas titánides no discutían con él. Total, ya se habían asegurado sus respectivos territorios favoritos y, además, después de ver a Cronos blandir la guadaña, no querían ponerse a malas con él.

Aparte de ser el rey del cosmos, Cronos se convirtió en el titán del tiempo. No podía viajar en el tiempo, como el Doctor Who, pero de vez en cuando sí que podía ralentizarlo o acelerarlo. Cuando estás en una clase aburridísima de esas que parecen no acabarse nunca, culpa a Cronos. Y si el fin de semana parece demasiado corto, también es culpa de Cronos.

Sobre todo, estaba muy interesado en el poder destructivo del tiempo. Al ser inmortal, le resultaba increíble lo que unos pocos años le hacían a una vida mortal. Solo por divertirse, viajaba por el mundo y aceleraba la vida de los árboles, las plantas y los animales para verlos marchitarse y morir. No se cansaba de hacerlo.

En cuanto a sus hermanos, los cuatro que lo ayudaron a asesinar a Urano recibieron las cuatro esquinas del mundo... cosa rara, por otro lado, ya que los griegos creían que el mundo era un gran círculo plano, como un escudo, así que, en realidad, no tenía esquinas. Pero en fin...

Crío era el titán del sur. Adoptó el carnero como símbolo, ya que la constelación del carnero, Aries, era la que iluminaba el cielo del sur. Su

armadura azul marino estaba cuajada de estrellas. De su casco sobresalían cuernos de carnero. Crío era un tipo oscuro y silencioso que no se movía del borde meridional del mundo, donde observaba las constelaciones y pensaba en cosas profundas... O puede que solo pensara en que debería haber pedido un trabajo más emocionante.

Ceo, el titán del norte, vivía en el extremo opuesto del mundo (obviamente). A veces lo llamaban Polo porque controlaba el Polo Norte. Esto fue mucho antes de que Santa Claus se mudara a la zona. Ceo fue también el primer titán que recibió el don de la profecía. De hecho, Ceo viene de *Koios*, que en griego significa literalmente «pregunta». Para saberlo todo, le hacía preguntas al cielo y, a veces, el cielo le susurraba las respuestas. ¿Espeluznante? Sí. No sé si conversaría con el espíritu de Urano o qué, pero sus vistazos al futuro resultaban tan útiles que los demás titanes empezaron a hacerle preguntas de vital importancia como: «¿Qué tiempo tendremos el sábado?», «¿Me va a matar Cronos hoy?», «¿Qué me pongo para el baile de Rea?». Ese tipo de cosas. Llegado el momento, Ceo legó el don de la profecía a sus hijos.

Hiperión, el titán del este, era el más ostentoso de los cuatro. Dado que la luz del día llegaba del este todas las mañanas, se hacía llamar el Señor de la Luz. Sin embargo, a sus espaldas todos lo llamaban la Linterna de Cronos, ya que hacía todo lo que Cronos le pedía y, básicamente, era como Cronos pero con la mitad de luces. En fin, que llevaba una armadura dorada cegadora y era famoso por entrar en combustión en los momentos más insospechados, lo que lo convertía en el alma de la fiesta.

Su equivalente del oeste, el titán Jápeto, era más tranquilo. Una buena puesta de sol siempre invita a relajarse y disfrutar. Pese a ello, tampoco era buena idea tocarle las narices, puesto que era un excelente guerrero que sabía usar la lanza. El nombre de Jápeto en griego significa «el perforador», y estoy seguro de que no se ganó tal sobrenombre perforando orejas en el estudio de *piercings* de un centro comercial.

En cuanto al último hermano, Océano, se hizo cargo de las aguas exteriores que rodeaban el mundo. Por eso las grandes extensiones acuáticas que bordean la tierra acabaron llamándose océanos. Podría haber sido peor. Si Jápeto se hubiera adueñado de las aguas, hoy hablaríamos del jápeto Atlántico o diríamos que navegamos por el jápeto azul, y, la verdad, no suena igual de bien.

Ahora, antes de pasar a las seis titánides, vamos a quitarnos de encima un asuntillo desagradable.

Veréis, al final, los chicos titanes empezaron a pensar: «Oye, papá tomó a Gea por esposa. ¿Con quién vamos a casarnos nosotros?». Entonces miraron a sus hermanas, las titánides, y siguieron pensando: «Hummm...».

Lo sé, estáis gritando: «¡¡Qué asco!! ¿Querían casarse con sus hermanas?».

Sí, a mí también me parece asqueroso, pero el caso es que los titanes no veían las relaciones familiares igual que nosotros.

En primer lugar, como he dicho antes, las reglas de comportamiento eran bastante más relajadas por aquel entonces. Además, no había muchas opciones a la hora de buscar pareja. No podían entrar en la web [titanesmeetic.com](http://titanesmeetic.com) para encontrar a su alma gemela.

Más importante todavía: los inmortales no son como los humanos. Viven para siempre, más o menos. Tienen poderes molones y, en vez de sangre y ADN, icor, así que no les parece mal mezclar la misma sangre. Por eso no ven el tema de hermano-hermana igual que nosotros. Para ellos, aunque la chica que te guste y tú hayáis nacido de la misma madre, tras crecer y haceros mayores quizá ya no pienses en ella como en tu hermana.

Es mi teoría. También puede ser que los titanes fueran todos unos frikis. Vosotros decidís.

En cualquier caso, no todos los hermanos se casaron con sus hermanas, pero a continuación os hago un resumen.

La mayor de las hermanas era Tea. Para llamar su atención bastaba con agitar algo brillante delante de ella. Adoraba las cosas resplandecientes y las vistas deslumbrantes. Todas las mañanas bailaba de felicidad cuando regresaba la luz. Escalaba montañas con tal de poder ver el paisaje a varios kilómetros a la redonda. Incluso hurgaba bajo tierra para desenterrar piedras preciosas y después utilizaba sus poderes mágicos para dejarlas brillantes y relucientes. Tea es la que dio al oro su lustre y a los diamantes su resplandor.

Se convirtió en la titánide de la vista. Como lo suyo era todo lo que brillaba, acabó casándose con Hiperión, el señor de la luz. Obviamente, se llevaban genial, aunque no sé cómo pegaban ojo por las noches, con Hiperión resplandeciente a todas horas y Tea gritando entre risitas histéricas: «¡Brilla, brilla!».

¿Y su hermana Temis? Era completamente distinta. Era tranquila, considerada y nunca intentaba llamar la atención; todo lo contrario: siempre se cubría el pelo con un sencillo chal blanco. Desde muy pequeña se dio cuenta de que, por naturaleza, tenía muy clara la diferencia entre el bien y el mal. Comprendía lo que era justo y lo que no. Siempre que tenía alguna duda, afirmaba poder extraer la sabiduría directamente de la tierra, aunque no creo que se refiriese a Gea, porque Gea no es que tuviera muy claro lo que era el bien y lo que era el mal.

En fin, que Temis disfrutaba de una buena reputación entre sus hermanos. Era capaz de mediar en las peores peleas, así que se convirtió en la titánide de la ley natural y la justicia. No se casó con ninguno de sus seis hermanos, lo que demuestra lo sabia que era.

La tercera hermana: Tetis (y os prometo que es la última titánide que empieza por te, porque hasta yo me estoy liando). Le encantaban los ríos, los arroyos y las corrientes de agua de cualquier tipo. Era muy amable y siempre ofrecía algo de beber a sus hermanos, aunque los demás se cansaron de oír que el titán medio tiene que beber veinticuatro vasos grandes de agua al día para estar bien hidratado. En cualquier caso, Tetis se consideraba la niñera de

todo el mundo, ya que todos los seres vivos tienen que beber. Acabó casándose con Océano; estaba cantado. «Oye, ¿te gusta el agua? ¡A mí también! ¡Tenemos que salir juntos sí o sí!».

Febe, la cuarta hermana, vivía en el centro geográfico del mundo, que para los griegos era el Oráculo de Delfos: una fuente sagrada en la que a veces se oían los susurros del futuro, si sabías escuchar. Los griegos llamaban a aquel lugar el ónfalo, *omphalos*, literalmente, el ombligo del mundo, aunque sin especificar si era de los que están hacia dentro o hacia fuera.

Febe fue una de las primeras personas en descubrir el modo de oír las voces de Delfos, pero no era una de esas adivinas sombrías y misteriosas. Su nombre significaba «brillante», y siempre veía el lado positivo de las cosas. Sus profecías eran como las de las galletas chinas de la suerte: solo hablaban de lo bueno. Supongo que estaba bien, siempre que solo quisieras oír cosas agradables, aunque no era tan útil si tenías un problema gordo. Por ejemplo, si ibas a morir al día siguiente, Febe podía decirte: «Oh, esto, ¡veo que no vas a tener que preocuparte por el examen de mates de la semana que viene!».

Febe acabó casándose con Ceo, el tipo del norte, porque él también había recibido el don de la profecía. Por desgracia, solo se veían de vez en cuando, ya que vivían muy lejos el uno del otro. Un dato de regalo: mucho más adelante, el nieto de Febe, un tío llamado Apolo, se quedó a cargo del Oráculo. Como había heredado sus poderes, a Apolo también lo conocían como Apolo Febo.

La titánide número cinco era Mnemósine... Jo, con mi dislexia he tenido que comprobar ese nombre unas veinte veces, y es probable que siga estando mal. Ni siquiera sé muy bien cómo se pronuncia. En fin, que Mnemósine nació con memoria fotográfica mucho antes de que nadie supiera lo que era la fotografía. En serio, lo recordaba todo: los cumpleaños de sus hermanas, los deberes, sacar la basura, dar de comer a los gatos... Esto tenía su parte positiva: llevaba el registro de la historia familiar y nunca se le olvidaba nada. Sin embargo, tenerla cerca era un rollo porque nunca te permitía olvidar nada.

¿Con ocho años hiciste algo como para morirte de vergüenza? Sí, se acordaba. ¿Hace tres años prometiste devolverle aquel préstamo? Se acordaba.

Peor todavía: Mnemósine esperaba que todo el mundo tuviera tan buena memoria como ella. Por ayudar, inventó las letras y la escritura para que los demás, pobres idiotas desmemoriados, pudiéramos llevar un registro permanente de todo. Se convirtió en la titánide de la memoria, sobre todo de la memorización. La próxima vez que tengáis que estudiar para un examen de lengua o memorizar las capitales del mundo sin ningún motivo aparente, agradecédselo a Mnemósine. Ese tipo de deberes fueron idea suya y nada más que suya. Ninguno de sus hermanos titanes quería casarse con ella. ¡Qué raro!

Y, por último, la hermana número seis, Rea. La pobre Rea. Era la más dulce y

la más bella de las titánides, así que, obviamente, sufrió peor suerte que ninguna y tuvo la vida más difícil. Su nombre significa «flujo» o «facilidad». Ambas definiciones encajan. Siempre se dejaba llevar y, sin duda, era de trato fácil. Vagaba por los valles de la tierra para visitar a sus hermanos y hermanas, y por el camino hablaba con las ninfas y los sátiros que habían brotado de la sangre de Urano. También adoraba a los animales. Su favorito era el león. Si veis imágenes de Rea, casi siempre la acompañan un par de leones, lo cual le resultaba bastante útil para ir por ahí sin temer por su seguridad, incluso en los peores barrios.

Rea se convirtió en la titánide de la maternidad. Le encantaban los bebés y siempre ayudaba a sus hermanas en los partos. Al final se ganó el título de la Gran Madre cuando dio a luz a sus propios hijos. Por desgracia, antes de que eso pasara tuvo que casarse, y así empezaron todos los problemas...

¡Ah, pero todo era genial! ¿Qué podía salir mal?

Eso era lo que pensaba la Madre Tierra, Gea. Estaba tan contenta de ver a sus hijos dirigir el mundo que decidió volver a las profundidades de sí misma por un tiempo y ser solo... bueno, la tierra. Había pasado muchas penurias. Había tenido dieciocho hijos. Se merecía un descanso.

Estaba segura de que Cronos se encargaría de todo y sería un buen rey para siempre jamás (sí, claro). Así que se echó una siestecita, lo que en términos geológicos equivalía a unos cuantos milenios.

Mientras tanto, los titanes empezaron a engendrar a sus propios hijos, los titanes de segunda generación. Océano y Tetis, el señor y la señora Agua, tuvieron una hija llamada Clímene, que se convirtió en la diosa titánide de la fama. Supongo que le iba lo de la fama porque creció en el fondo del mar, donde nunca pasaba nada. Se volvía loca por los cotilleos, leía la prensa del corazón y siempre estaba a la última con las noticias de Hollywood... O eso habría hecho de haber existido Hollywood por aquel entonces. Como mucha gente obsesionada con la fama, se dirigió al oeste, como las actrices que van a California. Acabó enamorándose del titán del oeste, Jápeto.

Lo sé, técnicamente era su tío. Asqueroso. Pero, como he dicho antes, los titanes eran diferentes. Mi consejo es que no le deis demasiadas vueltas al asunto.

Total, que Jápeto y Clímene tuvieron un hijo al que llamaron Atlas y que resultó ser un excelente guerrero y también un poco imbécil. Cuando creció se convirtió en la mano derecha de Cronos y en su principal sicario.

Después, Jápeto y Clímene tuvieron un hijo llamado Prometeo, que era casi tan listo como Cronos. Según algunas leyendas, Prometeo inventó una forma de vida menor de la que quizá hayáis oído hablar: los humanos. Un día estaba matando el tiempo a la orilla de un río, construyendo cosas con arcilla húmeda, cuando se le ocurrió esculpir un par de figuras curiosas que se parecían a los titanes, salvo que eran mucho más pequeñas y fáciles de aplastar. Puede que una pizca de sangre de Urano se mezclara con la arcilla o puede que Prometeo insuflara vida a las figuras aposta; ni idea. El caso es que

las criaturas de arcilla cobraron vida y se convirtieron en los primeros humanos.

¿Le dieron una medalla a Prometeo por la hazaña? Qué va. Para los titanes, los humanos eran como los hámsteres para nosotros. Algunos titanes pensaban que los humanos eran muy monos, aunque se morían demasiado deprisa y no servían para nada. Otros opinaban que eran roedores repulsivos, y otros no les prestaban la menor atención. En cuanto a los humanos, por lo general se escondían en sus cuevas y correteaban de un lado a otro procurando que no los pisara nadie.

Los titanes siguieron teniendo más bebés titanes. No los mencionaré a todos, porque si no estaríamos aquí tanto tiempo como el que duró la siesta de Gea, pero Ceo y Febe, la pareja profética, tuvieron a una hija llamada Leto, que decidió que quería ser la titánide protectora de los niños pequeños. Fue la primera niñera de la historia. Todos los papás y mamás titanes se alegraban siempre de verla.

Hiperión y Tea, el señor y la señora Brillante, tuvieron unos gemelos llamados Helios y Selene, que estaban a cargo del sol y de la luna. Tiene sentido, ¿no? No hay muchas cosas más brillantes que el sol y la luna.

Helios conducía el carro del sol por el cielo todos los días, aunque consumía una barbaridad de combustible. Helios se creía irresistible y tenía la desagradable costumbre de decir que el sol era su «imán para las nenas».

Selene, la luna, no era tan ostentosa. Conducía su carro de plata por el cielo nocturno y era bastante reservada, aunque cuando por fin se enamoró fue la historia más triste del mundo. Pero yo os la contaré después.

En fin, que solo había un titán en concreto que ni se casaba ni tenía hijos: Cronos, el señor del universo. No hacía más que sentarse en su trono del palacio del monte Otris y gruñir mucho, pero mucho, al ver que todo el mundo se lo pasaba estupendamente.

¿Recordáis la maldición de Urano? ¿Que algún día los hijos de Cronos lo derrocarían? Cronos no se lo sacaba de la cabeza.

Al principio se decía: «Bueno, no es para tanto. ¡Con no casarme ni tener hijos...!».

Pero se sufre mucho estando solo y viendo que todos los que te rodean sientan la cabeza y empiezan a formar sus familias. Cronos se había ganado el trono con todas las de la ley, pero aquella maldición le amargaba el placer de haber descuartizado a su padre. Ahora tenía que preocuparse de que no le quitaran el trono, mientras los demás se dedicaban a disfrutar de la buena vida. Mal rollo.

Sus parientes no lo visitaban tanto como antes. Una vez que Gea volvió al interior de la tierra, dejaron de pasarse por el palacio para la cena de los domingos. Decían que estaban ocupados, pero Cronos sospechaba que sus

hermanos, hermanas, sobrinos y sobrinas simplemente le tenían miedo. Era cierto que había heredado el genio y la crueldad de su padre. Su guadaña intimidaba. Además, su tendencia a gritar «¡Os mataré a todos!» cada vez que alguien lo irritaba resultaba bastante molesta. Pero ¿qué culpa tenía él?

Una mañana ya no pudo aguantarlo más. Se despertó por culpa de un cíclope que estaba golpeando un trozo de bronce justo delante de la ventana de su dormitorio. A las siete de la mañana, ¡un fin de semana!

Cronos le había prometido a su madre que liberaría a los cíclopes mayores y a los centimanos del Tártaro, pero empezaba a cansarse de verdad de sus feos parientes. Cuanto más crecían, más desagradables se volvían. Olían a letrina. Su higiene personal era inexistente y no dejaban de hacer ruido: fabricaban cosas, martilleaban metal, cortaban piedra... Le habían resultado útiles para construir el palacio, pero eran un fastidio.

Cronos llamó a Atlas, a Hiperión y a algunos más de sus matones. Rodearon a los cíclopes y a los centimanos, y les dijeron que se los llevaban de paseo para que vieran las florecillas del campo. Después saltaron sobre los pobres muchachos, los cargaron de nuevo de cadenas y los lanzaron otra vez al Tártaro.

Si Gea se despertaba, no estaría contenta, pero ¿qué más daba? Cronos era el rey. Su madre tendría que aguantarse.

Después de aquello, en el palacio se respiraba tranquilidad, pero Cronos seguía gruñendo: no era justo que no pudiera tener novia.

De hecho, tenía en mente a una chica en concreto.

En secreto, estaba enamorado de Rea.

La titánide era preciosa. Cada vez que la familia de los titanes se reunía, Cronos la miraba a hurtadillas. Si se percataba de que alguno de los otros chicos coqueteaba con ella, se lo llevaba para hablar con él en privado, guadaña en mano, y advertirle que no volviera a hacerlo.

Le encantaba la risa de Rea. Su sonrisa era más deslumbrante que el imán para las nenas de Helios, quiero decir, que el sol... Adoraba el modo en que su oscura melena rizada le acariciaba los hombros. Sus ojos eran verdes como prados, y sus labios... bueno, Cronos soñaba con besarlos.

Además, Rea era dulce, amable y todos la querían. Cronos pensaba: «Si tuviera una esposa como esa, mi familia no me temería tanto. Vendrían más a menudo a palacio. Rea me enseñaría a ser un titán mejor. ¡La vida sería increíble!».

Sin embargo, otra parte de él pensaba: «¡No! ¡No puedo casarme por culpa de esa estúpida maldición!».

Cronos gruñía de frustración. ¡Era el rey del puñetero universo! ¡Podía hacer

lo que quisiera! Quizá Urano le hubiera tomado el pelo y no existiera tal maldición. O quizá tuviera suerte y no engendrara hijos.

Nota mental: si no quieres tener hijos, no te cases con la titánide de la maternidad.

Cronos intentó contenerse, pero al final no pudo aguantarlo más: invitó a Rea a una cena romántica y le confesó sus sentimientos. Le propuso matrimonio en el acto.

Bien, no sé si Rea estaba o no enamorada de él. Si no lo estaba, me imagino que le daría miedo decírselo. Al fin y al cabo, estamos hablando de Cronos, el Retorcido; el tío que había matado a su padre. El rey del puñetero universo.

Tampoco ayudó que, mientras cenaban, la guadaña estuviera colgada de un gancho en la pared, detrás de él, de modo que la luz de las velas se reflejaba en la hoja y la hacía parecer todavía cubierta de icor dorado.

Rea aceptó casarse con él.

Quizá pensara que podía convertirlo en un hombre mejor. Quizá Cronos también lo creyera. Tuvieron una bonita luna de miel. Unas cuantas semanas después, cuando Cronos se enteró de que (oh, sorpresa) Rea esperaba su primer hijo, intentó convencerse de que todo iba bien. ¡Era feliz! No sería un mal padre, como Urano. Daba igual que el bebé fuera titán o titánide; Cronos lo querría y se olvidaría de la antigua maldición.

Entonces nació el bebé... y fue una niña preciosa.

A Rea la había preocupado en secreto que su bebé resultara ser un cíclope o un centimano. Puede que Cronos también hubiera pensado en esa posibilidad. Pero no, la niña era perfecta.

De hecho, era casi demasiado perfecta.

Rea la llamó Hestia. Envolvió al bebé en suaves mantas y se lo enseñó a su orgulloso papá. Al principio, Cronos sonrió: la niña no era un monstruo, ¡genial! Pero mientras le hacía cosquillas en la barbilla, la miraba a los ojos y le hacía los típicos gorjeos, Cronos se dio cuenta de que Hestia no era exactamente una titánide.

Era más pequeña que un bebé titán, aunque pesaba más y sus proporciones eran perfectas. Sus ojos reflejaban demasiada inteligencia para un recién nacido. Irradiaba poder. Como Cronos entendía el tiempo, podía ver fácilmente el aspecto que tendría aquella niña cuando creciera. Sería más pequeña que un titán, pero sería capaz de hacer grandes cosas. Superaría a cualquier titán en lo que decidiera hacer.

Hestia era como una versión mejorada de los titanes: una Titánide 2.0, una maravilla del futuro.



De hecho, no era una titánide, sino una diosa: el primer miembro de una rama completamente nueva de la evolución inmortal.

Al mirarla, Cronos se sintió como un teléfono móvil antiguo observando el último modelo de *smartphone* : sabía que sus días estaban contados.

La sonrisa de papá orgulloso se desvaneció. Aquella cría no debía crecer si no quería que la profecía de Urano se hiciera realidad. Cronos tenía que actuar deprisa. Sabía que Rea nunca aceptaría que matara a su hija y, además, llevaba consigo a los puñeteros leones, como siempre. No podían pelearse en la sala del trono. Por otro lado, tampoco podía coger la guadaña teniendo al bebé en brazos. Pero tenía que librarse de Hestia de manera inmediata e irreversible.

Abrió la boca mucho, mucho más de lo que se creía capaz. Su mandíbula inferior era como la de esas serpientes enormes que se pueden comer una vaca entera. Se metió a Hestia en la boca y se la tragó sin masticar.

Tal cual, para dentro. Un bebé menos.

Como os podéis imaginar, Rea se puso como loca.

—¡Mi bebé! —gritó—. Te lo... Te lo has...

—Ay, vaya —respondió Cronos con un eructo—. Qué fallo, perdona.

A Rea se le salían los ojos de las órbitas. Se pasó un buen rato gritando. Se habría abalanzado sobre Cronos para aporrearlo con los puños o habría ordenado atacar a los leones, pero temía hacerle daño al bebé que su marido llevaba dentro.

—¡Escúpela! —le exigió.

—No puedo —respondió Cronos—. Tengo un estómago superfuerte: una vez que baja algo, no vuelve a subir.

—¿Cómo has podido tragártela? —le gritó ella—. ¡Era nuestra hija!

—Sí, en cuanto a eso... —empezó Cronos, intentando parecer arrepentido—. Mira, cielo, lo de esa cría no iba a funcionar.

—¿Funcionar?

—Es que hay una maldición... —Cronos le contó lo que Urano había vaticinado—. Es decir, ¡vamos, pastelito! Ese bebé ni siquiera era un titán en condiciones. ¡Estaba claro que daría problemas! El próximo será mejor, seguro.

A Cronos aquello le parecía muy razonable, pero Rea no se quedó satisfecha y salió de allí hecha una furia.

Cabría pensar que Rea nunca lo perdonaría. Vamos, que si tu marido se come a tu primogénito como si fuera una minihamburguesa... una madre normal no olvida algo así.

Pero la situación de Rea era complicada.

En primer lugar, Cronos se había tragado entera a Hestia. Hestia, como sus padres, técnicamente era inmortal. No podía morir, ni siquiera en el estómago de su padre. ¿Que si era una asquerosidad estar ahí dentro? Sí. ¿Claustrofóbico? También. Pero ¿mortal? No.

«Sigue viva —se consolaba Rea—. Descubriré el modo de sacarla».

Eso la calmó un poco, aunque no tenía un plan. No podía hacerlo por la fuerza, ya que Rea era una diosa dulce. Aunque intentara luchar, estaba segura de que la mayoría de los titanes más fuertes, como Hiperión y el grandullón atontolinado de Atlas, apoyarían a Cronos.

No podía arriesgarse a atacar por sorpresa con un cuchillo o una guadaña, ni siquiera con los leones, por miedo a hacerle daño al bebé.

Puede que penséis: «Espera un momento. Si la cría es inmortal, ¿por qué teme Rea hacerle daño?». Pero es que se puede herir de gravedad a los inmortales, lisiarlos o mutilarlos. Tal vez una herida no los mate, pero tampoco se curan. Se quedarían lisiados para siempre. Ya veréis algunos ejemplos de esto más adelante. Rea no estaba dispuesta a abrir en canal a Cronos y arriesgarse a cortar a su bebé, porque vivir hecha pedacitos tampoco es plan, y menos cuando vives para siempre.

No podía divorciarse de Cronos porque todavía no se había inventado el divorcio. Y, aunque se hubiera inventado, a Rea le habría dado miedo hacerlo. No la culpo. Como ya habréis notado, Cronos estaba como una cabra. Rea lo sabía desde el día en que cortó en pedacitos a su padre con la guadaña y después se pasó toda la fiesta posterior con la camisa manchada de icor y gritando: «¡Un asesinato genial, chicos! ¡Chocad esos cinco!».

No podía huir, porque Cronos era el señor del mundo entero. A no ser que saltara al Tártaro (cosa que no hizo), no tenía a donde ir.

Su mejor opción era aguantarse, armarse de paciencia y esperar hasta encontrar el modo de recuperar a Hestia.

Cronos intentó ser amable con ella. Le compraba regalos y la sacaba a cenar, como si así pudiera hacerla olvidar lo del bebé que llevaba en el estómago.

Cuando Cronos consideró que había pasado el tiempo suficiente —unos tres o cuatro días—, insistió en que debían intentar tener más hijos.

¿Por qué? Puede que, en realidad, deseara la muerte. Puede que estuviera obsesionado con la profecía de Urano y quisiera averiguar si el siguiente hijo sería un titán de verdad o uno de aquellos horribles dioscecitos perfectos y

demasiado poderosos.

Así que Rea tuvo a otro bebé: una niñita aún más mona que la primera. Rea la llamó Deméter.

Rea se atrevió a albergar esperanzas. Deméter era tan adorable que quizá ablandara el corazón de Cronos. Era imposible que se sintiera amenazado por aquel rayito de sol.

Cronos cogió en brazos al bebé, y vio enseguida que Deméter era otra diosa y que brillaba con un aura aún más poderosa que la de Hestia. Era un problema bien gordo, con una letra pi mayúscula.

Aquella vez no dudó. Abrió las mandíbulas y se la tragó entera.

Después vinieron los gritos de la madre y las disculpas.

Rea sintió la tentación casi irrefrenable de llamar a sus leones, pero ahora había más en juego: Cronos llevaba dos niñas dentro.

Lo sé, estáis pensando en lo apretujadas que tendrían que estar dentro de la tripa del señor de los titanes, pero los dioses son bastante flexibles en lo que respecta a su tamaño. A veces son enormes. A veces no son mayores que los seres humanos.

Yo no estaba allí dentro, en el estómago de Cronos, pero imagino que los bebés inmortales se harían más pequeños. Siguieron madurando, pero sin aumentar de tamaño. Eran como muellecitos cada vez más comprimidos, a la espera de que algún día pudieran salir y adoptar su tamaño real. Y todos los días rezando para que Cronos no le echara salsa picante a la cena.

Pobre Rea. Cronos insistió en volver a intentarlo.

—El siguiente bebé será mejor —le prometió él—. ¡Se acabó lo de tragárselos enteros!

¿El tercero? También fue una niña. Rea la llamó Hera, y fue la menos titánide y la más diosa de las tres. Rea era, sin duda, la Gran Madre. De hecho, lo de la maternidad se le daba demasiado bien, porque cada bebé que tenía era mejor y más poderoso que el anterior.

Rea no quería llevar a Hera ante Cronos, pero era la tradición por aquel entonces: el papá tenía que coger en brazos al bebé. Era una de esas leyes naturales en las que siempre insistía Temis. (También había una ley natural que prohibía comerse a los hijos, pero a Temis le daba miedo mencionárselo a Cronos).

Así que Rea tuvo que armarse de valor.

—Mi señor, te presento a tu hija, Hera.

Ñam.

Esta vez, Rea abandonó la sala del trono sin sufrir un ataque de nervios. El dolor, la tristeza y la incredulidad la habían dejado paralizada. Se había casado con un mentiroso patológico que, además, era un asesino y un caníbal que devoraba bebés.

¿Podía ser peor?

¡Ah, esperad! También era el rey del universo y tenía un montón de secuaces poderosos, así que no había forma de enfrentarse a él ni de huir.

Pues sí, podía ser peor.

Dio a luz a otros dos bebés dioses, perfectos y encantadores. El cuarto bebé fue un chico llamado Hades. Rea esperaba que Cronos lo dejara vivir, ya que todos los padres quieren tener un hijo para jugar al fútbol con él, ¿no? Pues no. ¡Otro para dentro!

El quinto bebé fue otro chico, Poseidón. Lo mismo de siempre. Ñam.

En ese momento, Rea huyó del palacio. Lloró y aulló, sin saber qué hacer. Acudió a sus hermanos, a sus sobrinos, a cualquiera que la escuchara. Suplicó ayuda. Los demás titanes temían demasiado a Cronos (como Temis) o trabajaban para él (como Hiperión), así que le dijeron que parase de gimotear.

Al final, Rea visitó a su hermana Febe en el Oráculo de Delfos, pero, por desgracia, ni siquiera el Oráculo supo aconsejarla. Rea se fue corriendo hasta el prado más cercano, se tiró al suelo y empezó a llorar. De repente, oyó unos susurros que procedían de la tierra: era la voz de Gea, que seguía dormida; pero, incluso en sueños, la Madre Tierra no podía soportar los lamentos de su encantadora hija.

—Cuando estés a punto de dar a luz a tu siguiente hijo —dijo la voz de Gea—, ¡ve a Creta para el parto! ¡Allí te ayudarán! ¡Este bebé será distinto! ¡Salvará a los otros!

Rea se sorbió los mocos e intentó recuperar la compostura.

—¿Dónde está Creta?

—Es una isla del sur —dijo la voz de Gea—. Ve por el mar Jónico hasta Kalamata, más o menos. Después gira a la izquierda y... ¿sabes qué te digo? Ya la encontrarás.

Cuando llegó el momento y a Rea empezó a crecerle la tripa, respiró hondo unas cuantas veces, se tranquilizó y entró con andares de pato en la sala del trono.

—Mi señor Cronos —dijo—, me voy a Creta. Volveré con el bebé.

—¿A Creta? —repitió Cronos, frunciendo el ceño—. ¿Qué se te ha perdido en Creta?

—Bueno... Sabes que Ceo y Febe a veces ven el futuro, ¿no?

—Sí, ¿y?

—No quería chafarte la sorpresa, pero han predicho que, si tengo este bebé en Creta, ¡será el que más te guste de todos! Y por supuesto, mi señor, mi único deseo es agradarte.

Cronos frunció el ceño. Sospechaba, pero también pensaba: «Me he comido a cinco niños y Rea sigue aquí. Si quisiera intentar algo raro, ya lo habría hecho».

Además, en aquel momento le costaba pensar: llevaba a cinco diosillos dándole vueltas en las tripas, reclamando su espacio, así que siempre se sentía como si hubiera acabado de darse un banquete y necesitara una siesta.

Cinco dioses en un estómago... si es que había gente suficiente para un partido de dobles de tenis, árbitro incluido... Llevaban tanto tiempo allí dentro que seguramente tuvieran la esperanza de que Cronos se tragara una baraja de cartas o un juego de Monopoly.

En fin, que Cronos miró a Rea y dijo:

—¿Me traerás al bebé de inmediato?

—Por supuesto.

—Vale, pues vete. ¿Dónde está Creta?

—No estoy segura, ya la encontraré.

Y así fue. En cuanto llegó, la recibieron unas ninfas muy amables que también habían oído la voz de Gea. Llevaron a Rea a una cueva cómoda y bien iluminada a los pies del monte Ida. El arroyo de las ninfas estaba cerca, así que Rea tendría mucha agua dulce a mano. El generoso bosque le ofrecía comida de sobra.

Sí, lo sé: los inmortales se alimentaban, básicamente, de néctar y ambrosía, pero podían comer otras cosas en caso de necesidad. No tendría mucha gracia ser dios si no pudieras disfrutar de una pizza de vez en cuando.

Rea dio a luz a un saludable bebé dios. Era el más perfecto y más bello de los que había tenido hasta entonces. Rea lo llamó Zeus, lo que, dependiendo de a quién le preguntes, significa «cielo», «brillante» o simplemente «vivo». Yo voto por la última, porque me parece que, a estas alturas, Rea pedía poco: mantener al niño vivo y lejos de estómagos hostiles.

Zeus empezó a llorar, puede que porque sintiera la ansiedad de su madre. El sonido rebotó por las paredes de la cueva y salió al exterior; era tan fuerte que todo el mundo supo que había nacido un bebé.

—Ay, genial —murmuró Rea—. Prometí llevarle el niño a Cronos de inmediato. Ahora se lo contarán y se tragará a mi bebé.

El suelo de la cueva tembló y una gran piedra surgió de la tierra: una roca suave y ovalada, del mismo tamaño y peso que el bebé dios.

Rea no era estúpida, así que supo que se trataba de un regalo de Gea. Que tu madre te regale una roca no es muy emocionante, pero Rea comprendió lo que debía hacer con ella. Envolvió la piedra en mantitas de bebé y entregó el bebé de verdad, Zeus, a las ninfas para que cuidaran de él. Lo único que esperaba era que el truco funcionara al llegar a palacio.

—Lo visitaré siempre que pueda —prometió Rea a las ninfas—. Pero ¿cómo vais a cuidar del bebé?

—No te preocupes —respondió Neda, una de las ninfas—. Podemos alimentarlo con miel de las abejas cercanas. Y, para conseguir leche, tenemos una cabra inmortal que es la repera.

—¿Una qué? —preguntó Rea.

Las ninfas le enseñaron su cabra, Amaltea, que producía una leche de cabra mágica excelente con distintos sabores, incluida la desnatada, la de sabor a chocolate y la leche en polvo para bebés.

—Una cabra muy bonita —reconoció Rea—. Pero ¿y si el bebé llora? Desde su trono en el monte Otris, Cronos lo oye todo. Ya os habréis dado cuenta de que este crío tiene unos buenos pulmones. Cronos sospechará algo.

Neda se lo pensó. Llevó a Rea a la entrada de la cueva y llamó a la Madre Tierra.

—¡Oh, Gea! Sé que estás durmiendo y tal, perdón por las molestias, pero no nos vendría mal un poco de ayuda para cuidar de este niño. ¡A ser posible, una ayuda que haga mucho ruido!

El suelo volvió a temblar. Surgieron de él tres nuevos ayudantes, nacidos de la tierra y de la sangre de Urano derramada (como dije, cayó por todas partes). Estos chicos eran humanoides grandes y peludos vestidos con pieles, plumas y cuero, como si estuvieran de camino a un festival primitivo en lo más profundo de la selva. Iban armados con lanzas y escudos, así que parecían más guerreros que niñeras.

—¡Somos los curetes! —gritó uno de ellos a pleno pulmón—. ¡Nosotros os ayudaremos!

—Gracias —respondió Rea—. ¿De verdad tenéis que gritar tanto?

—¡Estoy susurrando! —chilló el guerrero.

El bebé Zeus se echó a llorar otra vez. Al instante, los tres guerreros iniciaron unos cuantos bailes tribales muy chulos mientras golpeaban los escudos con las lanzas, entre gritos y cánticos. Así disimularon la mar de bien los llantos del bebé.

El caso es que al bebé Zeus pareció gustarle aquel ruido y se quedó dormido en los brazos de la ninfa Neda. Los curetes pararon.

—Vale, bien —dijo Rea, aunque le pitaban los oídos—, parece que lo tenéis todo bajo control. —Cogió en brazos a su falso bebé—. Deseadme suerte.

Al llegar al monte Otris, Rea entró rápidamente en el salón del trono con la roca en brazos. La aterraba que el plan no funcionara, pero, después de tantos años casada con Cronos, empezaba a dársele bien lo de fingir. Se fue directa al rey caníbal y le gritó:

—¡Este bebé es el mejor de todos! ¡Un niño que se llama... esto... Roco!  
¡Supongo que también te lo comerás!

Cronos hizo una mueca. La verdad es que no le hacía mucha gracia tener que tragarse a otro bebé dios: ¡estaba lleno! Pero, cuando eres rey, has de cumplir con tu deber.

—Sí, lo siento, cielo —dijo—. Debo comérmelo, por la profecía y todo eso.

—¡Te odio! —gritó ella—. ¡Urano era un padre horrible, pero él, al menos, no se nos comió!

—¡Dame ese niño! —gruñó Cronos.

—¡No!

Cronos rugió, se desencajó la mandíbula y le enseñó su extraordinaria habilidad abriendo la boca.

—¡¡Dámelo ya!!

Le arrancó de los brazos la piedra envuelta en pañales y se la tragó sin siquiera mirarla, como Rea esperaba.

En el estómago de Cronos, los cinco jóvenes dioses sin digerir oyeron cómo rodaba la piedra por el esófago.

—¡Que viene! —chilló Poseidón.

Se movieron todo lo que pudieron en el poco espacio que tenían, y Roco aterrizó entre ellos.

—Esto no es un bebé —se dio cuenta Hades—. Creo que es una roca.

Era muy observador, el tío.

Mientras tanto, en la sala del trono, Rea tuvo un berrinche digno de un Óscar. Gritó, pataleó y llamó a Cronos todo tipo de cosas desagradables.

—¡¡Roocoooo!! —se desgañitó—. ¡¡Nooo!!

Cronos empezaba a tener un dolor de estómago horrible.

—Ese crío llena mucho —se quejó—. ¿Qué le has dado de comer?

—¿Y a ti qué te importa? —gimió Rea—. ¡No pienso tener más hijos!

A Cronos le pareció bien. Estaba llenísimo.

Rea salió corriendo de la sala del trono entre gritos, y él no intentó detenerla.

Al final, las cosas se tranquilizaron en palacio. Cronos estaba convencido de que había evitado la maldición de Urano: no había modo de que sus hijos lo sustituyeran, ya que sabía perfectamente dónde estaban todos. ¡Era el rey del cosmos y nadie lo derrocaría!

Mientras tanto, Rea iba al monte Ida siempre que podía. Su bebé empezó a crecer, y ella se aseguró de que oyera un montón de cuentos sobre su horrible padre y sus cinco hermanos sin digerir, que estaban esperando a que alguien los rescatara de la barriga de Cronos.

Así que estaba claro que, cuando Zeus alcanzara la mayoría de edad, habría un enfrentamiento padre-hijo de proporciones épicas. Si queríais que la historia de Cronos y sus titanes tuviera un final de «fueron felices y comieron perdices», yo que vosotros dejaría de leer ahora mismo, porque en el siguiente capítulo Zeus entrará en erupción.



## Los dioses del Olimpo

aplantan algunas cabezas

La infancia de Zeus en el monte Ida estuvo muy bien. Se pasaba los días correteando por el campo entre ninfas y sátiros, aprendiendo a luchar con sus amigos chillones, los curetes, comiendo toda la miel y toda la leche de cabra mágica (¡ñam!) que quería y, por supuesto, sin ir al colegio, porque el colegio todavía no se había inventado.

Cuando se convirtió en un joven dios, ya era un tipo guapo, muy bronceado gracias al tiempo que pasaba en el bosque y en la playa. Tenía el pelo negro y corto, una barba bien recortada, y sus ojos eran tan azules como el cielo, aunque se podían nublar muy deprisa cuando se enfadaba.

Un día, su madre, Rea, fue a visitarlo en su carro tirado por leones.

—Zeus —le dijo—, necesitas un trabajo de verano.

Zeus se rascó la barba. Le gustaba la palabra *verano*. No estaba tan seguro de lo que pensaba sobre la palabra *trabajo*.

—¿Qué habías pensado?

A Rea le brillaban los ojos. Llevaba mucho tiempo planeando la venganza contra Cronos. Ahora, al ver a su hijo —tan seguro, tan fuerte y tan guapo—, sabía que había llegado el momento.

—En el palacio ha quedado libre un puesto de copero.

—Pero no tengo experiencia llevando copas —dijo Zeus.

—Es fácil —le prometió Rea—. Cuando el rey Cronos te pida una bebida, tú se la llevas. No pagan demasiado, pero el trabajo tiene otras ventajas, como poder derrocar a tu padre y convertirte en señor del cosmos.

—Mola —respondió Zeus—. Pero ¿no se dará cuenta Cronos de que soy un dios?

—Le he estado dando vueltas a eso. Tus hermanos han sobrevivido muchos años dentro del estómago de Cronos y, como tú, ya han crecido del todo. Eso quiere decir que son capaces de cambiar de forma y de tamaño. Por tanto, tú también debes de tener ese poder. Mira a ver si consigues parecer menos divino y más... titánico.

Zeus lo meditó. Ya había descubierto su habilidad para cambiar de forma. Una vez había asustado a sus cuidadoras ninfas transformándose en oso. Otra

vez se había transformado en lobo para ganar una carrera contra unos sátiros. Los sátiros dijeron que aquello era trampa, pero no lo era en absoluto. Era una carrera. Los lobos corrían. No es que se hubiera transformado en águila (aunque eso también podía hacerlo).

El único titán que Zeus había logrado ver de cerca era su madre, pero sabía que los titanes solían ser más grandes que él. No irradiaban poder, como él. Daban una impresión distinta, como un rollo más violento y rudo. Se imaginó como titán. Cuando abrió los ojos, era más alto que su madre por primera vez. Se sentía como si hubiera dormido mal después de pasarse el día estrangulando enemigos.

—¡Bien hecho! —exclamó Rea—. Ahora, a tu entrevista de trabajo.

Cuando Zeus vio el monte Otris por primera vez, se quedó boquiabierto. El palacio era enorme. Sus relucientes torres negras se alzaban entre las nubes como dedos codiciosos que intentaran atrapar las estrellas.

La fortaleza estaba pensada para inspirar miedo. Zeus lo comprendió de inmediato. Sin embargo, también parecía solitaria y lúgubre: no era un lugar divertido para ser rey. Zeus decidió que, si alguna vez se construía su propia casa, sería mucho más chula que Otris. No incidiría tanto en el *look* «señor de la oscuridad». Su palacio sería de un blanco deslumbrante.

«Cada cosa a su tiempo —se dijo—. Primero tengo que servir copas».

Rea acompañó a su hijo al salón real, donde el viejo rey caníbal estaba dormitando en su trono. Los años no se habían portado bien con Cronos, lo cual resultaba irónico, ya que era el señor del tiempo. No era que hubiese envejecido, no exactamente, pero parecía cansado y apático. Lo de marchitar y matar formas de vida mortales ya no le divertía. Pisotear humanos tampoco le hacía reír como antes, a pesar de que sus chillidos eran muy monos.

Había ganado peso de tanto comer y beber. Los cinco dioses que llevaba en el estómago tampoco ayudaban, ya que con los años habían aumentado de tamaño y de peso, y siempre estaban tratando de salir por la garganta de Cronos. Sus intentos habían sido infructuosos, pero Cronos tenía una terrible acidez de estómago.

Rea se acercó al trono.

—Mi señor, ¡quiero que conozcas a alguien!

Cronos roncó y abrió los ojos.

—¡No estaba dormido! —exclamó antes de parpadear para ver al guapo jovencuelo titán que tenía frente a él—. ¿Quién...?

El joven inmortal se inclinó.

—Soy Zeus, mi señor.

Zeus había decidido usar su nombre real porque... ¿por qué no? Cronos no lo conocía.

—Me gustaría ser tu copero.

Cronos examinó el rostro del recién llegado. Algo en él le resultaba vagamente familiar... el brillo de los ojos, la sonrisa torcida... pero, claro, todos los titanes eran parientes. Pensó que quizá fuera por eso. A esas alturas, Cronos tenía tantos sobrinos que había perdido la cuenta. De todos modos, aquel joven lo inquietaba...

Miró a su alrededor, intentando recordar quién le había presentado aquel chico, pero Rea ya se había perdido entre las sombras. El estómago de Cronos estaba demasiado lleno y le costaba pensar con claridad, con lo que enseguida se le olvidó su suspicacia.

—Bueno —le dijo al chico—, ¿tienes experiencia llevando copas?

Zeus sonrió.

—No, mi señor, pero aprendo rápido. También sé cantar, bailar y contar chistes de sátiros.

Zeus empezó a cantar una canción que le habían enseñado las ninfas. Después le mostró algunos de los movimientos de baile de los curetes. En el monte Otris hacía siglos que no pasaba nada tan interesante. Otros titanes se acercaron a la sala del trono para mirar. Enseguida empezaron las risas y los vítores. Hasta Cronos sonreía.

—Estás contratado —le dijo—. De hecho, tengo sed.

—¡Marchando una copa! —exclamó Zeus, que salió corriendo hacia la cocina, donde llenó un cáliz dorado de néctar muy frío.

Zeus no tardó nada en convertirse en el sirviente más popular del palacio. Sabía llevar las copas como nadie, cantaba con una voz tan clara como los arroyos del monte Ida y sus chistes de sátiros eran tan verdes que no puedo reproducirlos en un libro para toda la familia.

Siempre sabía lo que Cronos querría beber: néctar picante, néctar frío con una mondadura de limón, refresco de néctar con un poco de zumo de arándanos... También enseñó competiciones de beber a los titanes, muy populares entre los sátiros del monte Ida. Todos los comensales empezaban a beber a la vez, y el más rápido ganaba. ¿Qué ganaba? Bueno, nada, pero estaba muy bien para fardar, porque no hay nada que quede más masculino (y titánico) que el néctar goteándote por la barbilla y manchándote la camisa.

Aquellas competiciones reavivaron parte del espíritu competitivo de Cronos. Que sí, que era el rey del universo, pero seguía siendo el menor de doce hermanos, así que no podía permitir que ni sus hermanos ni sus sobrinos fueran mejores que él en nada. A pesar de que tenía el estómago siempre

llo, llegó a ser capaz de beberse una copa entera de néctar en tres segundos, y eso que las copas de los titanes eran del tamaño de bidones de agua...

Confiaba en que Zeus le llenaría la copa con lo que mejor entrara.

Y ese era justamente el plan de Zeus.

Una noche, mientras Cronos cenaba con sus lugartenientes favoritos, Zeus preparó unas cuantas mezclas especiales para la competición de beber. Las ninfas del monte Ida le habían enseñado mucho sobre hierbas y demás. Sabía qué plantas servían para adormilar, cuáles para marear y cuáles te hacían sentir tan tan mal que desearías sacarte el estómago del cuerpo.

Para los invitados del rey, Zeus preparó un néctar especial de buenas noches extramareante. Para Cronos, una mezcla especial de néctar y mostaza. Algunas versiones de la historia dicen que Zeus utilizó vino, pero no puede ser cierto, ya que el vino todavía no se había inventado. Ya llegaremos a eso.

En fin, que lo que puso en la copa de Cronos era superdesagradable. Zeus la dejó a un lado y esperó el momento oportuno.

La cena empezó como siempre, con mucha bebida y comida y las últimas novedades titánicas del día. Zeus no paró de servir néctar. Entretuvo a los invitados con sus chistes y sus canciones. Al final de la noche, cuando todos estaban satisfechos, relajados y soñolientos, Zeus comenzó a elogiar el aguante del rey con la bebida.

—¡No hay nadie que pueda con Cronos bebiendo! —proclamó—. Deberíais verlo. Está como una cabra. Vamos, que su récord está en... ¿tres segundos?

—Arj —dijo Cronos, porque ya estaba lleno y esperaba librarse de la competición de beber.

—Si quisiera —añadió Zeus—, ¡podría beber más deprisa que todos vosotros! Seguro que sería capaz de establecer un nuevo récord hoy mismo. ¿No os gustaría verlo?

Atlas, Hiperión, Ceo y los demás lanzaron vítores y pidieron una competición.

Cronos no estaba de humor, en absoluto, pero no podía negárselo: su honor de bebedor estaba en juego. Le hizo un gesto a Zeus para que les sirviera otra ronda.

Zeus corrió a la cocina y recogió sus brebajes especiales. Ofreció a los invitados su néctar de buenas noches y después sirvió a Cronos el último, para no darle tiempo al rey para oler el brebaje antes de exclamar:

—¡Preparados, listos, ya!

Los titanes se tragaron sus sabrosos cócteles. Cronos notó de inmediato que

su néctar sabía raro, pero aquello era una competición: no podía parar de beber. ¡Si precisamente se trataba de apurar la copa! Supuso que sus papilas gustativas estaban un poco tocadas. Al fin y al cabo, Zeus nunca le había fallado.

Cronos apuró el néctar en dos segundos y medio, dejó de un manotazo la copa sobre la mesa, boca abajo, y gritó:

—¡Gané! ¡Ga...!

El siguiente sonido que salió de su boca fue como si le hicieran la maniobra de Heimlich a una morsa.

No hay forma agradable de explicarlo: Cronos potó. Potó un vómito digno del rey del universo. Un vómito real.

El estómago intentó salirse por la boca. La boca se le desencajó sola —para potarte mejor, querida— y disparó cinco dioses, una roca muy pringosa, un montón de néctar, algunas galletas y una matrícula de carro. Y no, no sé cómo llegó ahí dentro esto último.

Allí mismo, en la mesa de comedor, los cinco dioses vomitados crecieron de inmediato hasta alcanzar forma adulta. Los invitados titanes los contemplaban, asombrados, con la mente un tanto espesa por culpa del néctar adulterado.

En cuanto a Cronos, seguía tratando de catapultar sus tripas al otro extremo de la sala del trono.

—¡Coged... —arcada— los!

Atlas fue el primero en reaccionar.

—¡Guardias! —gritó, e intentó levantarse, pero estaba tan mareado que cayó en el regazo de Hiperión.

Zeus quiso hacerse con la guadaña de su padre: deseaba cortar en rebanadas al viejo caníbal sin demora. Pero los otros titanes empezaban a recuperarse de la conmoción. Puede que el brebaje los hubiera vuelto lentos y que estuvieran adormilados, pero tenían armas, mientras que la única arma de Zeus era su bandeja. Su ejército consistía en cinco dioses desarmados y pringosos que habían pasado muy poco tiempo fuera de un estómago, y menos aún en combate.

La sala del trono empezó a llenarse de guardias.

Zeus se volvió hacia sus desconcertados hermanos.

—Soy vuestro hermano, Zeus. Seguidme, y obtendréis libertad y venganza. Además de miel y leche de cabra.

A los dioses les bastaba con aquello. Mientras Cronos vomitaba y sus guerreros intentaban blandir las armas, Zeus y sus hermanos se convirtieron en águilas y salieron volando de palacio.

—¿Y ahora qué? —preguntó Hades.

Los seis dioses se habían reunido en la guarida secreta de Zeus en el monte Ida, a la que se negaban a llamar la Cueva de Zeus. Zeus les había informado sobre lo que estaba sucediendo en el mundo, pero todos sabían que no podían quedarse mucho tiempo en el monte Ida. Las ninfas habían oído rumores que susurraba la tierra: Cronos había enviado a sus titanes a peinar el mundo en busca de los fugados. Los quería de vuelta, ya fuera encadenados o en pedacitos. No era exigente.

—Ahora lucharemos —dijo Zeus.

Poseidón gruñó. Solo llevaba un día fuera de la tripa de Cronos, pero ya empezaba a tenerle manía a su hermano pequeño, a aquel advenedizo de Zeus, que pensaba que estaba al mando solo porque los había rescatado.

—Estoy más que dispuesto a luchar contra papá —dijo Poseidón—, pero necesitamos armas. ¿Las tienes?

—Bueno, no...

—Quizá podamos hacer las paces —sugirió Hestia.

Los demás la miraron como si estuviera medio loca. Hestia era la mayor y la más dulce de todos, pero sus hermanos no la tomaban demasiado en serio. Me pregunto cómo sería el mundo si hubieran puesto a Hestia al mando, pero, bueno, no fue así.

—Mira, no —intervino Deméter—, yo nunca perdonaré a nuestro padre. Quizá podamos robarle la guadaña. ¡Podríamos cortarlo en pedacitos, como hizo él con Urano! Después podría usar la guadaña para algo mejor, ¡como segar trigo! ¿Os habéis fijado en los preciosos campos que hemos sobrevolado?

—Pero ¿qué obsesión tienes con los cultivos? —le preguntó Hera, frunciendo el ceño—. Te has pasado todos estos años hablando de plantas dentro del estómago de Cronos, ¡plantas que no habías visto antes de hoy!

Deméter se ruborizó.

—No lo sé, siempre he soñado con campos verdes. Son tan pacíficos, tan bellos y...

Rea, su madre, apareció en el claro. Abrazó a todos y cada uno de sus queridos hijos mientras lloraba de alegría al verlos por fin libres. Después los reunió y dijo:

—Sé dónde podéis conseguir armas.

Les contó la historia de los centimanos y los cíclopes mayores, que Cronos había exiliado al Tártaro por segunda vez.

—Los centimanos son unos albañiles increíbles —dijo Rea—. Son los que construyeron el palacio de Cronos.

—Que es alucinante —reconoció Zeus.

—Son fuertes y odian a Cronos —siguió explicando Rea—. Serían buenos guerreros. En cuanto a los cíclopes, son unos herreros excelentes. Si hay alguien capaz de forjar armas más poderosas que la guadaña de vuestro padre, son ellos.

Los oscuros ojos de Hades se iluminaron: la idea de descender a la zona más peligrosa e infame de la creación lo atraía.

—Entonces, vamos al Tártaro y sacamos a los cíclopes y a los centimanos.

—Pan comido —dijo Hera, que sabía lo que era el pan porque Cronos lo comía en cantidades ingentes. Las migas siempre se le pegaban al pelo—. Vamos.

Puede que una fuga del Tártaro no nos parezca fácil ni a vosotros ni a mí, pero no hay nada que se resista a seis dioses si estos se lo proponen. Hades encontró una red de cuevas que conducía a las profundidades del inframundo. Parecía dársele bien lo de orientarse por los túneles. Guio a sus hermanos por un río subterráneo llamado Estigio hasta el punto en que se derramaba por un acantilado que daba al vacío del Tártaro. Los dioses se convirtieron en murciélagos (aunque más bien podría decirse que estaban como cabras, ya me entendéis) y volaron al abismo.

Al llegar al fondo se encontraron con un paisaje sombrío de agujas de roca, desolados parajes grises, pozos ardientes y nieblas venenosas, con todo tipo de monstruos desagradables y espíritus malvados vagando por todas partes. Al parecer, Tártaro, el espíritu del pozo, había estado engendrando más dioses primordiales allí abajo, en la oscuridad, y ellos, a su vez, habían tenido hijos.

Los seis jóvenes dioses avanzaron con sigilo hasta encontrar la zona de máxima seguridad, rodeada por un alto muro de metal y patrullada por demonios. En su forma de murciélagos, a los dioses no les costó sobrevolar el muro; sin embargo, una vez dentro, vieron al carcelero y estuvieron a punto de rajarse.

Cronos en persona había contratado al monstruo más horrendo del Tártaro para que se asegurara de que sus valiosos prisioneros nunca escaparan.

Se llamaba Campe.

No sé si Cronos la encontró en una web de ofertas de trabajo o qué, pero si las peores criaturas de vuestras pesadillas tuvieran pesadillas, seguramente soñarían con Campe. De cintura para arriba era una humanoide con

serpientes en vez de pelo. Si os resulta familiar es porque más tarde su estilismo capilar se puso bastante de moda entre otros monstruos. De cintura para abajo, era un dragón de cuatro patas. Miles de víboras le brotaban de ellas como si fueran faldas de hierba. Le rodeaban la cintura las cabezas de cincuenta animales espantosos —osos, jabalíes, tejones... todo lo que imaginéis— que siempre estaban lanzando dentelladas e intentando comerse la camisa de Campe.

De los omóplatos le brotaban dos grandes alas oscuras de reptil. Su cola de escorpión azotaba el suelo, goteando veneno. En resumen, Campe no ligaba demasiado.

Los dioses la observaban desde detrás de un montón de rocas mientras la monstruosa carcelera iba de acá para allá y azotaba de vez en cuando a los cíclopes mayores con un feroz látigo; a los centimanos les pinchaba con la cola de escorpión al menor gesto de indisciplina.

Los pobres prisioneros se veían obligados a trabajar sin descanso; sin agua, sin dormir, sin comida, sin nada. Los centimanos permanecían en el extremo más lejano del patio, donde extraían bloques de piedra del duro suelo volcánico. Los cíclopes trabajaban en el extremo más cercano a los dioses. Cada uno de ellos tenía una forja en la que fundían metales y martilleaban planchas de hierro y bronce. Si los cíclopes intentaban sentarse o hacer una pausa breve para recuperar el aliento, Campe les marcaba la espalda con el látigo.

Lo que es peor, los prisioneros tenían prohibido terminar lo que empezaban. En cuanto los centimanos amontonaban una buena pila de bloques de construcción, Campe los obligaba a reducir la piedra a escombros. Siempre que los cíclopes estaban a punto de terminar un arma, un escudo o una simple herramienta que pareciera peligrosa, Campe los confiscaba y los lanzaba a los pozos en los que borboteaba el magma.

Seguramente estaréis pensando: «Oye, había seis tíos enormes y una sola Campe, ¿por qué no la atacaban?».

Pues porque Campe tenía el látigo. Además, el veneno de su cola era tan potente que podía dejar incapacitado a un cíclope mayor durante horas, horas que pasaría retorciéndose de dolor. La dama dragón era aterradora de verdad, y los prisioneros tenían los pies encadenados para que no se alejaran demasiado.

Por otro lado, tanto los centimanos como los cíclopes eran criaturas amables. A pesar de su aspecto, eran constructores, no guerreros. Si les dabas un cubo lleno de piezas de Lego, los tenías contentos unos cuantos días.

Zeus esperó a que Campe se fuera al otro extremo del patio de la prisión y aprovechó para acercarse con sigilo al cíclope más cercano.

—¡Pssst! —lo llamó.



El cíclope bajó el martillo y se volvió hacia Zeus, aunque su único gran ojo llevaba tanto tiempo contemplando las llamas que no veía con quién hablaba.

—No me llamo Pssst —dijo—. Soy Brontes.

«Ay, madre —pensó Zeus—. Esto me va a llevar un rato».

—Oye, Brontes —empezó Zeus en tono alegre y lento, como si intentara convencer a un cachorrito para que saliera de su caja—, me llamo Zeus. He venido a rescatarte.

—No es la primera vez que me lo dicen —contestó Brontes, frunciendo el ceño—. Cronos nos engañó.

—Sí, lo sé —le dijo Zeus—. Cronos también es mi enemigo. Juntos nos vengaremos y lo meteremos a él aquí dentro. ¿Qué te parece?

—Suenan bien, pero ¿cómo?

—Primero necesitaremos armas —contestó Zeus—. ¿Nos podéis fabricar algunas?

Brontes negó con la cabeza.

—Campe siempre está vigilando. No nos deja terminar ningún proyecto.

—¿Y si cada uno hace una parte distinta de cada arma? —sugirió Zeus—. Después podéis montarlas en el último segundo y lanzárnoslas. Campe no se enterará.

—Qué listo eres.

—¿Verdad? Corre la voz entre tus amigos.

Zeus volvió a esconderse detrás de las rocas.

Brontes susurró el plan a sus hermanos Arges y Estéropes. A continuación se pusieron a martillar los yunques según un código secreto que habían creado y de ese modo transmitieron el mensaje a los centimanos, que estaban al otro lado del patio: Briares, Coto y Giges.

Sé que son unos nombres horribles, pero recordad que Gea no tuvo mucho tiempo para coger en brazos a sus monstruosos trillizos antes de que Urano los lanzara al Tártaro. Al menos no acabaron llamándose Juanito, Jorgito y Jaimito.

Los dioses esperaron en la oscuridad hasta que los cíclopes forjaron las piezas de las nuevas armas, que en apariencia no eran más que chismes incompletos e inofensivos. No sé si aquello habría pasado el control de seguridad de un aeropuerto, pero bastó para engañar a Campe.

En la siguiente ocasión en que la dragona le dio la espalda para dirigirse al otro extremo del patio, Brontes montó rápidamente la primera arma mágica y se la lanzó a Zeus. Parecía un cohete de bronce de casi un metro y medio de largo, con ojivas en ambos extremos. La mano de Zeus encajaba perfectamente en el centro. En cuanto lo levantó, todo el cuerpo le cosquilleó de poder.

Poseidón frunció el ceño.

—¿Qué es eso? No es una guadaña.

Los extremos escupían chispas. La electricidad creaba arcos de una punta a la otra. Zeus apuntó con aquel cacharro a una roca cercana, y mil tentáculos de luz la redujeron a polvo.

—Sí, señor —dijo Zeus—. Esto servirá.

Por suerte, Campe no pareció notar el estallido. Es posible que en el Tártaro las cosas estuvieran todo el día explotando.

Unos minutos después, Brontes les lanzó una segunda arma: una lanza con tres dientes. Poseidón la cogió.

El dios se enamoró al instante del tridente: ¡le encantaban las cosas puntiagudas! Además, sentía vibrar el poder de las tormentas a través de la lanza. Si se concentraba, un tornado en miniatura se arremolinaba en torno a las tres puntas, más rápido y más grande cuanto más empeño le ponía. Cuando plantó la lanza en la tierra, el suelo del pozo empezó a temblar y a agrietarse.

—La mejor arma del mundo mundial —anunció.

Brontes les lanzó un tercer objeto. Esta vez lo cogió Hades: un reluciente casco de guerra de bronce decorado con escenas de muerte y destrucción.

—Vosotros conseguís armas y yo tengo que quedarme un gorro —refunfuñó.

Se lo puso y desapareció.

—Tío, que eres invisible —le dijo Zeus.

—Sí. —Hades suspiró con tristeza—. Ya estoy acostumbrado.

—No, quiero decir que eres invisible de verdad.

—Ah.

Hades se concentró y volvió a hacerse visible.

—Ese gorro da miedo —comentó Deméter.

—Sí —coincidió Hades—, es verdad.

Decidió probar otra cosa: miró con rabia a sus hermanos, y el casco emitió unas ondas de puro terror. Zeus y Poseidón empalidecieron y se pusieron a sudar. Zeus estuvo a punto de soltar su nuevo palo de truenos.

—¡Para ya! —le pidió Zeus entre dientes—. ¡Me estás poniendo de los nervios!

—Vale, puede que el gorro no esté tan mal —contestó Hades, sonriente.

Hera cruzó los brazos y resopló, desdeñosa.

—Los chicos y sus juguetes. Supongo que nosotras nos quedamos sin armas, ¿no? ¿Vamos a tener que quedarnos aquí para animaros con los pompones mientras los tres lucháis?

Zeus le guiñó un ojo y repuso:

—Tranqui, nena, que yo te protejo.

—Creo que voy a vomitar —dijo Hera.

Es posible que los cíclopes hubieran fabricado también armas para las mujeres, pero, en aquel momento, Campe se volvió y se dirigió de nuevo hacia ellos. Puede que viera el humo del relampagazo de Zeus o las nubes arremolinadas en torno al tridente de Poseidón. Quizá le llegara el rastro de terror que flotaba en el aire por culpa del casco de Hades. Fuera lo que fuese lo que la alertó, el caso es que detectó la presencia de los dioses.

Alzó el látigo y rugió:

—¡¡Roaaaaarrrrrr!!

Cargó contra el escondite, agitando la cola mientras las miles de víboras que le rodeaban las patas goteaban veneno.

—Genial —masculló Hera.

—Yo me encargo —le prometió Zeus.

Se levantó, alzó su rayo de bronce y concentró toda su energía en el arma.

¡Brrroooooommm!

Una columna de energía candente salió disparada hacia Campe; la luz más cegadora que se hubiera visto en el Tártaro.

Campe tuvo el tiempo justo de pensar «oh, oh» antes de que el rayo la redujera a un millón de crepitantes trocitos de confeti de reptil.

—¡Así me gusta! —gritó Zeus, exultante.

Poseidón bajó el tridente.

—Tío, déjanos probar a los demás.

—Id a liberar a los cíclopes y a los centimanos —le sugirió Zeus.

Poseidón refunfuñó, pero utilizó el tridente para golpear las oscuras cadenas que sujetaban los pies de los prisioneros.

—Gracias —dijo Brontes—. Te ayudaremos a luchar contra Cronos.

—¡Genial! —exclamó Zeus.

Hera se aclaró la garganta.

—Sí, pero en cuanto a esas armas para las chicas... —empezó a decir.

Al otro lado de los muros de bronce, resonaron por todo el pozo unos rugidos monstruosos. Seguramente, todos los espíritus y bestias del Tártaro habían visto la luz del relámpago y se acercaban a investigar.

—Deberíamos marcharnos —dijo Deméter—. A la de ya.

Aquella era la mejor idea no agrícola que había tenido Deméter en su vida, así que Hades condujo a sus hermanos de vuelta al mundo superior, junto con sus seis nuevos amigos.

Cronos no era un tío al que se derrotara fácilmente.

Según casi todas las versiones, la guerra de los titanes duró diez años... O puede que Cronos utilizara sus trucos temporales para que parecieran diez años, con la esperanza de que los dioses se rindieran. Si este fue el caso, no funcionó.

Rea, la Gran Madre, visitó a todos los titanes que pudo para intentar convencerlos de que se unieran a Zeus. Muchos la escucharon. Al fin y al cabo, Cronos no era el líder más popular del universo. Casi todas las titánides ayudaron a Zeus o se mantuvieron al margen. Prometeo, el creador de los humanos, fue lo bastante listo como para permanecer neutral. Océano se quedó en las profundidades del océano. Helios y Selene, el sol y la luna, aceptaron no tomar partido con tal de conservar sus trabajos.

Eso dejaba en el mismo bando a Cronos y a la mayoría de los demás titanes, con Atlas como general y campeón de su ejército.

Los dioses y los titanes se enzarzaron en múltiples escaramuzas, en las que volaron en pedazos alguna que otra isla y volatizaron algún mar que otro. Los titanes eran fuertes y estaban bien armados. Al principio, llevaban ventaja. A pesar de las armas mágicas de los cíclopes, los dioses no estaban acostumbrados a luchar. Cuesta no soltar el tridente y salir pitando cuando Atlas carga contra ti gritando y blandiendo la espada.

Pero los dioses aprendieron a luchar. Al final, los cíclopes armaron a todos los aliados de Zeus con armas de última generación. Los centimanos aprendieron a lanzar lluvias de piedras como si fueran catapultas vivientes.

Estaréis pensando: «¿Tan difícil es lanzar rocas?».

Vale, pues intentad vosotros lanzar rocas con las dos manos a la vez y acertar a vuestro objetivo. No es tan fácil como parece. Ahora, imaginad coordinar cien manos, todas lanzando rocas del tamaño de frigoríficos. Si no os andáis con ojo, acabáis tirando rocas por todas partes y aplastando tanto a vuestros aliados como a vosotros mismos.

Una vez que los dioses aprendieron a luchar, la guerra se alargó mucho tiempo porque ninguno de los combatientes de ambos bandos podía morir. Si apuñalabas a un tío, le lanzabas un rayo o le tirabas una casa encima, no se acababa la historia. Después había que capturar al enemigo y asegurarse de que estuviera tan herido que nunca se curara. Después tenías que decidir qué hacer con su cuerpo lisiado. Como bien sabía Zeus, ni siquiera lanzar a alguien al Tártaro era garantía de que se quedara allí para siempre.

Las pequeñas escaramuzas no iban a decidir nada.

Al final, a Zeus se le ocurrió un gran plan.

—Tenemos que asaltar el monte Otris —les dijo a sus hermanos en la reunión semanal sobre el estado de la guerra—. Un ataque frontal contra su sede, con todas las fuerzas. Si lo hacemos, los titanes hostiles correrán a proteger a Cronos. Así podremos acabar con todos ellos a la vez.

—En otras palabras —dijo Hades—: quieres que nos suicidemos.

Poseidón se apoyó en su tridente.

—Por una vez, estoy de acuerdo con Hades. Si subimos a pie, Atlas estará esperándonos. Sus tropas estarán en terreno elevado y nos aplastarán. Si intentamos entrar volando, nos derribarán. Tienen un montón de armas que lanzan misiles antidioses.

A Zeus le brillaban los ojos.

—Pero yo tengo otro plan. Los ablandaremos un poco atacándolos desde la montaña de al lado.

—¿Que vamos a hacer qué? —preguntó Deméter.

Parecía incómoda dentro de su armadura, a pesar de que la había diseñado ella misma. Había pintado una gavilla de cebada y una margarita en su escudo, y como arma principal había elegido una aterradora pala de jardín.

Zeus dibujó en el suelo un mapa de las tierras griegas. Cerca del monte Otris

había otra montaña, no tan grande ni tan conocida: se llamaba monte Olimpo.

—Escalaremos el Olimpo —explicó Zeus—. No se lo esperarán, pero Otris estará a tiro de misil. Los centimanos pueden lanzar lluvias de rocas. Yo dispararé mis rayos. Poseidón convocará tormentas y terremotos.

—Y yo me volveré invisible —dijo Hades.

Zeus dio una palmada en el hombro de su hermano.

—Tú también tienes un trabajo importante: enviar ondas de terror a las filas enemigas. Cuando destruyamos sus defensas, volaremos todos hasta allí...

—¿Incluidas las tres diosas? —apuntó Deméter—. Nosotras también podemos luchar, ¿sabes?

—¡Claro que sí! —exclamó Zeus, con una sonrisa nerviosa—. ¿Creías que me había olvidado de vosotras?

—Sí —respondió Deméter.

—Estooo... bueno, en fin, que volamos al monte Otris, aplastamos a quien quede en pie y nos los llevamos a todos prisioneros —concluyó Zeus.

—Yo todavía pienso que deberíamos hacer las paces —dijo Hestia mientras se envolvía en su sencillo chal marrón.

—¡¡No!! —gritaron los demás.

Hera dio unos toquitos al mapa del suelo.

—Este plan es una locura. Me gusta.

Así que aquella noche, al abrigo de la oscuridad, los dioses y sus aliados subieron al monte Olimpo por primera vez.

A la mañana siguiente, mientras Helios conducía por el cielo su imán para las nenas, el rey Cronos se despertó al oír algo similar a un trueno. Seguramente porque era un trueno.

Aparecieron nubes de tormenta por todas partes. Zeus lanzó un rayo que reventó la torre más alta y la convirtió en metralla de mármol negro. Los centimanos arrojaron tantas rocas contra el monte Otris que, cuando Cronos miró por la ventana, parecía que llovieran electrodomésticos de gran tamaño.

Las cúpulas del bello palacio se derrumbaron, formando nubes de polvo con forma de champiñón. Los muros se desmoronaban. Las columnas caían como fichas de dominó. Los centimanos habían construido el monte Otris, así que sabían muy bien cómo destruirlo.

Mientras el palacio temblaba, Cronos agarró su guadaña y llamó a sus

hermanos para atacar, pero el tema era que a) las guadañas no sirven de mucho contra cantos rodados y rayos, b) nadie lo oía con tanto ruido y c) el palacio se desintegraba a su alrededor. Justo mientras decía «¡Vamos, titanes!», una sección de techo de tres toneladas se le cayó encima.

La batalla fue una masacre, si puede hablarse de masacre cuando nadie muere. Unos cuantos titanes intentaron contraatacar, pero acabaron enterrados en una avalancha de escombros y rocas.

Después del ataque inicial, los dioses llegaron volando y barrieron a la resistencia. Poseidón provocó terremotos que se tragaron a sus enemigos. Hades aparecía en uno y otro lado, por sorpresa, y gritaba: «¡Bu!». Su casco del terror (o su gorro de los sustos, como lo llamaban los demás) hacía que los titanes saltaran por los precipicios o huyeran a los brazos de los cíclopes mayores.

Cuando se asentó el polvo y las nubes de tormenta se alzaron, hasta los dioses se quedaron impresionados con lo que habían hecho.

No solo había desaparecido el palacio de Cronos, sino que toda la cima del monte Otris se había ido a la porra.

¿Os había dicho ya que el monte Otris era la montaña más alta de Grecia? Pues ya no. Hoy en día, el monte Olimpo, que antes era la montaña más pequeña de las dos, tiene casi tres mil metros de altitud. El monte Otris, solo mil quinientos y pico. Básicamente, Zeus y los centimanos cortaron la montaña por la mitad.

Los cíclopes desenterraron a los titanes de entre los escombros y los encadenaron. No escapó ninguno. Llevaron a rastras ante Zeus al general Atlas y a los cuatro hermanos que controlaban las cuatro esquinas del mundo, y los obligaron a arrodillarse.

—¡Ah, mis queridos tíos! —se rio Zeus entre dientes—. Ceo, Crío, Hiperión y Jápeto, los cuatro os vais derechitos al Tártaro, ¡y allí os quedaréis para siempre!

Los cuatro hermanos agacharon la cabeza, avergonzados, pero el general Atlas se rio de sus captores.

—¡Dioses enclenques! —bramó. A pesar de estar cargado de cadenas, intimidaba—. No sabéis nada sobre cómo funciona el universo. Si lanzáis a estos cuatro al Tártaro, ¡el cielo se os caerá encima! Su presencia en las cuatro esquinas de la tierra es lo único que evita que todo Urano se derrumbe sobre nosotros.

—Puede —dijo Zeus, sonriendo—, pero, por suerte, Atlas, ¡tengo una solución! Siempre estás alardeando de lo fuerte que eres. A partir de ahora, vas a sostener el cielo tú solito.

—¿Qué?

—Brontes, Arges, Estéropes —los llamó Zeus—: todo vuestro.

Los cíclopes mayores se llevaron a Atlas a una lejana cima montañosa que quedaba muy cerca del cielo. No sé cómo lo hicieron, pero consiguieron que el cielo formara una nueva columna de apoyo central, una sola nube embudo, como la punta inferior de una peonza. Encadenaron a Atlas a la montaña y lo obligaron a soportar sobre los hombros todo el peso del cielo.

Ahora estaréis pensando: «¿Por qué no se negó a aguantarlo y dejó caer el cielo?».

He mencionado las cadenas, ¿verdad? No podía huir sin acabar aplastado. Además, aunque es difícil darse cuenta a menos que lo hayas hecho (y yo lo he hecho), sostener el cielo es como estar atrapado entre unas pesas y un banco, intentando levantarlas: toda la concentración se te va en evitar que el cacharro te aplaste. No puedes levantarlo porque pesa demasiado, ni puedes soltarlo porque te haría papilla al caer. Así que te limitas a mantenerlo en su sitio, sudando, en tensión, mientras gimes pidiendo ayuda con la esperanza de que alguien aparezca por el gimnasio, se dé cuenta de que vas a acabar convertido en una tortita y te quite las pesas de encima. Pero ¿y si no pasa nadie? Imaginad quedaros atrapados en esa situación para siempre.

Aquel fue el castigo de Atlas. Los demás titanes que lucharon en la guerra salieron mejor parados: los lanzaron de cabeza al Tártaro.

Lo cual nos deja con la pregunta del millón de dracmas: ¿qué pasó con Cronos?

Hay muchas historias distintas. La mayoría coincide en que desenterraron al Retorcido de entre los escombros y lo llevaron ante Zeus. La mayoría dice que lo cargaron de cadenas, como a los demás titanes, y lo lanzaron al Tártaro.

Según algunas tradiciones posteriores —y casi que me gusta más esta versión—, Zeus cogió la guadaña de su padre y cortó a Cronos en rebanadas como este había hecho con Urano. Después lo arrojaron al Tártaro, pero en pedacitos diminutos. En teoría, de ahí procede la idea de que, cada día 1 de enero, deponemos al Padre Tiempo, que siempre va con su guadaña, y lo sustituimos por el bebé del Año Nuevo... aunque cuesta imaginarse a Zeus en pañales y sombrero de fiesta.

Algunas versiones afirman que Zeus liberó a Cronos del Tártaro muchos años después, ya fuera para que viviera el resto de su retiro en Italia o para que gobernara las Islas de los Bienaventurados en el Elíseo. Personalmente, no me lo trago. No tiene sentido si de verdad crees que Cronos acabó cortado en pedacitos. Y quien conozca a Zeus sabe que no es precisamente de los que perdonan y olvidan.

En cualquier caso, Cronos estaba acabado. La era de los titanes había llegado a su fin.

A los titanes que no lucharon contra los dioses se les permitió quedarse por



allí. Algunos, como Helios y Selene, conservaron sus trabajos. Otros llegaron a casarse con dioses.

Zeus se proclamó nuevo rey del cosmos, pero fue más listo que Cronos. Se sentó con sus hermanos y les dijo:

—Mirad, no quiero ser injusto. ¿Y si lanzamos los dados para repartirnos el control de las distintas partes del mundo? El que saque el número más alto, elige primero.

Hades frunció el ceño.

—Tengo una suerte pésima, ¿de qué partes estamos hablando?

—Del cielo, del mar y del inframundo.

—¿Te refieres al Tártaro? —preguntó Poseidón—. ¡Qué asco!

—Me refiero al inframundo superior —respondió Zeus—. Ya sabéis, la parte bonita, la que está más cerca de la superficie. Eso no está tan mal: hay grandes cuevas, muchas piedras preciosas, inmuebles a orillas del Estigio...

—Ya... —dijo Hades—. ¿Y la tierra en sí? ¿Grecia y los demás territorios?

—Eso será zona neutral —sugirió Zeus—. Así todos podremos intervenir en los asuntos de la tierra.

Los hermanos aceptaron. ¿Os habéis dado cuenta de que a las hermanas no las invitó a aquella partidita de dados? Lo sé, una injusticia total. Pero así fue.

No es de extrañar que Zeus sacase el número más alto. Eligió el dominio del cielo, lo cual tenía sentido por eso de los truenos y tal. Poseidón obtuvo la tirada más alta después de la de Zeus y escogió el mar, así que se convirtió en dios supremo de las aguas, por encima de Océano, al que relegó aún más a los confines del mundo, y por encima de Ponto, que, de todos modos, se pasaba la mayor parte del tiempo dormido en el fango.

Hades sacó la peor tirada, como temía. Se quedó con el dominio del inframundo, pero casi que encajaba con su melancólica personalidad, así que no se quejó (mucho).

Los centimanos construyeron en el monte Olimpo el reluciente palacio con el que Zeus siempre había soñado. Después, Zeus los envió al Tártaro, pero, esta vez, como carceleros de los titanes. La verdad es que a los centimanos no les parecía mal: al menos, ahora eran ellos los que manejaban los látigos.

Los cíclopes mayores fueron a trabajar para los dioses. Construyeron un taller en el fondo del mar, cerca de la isla de Lemnos, donde había calor volcánico de sobra para alimentar sus fraguas. Fabricaron toneladas de armas especiales y otros interesantes artículos de colección, y consiguieron un buen seguro médico que incluía una semana de vacaciones pagadas al año.

En cuanto a los dioses, Zeus los invitó a todos a vivir con él en el monte Olimpo. A cada uno le entregó un trono en el salón principal, así que, aunque Zeus estaba al mando, era más un consejo que una dictadura. Se hicieron llamar los dioses olímpicos.

Bueno... He dicho que todos eran bienvenidos en el Olimpo, pero Hades no lo era tanto. El tío siempre les había dado yuyu a sus hermanos y, encima, ahora era el señor del inframundo, así que parecía llevar consigo la ruina y la oscuridad.

—Entiéndelo —le comentó Zeus en privado—, no podemos tener un trono del inframundo aquí arriba, en el monte Olimpo. Los demás dioses no se sentirían cómodos, y las calaveras y la piedra negra no encajarían con la decoración.

—Ya, claro —masculló Hades—. Entiendo.

En fin, que así es como empezó el reinado de los dioses en el monte Olimpo. Al final habría doce tronos en la cámara del consejo, además de un puñado de dioses sin trono.

Los olímpicos creyeron que podrían dedicarse a gobernar el mundo en paz.

Solo había un problema. ¿Recordáis que la Madre Tierra Gea se había pasado todo este tiempo echándose una siesta? Bueno, pues acabó por despertarse. Y cuando llegó a casa y descubrió que sus hijos favoritos, los titanes, estaban en el Tártaro, el pequeño Zeus tuvo que dar muchas explicaciones.

Sin embargo, esa es otra historia y será contada en otra ocasión.

Ahora ha llegado el momento de conocer a los dioses de cerca y a fondo. Una advertencia: algunas de sus aventuras os harán sentir como Cronos después de tomarse un buen vaso de néctar de mostaza.

## **Zeus**

\*

¿Por qué Zeus siempre sale el primero?

En serio, todos los libros sobre los dioses griegos empiezan por este tío. ¿Es que se trata de un orden alfabético inverso? Lo sé, es el rey del Olimpo y tal, pero, creedme, el ego de este colega no necesita otro empujoncito.

¿Sabéis lo que os digo? Que os olvidéis de él.

Vamos a hablar de los dioses en el orden en que nacieron, las mujeres primero. Pásate al asiento de atrás, Zeus, que empezamos con Hestia.

## Hestia elige al soltero número cero

\*

En algunos aspectos, Hestia se parecía mucho a su madre, Rea.

Tenía una sonrisa sincera, cálidos ojos castaños y unos tirabuzones negros que le enmarcaban el rostro. Era amable y simpática. Nunca hablaba mal de nadie. Si entraras en una fiesta del monte Olimpo, Hestia no sería la primera en la que te fijarías, porque no era llamativa, ni chillona, ni estaba loca. Era más como la típica diosa del piso de al lado: dulce y mona, pero sin pretensiones. Solía ocultar el pelo bajo un chal de lino, llevaba vestidos recatados y sencillos, y nunca se maquillaba.

Antes he dicho que nadie se la tomaba en serio, y es cierto que los demás dioses rara vez seguían sus consejos. Como era la primera a la que se había tragado Cronos, también fue la última que vomitó. Por eso, sus hermanos la consideraban más bien como la pequeña, en vez de como la mayor: la última en salir. Era más tranquila y pacífica que sus hermanos, aunque eso no quería decir que ellos no la quisieran. Como pasaba con Rea, costaba no querer a Hestia.

Sin embargo, había una cosa muy importante en la que Hestia no era como Rea. Su madre era famosa por ser... bueno, por ser una madre. La Gran Madre. La Madre Definitiva. *La Mamma* .

Hestia no quería ser madre ni en broma.

No tenía ningún problema con las familias de los demás; adoraba a sus hermanos y, cuando empezaron a tener hijos, también los adoró. Lo que más deseaba en el mundo era que toda su familia del Olimpo se llevara bien y pasaran tiempo juntos en torno a la chimenea, charlando, cenando o jugando al Twister... Le valía cualquier actividad saludable, en realidad.

Pero ella no quería casarse.

Si lo pensáis, es comprensible. Hestia se había pasado varios años dentro del estómago de Cronos. Tenía muy buena memoria e incluso recordaba el momento en que, recién nacida, su padre se la había tragado. Recordaba los gemidos de desesperación de su madre. Que a ella pudiera ocurrirle algo semejante le provocaba pesadillas; no quería casarse y descubrir después que su marido era, en realidad, un caníbal devorador de bebés.

Tampoco es que fuera paranoica: tenía pruebas de que Zeus podía ser tan malo como Cronos.

Veréis, después de la guerra contra Cronos, Zeus decidió que sería buena

idea casarse con una titánide para demostrar que no les guardaba rencor. Se casó con una de las hijas de Océano, una chica llamada Metis, que era la titánide de los buenos consejos y la planificación (más o menos como el *coach* personal de los titanes).

A Metis se le daba bien aconsejar a los demás, pero, al parecer, no era tan lista cuando se trataba de su propia vida. Al quedarse embarazada de su primer hijo, le dijo a Zeus:

—Esposo mío, ¡tengo buenas noticias! Preveo que este bebé será una niña. Pero si tenemos otro hijo juntos, será niño. Y esto te va a encantar: ¡está destinado a gobernar el universo algún día! ¿No es genial?

Zeus fue presa del pánico. Creía que iba a acabar como Urano y Cronos, hecho pedacitos, así que copió una de las estrategias de Cronos: abrió la boca un montón y provocó un tornado que atrapó a Metis y la lanzó garganta abajo, comprimiéndola mucho para poder tragársela entera.

Aquello dejó helados a los otros dioses olímpicos, sobre todo a Hestia.

¿Qué pasó con Metis y su hija nonata dentro de la tripa de Zeus? Ya llegaremos a eso. Pero Hestia lo vio todo y se dijo: «¡Casarse es muy peligroso!».

Zeus se disculpó ante los titanes y ante los dioses por haberse tragado a Metis. Prometió no volver a hacerlo y decidió casarse con otra titánide, pero, como imaginaréis, ya no había muchas voluntarias. Solo una aceptó: Temis, la titánide de la ley divina, que daba la casualidad de que era la tía favorita de Hestia.

Temis se había aliado con los dioses durante la guerra. Entendía lo que era el bien y el mal, y sabía que los dioses serían mejores gobernantes que Cronos (nótese que he dicho «mejores» y no «buenos»).

Como Hestia, Temis era recatada, llevaba velo y no le interesaba contraer matrimonio, y menos aún después de lo que le había pasado a Metis; pero, en nombre de la paz, aceptó casarse con Zeus. (Y sí, técnicamente, Temis era la tía de Zeus, así que ya podéis empezar a vomitar por su boda. En fin, corramos un tupido velo).

El matrimonio no duró. Temis tuvo trillizas dos veces. Las primeras no salieron muy mal: tres hermanas llamadas las Horas que acabaron a cargo del cambio de las estaciones. (Ahora estaréis pensando: «Eh, espera, ¿solo tres estaciones?»). Pero recordad que estamos hablando de Grecia. Supongo que nunca han tenido un invierno en condiciones).

Sin embargo, el segundo lote de trillizas daba miedo a todo el mundo. Se llamaban las Moiras, las tres Parcas, y nacieron ya viejas. Nada más salir de la cuna, pasaron de ser tres bebés arrugados a convertirse en tres abuelas arrugadas. Les gustaba sentarse en una esquina para hilar en una rueca mágica. Cada vez que cortaban un trozo de cordel, moría un mortal en la

tierra.

Los dioses olímpicos se dieron cuenta rápidamente de que las Parcas no solo veían el futuro, sino que lo controlaban. Podían unir la vida de cualquiera a su hilo mágico —como si fabricasen, literalmente, en una línea vital— y, cuando cortaban un pedazo, *sayonara!* Nadie sabía con certeza si eran capaces de hacer lo mismo con los inmortales, pero hasta Zeus temía a aquellas chicas.

Después de engendrar a las Parcas, Zeus se llevó aparte a Temis y le dijo:

—¿Sabes qué? No estoy seguro de que este matrimonio vaya a funcionar. Si seguimos teniendo más críos como estas Parcas, todos acabaremos teniendo problemas. ¿Qué será lo siguiente? ¿Las tres bombas del Apocalipsis? ¿Los tres cerditos?

Temis fingió llevarse una decepción, pero lo cierto es que fue un alivio: no quería tener más hijos y, obviamente, tampoco quería que Zeus se la tragara con un tornado.

—Tienes razón, mi señor —respondió—. Me marcharé tranquilamente y te dejaré tomar otra esposa.

Hestia fue testigo de todo esto mientras pensaba: «No quiero que me pase lo mismo. Con la suerte que tengo, seguro que me caso con un dios y doy a luz a los tres chiflados. No, sería horrible».

Decidió que era mucho mejor quedarse soltera y concentrarse en ayudar a sus hermanos a criar a sus respectivas familias. Ella sería la «tita guay». La tita soltera. La tita que no daba a luz aterradores bebés ancianos.

Solo había un problema: algunos dioses no estaban por la labor. Poseidón no dejaba de mirar a Hestia y pensar: «Oye, pues no está mal. Personalidad agradable. Trato fácil. Debería casarme con ella».

Sí, volvemos al tema de los matrimonios entre hermanos. Venga, vamos a desahogarnos de una vez y a olvidarnos del asunto. Una, dos y tres: «¡¡Qué ascooo!!».

Un dios del Olimpo más joven, Apolo, también quería casarse con Hestia. Ya hablaremos más de él, pero habrían hecho una extraña pareja, ya que Apolo era uno de los dioses más llamativos. No sé por qué quería casarse con la tranquila y sincera Hestia. Puede que buscara una esposa que nunca sobresaliera más que él.

Al final, los dos dioses fueron a hablar con Zeus el mismo día para pedirle permiso para casarse con Hestia. Es un poco raro que le preguntaran a Zeus en vez de a Hestia, pero, como ya os habréis dado cuenta, los varones no eran famosos por su tacto con estas cosas. Zeus, al ser el rey del cosmos, tenía la última palabra en todos los matrimonios.

Mientras tanto, Hestia estaba sentada delante del fuego del centro de la sala

del trono, sin prestar atención. Por aquel entonces era necesario tener un fuego central en la sala principal de la casa, como una fogata con la que calentarse los días de frío. También era donde se cocinaba, se hervía el agua, se charlaba, se tostaba el pan, se asaban nubes de azúcar y se secaban los calcetines. Básicamente, era el centro de la vida familiar.

Hestia siempre pasaba allí el rato. Más o menos se había hecho responsable de mantener encendidos los fuegos del hogar. Era algo que la hacía sentir bien, sobre todo cuando la familia se reunía para comer.

—¡Eh, Hestia! ¡Ven aquí! —gritó Zeus.

Ella se acercó con cautela al trono sin quitar la vista de encima a Poseidón y Apolo, que la miraban sonrientes, cargados de ramos de flores y cajas de bombones. «Ay», pensó ella.

—Una excelente noticia —le dijo Zeus—: estos dos apuestos dioses quieren casarse contigo. Como soy un rey muy apañado y considerado, te dejaré elegir. Al soltero número uno, Poseidón, le gustan los paseos por la playa y el buceo. Al soltero número dos, Apolo, le va la música, la poesía y dedicar el tiempo libre a leer profecías en el Oráculo de Delfos. ¿Cuál te gusta más?

Hestia sollozó, horrorizada, lo que sorprendió a ambos pretendientes. Después se tiró a los pies de Zeus y gritó:

—¡Por favor, mi señor! ¡Nooo! ¡Ninguno de los dos!

Apolo frunció el ceño y contuvo el aliento.

Poseidón se preguntó si se le habría olvidado otra vez echarse desodorante en las axilas.

Antes de que pudieran enfadarse demasiado, Hestia se recompuso e intentó explicarse.

—No tengo nada en contra de estos dioses —dijo—, pero ¡no quiero casarme con nadie! Quiero ser soltera toda la vida.

Zeus se rascó la cabeza porque aquello, simplemente, no le entraba.

—Así que... ¿nunca vas a casarte? ¿No quieres hijos? ¿No quieres ser una esposa?

—Exacto, mi señor —respondió Hestia—. Me... me encargaré del fuego del hogar por toda la eternidad. Avivaré las llamas. Prepararé los banquetes. Lo que sea por ayudar a la familia. ¡Con tal de que me prometas que nunca tendré que casarme!

Apolo y Poseidón se quedaron un poco picados, pero costaba pasar demasiado tiempo enfadado con Hestia, de tan dulce, sincera y servicial que era. La perdonaron por las mismas razones por las que habían querido desposarla:

era una persona realmente agradable. Y, entre los dioses olímpicos, la amabilidad era un bien escaso y valioso.

—Retiro mi oferta de matrimonio —dijo Poseidón—. Más aún, protegeré el derecho de Hestia a no casarse.

—Y yo —añadió Apolo—. Si eso es lo que quiere, respetaré sus deseos.

Zeus se encogió de hombros.

—Bueno, yo sigo sin entenderlo, pero vale. La verdad es que es la mejor cuidando de ese fuego. Nadie más sabe asar las nubes de azúcar para que no queden ni demasiado blandas ni demasiado crujientes. Hestia, ¡deseo concedido!

Hestia soltó un gran suspiro de alivio.

Se convirtió en la diosa oficial del fuego del hogar, lo que no parece gran cosa, pero era justo lo que ella quería. Más adelante, la gente se inventó la historia de que Hestia tenía un trono en el monte Olimpo, pero que lo cedió cuando llegó un dios nuevo llamado Dioniso. Es una buena historia, pero en realidad no aparece entre los antiguos mitos. Hestia nunca quiso tener un trono: era demasiado humilde para eso.

Su fuego se convirtió en el tranquilo centro de la tormenta cuando los dioses olímpicos discutían. Todos sabían que aquel fuego era territorio neutral. Podían ir allí para tomarse un descanso o una copa de néctar, o para hablar con Hestia. Allí recuperaban el aliento sin que nadie los molestara... Más o menos era como llegar a la «casa» cuando juegas al «tú la llevas».

Hestia cuidaba de todo el mundo, así que todo el mundo cuidaba de ella.

¿El ejemplo más famoso? Una noche, Rea montó una gran fiesta en el monte Ida para celebrar el aniversario de la victoria de los dioses del Olimpo ante Cronos. Invitó a todos los dioses y a los titanes amigos, además de a docenas de ninfas y sátiros. Las cosas se desmadraron bastante y se olvidó toda moderación a la hora de beber néctar, comer ambrosía y bailar como locos con los curetes. Los dioses llegaron a convencer a Zeus para que les contara algunos de sus infames chistes de sátiros.

Hestia no estaba acostumbrada a esa clase de fiestas. Más o menos a las tres de la madrugada, se mareó un poco con el baile y el néctar, y acabó vagando por el bosque, donde se topó con un burro que estaba atado a un árbol; seguramente era la montura de uno de los sátiros que habían ido a la fiesta. Por algún motivo, a Hestia le hizo mucha gracia.

—¡Hola, señor burro! —exclamó entre risitas—. Voy a... ¡hip! Voy a tumbarme aquí mismo para echarme una siestecita. Tú vigila que no me pase nada, ¿vale? Vale.

La diosa cayó de bruces sobre la hierba y empezó a roncar. El burro no sabía



qué pensar al respecto, pero guardó silencio.

Unos minutos después apareció por allí un dios menor de la naturaleza llamado Príapo. No suele hablarse mucho de Príapo en las historias antiguas. Sinceramente, no es demasiado importante. Se trataba de un dios del campo que protegía los huertos. Emocionante, ¿verdad? «¡Oh, gran Príapo, protege mis pepinos con tu gran poder!». Si alguna vez habéis visto esos ridículos gnomos de yeso que la gente pone en sus jardines, que sepáis que son un resto de la época en que la gente colocaba estatuas de Príapo en sus huertos para proteger los cultivos.

En fin, que a Príapo le encantaban las fiestas y ligar con las chicas. Aquella noche había bebido un montón y vagaba por el bosque en busca de alguna ninfa o diosa desprevenida con la que ponerse mimoso.

Cuando llegó al claro y vio a la encantadora diosa desmayada sobre la hierba y roncando seductoramente a la luz de la luna, pensó: «¡Sí!».

Se acercó a Hestia con sigilo. No sabía de qué diosa se trataba, pero le daba igual. Estaba convencido de que, si se acurrucaba a su lado, ella estaría encantada de la vida al despertar porque, oye, ¿qué mujer no querría ponerse tierna con el dios de las verduras?

Se arrodilló a su lado. Ella olía muy bien, a humo y nubes de azúcar tostadas. Le pasó una mano por la oscura melena y dijo:

—Oye, nena, ¿y si nos achuchamos un poco?

Al burro, que lo observaba desde la oscuridad, debió de encantarle la idea, ya que rebuznó:

—¡Hiaaa!

Y Príapo chilló:

—¡Aaah!

Hestia se despertó, sobresaltada, y se espantó al ver a un dios de las verduras inclinado sobre ella, tocándole el pelo.

—¡Ayuda! —gritó.

En la fiesta, los demás dioses la oyeron gritar y dejaron de inmediato lo que estaban haciendo para correr a ayudarla; porque con Hestia no se jugaba, y punto.

Cuando encontraron a Príapo, todos los dioses lo atacaron lanzándole copas a la cabeza, propinándole puñetazos e insultándolo. Príapo se escapó con vida por los pelos.

Más tarde afirmó que no tenía ni idea de que le había tirado los tejos a Hestia.

Creía que no era más que una ninfa o algo así. Sin embargo, no volvieron a invitarlo a las fiestas del Olimpo y, tras el incidente, todos se pusieron muy protectores con Hestia.

Bueno, el caso es que una parte de la historia de Hestia es muy importante, pero voy a tener que especular porque es algo que no sale en los antiguos mitos.

Al principio solo había un fuego en el mundo y pertenecía a los dioses. El fuego era como su propiedad registrada. Los diminutos humanos no sabían encenderlo y seguían refugiándose en las cuevas, donde se dedicaban a gruñir, hurgarse la nariz y pegarse con palos unos a otros.

Al titán Prometeo, que había creado a aquellas criaturitas con arcilla, le daban pena. Al fin y al cabo, los había moldeado con aspecto de inmortales, así que estaba bastante seguro de que también serían capaces de comportarse como tales. Solo necesitaban una ayudita para empezar.

Siempre que Prometeo visitaba el Olimpo, observaba cómo los dioses se reunían en torno al fuego de Hestia. El fuego era lo que realmente convertía el palacio en un hogar. El fuego servía para calentarse, para cocinar, para preparar bebidas calientes, para encender antorchas por la noche y, además, se podían gastar unas cuantas bromas con las brasas. Si los humanos conocieran el fuego...

Al final, Prometeo le echó valor y habló con Zeus.

—Oye, mi señor Zeus —le dijo—. Mira, se me ha ocurrido que podría enseñar a los humanos a hacer fuego.

—¿Los humanos? —preguntó Zeus, frunciendo el ceño—. ¿Te refieres a esos seres diminutos y sucios que sueltan unos chillidos muy graciosos cuando los piso? ¿Para qué quieren el fuego?

—Podrían aprender a parecerse más a nosotros —explicó Prometeo—. Podrían construir casas, fundar ciudades... Todo tipo de cosas.

—Es la peor idea que he oído en la vida —respondió Zeus—. Luego querrás dar armas a las cucarachas. Si les das el fuego a los humanos, conquistarán el mundo. Se les subirá a la cabeza y creerán que valen tanto como los inmortales. No, te lo prohíbo tajantemente.

Pero Prometeo no dejaba de darle vueltas. Seguía observando a Hestia, sentada junto a su hogar. Admiraba la forma en que mantenía unida a la familia olímpica con sus fuegos sagrados.

Prometeo pensó que aquello no era justo, que los humanos se merecían el mismo consuelo.

¿Qué pasó entonces?

La mayoría de las versiones de la historia cuentan que Prometeo robó unas brasas de la chimenea y las escondió en el tallo hueco de un hinojo. Habría sido de esperar que alguien se percatara de que salía a hurtadillas de palacio con una planta humeante que olía a regaliz quemado, pero no fue así.

En ninguna historia se menciona que Hestia ayudara a Prometeo, pero ¿cómo no iba a enterarse ella de lo que estaba haciendo? Siempre estaba junto al fuego. Es imposible que Prometeo robara el fuego sin que Hestia se diera cuenta.

En mi humilde opinión, creo que se compadeció de Prometeo y los pequeños humanos. Hestia era así de bondadosa. De modo que creo que ayudó a Prometeo o que, al menos, hizo la vista gorda y permitió que robara las brasas.

Sea como fuere, Prometeo salió a hurtadillas del Olimpo con su palo secreto de regaliz quemado y se lo entregó a los humanos. Estos tardaron un tiempo en aprender a utilizar aquella materia llameante sin matarse en el intento, pero al final lo consiguieron y la idea se extendió como... bueno, como el fuego en un secarral.

Normalmente, Zeus no prestaba atención a lo que pasaba en la tierra. Al fin y al cabo, su dominio era el cielo. Sin embargo, una noche despejada estaba asomado a su balcón del monte Olimpo y se dio cuenta de que el mundo estaba salpicado de luces: en las casas, en los pueblos e incluso en algunas ciudades: los humanos habían salido de sus cuevas.

—Ese rufián de Prometeo ha armado a las cucarachas —refunfuñó Zeus.

A su lado, la diosa Hera dijo:

—¿Eh? ¿Qué has dicho?

—Nada —murmuró Zeus antes de ordenar a los guardias—: ¡Buscad a Prometeo y traédmelo aquí! ¡Ahora mismo!

Zeus no estaba contento. No le gustaba que nadie desobedeciera sus órdenes, y menos un titán al que había perdonado la vida con tanta generosidad después de la guerra. Zeus estaba tan enfadado que decidió infligir a Prometeo un castigo que nadie olvidara nunca: encadenó al titán a una roca del monte Cáucaso, en el límite oriental del mundo, y después llamó a un águila enorme —el animal sagrado de Zeus— para que le abriera la barriga a picotazos y se alimentara de su hígado.

Ay, perdonad, eso ha sido un poco asqueroso. Espero que no estuvierais a punto de comer.

Todos los días el águila destripaba a Prometeo y se le zampaba el hígado. Y todas las noches Prometeo se curaba y le crecía un hígado nuevo, justo a tiempo para que el águila volviera a comérselo a la mañana siguiente.

Los otros dioses y titanes captaron el mensaje: «No desobedezcáis a Zeus si no queréis que os pase algo malo, probablemente algo malo que tenga que ver con cadenas, hígados y águilas hambrientas».

En cuanto a Hestia, nadie la acusó de nada. Pero debía de sentirse mal por Prometeo porque se aseguró de que su sacrificio no fuera en vano: se convirtió en la diosa de todos los fuegos del mundo. En todos los hogares mortales, la chimenea central era sagrada y estaba dedicada a ella. Si necesitabas protección —por ejemplo, si alguien te perseguía o te daba una paliza—, corrías a la chimenea más cercana y allí nadie podía tocarte. Quien viviera en la casa estaba obligado a ayudarte si pedías refugio. Las familias prestaban sus juramentos más importantes junto a la chimenea, y siempre que quemaban algo de su comida como sacrificio a los dioses, una parte de la ofrenda estaba dedicada a Hestia.

Los pueblos y las ciudades, cada vez más grandes, funcionaban como las casas individuales: cada pueblo tenía un fuego central que se hallaba bajo la protección de Hestia. Los embajadores de otras ciudades siempre visitaban primero aquel fuego para proclamar que acudían en son de paz. Si alguien se metía en problemas y llegaba al fuego del pueblo, nadie podía hacerle daño. De hecho, los ciudadanos estaban moralmente obligados a protegerlo.

Al final resultó que Prometeo estaba en lo cierto: los humanos empezaron a comportarse como los dioses, para bien o para mal. Con el tiempo, los dioses se acostumbraron e incluso lo aceptaron. Los humanos erigían templos en su honor, quemaban ofrendas que olían muy bien y en sus cantos ensalzaban lo maravillosos que eran los dioses del Olimpo. Todo eso ayudaba, claro.

Aun así, Zeus no perdonó a Prometeo por desobedecer sus órdenes. Al final, el titán fue liberado, pero esa es otra historia.

En cuanto a Hestia, fue capaz de mantener la paz en el Olimpo casi todo el tiempo, pero no siempre.

Por ejemplo, una vez, su hermana Deméter se enfadó tanto con sus hermanos que estuvo a punto de provocar la que habría sido la Guerra Mundial cero...

## Deméter se convierte en Granodzilla

\*

Sí, sí, ¡Deméter!

Procurad no emocionaros demasiado, porque este capítulo trata sobre la diosa del trigo, el pan y los cereales. Deméter lo peta en el tema de los carbohidratos.

Aunque no estoy siendo justo con ella.

Sí, era la diosa de la agricultura, pero no se limitaba a eso. De las tres diosas de la primera generación, ella era la de en medio, así que combinaba la dulce personalidad de Hestia con el alucinante atractivo de su hermana pequeña, Hera. Deméter tenía una larga melena rubia del color del trigo maduro. Llevaba una corona de hojas de maíz trenzadas; no hay mucha gente a la que le sienta bien ese estilo, pero a ella sí. Le gustaba adornarse con amapolas, ya que suelen crecer en los campos de cereales... o eso tengo entendido. No me dedico a pasear entre los cultivos.

Una túnica oscura le cubría el vestido verde intenso, así que, cuando se movía, uno creía ver una siembra brotando en terreno fértil. Oía a lluvia sobre un campo de jazmines.

Como Hestia había decidido no casarse, Deméter fue la primera diosa que llamó en serio la atención de los dioses varones. (Hera también era muy guapa, pero su actitud... bueno, ya llegaremos a eso).

Además de bella, Deméter también era bondadosa (casi siempre), preparaba un pan y unas galletas alucinantes y, aunque parezca sorprendente, daba una imagen muy guerrera allá donde iba. Montaba en un carro dorado tirado por dragones gemelos y llevaba una espada dorada al costado.

De hecho, uno de sus nombres griegos era Crisaor, que significa «la dama de la espada dorada». Parece un buen título para una peli de artes marciales. Según cuentan algunas leyendas, su espada era, en realidad, la guadaña de Cronos, que ella había vuelto a forjar para convertirla en la herramienta cosechadora más mortífera del mundo. Normalmente la utilizaba para segar trigo, pero, cuando se enfadaba, podía luchar con ella...

En fin, que gustaba a todos los dioses. Tanto Zeus como Poseidón y Hades le propusieron matrimonio, pero Deméter los rechazó de plano. Prefería vagar por la tierra convirtiendo llanuras yermas en campos fértiles, y animando a los huertos a que dieran frutos y a las plantas a que florecieran.

Un día, Zeus se puso muy pesado. Acababa de divorciarse de Temis y todavía

no había vuelto a casarse. Se sentía solo. El caso es que se obsesionó con Deméter y decidió que tenía que ser suya.

Se la encontró en un campo de trigo (menuda sorpresa) y Deméter le gritó que se largara, pero él no dejaba de seguirla.

—¡Venga! —le decía—. Solo un beso. Bueno, puede que después otro. Y después...

—¡Que no! —gritó ella—. Pero ¡mira que eres pesado!

—Soy el rey del universo —dijo Zeus—. ¡Si te unes a mí, serás la reina!

—No me interesa.

Deméter sintió la tentación de desenvainar la espada dorada, pero Zeus era el dios más poderoso y la gente que le llevaba la contraria se metía en muchos líos (y no miro a nadie, Prometeo). Además, su carro dorado estaba aparcado en la otra punta del campo, así que no podía subirse de un salto y huir.

Zeus no dejaba de acosarla.

—Nuestros hijos serán poderosos e increíbles.

—Vete.

—Venga, nena, no seas así.

Al final, Deméter se molestó tanto que se transformó en serpiente. Supuso que se libraría de Zeus si se escondía en el campo y se alejaba reptando.

Mala idea.

Zeus, que también podía transformarse en un animal, se convirtió a su vez en serpiente y la siguió. No le resultó difícil porque las serpientes tienen un gran sentido del olfato; y, como he dicho antes, Deméter desprendía un característico perfume a lluvia sobre jazmines.

La diosa se metió en un agujero del suelo. Otra idea bastante mala.

Zeus entró detrás de ella. El túnel era estrecho, así que, una vez que hubo bloqueado la entrada, Deméter no pudo salir. Ni tenía espacio para cambiar de forma.

Zeus la atrapó y no la dejó marchar hasta que... bueno, usad vuestra imaginación.

Unos meses después, Deméter dio a luz a su primer hijo: una niña llamada Perséfone. Era un bebé tan mono y tan dulce que Deméter casi casi perdonó a Zeus por el episodio del ñaca-ñaca de los reptiles. No se casaron, y Zeus fue un padre muy negligente; pero, a pesar de todo, la niña se convirtió en la luz

de la vida de Deméter.

Os contaré más sobre Perséfone dentro de un momento...

Me gustaría poder decir que fue la única vez que Deméter tuvo problemas con un hombre, pero, por desgracia, no fue así.

Unos cuantos años después, Deméter se fue de vacaciones a la playa. Estaba dando un paseo, disfrutando de la soledad y la brisa del mar, cuando Poseidón la divisó. Como era un dios del mar, solía fijarse en las muchachas guapas que paseaban por la playa.

El dios salió de entre las olas con su mejor túnica verde, el tridente en la mano y una corona de conchas marinas en la cabeza, seguro de que aquel adorno lo hacía irresistible.

—Eh, nena —la llamó, arqueando las cejas varias veces—. Debes de ser unas aguas revueltas, porque estás tan buena que me cuesta mantenerme en pie.

Llevaba años practicando aquella frase para ligar y estaba encantado de poder usarla por fin.

No impresionó a Deméter.

—Aléjate, Poseidón.

—A veces, el mar se aleja —contestó él—, pero siempre vuelve. ¿Qué te parece si tú y yo disfrutamos de una cena romántica en mi palacio submarino?

Deméter se dijo que no debía aparcar su carro tan lejos. Le habría venido bien tener a sus dos dragones guardándole las espaldas. Decidió cambiar de forma y marcharse, pero esta vez no cometió el error de transformarse en serpiente.

«Necesito algo más rápido», pensó.

Entonces miró hacia la playa y vio una manada de caballos salvajes que galopaban hacia la espuma.

«¡Perfecto! —pensó Deméter—. ¡Un caballo!».

Al instante se convirtió en una yegua blanca y salió corriendo por la playa. Se unió a la manada y se camufló entre los demás caballos.

Su plan tenía unos cuantos fallos importantes. En primer lugar, Poseidón también podía convertirse en caballo, y lo hizo: se transformó en un fuerte semental blanco que salió galopando tras ella. En segundo lugar, Poseidón era el que había creado a los caballos, así que lo sabía todo sobre ellos y podía controlarlos.

¿Por qué un dios del mar iba a crear un animal terrestre como el caballo? Lo veremos después. El caso es que Poseidón llegó a la manada y empezó a

abrirse paso en busca de Deméter; o, más bien, a olisquearlo todo en busca de su perfume, tan dulce y característico. Era fácil de encontrar.

El (en apariencia) perfecto disfraz de Deméter entre los caballos de la manada resultó ser una trampa perfecta. Los demás caballos dejaron pasar a Poseidón, pero acorralaron a la diosa y no le permitieron moverse. Se asustó tanto, temiendo que la aplastaran, que ni siquiera se le ocurrió transformarse en otra cosa. Poseidón llegó hasta ella y relinchó algo así como: «Hola, preciosa. ¿Te hace un galope?».

Para desgracia de Deméter, Poseidón se puso mucho más cariñoso de lo que a ella le habría gustado.

En la actualidad, a Poseidón lo habrían detenido por un comportamiento como ese. Quiero decir... suponiendo que no conservara su forma de caballo. Creo que no se puede detener a un caballo. En fin, que en aquellos tiempos el mundo era mucho más duro y brutal. Deméter no podía denunciar a Poseidón al rey Zeus porque Zeus era igual de malo.

Unos meses después, Deméter, tan avergonzada como enfadada, dio a luz a gemelos. ¿Lo más raro? Que uno de los bebés era una diosa, y el otro, un caballo. Ni siquiera voy a intentar explicar eso. La niña se llamaba Despoina, pero no se habla mucho de ella en los mitos. Cuando creció, su trabajo consistía en cuidar del templo de Deméter, era la suma sacerdotisa de la magia del maíz, o algo así. Su hermano, el caballo, se llamaba Arión. Al crecer se convirtió en un corcel inmortal superveloz que ayudó a Heracles y a otros héroes. Era un caballo asombroso, aunque no estoy seguro de que Deméter estuviera demasiado orgullosa de tener un hijo que necesitaba herraduras nuevas cada pocos meses y que estaba siempre dándole con el hocico para pedirle manzanas.

Llegados a este punto, cabría esperar que Deméter hubiera renegado para siempre de los repulsivos hombres para unirse a Hestia en el club de las eternas solteras.

Sin embargo, lo más curioso es que, un par de meses después, se enamoró de un príncipe humano llamado Yasión. Eso demuestra lo lejos que habían llegado los humanos desde que Prometeo les había entregado el fuego. Ya sabían hablar y escribir, cepillarse los dientes y peinarse. Llevaban ropa y, de vez en cuando, se bañaban. Algunos eran incluso lo bastante guapos como para coquetear con las diosas.

Este tipo, Yasión (no Jasón, que ese es otro), era un héroe de Creta. Era guapo y educado, y siempre cuidaba de los agricultores de su región, con lo que se ganó el corazón de Deméter. Un día, Yasión estaba inspeccionando unos campos recién arados cuando Deméter pasó por allí disfrazada de doncella mortal. Empezaron a charlar.

—Oh, me encanta el trigo.

—¡A mí también! ¡El trigo es lo más!



Algo así debió de ser; y se enamoraron.

Se encontraron varias veces en los campos y, durante unas semanas, Deméter estuvo perdidamente enamorada. Por supuesto, algo tenía que salir mal. Dio la casualidad de que, la siguiente vez que Deméter visitó los campos, Zeus estaba observando desde el monte Olimpo. Vio a Deméter en actitud íntima con aquel mortal —abrazándose, besándose y hablando de trigo—, y le entraron unos celos tremendos.

Injusto, ¿verdad? Zeus y Deméter ni siquiera estaban juntos. Sin embargo, cuando Zeus vio que un héroe mortal pasaba el rato con «su» chica, perdió la cabeza.

Lo bueno de enfadarse con los mortales... es que son mortales, así que puedes matarlos.

Deméter estaba dándole un gran beso a Yasión cuando, de pronto, el cielo retumbó. Las nubes se abrieron y surgió un relámpago. ¡Zasca! De repente, Deméter se había quedado sola en el campo de trigo, con la ropa echando humo y una montañita de cenizas de héroe a sus pies.

Berreó e insultó a Zeus a gritos, pero no había nada que pudiera hacer. De pésimo humor, se encerró en sus aposentos privados del monte Olimpo y allí permaneció varios meses. Cuando por fin salió, llevaba en brazos al último hijo que tendría: un niño llamado Pluto. En los antiguos mitos tampoco se habla mucho de Pluto, pero se convirtió en un dios menor de la riqueza agrícola. Vagaba por Grecia en busca de buenos agricultores y los recompensaba por su arduo trabajo con sacos de dinero.

En ese momento, Deméter ya había decidido que estaba harta. Tuvo alguna que otra cita, pero nunca se casó ni tuvo otro hijo, y sus relaciones con los dioses varones siempre fueron tensas.

Además, sus malas experiencias también le agriaron un poco el carácter, antes tan dulce. Seguro que pensáis que una diosa de la agricultura no daba miedo, pero qué va... Tendríais que haber visto lo que hizo con un tipo que se llamaba Eresictón.

Lo sé, el nombre más estúpido del mundo. A saber de dónde lo sacaron. En fin, que este tío era un príncipe local que se creía lo mejor que le había pasado al mundo desde la invención del bronce. Quiso construirse una enorme mansión con madera de los bosques cercanos.

¿El problema? Que los árboles más grandes y bellos —los únicos que consideraba dignos de su mansión— crecían en una arboleda sagrada dedicada a Deméter. Estos grandes robles y álamos medían más de treinta metros de altura, y cada uno de ellos albergaba un espíritu de la naturaleza, una dríade, que lo protegía. Las dríades bailaban a su alrededor mientras cantaban canciones sobre Deméter y se hacían collares de flores, o lo que sea que hagan las dríades en su tiempo libre.

Todos los habitantes del país sabían que la arboleda era sagrada, pero a Eresi-como-se-llame le daba igual. A partir de ahora, mejor lo llamo Eres a secas, ¿vale? Pues Eres reunió a unos cincuenta de sus amigos más fuertes, les entregó afiladas hachas de bronce y se dirigió con ellos a la arboleda.

En cuanto las dríades los vieron venir, chillaron alarmadas y llamaron a Deméter para que las protegiera.

Debían de tener a la diosa en marcación rápida, porque Deméter llegó en un segundo.

Tras adoptar la forma de una doncella humana, apareció en el camino, justo enfrente de Eres y su ejército de matones con hachas.

—¡Madre mía! —exclamó—. ¡Qué hombres tan fuertes! ¿Adónde vais?

—Apártate de nuestro camino, muchacha —gruñó Eres—. Tenemos que cortar un par de cosas.

—Pero ¿por qué atacáis a estos pobres árboles indefensos?

—¡Necesito la madera! —bramó Eres—. ¡Voy a construir la mejor mansión del mundo!

Sus amigos lo vitorearon y agitaron las hachas en actitud amenazante.

—Deberías elegir otros árboles —le advirtió Deméter, que intentaba mantener la calma—. Esta arboleda está dedicada a Deméter y es sagrada.

—¡Bah! —exclamó él—. Son los árboles más altos del lugar. Necesito árboles altos para mi gran salón. Mis amigos y yo pretendemos celebrar en él banquetes todas las noches. ¡Serán unos banquetes tan magníficos que se harán famosos en toda Grecia!

—¡Ñam! —gritaron sus amigos mientras se chupaban los dedos.

—Pero son los hogares de muchas dríades inocentes —insistió Deméter.

—Si las dríades intentan detenerme, ¡las talo también a ellas! —dijo Eres.

Deméter apretó los dientes.

—¿Y si Deméter intenta detenerte? —preguntó.

—Que lo intente —respondió él entre risas—. ¿Qué miedo me va a dar una diosa agrícola cualquiera? Ahora, apártate si no quieres que te tale a ti también, muchacha.

Apartó a la diosa de un empujón y siguió avanzando hacia el árbol más alto: un enorme álamo blanco. Cuando blandió el hacha, una ráfaga de viento caliente lo tiró de culo.

Deméter creció y creció hasta elevarse por encima de los árboles, como si fuera Granogodzilla, vestida con su túnica verde y negra, la corona de hojas de maíz humeando sobre el cabello dorado y la hoja de la guadaña proyectando su sombra sobre todo el grupo de mortales.

—¡Bueno, bueno! —rugió la gigantesca Deméter—. ¡¿No tienes miedo?!

Los cincuenta matones de Eres soltaron las hachas y huyeron gritando como niñitas.

Eres intentó levantarse, pero tenía las rodillas como si fuesen de gelatina.

—Bueno, esto... es que... eeh...

—¡Querías ser famoso por tus banquetes! —rugió Deméter—. ¡Y tendrás banquetes, Eresictón...! ¡Todas las noches, un gran banquete, como deseabas! ¡Yo soy la diosa de la cosecha, la señora de los alimentos! ¡Comerás y comerás durante el resto de tus días, pero nunca saciarás tu hambre!

Deméter desapareció en un relámpago de luz esmeralda.

El pobre Eres se alejó corriendo, entre gemidos, jurando a los dioses que nunca jamás tocaría aquella arboleda sagrada. Dio lo mismo. Aquella noche, al terminar la cena, seguía teniendo tanta hambre como al empezar. Comió una segunda cena y una tercera, pero no se sintió mejor. Bebió como cinco litros de agua, pero tampoco saciaba su sed.

A los pocos días, el hambre y la sed se volvieron insoportables. Solo sentía alivio cuando dormía, e incluso entonces soñaba con comida. Al despertar, volvía a morirse de hambre.

A pesar de su riqueza, en pocas semanas Eres ya había vendido casi todas sus posesiones tan solo para comprar comida. Comía sin parar, todo el día, todos los días. Era inútil. Al final, lo perdió todo. Sus amigos lo abandonaron. Estaba tan desesperado que incluso intentó vender como esclava a su propia hija para conseguir dinero con el que comprar comida. Por suerte, Deméter no era tan cruel como para permitir que eso pasara. La hija suplicó que alguien la rescatara, y Poseidón fue en su ayuda. Puede que creyera que le debía un favor a Deméter por el incidente de los caballos o puede que no le importara ayudar a una mortal bonita. En cualquier caso, tomó a la chica bajo su protección y la nombró ama de llaves de su palacio submarino. En cuanto a Eresictón, se consumió y murió entre grandes dolores. Final feliz.

Se corrió la voz. Los mortales decidieron que quizá fuera mejor tomarse a Deméter en serio. Que alguien controle la comida puede ser una bendición... o una maldición de las peores.

Después de aquello, Deméter pensó que se había librado de la ira, así que decidió relajarse y disfrutar de la vida, y lo que más feliz la hacía era su hija mayor, Perséfone. Sí, claro, también quería a sus otros hijos, pero Perséfone

era su favorita.

—Se acabaron los dramas —se dijo Deméter—. ¡Voy a ponerme cómoda y a pasarlo bien con mi maravillosa hija!

Como os podéis imaginar, no salió como ella esperaba.

## Perséfone se casa con su acosador

(o Deméter, la secuela)

Para seros sincero, nunca he entendido qué le veían a Perséfone. Vamos, que para ser una chica que casi destruye el universo, no es gran cosa.

Sí, vale, era guapa. Había heredado la melena rubia de su madre y los ojos azul celeste de su padre. No tenía preocupación alguna en la vida. Estaba convencida de que el mundo entero había sido creado exclusivamente para su placer. Supongo que es lo que pasa cuando tus dos padres son dioses.

Le encantaba estar al aire libre y se pasaba los días dando vueltas por el campo con sus amigas ninfas y diosas, vadeando arroyos, recogiendo flores en prados soleados, comiendo fruta cogida directamente de los árboles... bueno, me lo estoy inventando todo, pero supongo que eso es lo que haría una diosa adolescente antes de que se inventaran los *smartphones*.

El tema es que Perséfone no podía presumir de mucho más. No era demasiado lista. No era valiente. En realidad, no tenía ningún objetivo ni ninguna afición (aparte de coger flores). Básicamente, se limitaba a disfrutar de la vida, como una niña mimada y sobreprotegida. Imagino que no está mal que te toque una vida así, pero yo no tuve esa suerte, así que no me resulta muy simpática.

A pesar de todo, Deméter vivía para su hija, y no puedo culparla por protegerla en exceso. Deméter había tenido muy malas experiencias con aquellos dioses taimados. Al fin y al cabo, Perséfone había llegado al mundo por culpa de la emboscada de una serpiente. La cría tenía suerte de no haber salido de un huevo.

Por supuesto, como Perséfone era tabú, todos los dioses se fijaron en ella y a todos les parecía la más sexy del mundo. Todos querían casarse con ella, pero sabían que Deméter nunca lo permitiría. Siempre que se acercaban, Deméter aparecía como salida de la nada, montada en su carro tirado por dragones, con la endiablada espada de oro en la mano.

La mayoría de los dioses lo dejaron y decidieron dedicarse a diosas con menos peligro.

Pero uno de ellos no se quitaba a Perséfone de la cabeza: se trataba de Hades, señor del inframundo.

Una pareja perfecta, ¿no? Un viejo lúgubre que vive en la cueva más grande del mundo, habitada por las almas de los muertos, se enamora de una bella joven a la que le gustan la luz, las flores y el aire libre. ¿Qué podía salir mal?

Hades sabía que no tenía ninguna posibilidad, que Perséfone estaba completamente fuera de su alcance. Además, Deméter no dejaba que ningún tío se acercara a su hija: por nada del Tártaro iba a permitir que Hades saliera con ella.

Hades intentó superarlo, pero se sentía solo allí abajo, en el inframundo, sin más compañía que los muertos. No dejaba de ponerse su casco de invisibilidad para entrar a hurtadillas en el mundo de los mortales y observar a Perséfone retozando por ahí. En otras palabras: fue el primer acosador de la historia.

No sé si alguna vez os habéis colgado por alguien hasta ese punto, pero Hades se obsesionó. Llevaba bocetos de Perséfone en el bolsillo. Grababa su nombre con un cuchillo en la mesa de obsidiana del comedor (y mira que no era fácil). Soñaba con ella y mantenía conversaciones imaginarias en las que le confesaba su amor y ella le confesaba que siempre le habían gustado los viejos espeluznantes que vivían en cuevas llenas de muertos.

Hades se distrajo tanto que ni siquiera se concentraba en su trabajo. Este consistía en clasificar las almas de los muertos cuando llegaban al inframundo, pero se le empezaron a escapar fantasmas al mundo de los vivos o se le metían en los barrios espirituales que no les correspondían. Los atascos a las puertas del inframundo llegaron a extremos absurdos.

Al final, Hades no pudo aguantarlo más. En su defensa diré que no intentó engañar a Perséfone ni tomarla a la fuerza (o, al menos, no al principio). Pensó: «Bueno, Deméter no me hará ni caso, así que quizá sea mejor hablar con el padre de Perséfone».

A Hades no le resultó fácil visitar el monte Olimpo. Sabía que no era bienvenido y no tenía el menor deseo de pedirle favores al insoportable de su hermano pequeño, es decir, a Zeus. Sin embargo, hizo de tripas corazón y se dirigió a la sala del trono olímpico.

Tuvo la suerte de pillar a Zeus de buen humor. El señor de los cielos acababa de terminar todo su trabajo divino de la semana: programar las nubes, organizar los vientos y lo que sea que haga un dios del cielo. Así que estaba sentado cómodamente en el trono, bebiendo néctar y disfrutando de aquel día tan estupendo. Fantaseaba con otra bella dama con la que quería casarse, Hera; así que, cuando Hades fue a verlo, Zeus tenía una sonrisa boba pintada en la cara.

—Mi señor Zeus —lo saludó Hades mientras le hacía una reverencia.

—¡Hades! —exclamó Zeus—. ¿Qué pasa, tío? ¡Cuánto tiempo sin verte!

Hades sintió la tentación de recordarle que si hacía tanto tiempo que no se veían era porque le había dicho que no era bienvenido en el Olimpo; sin embargo, pensó que más le convenía no mencionarlo.

—Bueno, lo cierto es que... —empezó Hades, tirándose de la túnica negra con

aire nervioso—. Necesito consejo. Sobre una mujer.

—Pues has venido al lugar idóneo —dijo Zeus, sonriendo—. ¡Las tías me adoran!

—Vale... —dijo Hades, que empezaba a dudar de que aquello fuera buena idea—. Se trata de una dama en concreto: tu hija, Perséfone.

—¿Perdona? —preguntó Zeus, al tiempo que se le esfumaba la sonrisa.

Hades llevaba tanto tiempo ocultando sus sentimientos que no pudo contenerse. Lo confesó todo, incluso lo del acoso, y prometió que sería un excelente marido para Perséfone. Se consagraría a ella y le daría todo lo que deseara; solo necesitaba el permiso de Zeus para desposarla.

Zeus se acarició la barba. Cualquiera otro día, se habría enfadado ante una petición tan ridícula, habría lanzado sus rayos y arrojado a Hades al inframundo con la túnica ardiendo y el pelo de punta y humeante. Pero Zeus estaba de buen humor. De hecho, lo conmovía que Hades hubiera acudido a él a contarle su problema y que hubiera sido tan sincero. Sentía lástima de su hermano acosador y, obviamente, no le costaba entender que un tío se obsesionara con una mujer.

Sí, Perséfone era su hija, pero Zeus había tenido un montón de hijas con un montón de mujeres distintas. No podía decirse que Perséfone fuera su favorita ni nada. Estaba dispuesto a ser generoso y entregársela a su hermano.

Se puso a tamborilear con los dedos en el brazo del trono.

—El problema es Deméter. Porque... es la hija de Deméter, ¿no? A veces me lío.

—Sí, mi señor.

—Su hija favorita —recordó Zeus—. La luz de su vida, la que no pierde nunca de vista, etcétera.

—Sí, mi señor. —Hades empezó a sentirse incómodo—. ¿Debería hablar con Deméter? A lo mejor si tú rompes el hielo y consigues que prometa escucharme... O puede que si declaro mi amor a Perséfone...

—¿Qué? —preguntó Zeus, horrorizado—. ¿Ser sincero con las mujeres? Eso nunca funciona, hermano. Tienes que ser fuerte y apoderarte de lo que deseas.

—Estooo... ¿En serio?

—A mí siempre me funciona. Te sugiero un secuestro. Cuando no haya nadie mirando, captura a Perséfone y llévatela a tu casa. Deméter no se enterará. Cuando lo descubra, ¡será demasiado tarde! Tendrás a Perséfone para ti, y

mucho tiempo para convencer a la joven de que se quede contigo en el inframundo.

Hades empezaba a dudar de la sabiduría de Zeus.

—Hummm... ¿Seguro que es buena idea?

—¡Sin duda! —le aseguró Zeus.

Hades se mordió el labio. Lo del secuestro parecía un poco arriesgado y no estaba seguro de que a Perséfone fuera a gustarle, pero tampoco sabía demasiado sobre mujeres. Quizá Zeus tuviera razón...

(Que conste: NO, NO LA TENÍA).

—Solo hay un problema, mi señor —añadió Hades—. Perséfone nunca está sola: o está con Deméter o con alguna ninfa o diosa que le hacen de acompañante. ¿Cómo voy a secuestrarla en secreto? Aunque lleve puesto mi casco de invisibilidad, no puedo volverla invisible ni evitar que grite pidiendo ayuda.

—Eso déjame a mí —respondió Zeus con ojos traviosos—. Ve a preparar tu carro.

Zeus esperó a que Deméter estuviera ocupada en sus asuntos agrícolas en la otra punta del mundo... haciendo madurar la cebada en Libia o algo así, no sé.

En fin, que Perséfone se quedó al cuidado de sus ninfas acompañantes. Aquello solía salir bien, pero la verdad es que las ninfas no tienen madera de guardaespaldas. Es fácil distraerlas, y Perséfone sabía cómo hacerlo.

Como siempre, las chicas salieron a los prados. Se pasaron la mañana explorando las colinas y salpicándose con el agua del río. Después de comer plácida y tranquilamente, colgaron los vestidos para secarlos al sol. Perséfone decidió ir a coger flores.

—¡No te alejes mucho! —le dijo una de las ninfas.

—No —prometió ella.

No estaba preocupada, ¡el mundo era su patio de juegos! Todos la querían y, además, ¿qué podía salir mal mientras cogía flores en un prado?

Las ninfas estaban medio dormidas, calentitas y con el estómago lleno, así que se tumbaron a echar una siesta.

Perséfone vagó por la ladera hasta que reunió todo un ramo de rosas de los rosales silvestres más cercanos. Por algún motivo, las rosas no tenían espinas. Su embriagador perfume la mareó. Se alejó un poco más de la cuenta y diviso un campo de violetas.



—¡Oooh, qué bonitas!

Se metió entre las violetas, mientras cogía las mejores, y soltó las rosas, que palidecían en comparación.

Bueno, seguro que ya veis cómo acabará la cosa, pero Perséfone no tenía ni idea. No se dio cuenta de que era Zeus el que hacía crecer las flores, procurando que cada vez fueran más coloridas y aromáticas, con el fin de alejar a Perséfone de sus acompañantes.

¿Y cómo podía Zeus, dios del cielo, hacer crecer las flores? Ni idea. Mi hipótesis: todavía tenía cierta influencia en Gea, la Madre Tierra, aunque ella estuviera dormida. Ahora pienso que seguramente Zeus podría convocar de vez en cuando el poder de Gea para que pasaran cosas en la tierra; quizá nada muy impresionante, como crear montañas, pero ¿hacer crecer las flores? Tampoco es para tanto.

Perséfone vagaba de flor en flor, cogiendo las que más le gustaban, mientras murmuraba:

—¡Oooh, qué bonitas! ¡Oooh, qué bonitas!

Sin darse cuenta, se había alejado varios kilómetros de sus amigas ninfas durmientes. Había llegado a un valle recóndito lleno de jacintos.

Se estaba agachando para coger uno azul, precioso, cuando el suelo tembló, se abrió un abismo a sus pies y cuatro caballos negros salieron a la luz del sol, tirando de un carro enorme. El conductor iba vestido con una holgada túnica oscura. Llevaba guantes de hierro, una enorme espada al costado y un látigo en la mano. Se cubría la cara con un recargado casco de bronce decorado con imágenes de muerte y tortura.

Hades debió de preguntarse si había sido buena idea llevar el casco de terror en la primera cita, pero ya era demasiado tarde.

Perséfone gritó y cayó de espaldas sobre la hierba.

Debería haber salido corriendo, pero estaba aterrada. No se explicaba lo que estaba pasando. Todo había girado siempre en torno a ella, todo había salido como ella deseaba, así que era impensable que corriera peligro. Sin embargo, estaba bastante segura de que no había deseado que apareciera un tío con pinta de demonio montado en un carro negro y le aplastara los jacintos.

A decir verdad, de vez en cuando soñaba con un joven apuesto que la hiciera caer rendida de amor. De hecho, a las ninfas y a ella les entraba la risa tonta cuando hablaban del tema, que era a menudo.

Pero aquello no era lo que ella se había imaginado.

Hades se quitó el casco. Estaba más pálido que de costumbre y tenía el pelo hecho una pena por culpa del casco. Sudaba a causa de los nervios y

parpadeaba como si le hubiera entrado algo en los ojos.

—Soy Hades —dijo con voz chillona—. Te quiero.

Perséfone volvió a gritar, esta vez mucho más fuerte.

Como no sabía qué otra cosa hacer, Hades la agarró del brazo, la subió al carro y espoleó los caballos. Su oscuro vehículo desapareció bajo la tierra. El abismo se cerró a sus espaldas.

La única persona que vio el secuestro fue el titán Helios, porque desde el cielo, con su imán para las nenas, tenía unas vistas magníficas y se enteraba de casi todo. Pero ¿creéis que telefoneó al Olimpo para informar de un secuestro?

Pues no. Primero, allí no había teléfonos. Y segundo, a Helios no le gustaba involucrarse en las historias de los dioses. Al fin y al cabo, era un titán y se daba con un canto en los dientes por poder mantener su empleo y no acabar en el Tártaro. Además, aquel secuestro no era lo más demencial que había presenciado mientras cruzaba el cielo día tras día. Aquellos dioses siempre estaban haciendo barbaridades. No veas las historias que podría contar. Algún día tendría que escribir un libro.

Así que Helios siguió su camino.

En cuanto a las ninfas que se suponía que cuidaban de Perséfone, se pasaron el secuestro durmiendo. La única persona que la oyó gritar fue la que parecía menos probable que lo hiciera.

En la cueva de una montaña cercana, una titánide llamada Hécate estaba a lo suyo. A Hécate le iban la magia, los cruces de caminos espeluznantes por la noche y los fantasmas. Podría decirse que fue la primera fan total de Halloween. Normalmente solo salía de su cueva por la noche, así que aquel día estaba en la cueva, leyendo libros de hechizos o lo que fuera, cuando oyó gritar a una chica.

Puede que Hécate fuera una diosa oscura de la magia, pero no era mala, así que salió corriendo en ayuda de la muchacha. Sin embargo, cuando llegó al prado ya había terminado todo.

Durante el día, la magia de Hécate era débil. Se dio cuenta de que la tierra se había abierto y de que por allí se habían llevado a alguien a la fuerza en un carro, pero no tenía ni idea de quiénes eran el secuestrador y la secuestrada.

La titánide no sabía qué hacer; tampoco podía llamar a la poli, claro. Como desconocía los hechos, decidió regresar a su cueva y esperar a la noche, momento en el que sus hechizos eran más eficaces y, con suerte, podría obtener más información.

Mientras tanto, las ninfas se despertaron de su siesta y fueron en busca de Perséfone, pero había desaparecido (literalmente) de la faz de la tierra. Antes

de que regresara Deméter y descubriera que había perdido a su querida hija, las ninfas ya empezaban a ser presa del pánico. No sé muy bien qué hizo Deméter para castigarlas, pero no pudo ser nada bueno.

En cualquier caso, Deméter estaba histérica. Se puso a vagar por ahí gritando el nombre de Perséfone hasta que se quedó ronca. Preguntó a todo aquel que se encontraba si había visto algo.

Se pasó nueve días sin cambiarse de ropa ni darse un baño. No comía ni dormía. Lo único que hizo fue buscar a Perséfone. Debió de empezar a buscar en la dirección equivocada, porque al décimo día había dado la vuelta completa a la tierra y peinó la zona cercana a la cueva de Hécate.

Esta oyó a Deméter llamar a Perséfone. De inmediato, la diosa de la magia ató cabos. Hécate había dedicado todas aquellas noches a intentar averiguar qué había pasado en aquel secuestro, pero sus hechizos no le aclaraban nada. Alguien utilizaba una magia muy potente para encubrirlo. Hécate sospechaba que detrás del asunto había un dios muy poderoso... o puede que más de uno.

Hécate corrió para alcanzar a Deméter. Le contó a la diosa de los cereales lo de los gritos que había oído y que creía que un dios desconocido había secuestrado a Perséfone.

La desconsolada madre no se lo tomó demasiado bien. Chilló tan fuerte que todas las plantas de diez kilómetros a la redonda se marchitaron y murieron. En cientos de kilómetros en ambas direcciones, todas las mazorcas de maíz de Grecia estallaron como palomitas.

—¡Descubriré quién se la ha llevado! —se desgañitó Deméter—. ¡Lo mataré! ¡Y después volveré a matarlo!

En ese momento, casi todo el mundo se habría alejado de aquella loca, pero a Hécate le daba pena.

—Esta noche te ayudaré a buscarla —le dijo—. Tengo antorchas y se me da bastante bien ver en la oscuridad.

Buscaron desde el anochecer al alba, pero no hubo suerte.

Hécate regresó a su cueva a descansar y prometió volver a ayudarla a la noche siguiente, pero Deméter no podía parar.

Siguió dando tumbos ella sola hasta que cayó la noche y llegó a un reino llamado Eleusis. Incluso ella, una diosa inmortal, estaba agotada a esas alturas, así que decidió visitar la ciudad para dar algo de descanso a sus pies mientras se mezclaba con los lugareños. Quizá hubieran visto algo o tuvieran alguna noticia.

Deméter se disfrazó de anciana mortal y fue andando hasta el fuego central de la ciudad porque allí era a donde solían ir los extranjeros cuando querían pedir la ayuda de los ciudadanos. Había una multitud reunida en la plaza. Una

dama vestida con una túnica elegante y una corona dorada daba un discurso. Como era una diosa inteligente, Deméter pensó: «Debe de ser la reina».

Resultó que la reina Metanira había ido a la plaza con su familia y su guardia personal para ofrecer un sacrificio a los dioses con el que celebrar el nacimiento de su último hijo, Demofonte (o puede que pretendiera disculparse ante los dioses por ponerle a su hijo un nombre tan tonto). El caso es que, cuando se acercó Deméter, la reina Metanira estaba rezando una oración a Deméter, precisamente. A pesar de la desesperación de la diosa, tuvo que sentir un subidón al oír que alguien le rezaba sin saber que ella se encontraba entre la multitud.

Yo, de haber estado en su lugar, habría esperado a que la reina dijera: «Oh, gran Deméter...». Y entonces habría aparecido de un salto, entre explosiones y fuegos artificiales, y habría dicho: «¿Me llamabas?».

Seguramente es una suerte que nadie me haya nombrado dios.

En cualquier caso, Deméter supuso que aquello era un buen augurio. Esperó a que la reina terminara de bendecir a su nuevo bebé, que era muy mono. Cuando la multitud se dispersó, Deméter se acercó a la reina, pero Metanira la vio primero.

—¡Anciana! —la llamó.

Deméter parpadeó y miró a su alrededor mientras se preguntaba con quién hablaría Metanira. Entonces recordó que iba disfrazada.

—¡Ah, sí! ¡Sí, mi reina! —respondió con su mejor voz de anciana.

La reina examinó el rostro de Deméter y sus ropas andrajosas. A pesar del disfraz, Deméter debía de parecer cansada. Después de diez días, ya no olía a dulce jazmín, como siempre.

—No te conozco —le dijo la reina.

Su familia y sus sirvientes la rodearon.

Deméter se preguntó si iba a tener que convertirse en un monstruo de los cereales de treinta metros de altura para ahuyentarlos, pero la reina se limitó a sonreír.

—¡Bienvenida a Eleusis! Siempre damos la bienvenida a los extranjeros porque nunca se sabe cuándo vas a encontrarte con un dios disfrazado, ¿verdad?

Los guardias de la reina se rieron. Seguramente estarían pensando: «Sí, claro, esta anciana va a ser una diosa...».

Deméter le hizo una reverencia.

—Muy sabia, mi reina, sin duda.

—¿Necesitas un lugar donde dormir? —le preguntó la reina—. ¿Comida? ¿En qué podemos ayudarte?

«Vaya —pensó Deméter—. Sí que se lo toma en serio».

Tras varios días de angustia en los que había recorrido Grecia como una loca buscando a su hija, Deméter se quedó pasmada con tanta amabilidad. Aquellos enclenques mortales creían que era una simple mendiga... y, sin embargo, la reina en persona se molestaba en ser amable con ella. Más amable, de hecho, de lo que lo habrían sido la mayoría de los dioses que conocía.

Deméter estaba tan agotada, tanto física como emocionalmente, que se echó a llorar.

—Mi hija —sollozó—. Me han robado a mi hija.

La reina dijo con voz entrecortada.

—¿Qué? ¡Eso es una atrocidad!

Un joven apuesto dio un paso adelante y cogió las manos de Deméter.

—Anciana, soy Triptólemo, el primogénito de la reina. Prometo ayudarte a encontrar a tu hija con todos los medios que estén a mi alcance.

La reina Metanira asintió con la cabeza para dar su aprobación.

—Pero ven conmigo, querida invitada. Tu cansancio resulta evidente. No ayudarás a tu hija si mueres de agotamiento y hambre mientras intentas encontrarla. Quédate esta noche en mi palacio, por favor. Cuéntanos tu historia. Descansa y come. Por la mañana veremos cómo podemos ayudarte.

Deméter quiso rechazar la oferta y seguir buscando. Como era inmortal, obviamente no corría peligro de morir, pero sí que estaba cansada. Aquellas personas eran muy agradables y, después de diez días en la carretera, de su ropa sucia empezaban a brotar unas especies de moho y hongos que ni siquiera ella, la diosa de las plantas, reconocía.

Le dio las gracias a la reina y aceptó su hospitalidad.

Tras darse un buen baño caliente y vestirse con ropa nueva, Deméter se sintió mucho mejor. Se unió a la familia real durante la cena y les contó sus problemas, aunque omitió algunos pequeños detalles, como que era una diosa. Explicó que su hija había desaparecido cuando estaba de excursión en el prado con sus amigas. Que una mujer que vivía cerca había oído los gritos, así que estaba claro que la habían secuestrado, pero Deméter no tenía ni idea de quién se la había llevado ni de dónde podía estar.

La familia real empezó a aportar valiosas sugerencias: ofrecer una recompensa, poner la foto de Perséfone en los cartones de leche, grapar carteles de «Chica desaparecida» por la ciudad... Al final, Triptólemo tuvo la idea ganadora.

—Enviaré jinetes hacia los cuatro puntos cardinales —dijo—. Recogerán noticias y harán que corra la voz sobre este secuestro. Quédate con nosotros y descansa unos días, serás nuestra invitada de honor. Sé que estás inquieta, pero es la forma más rápida de peinar el terreno. Cuando regresen mis jinetes, sabremos más.

De nuevo, Deméter quiso protestar. Se moría de preocupación por su hija, pero no se le ocurría ninguna idea mejor y se sentía agradecida por la hospitalidad de la familia. Además, no le vendrían nada mal unos días de descanso.

Después del pánico inicial por el secuestro, el humor de Deméter había ido cambiando hasta convertirse en fría determinación. El corazón le decía que Perséfone seguía viva, capturada pero ilesa. Se lo decía su instinto maternal. Deméter la encontraría, tardara lo que tardase. Y cuando le pusiera las manos encima al secuestrador... su venganza sería terrible. Lo cubriría de abono, haría crecer cebada en todos y cada uno de sus poros y se reiría de sus gritos de terror mientras lo convertía en un sembrado andante.

Deméter sonrió al príncipe Triptólemo.

—Gracias por tu amabilidad. Acepto tu ofrecimiento.

—¡Excelente!

—Gu —dijo Demofonte, el recién nacido, que gorjeaba satisfecho en brazos de la reina.

Deméter miró al bebé, y el amor y la nostalgia le caldearon el pecho. ¡Parecía mentira que Perséfone hubiera sido tan pequeña hacía apenas unos siglos!

—Dejad que os compense tanta amabilidad —le dijo Deméter a la reina—. Soy una niñera estupenda y sé cómo son para las madres los primeros meses del bebé. ¡No te vendría mal dormir un poco! Deja que me encargue del bebé esta noche y te prometo mantenerlo a salvo. Lo bendeciré con hechizos especiales contra el mal para que, cuando crezca, se convierta en un héroe fuerte y apuesto.

Yo no he sido madre, pero me parecería bastante sospechoso que una anciana a la que acabo de sacar de la calle se ofrezca a cuidar de mi bebé por la noche. Sin embargo, como podéis imaginar, la reina Metanira era una persona bondadosa y confiada. Se sentía fatal por aquella pobre anciana que acababa de perder a su hija y, además, era cierto que no había dormido mucho desde la llegada del bebé.

—Será un honor —respondió la reina mientras entregaba el bebé a Deméter.

Aquella noche, la diosa meció al bebé junto al fuego. Le cantó nanas del Olimpo, como «Susanita tiene un titán» y «El patio de mi monte». Lo alimentó con néctar, la bebida de los dioses, mezclada con leche normal. Le susurró potentes bendiciones para mantenerlo a salvo.

«Te haré inmortal, pequeñín —pensó Deméter—. Es lo menos que puedo hacer por tu amable mamá. Te haré tan fuerte que nadie podrá secuestrarte como han secuestrado a mi pobre hija».

Cuando el niño se durmió, Deméter lo colocó en el fuego.

Estaréis pensando: «¡Ah! ¿Quemó al crío?».

No, tranquilos, al enano no le pasó nada.

La magia de Deméter lo protegía, de modo que las llamas le parecieron cálidas y agradables. Mientras Demofonte dormía, el fuego consumió su esencia mortal e inició el proceso que lo transformaría en dios.

Por la mañana, la reina Metanira no podía creer lo mucho que había crecido su bebé: había engordado varios kilos en una noche, le brillaban más los ojos y cogía las cosas con más fuerza.

—¿Qué le has dado de comer? —preguntó la reina, asombrada.

—Ah, nada especial —respondió Deméter entre risas—, pero prometí que cuidaría de él. ¡Va a ser un joven estupendo!

En el desayuno, Triptólemo anunció que sus jinetes ya habían partido. Esperaba noticias suyas al cabo de un par de días. Deméter estaba preocupada y medio tentada de seguir viajando sola, pero aceptó esperar el regreso de los jinetes.

Aquella noche, la diosa volvió a hacerse cargo de Demofonte. Lo alimentó con ambrosía y lo tumbó a dormir en el fuego. Por la mañana, se alegró de ver que se iba inmortalizando adecuadamente.

—Solo una noche más —pensó.

Cuando devolvió el niño a la reina durante el desayuno, Metanira no estaba tan contenta. De repente, su niño parecía tener cuatro meses, en vez de menos de uno. Se preguntó qué clase de magia estaría usando aquella anciana y si habría pasado las pruebas de seguridad para bebés. Quizá estuviera añadiéndole a la leche alguna hormona del crecimiento. Si seguía así, al cabo de unos días el niño tendría unos abdominales impresionantes y axilas peludas.

No obstante, la reina era demasiado educada para chillar a su invitada o acusarla sin pruebas, así que se guardó sus dudas para sí. Tenía la esperanza de que los jinetes regresaran aquel mismo día y que la anciana siguiera su camino.

Por desgracia, los jinetes no regresaron.

—Seguro que vuelven por la mañana —prometió Triptólemo—. Y entonces tendremos más información.

Deméter aceptó quedarse una noche más. Esta vez, cuando acabaron de cenar, se llevó al bebé de la reina sin tan siquiera preguntar, suponiendo que todos estaban de acuerdo. A Metanira el corazón le palpitaba con fuerza contra el pecho. Observó a Deméter alejarse con Demofonte hacia su habitación de invitados e intentó convencerse de que todo iba bien. La anciana era inofensiva. No iba a convertir en una noche a su recién nacido en un monstruo hasta arriba de esteroides.

Pero la reina no podía dormir.

Le preocupaba perderse toda la infancia de su hijo; despertarse por la mañana y ver a un enorme crío de tres años, con vello facial, corriendo hacia ella y gritando con voz grave: «¡Hola, mamá! ¿Cómo va eso?».

Al final, Metanira no lo soportó más y fue con sigilo hasta el dormitorio de Deméter para ver cómo se encontraba el bebé.

La puerta estaba abierta solo una rendija y la luz del fuego iluminaba el umbral. Metanira oyó a la mujer cantar una nana, pero el bebé no hacía ningún ruido. Esperaba que fuera buena señal, que estuviera durmiendo plácidamente, pero ¿y si corría peligro?

La reina abrió la puerta sin llamar... y gritó a pleno pulmón: la anciana estaba sentada, tan pancha, en una mecedora, ¡mientras Demofonte ardía en el fuego!

Metanira se precipitó hacia el fuego y sacó al bebé de entre las llamas sin importarle que se le quemaran las manos y los brazos. El bebé empezó a llorar, disgustado con la idea de despertar de aquella siesta tan agradable.

Metanira se volvió hacia Deméter, dispuesta a arrancarle la cabeza, pero la anciana se le adelantó.

—¿¿Cómo se te ocurre?! —le gritó Deméter, levantándose de la silla con los puños apretados—. ¿Por qué lo has hecho? ¡Lo has estropeado todo!

Metanira se quedó sin habla del pasmo. Mientras tanto, el príncipe Triptólemo y varios guardias entraron en el cuarto atropelladamente para averiguar a qué venían aquellos gritos.

—¿Qué pasa? —quiso saber Triptólemo.

—¡Detened a esa mujer! —chilló Metanira mientras se aferraba a su bebé, a pesar de que se le habían llenado los brazos de ampollas—. ¡Ha intentado matar a Demofonte! ¡El bebé estaba ardiendo en el fuego!



Los guardias corrieron a por la anciana, pero Triptólemo gritó:

—¡Esperad!

Los guardias vacilaron.

Triptólemo miró a su madre con el ceño fruncido y después a la anciana. Era lo bastante listo para darse cuenta de que algo no encajaba: el bebé lloraba, pero no parecía haber sufrido daño alguno. No tenía quemaduras. La manta ni siquiera estaba chamuscada. La anciana parecía sentirse más irritada que culpable o asustada.

—¿Qué significa esto? —preguntó a su invitada.

—Significa que tu madre acaba de fastidiarle la vida al bebé —gruñó Deméter.

La anciana empezó a brillar. El disfraz ardió, y apareció ante ellos la diosa de pelo dorado, túnica cubierta de luz verde brillante y guadaña al costado.

Los guardias soltaron las armas y se retiraron. Puede que hubieran oído la historia de Eres.

La reina jadeó. Como mujer piadosa que era, sabía distinguir a sus dioses.

—¡Deméter!

—Sí —respondió la diosa—. Intentaba hacerte un favor, tonta. ¡De haber pasado unas horas más en el fuego, tu bebé habría sido inmortal! Se habría convertido en un dios joven y te habría reportado un honor eterno. Ahora has estropeado la magia y será un simple humano; un gran héroe, sí, fuerte y alto, pero condenado a llevar una vida mortal. ¡No será más que Demofonte, cuando podría haber sido Diosfote! ¡Fote el Grande!

Metanira tragó saliva. No sabía si debía disculparse, darle las gracias a la diosa o qué. La alivió tanto haber recuperado a su bebé sano y salvo, sin quemaduras ni pelo en las axilas, que en realidad no le importaba si era o no inmortal. Con que fuera un gran héroe tenía más que de sobra. Sin embargo, le pareció que no era buena idea explicárselo a la diosa.

—Debería... debería haber confiado en ti —murmuró Metanira—. Por favor, gran Deméter, castígame por mi falta de fe, pero no le hagas daño a mi familia.

Deméter hizo un gesto de negación.

—No seas tonta, no voy a castigarte. Es que me fastidia porque me habéis ayudado en mi búsqueda y...

—¡Oh! —exclamó Triptólemo, alzando la mano como si tuviera una pregunta urgente que hacer.

—¿Sí? —preguntó Deméter.

—Eso me recuerda algo —contestó Triptólemo—: uno de mis jinetes ha regresado con noticias.

—¿Sobre mi hija? —preguntó la diosa, olvidando por completo su irritación mientras agarraba al príncipe por los hombros—. ¿La habéis encontrado?

Triptólemo no estaba acostumbrado a que lo zarandease una diosa inmortal, pero intentó mantener la compostura.

—Bueno, no del todo, mi señora. Pero el jinete dice que conoció a alguien que conoce a alguien que conoció a un tío en una taberna bastante al este de aquí. Este tío decía que era el titán del sol, Helios. Al parecer, intentaba impresionar a las mujeres con sus historias.

Deméter entornó los ojos.

—¿Coqueteando con mujeres en una taberna? Parece muy propio de Helios. Bueno, parece propio de la mayoría de los dioses, la verdad. ¿Qué dijo?

—Por lo visto, estaba contando la historia de tu hija, Perséfone. Afirmó haber visto el secuestro y saber quién era el culpable, pero, bueno, no dijo su nombre.

—¡Por supuesto! —exclamó Deméter, tan emocionada que la hierba empezó a crecer en la camisa de Triptólemo—. Ay, perdona... Pero ¡es una noticia excelente! Tendría que haber pensado antes en hacer una visita a Helios. ¡Lo ve todo! —Besó a Triptólemo en la mejilla—. Gracias, querido muchacho, no olvidaré tu ayuda. Cuando recupere a mi hija, te lo recompensaré con creces.

Triptólemo intentó sonreír, pero no lo logró. Le daba miedo que Deméter lo pusiera a dormir sobre el fuego.

—No es necesario, en serio.

—No, insisto. Pero ¡ahora tengo que irme!

Deméter se convirtió en paloma, que era una de sus aves sagradas, y salió volando por la ventana, dejando muy perpleja a la familia de Eleusis.

Helios supo que tenía problemas en cuanto vio a Deméter irrumpir en su sala del trono. Al titán del sol le gustaba relajarse durante las últimas horas de la noche, antes de ponerse a ensillar sus caballos para ir al trabajo.

Estaba cómodo, pensando en las locuras que había visto durante su recorrido del día anterior y repitiéndose que debía escribir un libro, cuando, de repente, las puertas de bronce de su sala de audiencias se abrieron de golpe y por ellas entró Deméter sobre su carro tirado por dragones, que aparcó justo a los pies del trono. Los dragones gruñeron y enseñaron los colmillos, babeando sobre los zapatos dorados de Helios.

—Esto... ¿hola? —dijo, nervioso.

—¿Dónde está mi hija? —preguntó Deméter con voz tranquila y mortalmente seria.

Helios hizo una mueca. No quería meterse en disputas divinas, no le pagaban lo suficiente. Sin embargo, pensó que no era el momento más adecuado del mundo para guardarse información.

—Se la llevó Hades —respondió, y le contó todo lo que había visto.

Deméter reprimió un grito porque no quería provocar otra ola de palomitas, pero ¿Hades? De todos los asquerosos y horribles dioses que podrían haberse llevado a su querida hija, Hades era el más asqueroso y horrible de todos.

—¿Y por qué no me lo has contado antes? —preguntó con una voz tan afilada como su guadaña.

—Bueno...

—¡Da igual! —lo interrumpió—. Me encargaré de ti después. Cuando Zeus descubra que Hades ha deshonrado a nuestra hija, ¡se pondrá furioso!

Salió del palacio del sol y se dirigió directamente al monte Olimpo.

Como podéis imaginar, su conversación con Zeus no transcurrió del todo como ella esperaba. Entró en la sala del trono y gritó:

—¡Zeus! ¡No te vas a creer lo que ha pasado!

Le contó toda la historia y exigió que hiciera algo al respecto.

Curiosamente, Zeus no parecía furioso. Incapaz de mirar a Deméter a los ojos, no dejaba de toquetear el extremo de su trueno. Le caían goterones de sudor por la cara.

Un escalofrío recorrió a Deméter, una ira mucho más profunda que ninguna que hubiera sentido antes.

—Zeus, ¿qué has hecho?

—Bueno... —respondió él, avergonzado—. Puede que Hades mencionara que quería casarse con Perséfone.

Deméter se clavó las uñas en las palmas de las manos hasta que le goteó icor dorado.

—¿Y?

—¡Y es un buen partido! Hades es poderoso, guapo... esto... bueno, es

poderoso.

—Quiero recuperar a mi hija —exigió Deméter—. ¡Ahora!

—Mira, nena... —empezó a responder él, revolviéndose en el trono.

—No me llames nena.

—No puedo desdecirme. Ya está hecho. Perséfone se encuentra en el inframundo y están casados. Fin de la historia.

—No, no es el fin de la historia. Hasta que me devuelvas a mi hija no crecerá nada sobre la faz de la tierra. Las cosechas se perderán. La gente morirá de hambre. ¡Todos los seres vivos compartirán mi dolor hasta que actúes correctamente y me devuelvas a Perséfone!

Deméter salió de la sala del trono con un portazo atronador. Lo de los ruidos atronadores solía ser cosa de Zeus, pero ahora era ella la que estaba furiosa. Regresó a Eleusis, el único reino en el que la gente la había ayudado, y permitió que allí siguieran creciendo las cosechas, pero en el resto del mundo todo se marchitó y murió, tal como había amenazado.

Zeus se dijo: «No es más que una rabieta. Le daré unos cuantos días y se le pasará».

Pasaron semanas. Y meses. Los humanos morían a miles. Y cuando los humanos morían, no podían hacer ofrendas a los dioses. No podían construir templos nuevos. Lo único que hacían era llorar de dolor y rezar las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana: «¡Ayudadnos! ¡Nos morimos de hambre!». Y aquello le daba dolor de cabeza a Zeus.

Además, los dioses tuvieron que conformarse con comer ambrosía y beber néctar, y se cansaron enseguida. Sin cereales, no tenían pan ni aquellos *brownies* recién horneados que a veces les preparaba Hera.

Zeus acabó dando su brazo a torcer. Llamó a su mensajero jefe, un dios llamado Hermes, y le dijo:

—Mira, Hermes, baja al inframundo y dile a Hades que tiene que enviar a Perséfone de vuelta inmediatamente o no volveremos a disfrutar de la paz... ni de los *brownies*.

—Voy, jefe.

Y Hermes salió pitando hacia el inframundo.

Mientras tanto, Perséfone se había pasado todo ese tiempo en el palacio de Hades y estaba aprendiendo cruelmente que el mundo no giraba a su alrededor.

Por mucho que pataleara, aguantara el aliento o gritara llamando a su madre,

no conseguía lo que deseaba.

Tuvo unos berrinches épicos. Destrozó su cama (por lo que después le costaba mucho dormir); pateó las paredes (haciéndose daño en los pies); y cuando los fantasmales criados de Hades le llevaban la comida, rompía los platos y se negaba a probar bocado, a pesar de estar muerta de hambre.

Lo de no comer era importante. Veréis, en la época griega, comer en casa de otra persona era como firmar un contrato. Quería decir que aceptabas tu condición de invitado. Tenían que tratarte bien, pero tú también tenías que comportarte adecuadamente. En resumen, significaba que el anfitrión y tú teníais una relación de amistad.

Perséfone no quería firmar ese contrato, en absoluto.

Los primeros días se negó a salir de su cuarto. Hades tampoco la obligó, aunque intentó convencerla más de una vez.

—Mira —le dijo—, tu padre aceptó este matrimonio. Siento lo del secuestro (que, por cierto, fue idea suya), pero te quiero de verdad. Eres increíble y preciosa, y te prometo...

—¡Sal de aquí! —le gritó mientras le lanzaba lo que tenía más a mano, que era un cojín. El cojín rebotó en el pecho de Hades.

Hades puso cara de pena y la dejó en paz.

Más o menos al cuarto día, Perséfone se aburrió y salió de su cuarto. Nadie la detuvo, y no tardó en descubrir por qué: al otro lado de los muros del palacio no había a donde ir. Estaba atrapada en el inframundo; no había nada por ninguna parte, salvo lúgubres llanuras grises llenas de gente muerta, y nada de cielo, únicamente una niebla oscura.

Aunque huyera del palacio, no quería atravesar aquellos campos repletos de almas muertas y no tenía ni idea de cómo regresar al mundo de arriba.

Pero lo más desesperante era que Hades se negaba a enfadarse con ella por muchos platos que destrozara, por muchas sábanas que rasgara y por muchos insultos horribles que le escupiera... Aunque la verdad es que no se sabía tantos insultos. Había llevado una vida feliz y protegida, así que llamar «tontaina» a Hades no parecía lo bastante fuerte.

Hades aceptó el insulto y le dijo que sentía que estuviera enfadada.

—Te quiero, en serio —le aseguró—. Eres la luz más brillante del inframundo. Contigo aquí, no volveré a echar de menos el sol. Su calor no puede competir con el tuyo.

—¡Eres un cabezón estúpido! —gritó ella.

Cuando se fue, Perséfone se dio cuenta de que lo que le había dicho Hades

era bastante bonito, aunque no dejaba de ser espeluznante y patético, claro.

Pasaron los días. Cuanto más vagaba Perséfone por el palacio, más se asombraba. La mansión era enorme. Hades tenía habitaciones enteras de oro y plata. Todos los días, sus criados colocaban nuevos ramos de flores hechas de piedras preciosas: una docena de rosas de rubíes en tallos de diamante, girasoles de platino y oro con hojas tachonadas de esmeraldas. Ni en el monte Olimpo había visto Perséfone una riqueza tan deslumbrante.

Empezó a darse cuenta de que, por muy espeluznante y horrible que fuera Hades, tenía un poder tremendo. Controlaba miles de almas. Tenía a sus órdenes a horribles criaturas y monstruos de las tinieblas. Daba igual lo que ella destruyera: Hades podía reemplazarlo al instante con algo aún mejor.

A pesar de todo, odiaba el palacio. ¡Claro que sí! Echaba de menos el sol, los prados y las flores frescas. En el inframundo hacía un frío tan húmedo que nunca entraba en calor. La penumbra constante estaba provocándole un grave caso de trastorno afectivo estacional.

Entonces, un día, se topó con la sala del trono de Hades. Él estaba sentado en la otra punta, en un trono esculpido con miles de huesos, hablando con un fantasma que resplandecía. Perséfone supuso que sería un alma recién llegada del mundo de los mortales, ya que informaba a Hades sobre las últimas noticias.

—Gracias —le dijo Hades al espíritu—, pero ¡nunca me rendiré! ¡Me da igual cuántos mortales mueran!

Perséfone caminó, decidida, hasta la escalinata del trono.

—¿De qué estás hablando, persona horrible? ¿A quién vas a matar ahora?

Hades se quedó pasmado. Le hizo un gesto al fantasma, y este desapareció.

—No... No quiero contártelo —respondió—. Te haría sufrir.

Aquello solo sirvió para avivar su interés, así que insistió:

—¿Qué está pasando?

—Tu madre está enfadada —contestó Hades tras respirar hondo—. Ya sabe que te tomé por esposa.

—¡Ja! —exclamó Perséfone, esperanzada—. En menudo lío te has metido. Seguro que ya está de camino al inframundo con un ejército de ninfas y espíritus de los cereales enfadados, ¿a que sí?

—No —dijo Hades.

—¿No?

—No vendrá al inframundo —explicó Hades—. Odia este sitio. Me odia a mí.

—¡Claro que te odia! —exclamó ella, aunque estaba algo decepcionada.

Contaba con que su madre la rescatara. Seguro que Deméter iría a rescatarla en persona, odiara o no el inframundo.

—Pero... estoy desconcertada: ¿qué era eso de que están muriendo mortales?

—Tu madre está intentando obligar a Zeus a recuperarte —respondió él con una mueca—. Deméter está matando de hambre al mundo entero, permitiendo que miles de personas mueran hasta que le seas restituida.

Perséfone estuvo a punto de desmayarse: ¿qué estaba haciendo su madre?

Deméter siempre había sido amable y gentil. Perséfone no podía imaginarse a su madre dejando que muriera el maíz, y mucho menos miles de personas. Pero algo le decía que Hades no estaba mintiendo.

A Perséfone le escocían los ojos y no sabía con certeza si estaba triste, enfadada o simplemente muerta de asco: ¿miles de mortales morían por su culpa?

—Tienes que devolverme a la superficie —le dijo a Hades—. De inmediato.

Hades apretó los dientes y, por primera vez, no pareció deprimido ni débil. La miró fijamente. Un fuego morado le iluminaba los oscuros ojos.

—Ahora tú eres mi vida —le dijo a Perséfone—. Para mí eres más preciada que todas las piedras preciosas que descansan bajo la tierra. Lamento que no me ames, pero seré un buen marido para ti y haré todo lo que pueda para hacerte feliz. No te soltaré, ni ahora ni nunca. Si no me queda más remedio, responderé al ataque de Deméter: abriré las puertas del inframundo y permitiré que los muertos vuelvan al mundo. ¡Prefiero hacer eso antes que liberarte!

Perséfone no sabía qué hacer con esa información. Era como si se le comprimiera el corazón hasta convertirse en una gema diminuta, tan luminosa y dura como un diamante.

Dio media vuelta y huyó. Corrió por un pasillo que no había explorado hasta entonces, abrió una puerta y salió a un... jardín.

Se le cortó la respiración: nunca había visto un lugar tan increíble. Cálidas luces fantasmales flotaban sobre ella... ¿Serían las almas de los muertos más luminosas? No estaba segura, pero el jardín era más cálido y estaba más iluminado que el resto del inframundo. Bellas flores subterráneas brillaban en la oscuridad. Huertos de árboles bien podados daban flores fragantes y frutas relucientes como luces de neón.

Los caminos estaban tallados en rubíes y topacios. Los abedules de papel se

alzaban en el aire como fantasmas helados. Un riachuelo discurría por el centro del jardín y, en una mesa cercana, había una bandeja de plata con una licorera de cristal esmerilado llena de néctar, además de las galletas favoritas de Perséfone y fruta fresca.

No entendía lo que veía. Todas las flores y los árboles que adoraba en el mundo de arriba estaban allí, en aquel jardín, rebosantes de salud en la oscuridad.

—¿Qué...? —empezó a decir, aunque no logró formar ninguna frase—.  
¿Cómo...?

—¿Te gusta? —preguntó Hades justo detrás de ella.

La había seguido y, por una vez, su voz no la hizo encogerse.

Se volvió y vio una sonrisa diminuta en su rostro; no estaba tan horrible cuando sonreía.

—¿Lo has... lo has hecho para mí?

—Siento no haber podido terminarlo antes —respondió, encogiéndose de hombros—. Reuní a los mejores jardineros del inframundo. ¡Ascálafo! ¿Dónde estás?

Un joven delgado surgió de entre los arbustos, con unas tijeras de podar en la mano. Estaba claro que era uno de los muertos, a juzgar por el color blanquecino de la piel y el tono amarillento de los ojos, pero consiguió esbozar una sonrisa. Por algún motivo, parecía más despierto que los demás zombis a los que había conocido Perséfone.

—Estaba podando las rosas, mi señor —dijo Ascálafo—. Mi señora, es un placer conocerlos.

Perséfone sabía que tenía que decir algo («hola», por ejemplo), pero estaba en estado de *shock*.

Justo entonces, una gárgola alada entró volando en el jardín, susurró algo al oído de Hades y la sonrisa se esfumó del rostro del dios.

—Una visita —explicó—. Perdona, querida.

Cuando se fue, Ascálafo señaló la mesa del patio.

—Mi señora, ¿queréis algo de comer?

—No —respondió Perséfone automáticamente.

A pesar de todo, sabía que no debía aceptar la hospitalidad de un dios que la había secuestrado.



—Como deseáis —respondió el jardinero—. Aunque acabo de coger estas granadas y son increíbles.

Se sacó una del mono y la dejó sobre la mesa; después la cortó en tres pedazos con su cuchillo, y cientos de jugosas semillas de color granate brillaron en su interior.

Yo no soy muy fan de las granadas, pero Perséfone las adoraba. Le recordaban a sus momentos más felices en la superficie de la tierra, cuando correteaba por los prados con sus amigas ninfas.

Se quedó mirando la sabrosa fruta y el estómago le aulló de hambre. Hacía días que no comía nada. Era inmortal, así que no podía morir por falta de alimento, pero sí que se sentía morir...

«No pasa nada si como un poquito», se dijo.

Se sentó, se metió una semilla en la boca y... estaba tan buena que no se lo podía creer. Antes de darse cuenta, se había comido un tercio de la fruta. Seguramente habría comido más de no haber regresado Hades con su visita: el dios Hermes.

—¡Mi amor! —la llamó Hades, y su voz sonaba como si hubiera llorado.

Perséfone se levantó de un salto y se escondió detrás de la espalda los dedos pegajosos y teñidos de morado; esperaba no tener chorretones de zumo en la barbilla.

—¿Mmm-hum? —farfulló mientras daba vueltas a unas cuantas semillas a medio masticar dentro de su boca.

—Este es Hermes —dijo Hades con cara de desesperación—. Ha... ha venido a por ti.

Perséfone se tragó la fruta.

—Pero... me habías dicho que...

—Lo ordena Zeus. —Hades parecía tan triste que a Perséfone se le olvidó que en realidad era una noticia fabulosa—. Por ti sería capaz de luchar contra cualquier dios, pero ni siquiera yo puedo enfrentarme a todo el consejo olímpico. Me veo... Me veo obligado a renunciar a ti.

Perséfone tendría que haberse puesto a gritar de alegría. ¡Si eso era lo que ella quería! Entonces, ¿por qué se sentía tan mal? No soportaba la cara de inmensa pesadumbre de Hades. Hades, que había hecho aquel jardín solo para ella, que la había tratado bien... al menos después del secuestro inicial, que había sido idea de Zeus. Hades estaba dispuesto a abrir las puertas de los muertos por ella.

A Hermes no parecía preocuparle nada de aquello.

—¡Bien, estupendo! —exclamó, y sonrió a Perséfone—. ¿Lista para marcharte? Solo debo hacerte algunas preguntas reglamentarias antes, ya sabes, temas de aduanas para cruzar la frontera. ¿Has tenido contacto con animales vivos?

—No —respondió Perséfone con el ceño fruncido.

—¿Has visitado alguna granja? —preguntó Hermes—. ¿Llevas más de diez mil dracmas en moneda extranjera?

—Eeh... No.

—La última pregunta: ¿has comido algo en el inframundo? —Alzó la mano a modo de disculpa—. Lo sé, es una pregunta estúpida. Vamos, ya sé que no eres tan tonta. Si hubieras comido algo aquí, ¡tendrías que quedarte para siempre!

Perséfone se aclaró la garganta.

—Bueno...

No sé si habría mentido o no, pero, antes de poder responder, el jardinero, Ascálafo, dijo:

—Enséñales las manos, mi señora.

Perséfone se ruborizó y sacó las manos, que estaban manchadas de morado.

—Un tercio de granada —dijo—. Nada más.

—¡Ay, vaya! —exclamó Hermes.

—¡Puede quedarse! —gritó Hades, que se puso a bailar dando vueltas con una sonrisa de oreja a oreja; después se dio cuenta de que no era una reacción muy digna de él—. Estooo, quiero decir que tiene que quedarse. Lo... lo siento, querida, si eso te entristece, pero no puedo disimular que estoy encantado. Es una noticia maravillosa.

Las emociones de Perséfone estaban tan revueltas que no sabía muy bien qué sentía.

Hermes se rascó la cabeza.

—Esto complica las cosas. Tengo que volver a por nuevas órdenes. Regresaré pronto.

Voló al monte Olimpo y contó la noticia a los otros dioses.

Cuando Deméter se enteró del problema, montó en cólera. No sé cómo lo hizo, pero el caso es que lanzó una poderosa maldición que atravesó la tierra y llegó al jardín de la mansión de Hades. Convirtió en lagarto al jardinero,

Ascálafo, por haberse chivado de Perséfone.

¿Y por qué en lagarto? Ni idea. Supongo que así, sobre la marcha, convertirlo en un lagarto zombi era la peor maldición que se le ocurrió.

Deméter amenazó con dejar que el mundo siguiera muriéndose de hambre si no recuperaba a su hija. Hades envió un nuevo mensaje a través de Hermes, advirtiéndole que los muertos se alzarían en un apocalipsis zombi si Perséfone no se quedaba con él. Zeus empezó a sufrir un dolor de cabeza atroz al imaginarse cómo iban a destrozarle su precioso mundo... hasta que Hestia dio con una solución.

—Que Perséfone divida su tiempo —sugirió la diosa del hogar—. Se ha comido un tercio de granada, así que podría pasar un tercio del año con Hades y dos tercios con Deméter.

Lo más sorprendente es que todos los dioses estuvieron de acuerdo. Hades estaba encantado de quedarse con su esposa, aunque solo fuera un tercio del año. Deméter estaba extasiada, aunque nunca se le pasó el enfado con Hades. Siempre que Perséfone bajaba al inframundo, Deméter se volvía fría y malhumorada, y no permitía que crecieran las plantas.

Según las antiguas historias, por eso hay tres estaciones en Grecia y los cultivos no crecen en los meses más fríos del otoño.

En cuanto a Perséfone, aquella experiencia la había obligado a madurar. Se enamoró de Hades y convirtió el inframundo en su hogar, aunque seguía disfrutando del tiempo que pasaba en el mundo de los mortales, con su madre y sus antiguas amigas. La titánide mágica, Hécate, que había ayudado a Deméter en su búsqueda, bajó al inframundo y se convirtió en una de las acompañantes de Perséfone. A Hécate le parecía bien, ya que el inframundo era un lugar mucho más oscuro y adecuado para practicar la magia que una cueva con corrientes de aire.

Deméter incluso recordó su promesa a Triptólemo, el príncipe de Eleusis, y le regaló un carro tirado por serpientes para él solito, además de convertirlo en el dios de la agricultura. Le pidió que viajara por el mundo y enseñara a la gente cómo funcionaba la agricultura. No parece un trabajo muy lucido, pero supongo que a Triptólemo le gustaba más que acabar en una cama de fuego.

Después de aquello, Deméter sentó la cabeza de verdad. No tuvo más berrinches. Y menos mal, porque cuando a su hermana Hera se le cruzaron los cables, Deméter a su lado parecía un corderito...

## Hera pierde la chaveta

\*

Vamos a empezar por las buenas noticias: Hera era guapísima. Vamos, que era una morenaza de infarto.

Tenía una larga melena de pelo negro como el azabache, un rostro regio y tan bello que resultaba inaccesible, como la cara de una supermodelo en una pasarela de moda. Los griegos decían que tenía «ojos de buey». Lo creáis o no, era un cumplido y significaba que tenía unos enormes ojos castaño claro en los que uno podía perderse. Supongo que los griegos pasaban mucho tiempo contemplando bueyes.

En cualquier caso, en los primeros tiempos del monte Olimpo, todos los dioses y titanes se enamoraban de Hera. Y eso nos lleva a las malas noticias: Hera tenía muy mal genio y una actitud un poco agresiva. Siempre que un tío se le acercaba, le paraba los pies tan deprisa —indicándole sus defectos e insultándolo como una profesional— que el tío se largaba entre lágrimas y no volvía a intentar ligar con ella.

La madre Rea decidió que a Hera no le iría mal un internado para chicas en el que madurar un poco y aprender a ser menos cáustica. Por desgracia, nadie había inventado todavía los internados para chicas.

Rea tuvo que optar por lo más parecido que encontró: envió a Hera a vivir con su tío Océano y su tía Tetis, que disfrutaban de un matrimonio bastante estable, comparado con los de los demás inmortales. Hera decidió que quería un matrimonio como aquel. Esperaría al hombre adecuado, no se casaría con el primer dios viejo que apareciera, a no ser que demostrara que sería un marido bueno y fiel.

Había oído hablar de los problemas de su hermana Deméter. Poseidón, Zeus y Hades eran unos imbéciles integrales. Hestia había hecho bien en quedarse soltera.

Sin embargo, Hera no pensaba ser soltera toda la vida: quería un marido, hijos, una casa en las afueras... el lote completo. Pero debía tener cuidado al elegir.

Al cabo de unos años regresó al monte Olimpo y le dieron unos aposentos privados dentro del palacio. Controlaba mejor su genio, aunque a los dioses todavía les costaba ligar con ella: si se pasaban de la raya, ella los paraba en seco.

¿Besar a Hera? Ni lo sueñes, *pringao*. No, a no ser que le enseñes una alianza y un estado financiero que demuestre que puedes mantener a una familia.

Al final, la mayoría de los dioses y los titanes llegaron a la conclusión de que Hera requería demasiado esfuerzo, a pesar de ser, sin lugar a dudas, la diosa más bella de la creación (bueno, por lo menos hasta aquel momento).

Sin embargo, hubo un dios que la consideró un reto.

A Zeus no le gustaba que le dieran un «no» por respuesta. Puede que ya lo hayáis notado.

Se sentaba a su lado a la hora de comer y le contaba sus mejores chistes. Le cantaba junto al fuego. Si la veía caminando por la sala, no dudaba en ponerse a bailar con el estilo de los curetes, tan solo para hacerla sonreír.

Ella, en secreto, disfrutaba con aquellas atenciones. Zeus era gracioso cuando quería, además de guapo, con aquel pelo oscuro y los ojos azules, y le gustaba ir por ahí sin camisa, marcando músculo como quien no quiere la cosa y luciendo abdominales. Estaba en buena forma, no cabía duda. Y sí, era el rey del universo, así que la mayoría de las mujeres lo habrían considerado un buen partido.

Pero no Hera. Ella sabía muy bien que Zeus era un mujeriego. Ya se había casado, como mínimo, dos veces. Había tenido una hija con Deméter. Se rumoreaba que había tenido otras aventuras con diosas, titánides e incluso mortales.

Hera no pensaba ser otra conquista más; no era ningún trofeo. Era consciente de que, si alguna vez se entregaba a Zeus, él perdería el interés por ella de inmediato y dejaría de ser tan encantador para irse por ahí a ligar con otras. Hera no soportaba la idea.

Una noche, durante la cena, Zeus le contó un chiste muy gracioso —algo sobre un burro, un dios y un cíclope que entran juntos en un templo—, y Hera no pudo reprimir la risa. Se le saltaron las lágrimas y no podía ni respirar.

Miró hacia el otro extremo de la mesa y sostuvo la mirada de Zeus durante un segundo más de la cuenta. Después se aclaró la garganta y apartó la vista, pero Zeus ya se había percatado de sus sentimientos.

—Te gusto —le dijo—. Y lo sabes.

—Claro que no —respondió ella—. ¡Eres un idiota, un mujeriego, un canalla y un mentiroso!

—¡Exacto! —exclamó el dios—. ¡Esas son mis mejores cualidades!

Hera intentó con todas sus fuerzas no reírse. Nunca había conocido a un tío tan inmune a sus insultos. Zeus era casi tan cabezón como ella.

—¿Cuándo te rendirás? —le preguntó—. No me interesas, Zeus.

—Nunca me rendiré. Y sí que te intereso. Tú y yo... seríamos el rey y la reina

del cosmos. ¡Imagínatelo! Una pareja invencible. Eres, sin duda, la diosa más bella de la creación. Y, por supuesto, yo soy endiabladamente apuesto.

Volvió a marcar músculo. Era un fanfarrón ridículo, pero Hera tuvo que reconocer que estaba cachas.

—¿Cómo puedo convencerte de que pierdes el tiempo? —le preguntó, negando con la cabeza.

—No puedes. Te amo.

—Tú amas a cualquier cosa que lleve vestido —dijo ella, resoplando.

—Esto es distinto. Eres la diosa adecuada, lo sé. Y tú también lo sabes. Solo dime que me quieres. Puedes hacerlo. Te sentirás mejor si te sinceras.

—Nunca. Nunca te lo diré. Nunca jamás.

—¡Esto parece un reto! —exclamó Zeus, sonriente—. Si consigo que reconozcas que me quieres, ¿te casarás conmigo?

Hera puso cara de hartazgo.

—Claro, Zeus, como eso nunca va a pasar, puedo decir sin temor a equivocarme que, si alguna vez reconozco, ya sabes, lo que has dicho... entonces, pues sí, me caso contigo. Pero solo lo prometo porque ¡no va a pasar!

—Acepto el reto.

Se levantó de la mesa, y Hera empezó a preguntarse si habría cometido un error.

Unas cuantas noches después, a Hera ya casi se le había olvidado aquella conversación. Curiosamente, Zeus no había vuelto a mencionarla. De hecho, no le había prestado demasiada atención desde aquella noche. Aunque eso debería haberla aliviado, lo cierto es que estaba decepcionada.

«Olvídate de él —se decía—. Por fin ha captado el mensaje. Seguramente estará camelándose a otra pobre diosa».

Intentó convencerse de que era una buena noticia, de que no estaba celosa; porque estarlo habría sido ridículo.

Por la noche, una enorme tormenta sacudió el monte Olimpo. (Hera debería haber sospechado algo, ya que Zeus era el dios del cielo y tal, pero estaba demasiado ocupada tapando sus ventanas para que no entrara la lluvia).

Corrió a su dormitorio y, mientras cerraba las últimas contraventanas, un pajarito entró volando y cayó exhausto al suelo.

—¡Ay! —gritó Hera, dando un paso atrás—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

El pájaro aleteaba sobre las baldosas de mármol, impotente. Tenía la respiración agitada y le temblaba todo el cuerpo por culpa del frío. Hera se arrodilló y vio que era un cuco.

¿Alguna vez habéis visto un cuco de verdad (no esos de madera que salen de los relojes antiguos)? Yo no. Tuve que buscar información. Tiene una pinta muy rara. Las plumas de la cabeza le forman una especie de cresta mohicana que no casa con sus elegantes alas marrones y blancas ni con la cola larga. Es como si un científico loco le hubiera aplicado una descarga en la cabeza, así que es comprensible que, en inglés, su nombre se convirtiera en sinónimo de pirado.

En fin, que Hera se arrodilló y recogió al pájaro. Sentía los latidos de su corazón contra la palma de la mano. Una de las alas estaba torcida. La diosa no entendía cómo un pajarito tan pequeño había sido capaz de llegar volando hasta el monte Olimpo. Normalmente, solo las águilas volaban tan alto, ya que lo que rodeaba el monte era espacio aéreo restringido.

Por otro lado, Hera sabía que las tormentas generaban vientos muy fuertes, así que era posible que hubieran arrastrado al pobre pájaro.

—Es un milagro que sigas con vida —le dijo Hera al cuco—. No te preocupes, pequeñín, yo cuidaré de ti.

Le preparó un nido de mantas a los pies de su cama y lo colocó dentro con cuidado. Le secó las alas y lo alimentó con unas gotas de néctar, lo cual pareció reanimarlo. El cuco se ahuecó las alas, cerró los ojos y empezó a emitir un sonido mezcla de silbidos y ronquidos, como las suaves notas de una flauta. A Hera le gustó mucho.

«Solo me lo quedaré esta noche —se dijo, dando por sentado que era macho—. Si está mejor por la mañana, lo soltaré».

Por la mañana, el cuco no había intentado huir. Se sentó, satisfecho, en el dedo de Hera y se puso a comer de su mano trocitos de frutos secos y semillas. Hera sonreía, ya que nunca había tenido mascotas.

—Eres un buen amigo, ¿verdad? —le murmuró al pájaro.

—Cu —respondió el cuco.

A Hera se le derritió el corazón al mirar a los confiados ojos naranja del animalito.

—¿Me quedo contigo?

—Cu —repitió el cuco, restregando el pico contra su dedo en un gesto que, sin duda, era de cariño.

Hera se rio, encantada.

—Pues vale, sí, yo también te quiero.

Al instante, el cuco saltó al suelo y empezó a crecer. Al principio, Hera temía haberle dado demasiado néctar y que eso lo hiciera estallar, lo que habría sido tan asqueroso como inquietante. Sin embargo, el pájaro adoptó la forma de un dios. De repente, tenía a Zeus frente a ella, vestido con su resplandeciente túnica blanca y luciendo la corona sobre el cabello negro, que estaba todavía alborotado al estilo del cuco.

—Dulces palabras, mi señora —dijo Zeus—: «Yo también te quiero». Bueno, creo que tú y yo teníamos un trato.

Hera estaba tan pasmada que no pudo ni responder. La ira se apoderó de ella. Sin embargo, también se le coló una chispa de admiración por lo sinvergüenza y cara dura que era aquel Zeus. No sabía si pegarle, reírse de él o besarlo. Era taaan mono...

—Con una condición —dijo, muy seria.

—Tú dirás.

—Si me caso contigo, serás un marido bueno y fiel. Nada de ir de ligue por ahí. Se acabaron las aventuras amorosas y lo de ir persiguiendo a las mortales gapas. No seré el hazmerreír de nadie.

Zeus contó con los dedos.

—Diría que es más de una condición, pero ¡da igual! ¡Acepto!

Hera debería habérselo hecho prometer por el río Estigio, que es el juramento más serio que pueden hacer los dioses, pero no lo hizo. Aceptó casarse con él.

Después de aquello, el cuco se convirtió en uno de sus animales sagrados. Es habitual ver imágenes de Hera sosteniendo una vara coronada por un cuco o una flor de loto, que era su planta sagrada. Por si sentís curiosidad, su otro animal sagrado era la vaca, porque era un bicho muy maternal. Personalmente, si alguien me dijera: «Jo, tía, me recuerdas a una ternera», no me lo tomaría como un cumplido; pero a Hera no le preocupaba. Supongo que lo importante es lo que te haga... tolón.

Zeus y Hera anunciaron la buena nueva, y los dioses empezaron a preparar la boda más grande de la historia de las bodas.

Es como para que nos dé pena Hermes, el dios mensajero que tuvo que entregar todas las invitaciones de boda. Invitaron a la fiesta a todos los dioses, mortales, ninfas, sátiros y animales del mundo. Espero que los caracoles las recibieran con la suficiente antelación; debieron de tardar un siglo en llegar.



Cada persona a la que le preguntes te dirá que la boda se celebró en un lugar distinto. Nosotros nos quedaremos con la versión de la isla de Creta, porque es la más lógica. Allí fue donde Zeus se escondió de bebé en el monte Ida, así que el sitio tenía buen karma.

Lo cierto es que todavía estoy intentando que me cuadre la logística... Así que invitas a un conejo silvestre que vive en Italia a una fiesta en la isla de Creta. ¿Qué va a hacer el animal? ¿Ir nadando hasta allí? Se le mojaría el miniesmoquin...

En fin, que se presentaron todos los invitados, salvo una ninfa muy estúpida llamada Quelona. Quelona vivía en Arcadia, en Grecia, en una cabaña junto al río, y se limitó a tirar la invitación.

—Bah —dijo—. Qué estupidez de boda. Mejor me quedo en casa.

Cuando Hermes descubrió que no iría, se enfadó (supongo que también estaba a cargo de comprobar la lista de invitados). Regresó volando a la casa de Quelona y se la encontró bañándose en el río.

—¿Qué pasa? —quiso saber—. Ni siquiera estás vestida. ¡Y va a empezar la boda!

—Bueno... Es que... soy un poco lenta —contestó Quelona—. ¡Allí estaré!

—¿En serio? ¿Esa es tu excusa?

—Vale, no —reconoció ella—. Solo quería quedarme en casa.

Hermes le lanzó una mirada sombría.

—De acuerdo.

Caminó hasta la cabaña de Quelona y levantó la estructura entera, estilo Superman. «¿Quieres quedarte en casa? Pues quédate para siempre».

Le lanzó la casa encima, pero, en vez de morirse, Quelona se transformó. La casa se encogió sobre su espalda y se convirtió en un caparazón, y así Quelona fue la primera tortuga, un animal que siempre avanza despacio y transporta su casa a la espalda. Por eso *quelone* significa «tortuga» en griego. Eh, nunca se sabe: a lo mejor esta información os viene bien para jugar al Trivial o para ganar un concurso de la tele.

El resto del mundo fue lo bastante listo como para ir a la fiesta. La novia y el novio entraron en la cueva sagrada en un carro de oro conducido por Eos, la titánide de la aurora, así que una luz rojo rosáceo se extendió por encima de la multitud al acercarse Zeus y Hera, dando inicio a un nuevo día. Las tres Parcas oficiaron la ceremonia, cosa que a mí me habría puesto nervioso. Aquellas ancianas espeluznantes podían controlar el futuro y cortar el hilo de tu vida, por lo que mejor tomarte muy en serio los votos.

Hera y Zeus se convirtieron en marido y mujer, rey y reina del universo.

Todos les hicieron unos regalos impresionantes, pero el último fue el que más le gustó a Hera. La tierra retumbó y un arbolillo brotó del suelo: un joven manzano que daba fruta de oro macizo. Aunque no llevaba tarjeta, Hera sabía que era un regalo de su abuela Gea, que seguía dormida, pero debía de haber notado que estaban de fiesta.

Hera ordenó que se llevaran el manzano al extremo occidental de la tierra, y allí lo replantaron en un precioso jardín, a los pies del titán Atlas, que seguía sosteniendo el cielo. Envío a un dragón inmortal llamado Ladón a proteger el árbol, junto con un grupo de hijas de Atlas llamadas las Hespérides, las ninfas del cielo del atardecer.

¿Por qué plantó Hera su manzano tan lejos, en vez de en el monte Olimpo? Ni idea. Puede que solo quisiera ponérselo difícil a los héroes que después intentarían robarle las manzanas. De ser así, su plan funcionó... casi a la perfección.

Zeus y Hera fueron felices y comieron perdices casi trescientos años, que no es mucho tiempo para los dioses, pero sí más de lo que dura el típico matrimonio de Hollywood. Tuvieron tres hijos juntos: un niño, Ares, que podría considerarse un crío problemático; una niña, Hebe, que se convertiría en la diosa de la eterna juventud; y otra niña, Ilitía, que se convirtió en la diosa de los nacimientos. La verdad es que fue una planificación bastante mala lo de tener a la diosa de los nacimientos en último lugar, después de dar a luz a dos bebés. Fue casi como si Hera pensara: «Vaya, ¡esto de parir duele! Deberíamos tener a una diosa que se encargara del tema».

Después del nacimiento del tercer hijo, Zeus empezó a sufrir la crisis de los cuatrocientos años. Recordaba los buenos tiempos, cuando era un tío soltero que hacía cosas divertidas, como tender una emboscada a diosas en madrigueras de serpientes y tal. Comenzó a mirar a otras mujeres y a ligotear.

Había prometido que sería un buen marido, y lo había sido... durante un tiempo. Pero, cuando eres inmortal, los votos de «hasta que la muerte os separe» adquieren un significado completamente distinto.

Cuanto más ligaba, más disgustada estaba Hera y más suspicaz se volvía.

Lo que más odiaba la diosa era que Zeus hubiera tenido hijos con otras mujeres. No dejaban de brotar, como malas hierbas. Zeus afirmaba que eran todos de relaciones anteriores, pero aquella excusa no terminaba de resultar creíble. Algunos de los niños eran mortales y no parecían tener trescientos años ni de lejos. Cada vez que uno de ellos aparecía, Hera se imaginaba a los otros dioses riéndose con disimulo a sus espaldas, susurrando sobre lo idiota que había sido al confiar en Zeus.

Al final, estalló.

Le gritó a Zeus:

—¡No paras de engendrar críos sin mí! ¿Te parece gracioso? ¿Crees que me gusta que rompas tu promesa?

Zeus frunció el ceño.

—¿Es una pregunta con trampa?

—¡A ver si te gusta! —le gritó Hera—. ¡Voy a tener un crío sin ti, sin ningún hombre! ¡Tendré un bebé yo sola!

—Estooo, cariño —dijo Zeus mientras se rascaba la cabeza—, creo que eso no funciona así.

—¡Bah!

Hera salió de la sala del trono hecha una furia.

No sé cómo lo hizo. Desde la boda con Zeus, Hera se había convertido en la diosa del matrimonio y la maternidad, así que supongo que tendría ciertos poderes. En cualquier caso, con nada más que su fuerza de voluntad, unos ejercicios respiratorios muy eficaces, seguramente algo de meditación oriental y una dieta sana, Hera se quedó embarazada por arte de magia, sin ninguna ayuda.

Esa fue la buena noticia.

¿La mala? Cuando llegó el bebé, daba la impresión de que no le habría venido mal algo de ayuda. Tenía la cabeza deformada, todo el cuerpo cubierto de rodales de pelo negro rizado, el pecho y los brazos grandes y corpulentos, y las piernas esmirriadas y dobladas, una un poco más larga que la otra. En vez de llorar, gruñía, como si necesitara ir al baño urgentemente.

Era el niño más feo que Hera había visto en toda su vida. Aunque era suyo, no sentía ningún vínculo maternal: nada de amor, solo vergüenza.

Personalmente, no me sorprende que las cosas salieran tan mal. Eso de tener un hijo para vengarte es una razón muy chungueta, pero no era culpa del crío.

Hera se dijo: «No puedo enseñarles este bebé a los otros dioses; se burlarán de él». Se acercó a la ventana abierta de su dormitorio y miró ladera abajo del monte Olimpo: era una buena caída.

¿Quién iba a enterarse si el niño desaparecía? Siempre podía decir que no había estado embarazada, que había sido una falsa alarma.

Antes de poder pensarse dos veces aquella terrible idea, lanzó al bebé por la ventana.

Lo sé, es una crueldad. Como si un niño fuera algo que pudieras tirar sin más.

Pero Hera tenía estas cosas. Un día era la madre perfecta, y al siguiente lanzaba bebés por la ventana.

Sin embargo, el crío no desapareció. Se llamaba Hefesto y más tarde veremos qué fue de él.

Mientras tanto, Hera tenía otros problemas.

La primera vez que un héroe mortal visitó el monte Olimpo fue una gran ocasión. Se llamaba Ixión y, al parecer, fue el primer humano al que se le ocurrió que podías matar a otros humanos en una batalla. ¡Felicidades!  
¡Premio!

Los dioses estaban tan impresionados de que hubiera aprendido a luchar contra otros humanos con una espada de verdad, en vez de limitarse a lanzar piedras y gruñirles, que invitaron a Ixión a un banquete en el monte Olimpo.

Cabría esperar que el tío tuviera un comportamiento impecable, ¿no? Pues no.

Comió y bebió demasiado. Los cumplidos se le subieron a la cabeza y empezó a pensar que los dioses eran de verdad sus amigos, sus iguales, sus camaradas. Gran error. Por muy bien que te traten los dioses, nunca te ven como a un igual. Recordad que para ellos somos hámsteres que han aprendido a hacer fuego, cucarachas que saben usar armas. Les hacemos gracia. De vez en cuando les somos útiles, cuando necesitan matar cosas pequeñas en la tierra. Pero ¿amigos para siempre? No.

Ixión se pasó toda la tarde haciéndole ojitos a Hera, ya que era la dama más bella de la mesa. Zeus estaba demasiado ocupado divirtiéndose para darse cuenta o preocuparse por ello. Al final, Hera se sintió bastante incómoda y se excusó.

Ixión supuso que era una indirecta para que la siguiera. El tío había aprendido a matar gente, pero, al parecer, todavía le quedaba mucho que aprender sobre diosas. Después de que Hera saliese de la sala, Ixión esperó unos minutos en la mesa y anunció a los dioses:

—Vaya, toda esta bebida tiene que salir por alguna parte. ¿Dónde está el baño? Estoos, ¿tienen cuartos de baño los dioses?

—Al final del pasillo, primera puerta a la derecha —explicó Zeus—. En una puerta pone «Mortales» y en la otra «Dioses». Asegúrate de entrar por la que es.

Ixión tomó la misma dirección que Hera y se la encontró en un balcón, mirando las nubes.

—Hola, preciosa —la saludó.

Ella dio un respingo. Seguramente lo habría transformado en alguna especie de caracol —algo muy baboso—, pero la sorprendió demasiado que aquel

mortal se hubiera atrevido a dirigirle la palabra.

Ixión tomó su silencio por timidez.

—Sí, ya sé que me has echado el ojo. Tú también eres imponente. ¿Qué me dices de un beso?

La rodeó con los brazos e intentó besarla. Hera estaba tan asustada que solo fue capaz de empujarlo y salir corriendo. Se zafó de él por los pasillos del palacio, se encerró en su cuarto y esperó a que el corazón volviera a latirle a ritmo normal.

¿Por qué no lo incineró? ¿O, al menos, por qué no lo convirtió en babosa?

Porque estaba demasiado pasmada. Además, es posible que estuviera algo desconcertada por la situación, ya que hacía varios cientos de años que nadie intentaba ligar con ella. Una vez casada, se había quitado de la cabeza a los demás hombres.

Hera podía tener muchos defectos, pero no era infiel. Creía sinceramente que el matrimonio era para siempre, para bien o para mal, y por eso las aventurillas de Zeus la ponían tan furiosa.

Una vez que se hubo calmado, empezó a planear su venganza. Podía castigar ella misma a Ixión, claro, pero ¿no sería mejor contárselo a Zeus? Que fuera él el celoso por una vez. Quizá, si tuviera que defender el honor de su mujer, empezara a tomarse más en serio sus votos matrimoniales.

Hera recuperó la compostura y regresó al comedor. Ixión estaba sentado a la mesa, charlando como si no hubiera pasado nada... Menuda sabandija. Hera le sonrió para demostrarle que estaba perfectamente y después se inclinó hacia Zeus y le susurró:

—Mi señor, ¿puedo hablar contigo en privado?

—¿Me he metido en un lío? —preguntó él, frunciendo el ceño.

—Todavía no —respondió ella con dulzura.

Se lo llevó al fondo del pasillo y le explicó lo sucedido.

Zeus volvió a fruncir el ceño y se acarició la barba, pensativo.

Hera tenía la esperanza de que volviera al comedor, hecho una furia, y redujera a Ixión a cenizas, pero no lo hizo.

—¿Me has oído? —le preguntó Hera—. ¿Por qué no estás enfadado?

—Sí que te he oído —contestó él tras aclararse la garganta—. Pero es que... Bueno, es un invitado en mi casa. Se ha comido nuestra comida. No puedo incinerarlo sin una buena razón.

—¿Sin una buena razón?! —gritó ella—. ¡Ha intentado enrollarse con tu mujer!

—Sí, sí. Y es algo muy grave, pero necesito pruebas irrefutables.

—¿No te basta con mi palabra?

Hera estaba a punto de lanzar a Zeus por el balcón y ocuparse de Ixión en persona, pero Zeus alzó las manos para apaciguarla.

—Tengo un plan —le dijo—. Veremos si Ixión realmente pretendía deshonorarte o si no ha sido más que un estúpido error de borracho. Cuando tengamos pruebas, ninguno de los otros dioses se opondrá a que castigue a este mortal, aunque sea mi invitado. Confía en mí: si es culpable, recibirá un castigo espectacular.

—Haz lo que tengas que hacer —dijo Hera, apretando los puños.

Zeus se acercó a la barandilla y llamó a una nube. La nube se condensó y giró frente a él formando un pequeño tornado blanco y adoptando una forma humanoide: una réplica exacta de Hera, aunque pálida y fría.

Retiro lo dicho: era una réplica exacta de Hera.

La Hera de mentira miró a la Hera de verdad.

—Hola —la saludó.

—Me pone la piel de gallina —dijo la Hera de verdad.

—Tú espera aquí —le pidió Zeus.

Después se llevó a la Hera de mentira a la fiesta.

Ixión reanudó su coqueteo con la Hera de mentira. Ella, encantada, le siguió el juego y le hizo un gesto para que la siguiera por el pasillo. Una cosa llevó a la otra.

Por la mañana, los dioses, todos con los ojos rojos, entraron dando traspiés en el comedor para desayunar. Les sorprendió que Ixión se hubiera quedado a pasar la noche y, cuando le preguntaron por la razón, Ixión respondió que la reina del cielo lo había invitado a quedarse en sus aposentos... Y les guiñó un ojo al decirlo.

—La tengo bailando en la palma de mi mano —presumió—. Me dijo que soy mucho más guapo que Zeus y que va a hacerme inmortal para poder tenerme para siempre.

Siguió jactándose de lo guay que era y de lo mucho que Hera estaba deseando abandonar a Zeus para casarse con él. Mientras tanto, Zeus en persona entró en el comedor y se acercó a Ixión en silencio, por detrás.

Al final, Ixión se percató de que todos los dioses se habían quedado callados.

Vaciló.

—Está detrás de mí, ¿verdad?

—¡Pues sí! —exclamó Zeus alegremente—. Y si quieres robarle la mujer a otro hombre, no deberías presumir de ello en su propia casa. Además, también deberías asegurarte de que le robas la mujer de verdad y no una nube con su aspecto.

Ixión tragó saliva.

—Imagino que me he metido en un lío.

—¡Solo un poquito! —respondió Zeus.

Ninguno de los dioses puso objeción alguna a que Zeus castigara al invitado. Zeus pidió una rueda de carro de repuesto y ató a Ixión a los radios, estirándole tanto las extremidades que estuvo a punto de partírselas. Después prendió fuego a la rueda y la lanzó al cielo como si fuera un *frisbee*. Ixión se convirtió en inmortal, efectivamente, pero solo para sufrir una agonía eterna. Allí sigue, en órbita, dando vueltas y ardiendo mientras grita:

—¡Hera, creía que te gustaba!

¿Lo más raro de la historia? La Hera de mentira tuvo un bebé de verdad. ¿Cómo puede una nube dar a luz a un bebé? Ni idea, pero su hijo se llamaba Centauro y, al parecer, se enamoró de un caballo... De nuevo, ni idea, no me preguntéis. Sus hijos acabaron formando la raza de los centauros, que son mitad humanos y mitad caballos.

Como os dije al principio, sería incapaz de inventar historias tan raras.

Hera esperaba que Zeus fuera mejor marido después del episodio de Ixión, pero se llevó un chasco: Zeus parecía pensar que había defendido con éxito el honor de Hera, así que se merecía un pequeño recreo.

Si intentara contaros todas las veces que Hera se vengó de las novias de Zeus, estaríamos aquí un siglo. Digamos que esa actividad se convirtió en el trabajo a tiempo completo de la diosa.

Sin embargo, hubo una chica mortal en concreto que le tocó bien las narices. Semele era una princesa de la ciudad griega de Tebas y, aunque nadie se atreviera a decirlo en voz alta, todos sabían que era la mortal más bella de su generación: tan bella como una diosa, quizá incluso más bella que Hera.

Zeus empezó a hacer muchos «viajes de compras» a Tebas. Obviamente, Hera sospechaba algo, pero Zeus era listo y Hera nunca conseguía pillarlo con Semele. Entonces, un día en que flotaba sobre Tebas disfrazada de nube de

oro, sorprendió a Zeus (al que reconoció a pesar de que iba disfrazado de mortal) saliendo de una casa del mejor barrio de la ciudad.

Unos segundos después, Sémele salió por la misma puerta y se despidió de él con la mano. La chica volvió a entrar enseguida, pero no había duda: estaba pero que muy embarazada.

Hera gruñó y masculló para sí, pero no podía matar a la chica sin más. Por muy canalla que fuera Zeus, no dejaba de ser un canalla muy poderoso, y si se enteraba de que Hera había matado a una de sus novias, podía infligirle todo tipo de dolores y sufrimientos. Así que iba a tener que urdir una estratagema.

Hera bajó flotando hasta Tebas en su nube dorada y adoptó la forma de una anciana. Llamó a la puerta de Sémele con la idea de hacerse pasar por mendiga o quizá por una vendedora ambulante.

Sémele abrió la puerta y ahogó un grito.

—Beroe, ¿eres tú? —preguntó.

Hera no tenía ni idea de quién era la tal Beroe, pero le siguió el rollo.

—¡Pues claro que sí, querida! Soy yo, Beroe, tu... hum...

—¡Mi niñera de la infancia!

—¡Exacto!

—¡Oh, cuánto has envejecido!

—Gracias —masculló Hera.

—Pero te reconocería en cualquier parte. ¡Entra, por favor!

Le enseñó la casa a Hera. La diosa se indignó al comprobar que aquella casa era tan bonita, si no más, que sus aposentos en el monte Olimpo.

Le preguntó con aire inocente cómo había conseguido hacerse con una mansión tan asombrosa, ya que parecía demasiado incluso para una princesa.

—Ah, es por mi novio —respondió Sémele, henchida de orgullo—. Es un hombre increíble, me da todo lo que quiero. Mira qué collar acaba de regalarme.

Le enseñó a Hera un colgante de jade, oro y rubíes que era mucho más bonito que los que Zeus le había regalado a Hera.

—Es precioso —respondió Hera, resistiendo la tentación de pegarle un puñetazo a la princesa en aquella dentadura suya tan perfecta—. ¿Y quién es ese hombre? ¿Es de por aquí?



—Bueno, se supone que no puedo decirlo...

—Pero ¡si soy Beryl, tu vieja niñera! —exclamó Hera.

—Beroe.

—¡Eso he dicho! Seguro que a mí puedes contármelo.

Sémele estaba muy emocionada y se moría por contárselo a alguien, así que no costó mucho convencerla.

—Bueno, es... Zeus —confesó—. El señor del cielo. El rey de la creación.

Hera se quedó mirándola, fingiendo incredulidad. Después suspiró, compasiva.

—Ay, mi pobre niña. Mi pobrecita niña.

Sémele parpadeó, ya que no era la reacción que esperaba.

—Pero... ¡si estoy saliendo con el rey del universo!

Hera resopló.

—Eso dice él. ¿Cuántos tíos han dicho eso para ligar? ¡Pues todos! ¿Cómo sabes si de verdad es un dios y no un viejo baboso rico que finge ser un dios?

Sémele se puso roja.

—Pero me dijo que era Zeus. Y parece muy... divino.

—¿Ha hecho algo para demostrarlo?

—Bueno, no...

Hera fingió meditar al respecto.

—Es el padre de tu hijo, así que deberías asegurarte. ¿Has dicho que haría cualquier cosa por ti?

—¡Sí! ¡Me lo prometió!

—Pues que te lo jure —le aconsejó Hera—. Después pídele que se aparezca ante ti del mismo modo que ante su esposa Hera: en su verdadera forma divina. Es el único modo de saberlo con certeza.

Sémele se lo pensó.

—Parece peligroso.

—¡No, si te ama de verdad! ¿Acaso no vales tanto como Hera?

—Por supuesto.

—¿Y acaso no eres tan bella como la diosa?

—Más. Me lo ha dicho Zeus.

Hera apretó tanto la mandíbula que se agrietó uno de sus inmortales dientes.

—Pues ahí lo tienes: si Hera puede manejarse con la forma divina de Zeus, ¡seguro que tú también! Espero que de verdad sea Zeus, querida. ¡En serio! Pero tienes que asegurarte. El futuro de tu hijo está en juego. ¿Cuándo volverá?

—Pues muy pronto, en realidad.

—¡Vaya, mira qué hora es! —exclamó Hera—. Ha sido estupendo ponernos al día, pero tengo... quehaceres de anciana de los que ocuparme.

Hera se marchó y, una hora después, Zeus volvió a casa de Sémele.

—Hola, nena —la saludó al entrar.

Se dio cuenta al instante de que algo iba mal. Sémele no corrió a abrazarlo y besarlo como hacía siempre, sino que se quedó de morros en el sofá, con los brazos cruzados sobre la barriga de embarazada.

—Estooo... ¿Qué pasa? —preguntó Zeus.

Sémele hizo un mohín.

—Me dijiste que harías cualquier cosa por mí.

—¡Y lo haré! ¿Quieres otro collar?

—No, quiero un favor distinto. Solo hay una cosa que me haría feliz.

Zeus se rio entre dientes. Supuso que esta vez Sémele querría un vestido o un par de aquellas cosas que los humanos acababan de inventar... ¿cómo se llamaban? ¿Zapatos?

—Lo que quieras.

—¿Me lo prometes?

Zeus abrió los brazos, magnánimo.

—Lo juro por el río Estigio. Pídeme cualquier favor y será tuyo.

—Bien —respondió ella, permitiéndose una sonrisa—. Quiero que te aparezcas ante mí en tu verdadera forma divina, igual que te apareces ante Hera.

Zeus contuvo el aliento.

—Ay... Mala idea, nena. Pídeme otra cosa.

—¡No! —exclamó ella, poniéndose en pie como pudo—. Me has dicho que podía pedirte cualquier cosa. Quiero una prueba de que eres un dios de verdad. ¡Soy tan buena como Hera! Quiero verte como te ve ella.

—Pero la verdadera forma de un dios... no está hecha para ojos mortales. Y menos para los ojos de las mortales embarazadas. Y menos de las mortales embarazadas que quieran vivir más de unos cuantos segundos.

—Podré soportarlo —le dijo ella—. Lo sé.

Zeus no estaba tan seguro. En realidad, nunca había intentado aparecerse ante un mortal en su forma divina pura, pero se imaginaba que, para el mortal, sería como contemplar el sol sin gafas protectoras o como mirar a un actor a primera hora de la mañana y sin maquillar: algo muy peligroso.

Por otro lado, Zeus lo había jurado por el río Estigio y no podía echarse atrás. Además, Sémele era una chica luchadora, hija del famoso héroe Cadmo; si pensaba que podría soportar la visión de un dios en su verdadera forma, quizá fuera verdad.

—Vale, ¿lista? —preguntó Zeus.

—Lista.

El disfraz mortal de Zeus se consumió, y el dios se apareció en toda su gloria, convertido en un remolino de fuego y relámpagos, como una supernova. Los muebles del salón de Sémele se incendiaron. La puerta salió volando de sus goznes. Las contraventanas estallaron.

Sémele no pudo soportarlo y se volatilizó, dejando tan solo una marca chamuscada en la pared del salón. Sin embargo, el bebé que llevaba dentro sí que sobrevivió, seguramente porque era en parte divino. El pobre chiquitín se encontró, de repente, flotando en el aire en vez de dentro de la cómoda barriga de su madre. Zeus recuperó su forma física justo a tiempo de cogerlo antes de que se estrellara contra el suelo.

Por supuesto, Zeus estaba conmocionado por la muerte de Sémele, pero se daba cuenta de que lo más importante en aquel momento era el bebé. El pequeño no había crecido lo suficiente y estaba claro que necesitaba unos cuantos meses más para desarrollarse antes de estar preparado para nacer.

Zeus tuvo que pensar deprisa. Sacó su rayo y se hizo una incisión en el muslo derecho. Tuvo que dolerle una barbaridad, pero se metió al bebé dentro del muslo como si fuera el bolsillo de unos pantalones cargo. Después se cosió la

piel.

Chicos, no intentéis hacerlo en casa. No funcionaría.

Pero supongo que los dioses son distintos. El caso es que el crío siguió vivo allí dentro y creció hasta que estuvo listo para nacer.

No se explica si los otros dioses le decían: «Eh, Zeus, ¿qué le pasa a tu pierna derecha, tío? Está enorme. Deberías ir a que te la vieran».

Cuando el bebé estuvo a punto, Zeus se cortó para sacarlo, y el niño se convirtió en el dios Dioniso. Ya llegaremos a esa historia; en realidad, su nacimiento fue lo menos raro que le pasó.

En fin, que Hera consiguió vengarse de Sémele, y ojalá pudiera decirnos que eso fue lo peor que hizo la diosa en toda su vida.

Por desgracia, no era más que el calentamiento.

Otra de las novias de Zeus fue una dama llamada Egina. Al parecer, Egina había oído la historia de Sémele, ya que no mostraba demasiado interés por convertirse en una de las amigas especiales de Zeus, a pesar de que él no dejaba de coquetear con ella y la cubría de regalos. Al final, Zeus la convenció para que huyera con él a una isla secreta.

—Nadie se enterará —le prometió.

—¿Y Hera? —preguntó Egina.

—Ella menos que nadie.

Zeus se convirtió en un águila gigante y se la llevó volando a una isla que ahora lleva su nombre: Egina.

Zeus casi consigue librarse. Hera no se enteró de la aventura hasta muchos años después, ya muerta Egina. Para entonces, el hijo de Egina y Zeus era el rey de la isla en la que había nacido. No sé cómo lo descubrió Hera, pero, en cuanto lo supo, la indignó el no poder castigar a Egina en persona.

—¿Cómo se atreve a morirse antes de que pueda matarla? —gruñó—. Bueno, pues descargaré mi ira sobre su hijo.

Su nombre era rey Éaco (ese nombre tiene demasiadas vocales para mi gusto) y daba la casualidad de que estaba a punto de entrar en guerra. Estaba reuniendo a sus ejércitos para defender su reino.

Hera llamó a una enorme serpiente venenosa y la dejó caer en el nacimiento del único río de la isla. El veneno contaminó el suministro de agua y al poco tiempo murió casi toda la población de la isla.

Justo, ¿verdad? Zeus se acuesta con una mujer mortal, así que Hera

encuentra al hijo de la mujer y mata a todos los habitantes de su reino. No, qué va, no tiene nada de psicópata...

Como os podéis imaginar, Éaco estaba aterrado. Salió al jardín de su palacio para mirar al cielo azul, se hincó de rodillas y rezó a Zeus:

—Oye, papá, están a punto de invadirme y tu mujer acaba de matar prácticamente a todos los hombres de mi ejército y a casi todos los civiles.

—Menudo rollo —bramó la voz de Zeus desde el cielo—. ¿Cómo puedo ayudarte?

Éaco se lo pensó. Miró sus macizos de flores y vio miles de hormiguitas caminando por allí, incansables y diligentes como... como un ejército.

—¿Sabes qué molaría? —le dijo Éaco—. Que transformaras estas hormigas en un ejército.

—¡Hecho! —bramó Zeus.

De inmediato, toda la colonia de hormigas se convirtió en un ejército de hombres: miles de guerreros curtidos, vestidos con relucientes armaduras rojas y negras, ya entrenados para formar y luchar con una disciplina perfecta. No temían al enemigo. Su fuerza y su resistencia eran increíbles. Los llamaron mirmidones y se convirtieron en la unidad de élite griega, algo así como las fuerzas especiales del mundo antiguo. Más adelante tendrían un comandante famoso llamado Aquiles. Puede que hayáis oído hablar de él o, al menos, de su talón.

Un último detalle sobre Hera (y algo que de verdad no entiendo) es lo deprisa que podía pasar de ser enemiga a amiga y viceversa. Por ejemplo, mirad lo que le pasó con Poseidón.

Al principio no se llevaban bien. De hecho, los dos le habían echado el ojo al mismo reino griego, Argos. Veréis, por aquel entonces ser el dios protector de una ciudad era algo importante. Vamos, que poder decir que eras el dios de Nueva York era un gran honor. Si eras el dios de Scranton, en Pensilvania... pues ya no tanto. (Vale, mis disculpas para los habitantes de Scranton, pero pilláis la idea).

Supongo que Argos era un lugar bonito, porque tanto Hera como Poseidón querían ser sus protectores. El rey se decidió por Hera, probablemente porque no quería que su población muriera asesinada por veneno de serpiente.

La diosa estaba encantada, pero Poseidón no, así que inundó todo el reino y, cuando Hera se quejó, Poseidón le dijo:

—Vale, retiraré las aguas, todas las aguas.

El mar retrocedió, y todos los arroyos y ríos del país se secaron.

Hera volvió a quejarse. Los dos estaban al borde de un combate épico. Al final, Poseidón transigió y permitió que volviera parte del agua, aunque Argos sigue siendo un sitio muy seco. Muchos de los ríos no tienen agua hasta que llueve. Hera se convirtió en la protectora de Argos, lo cual después le resultaría útil a un tipo llamado Jasón, que lideraba un grupo de héroes llamados argonautas. Pero esa es otra historia.

Lo que quiero decir es que Hera cambió de idea poco después. Poseidón y ella se reunieron y llegaron a la conclusión de que Zeus estaba perdiendo el control, así que tramaron la primera rebelión olímpica de la historia.

Pero ya llegaremos a eso cuando hablemos de Poseidón.

Ahora nos toca visitar el inframundo y ver cómo le va al dios de la muerte, nuestro acosador favorito: Hades.

## Hades se dedica al bricolaje

\*

Este tío me da penilla.

No, en serio.

Puede que Hades fuera un bicho raro, pero lo cierto es que le tocó la peor parte del universo. A pesar de ser el hijo mayor de Rea, siempre lo consideraban como el menor, ya que los dioses se basaban en el orden en el que Cronos los vomitó.

Por si no bastara con eso, cuando los dioses lanzaron los dados para repartirse el mundo, a Hades le tocó la parte menos deseable: el inframundo.

Claro que podría decirse que Hades estaba destinado a quedarse bajo tierra porque era un tío tristón. Siempre estaba cabizbajo y vestía de negro. El pelo oscuro le cubría los ojos como a esos chicos *emo* de los mangas japoneses. Al convertirse en señor del inframundo se quedó pálido, porque se había alejado del reino de los mortales.

Aunque los otros dioses hubieran querido mantenerse en contacto con él (cosa que no deseaban), el inframundo tenía una cobertura telefónica pésima y nada de wifi. Cuando Hades estaba allí abajo, no tenía ni idea de lo que pasaba en el mundo de arriba. Las únicas noticias que recibía eran las que le llegaban con los espíritus de los muertos recientes, que le contaban los últimos cotilleos.

De hecho, en la época de la Antigua Grecia, cada vez que se invocaba el nombre de Hades había que golpear el suelo con el puño, ya que era el único modo de llamar su atención. En plan: «¡Eh, que estoy hablando contigo!».

¿Que por qué iba alguien a querer llamar la atención de Hades? No estoy seguro.

Al final, todo el inframundo acabaría llamándose Hades, en honor al nombre del dios, lo que lo liaba todo aún más; pero el inframundo llevaba allí mucho más tiempo que el dios. Su nombre original era Érebo, y cuando Hades se hizo cargo de él, el lugar necesitaba muchas reformas.

Empecemos por la fontanería. Había cinco ríos distintos que llegaban al inframundo, pero mejor no bañarse ni lavarse los dientes con el agua de ninguno de ellos. El menos peligroso era el Cocito, el río de las lamentaciones, que parecía bastante tranquilo. Sus aguas azul oscuro serpenteaban calmosamente por las llanuras del Érebo, y había varios lugares junto a sus orillas que resultaban ideales para un pícnic; pero, si te acercabas

demasiado, oías los gritos de las almas torturadas que se agitaban en su corriente.

Veréis, el Cocito se alimentaba de las lágrimas de los condenados. Bastaba con acercarse a él para acabar deprimido. Si llegabas a tocar el agua... Bueno, creedme: no os gustaría ni pizca. Ni todos los vídeos de cachorros adorables que encontrarais en internet lograrían volver a animaros.

El segundo río era el Flegetonte, el río del fuego. Retumbaba a través de las cavernas del inframundo como un torrente de gasolina ardiendo y abría canales en la negra roca volcánica, iluminándolo todo de rojo sangre y llenando el aire de humo y vapores hasta que por fin se desplomaba en forma de feroz cascada sobre el abismo más profundo del Tártaro, que era como el sótano del sótano.

Así que, cuando Hades abría el grifo del agua caliente de su ducha, lo que le mojaba la cara era el ardiente Flegetonte. Con razón el colega estaba siempre de tan mal humor.

Lo más raro era que las aguas del Flegetonte no te mataban, aunque fueras mortal. Sí, te quemaban como guindillas radiactivas bañadas en ácido y hacían que desearas estar muerto, pero el río estaba pensado para mantener vivas a sus víctimas, de modo que sufrieran durante toda la eternidad. ¡Yupi! Muchas almas condenadas tenían que nadar en sus aguas para siempre o quedarse clavadas con el agua ardiendo hasta el cuello.

Según algunas leyendas, con el tiempo el Flegetonte podía quemar tus pecados, con lo que podías marcharte si de verdad te arrepentías de lo que habías hecho. Si queréis comprobar la teoría, adelante, daos un chapuzón. Yo creo que paso.

El río número tres, el Aqueronte, era el río del sufrimiento. ¿Suponéis que era doloroso? ¡Bingo! El Aqueronte nacía en el mundo mortal, cerca del templo de los muertos de Epiro. Quizá por eso los fantasmas se sintieran atraídos por él y llenaran el río de su dolor y su sufrimiento. El río describía varios meandros antes de meterse bajo tierra y acabar en el Érebo. Allí se ensanchaba formando un paraje oscuro, humeante y pantanoso que causaba dolor a cualquier desdichado que tocara sus aguas o, incluso, que oyera el murmullo de su corriente. Más adelante, el Aqueronte se dividía en dos ríos más pequeños, el Cocito y el Estigio, que fluían en direcciones opuestas hasta que ambos desembocaban en el Tártaro.

El río número cuatro era, en mi opinión, el peor de todos: el Leteo, el río del olvido (es que he tenido alguna que otra experiencia con la amnesia; es una larga historia). En fin, que el Leteo parecía inofensivo. En casi todo su recorrido era una extensión tranquila de agua de un blanco lechoso que fluía sobre un lecho de piedras, produciendo un suave sonido que hacía que te pesaran los párpados. Lo lógico era pensar que se podía cruzar sin problemas. ¿Queréis mi consejo? No lo hagáis.

Una sola gota de agua del Leteo os borraría la memoria a corto plazo. No recordaríais nada de lo sucedido la semana anterior. Si le dierais un buen



trago o nadarais en sus aguas, se os quedaría la mente totalmente en blanco. No recordaríais vuestro nombre ni de dónde venís, ni siquiera que los Yankees de Nueva York son, por supuesto, mejores que los Red Sox de Boston. Lo sé, aterrador, ¿verdad?

Sin embargo, para algunos espíritus de los muertos, el Leteo era una bendición. Multitud de fantasmas se agolpaban siempre en sus orillas para beber del río y, así, poder olvidar sus vidas, porque no se puede echar de menos lo que no se recuerda. De vez en cuando, a los espíritus les permitían incluso reencarnarse en el mundo mortal para iniciar otra vida. Si se te presentaba esa oportunidad, primero tenías que beber del Leteo para no recordar tu vida anterior. Porque, en serio, ¿quién querría volver a pasar por doce aburridos años de colegio si ya recordaras haberlo hecho antes?

A lo largo de las orillas del Leteo crecían las amapolas; por eso el jugo de amapola sirve para dormir a la gente y aliviar su dolor. (Lo llamamos opio, niños, y no toméis drogas, que LAS DROGAS SON MALAS. Ya está: tenía que decirlo). En cierto lugar, el Leteo rodeaba la entrada de una cueva oscura en la que vivía el dios Hipnos, el dios del sueño. ¿Cómo era la cueva por dentro? Nadie la ha descrito nunca, seguramente porque los que eran tan tontos como para entrar se quedaban dormidos y no volvían a salir.

El quinto río del inframundo era el Estigio, el río del odio. Era, sin duda, el más famoso, pero, con ese nombre, espantaba al turismo. «Eh, niños, ¡vamos al río del odio a pasar las vacaciones de primavera!». Y los niños: «¡¡Bieeen!!».

El Estigio discurría por las zonas más profundas y oscuras del inframundo. Algunas leyendas afirmaban que lo creó la titánide del agua, Tetis, y lo alimentaban los manantiales salados del fondo del océano.

El Estigio rodeaba el Érebo como si fuera un foso, así que para llegar al inframundo había que cruzarlo sí o sí. (Algunas historias cuentan que el río que había que cruzar era el Aqueronte, pero como el Estigio era un afluente del Aqueronte, supongo que ambas versiones son correctas).

La corriente era oscura y lenta, siempre envuelta en una niebla apesadumada, y las aguas corroían la carne mortal. Mezcla ácido sulfúrico con aguas residuales y añade un toque de odio líquido, y ya tienes el Estigio.

Así que os estaréis preguntando: ¿por qué iba a querer nadie ir al inframundo? Pues no lo sé. Pero desde la creación de los humanos, siempre que morían, sus almas acababan bajando por instinto al Érebo, como lemmings tirándose por un barranco o turistas llegando en manada a Times Square: por mucho que les dijeras que era una mala idea, no dejaban de hacerlo.

El problema era que las almas no tenían un modo seguro de cruzar el río Estigio. Unas pocas conseguían cruzarlo a nado. Otras lo intentaban y se disolvían en el agua. Muchas se limitaban a vagar por la orilla mortal del río, gimieando y señalando al otro lado, como diciendo: «¡Quiero ir ahí!».

Al final, un demon muy diligente llamado Caronte decidió montar su negocio. ¿Qué es un demon? No es un demonio típico, con su horca, su cola y su piel roja. Los démones eran espíritus inmortales, una especie de dioses menores. Algunos tenían aspecto de monstruos o de mortales; algunos eran buenos y otros eran malos, y un tercer grupo se dedicaba a holgazanear.

El tipo este, Caronte, era hijo de Nyx, la diosa de la noche. Caronte podía adoptar distintas formas, pero casi siempre se aparecía como un feo anciano de túnica andrajosa, barba grasienta y sombrero con forma de cono. Si me hubieran concedido el don de cambiar de forma, habría ido por ahí pareciéndome a Brad Pitt; pero supongo que a Caronte no le interesaba impresionar a los fantasmas.

En cualquier caso, un día Caronte se dio cuenta de que todas aquellas almas mortales clamaban porque los dejaran entrar en el Érebo, así que se fabricó una barca y empezó a pasar a la gente al otro lado.

No de gratis, claro. Aceptaba oro, plata y casi todas las tarjetas de crédito importantes. Como en el inframundo no había normas, Caronte cobraba lo que le parecía. Si le caías bien, quizá te dejara cruzar por un par de monedas. Si no, te exigía una fortuna. Si tenías la mala suerte de que te enterraran sin dinero... bueno, te quedabas vagando para siempre en la orilla mortal del Estigio. Algunos muertos incluso volvían al mundo mortal para, transformados en fantasmas, dedicarse a perseguir a los vivos.

Aunque consiguieras cruzar el Estigio, el Érebo era un caos absoluto. Se suponía que los fantasmas se dividían en distintos grupos según lo bien que se hubieran portado en vida. Si se habían comportado como basura humana, iban a los Campos de Castigo para disfrutar de torturas especiales durante toda la eternidad. Si habían sido buenos, iban al Elíseo, que era como el paraíso, Las Vegas y Disneylandia, todo en uno. Si los espíritus no se habían destacado por su bondad ni por su maldad, sino que se habían limitado a existir (como casi todo el mundo), se los obligaba a vagar para siempre por los Campos de Asfódelos, que no era un lugar horrible, pero sí aburrido hasta decir basta.

Así era como se clasificaba a los espíritus... en teoría. Por desgracia, antes de la llegada de Hades nadie controlaba el inframundo, así que era como un día de colegio en el que todos los profesores estuvieran enfermos y no hubiera más que sustitutos que desconocieran las reglas, de modo que los críos se aprovechaban. Las almas condenadas de los Campos de Castigo se colaban en Asfódelos y nadie las detenía. Los espíritus de Asfódelos se plantaban en el Elíseo. Y algunos espíritus nobles, pero muy tontos, que iban para el Elíseo, se equivocaban de camino y acababan en los Campos de Castigo, y o bien no podían salir, o bien eran demasiado educados para quejarse.

Por si fuera poco, incluso los espíritus que iban a donde les correspondía no siempre se merecían estar allí, porque antes de que Hades se encargara de todo, el juicio final te lo hacían en vida.

¿Cómo funcionaba el sistema? No tengo ni idea. Al parecer, un grupo de tres jueces vivos te entrevistaba justo antes de morir y decidía si te merecías los

Campos de Castigo, los Campos de Asfódelos o el Elíseo. No me preguntéis cómo sabían los jueces que estabas a punto de morir. A lo mejor lo adivinaban. A lo mejor se lo decían los dioses. A lo mejor los jueces se ponían a gritarle a la gente, a voleo: «¡Eh, tú! ¡Ven aquí! ¡Te toca palmarla!».

El caso es que los jueces escuchaban tu testimonio y decidían tu destino eterno. ¿Imagináis qué pasaba? Que la gente mentía; sobornaban a los jueces; aparecían con sus mejores trajes, sonreían, halagaban y se hacían los buenos para que los jueces pensaran que lo eran. Aportaban testigos para que dijeran: «Oh, sí, este tío ha vivido una vida genial. Apenas ha torturado a nadie». Cosas así.

Mucha gente malvada conseguía entrar en el Elíseo gracias a su encanto y mucha gente buena que no peloteaba a los jueces acababa en los Campos de Castigo.

Ya os hacéis una idea: el inframundo era un desastre. Cuando llegó Hades, miró a su alrededor y se dijo: «¡No, no, no! ¡Esto no puede seguir así!».

Así que fue al Olimpo y le explicó la situación a Zeus. Pedir la aprobación de Zeus le fastidiaba, pero sabía que necesitaba el visto bueno del gran jefe si quería hacer cambios importantes en la otra vida, sobre todo habiendo humanos de por medio. Los dioses se consideraban copropietarios de los humanos.

Zeus lo escuchó todo y frunció el ceño, pensativo.

—Entonces, ¿qué propones?

—Bueno, podríamos mantener a los tres jueces, pero...

—Pero ¡el público podría votar! —aventuró Zeus—. ¡Al final de cada temporada, al mortal que ganase lo coronaríamos la Voz del Elíseo!

—Eeeh, no —respondió Hades—. En realidad, estaba pensando que los jueces podrían ser espíritus de los muertos, en vez de personas vivas. Y solo juzgaríamos a las almas mortales una vez que entraran en el inframundo.

—Entonces... ¿no sería un formato de concurso? Hum, qué pena.

Hades intentó mantener la calma.

—Verás, si los jueces son espíritus bajo mi control, nadie podrá influir en ellos. Las almas que comparezcan ante el tribunal lo harán sin más atributos que su misma esencia. No se beneficiarán de su aspecto ni de su ropa elegante; no podrán sobornar a los jueces ni llamar a testigos. Todas sus buenas y malas obras quedarán expuestas, ya que los jueces podrán, literalmente, ver su interior. Será imposible mentir.

—Me gusta —dijo Zeus—. ¿A quiénes elegirás como jueces?

—Seguramente a tres mortales fallecidos que hayan sido reyes en vida —respondió Hades—. Los reyes están acostumbrados a juzgar.

—Vale —respondió Zeus—, siempre que los reyes sean hijos míos. ¿De acuerdo?

Hades apretó los dientes. No le gustaba que su hermano se metiera en todo, pero, como casi todos los reyes griegos eran hijos de Zeus, tendría muchos entre los que elegir.

—De acuerdo.

Zeus asintió.

—¿Cómo te asegurarás de que se cumplan sus dictámenes y las almas vayan a donde les corresponda?

Hades esbozó una sonrisa fría.

—Ah, no te preocupes, lo tengo todo pensado.

Cuando regresó al Érebo, Hades eligió a tres antiguos reyes, todos hijos semidioses de Zeus, para su tribunal de muertos famosos: Minos, Éaco y Radamantis.

Después reunió a las Furias, los espíritus de la venganza que habían surgido de la sangre de Urano hacía siglos. Hades las contrató para que fueran su brazo ejecutor, lo que fue una gran idea, ya que nadie quería hacer enfadar a una abuela demoniaca con mal aliento y látigo.

Como la mayoría de los démones, las Furias podían adoptar distintas formas, pero solían aparecerse como unas feas ancianas de pelo largo y sucio, túnicas negras harapientas y gigantescas alas de murciélago. Sus feroces látigos provocaban un dolor atroz tanto a vivos como a muertos, y eran capaces de volar siendo invisibles, así que nunca sabías cuándo iban a caerte encima.

A Hades le servían para mantener a los muertos a raya. A veces permitía que las Furias se volvieran locas e idearan nuevas torturas para las peores almas condenadas. Incluso las enviaba a perseguir a los vivos que cometían crímenes realmente horribles, como matar a un familiar, profanar un templo o cantar canciones cursis en un karaoke.

La siguiente reforma que Hades hizo en el inframundo: facilitó la llegada al Érebo de los espíritus de los muertos. Convenció a Hermes, el dios mensajero, de que ayudara a las almas que se perdían en la orilla mortal del Estigio. Si Hermes veía a un fantasma con cara de despiste, lo encaminaba en la dirección correcta y le proporcionaba un útil mapa a todo color, cortesía de la Cámara de Comercio del Inframundo.

Cuando las almas de los muertos llegaban al río Estigio, el demon Caronte las llevaba a la otra orilla en su barca por la tarifa estándar de una moneda de

plata. Hades lo había convencido (es decir, amenazado) para que cobrara lo mismo a todo el mundo.

Hades también hizo correr la voz entre los mortales de arriba de que les convenía tomarse muy en serio los ritos funerarios si querían entrar en el inframundo. Cuando morías, tu familia tenía que hacer ofrendas a los dioses. Debía darte un entierro en condiciones y colocarte una moneda bajo la lengua para que pudieras pagar a Caronte. Si no tenías una moneda, te pasabas toda la eternidad vagando como un fantasma por el mundo mortal, lo cual era tan absurdo como aburrido.

¿Cómo logró Hades propagar dicha información entre los mortales? Tenía un ejército de criaturas aladas muy desagradables llamadas oniros, o démones de los sueños, que visitaban a los mortales mientras dormían y les enviaban visiones o pesadillas.

¿Alguna vez habéis tenido uno de esos sueños de los que os despertáis de golpe porque parece que os vais a caer? Eso es un oniro jugando con vosotros. Seguramente os levantó del suelo y os soltó, solo por fastidiar. La próxima vez que os pase, dad un puñetazo en el suelo y gritad: «¡Hades, diles a tus estúpidos démones que paren ya!».

Otra mejora de Hades fue reforzar la seguridad en las puertas del Érebo. Se acercó a la protectora de animales del Tártaro y adoptó al perro más grande y malo que podáis imaginaros: un monstruo llamado Cerbero, que era una especie de cruce entre pit bull, rottweiler y mamut lanudo rabioso. Cerbero tenía tres cabezas, así que, si eras un héroe mortal que intentaba colarse en el reino de Hades o una persona muerta que intentaba salir, las posibilidades de que te viera y te devorara se multiplicaban por tres. Además de unos colmillos y unas uñas afiladas como cuchillas, cuentan que Cerbero tenía una melena formada por serpientes y otra sierpe a modo de cola. No pongo la mano en el fuego por la veracidad de tales afirmaciones. Solo he coincidido con Cerbero una vez. Estaba oscuro y yo me concentraba sobre todo en no gemir ni hacerme pis en los pantalones.

En fin, que una vez que los espíritus de los fallecidos entraban por la puerta, los tres famosos jueces muertos los clasificaban y los conducían al lugar que les correspondía. Como he dicho antes, casi nadie se destacaba por sus acciones en la vida, ni buenas ni malas, así que acababan en los Campos de Asfódelos. Allí se convertían en sombras tenues que solo podían emitir chillidos como los murciélagos y flotar sin rumbo mientras intentaban recordar quiénes habían sido y qué estaban haciendo. (Más o menos como los profesores durante la primera hora, antes de tomarse la dosis necesaria de café).

Si te habías portado bien en vida, ibas al Elíseo, que era lo mejor que se podía conseguir en el oscuro inframundo. Te daban tu propia mansión, comida y bebida gratis, además de un servicio de cinco estrellas para lo que necesitaras. Podías pasar el rato con los demás afortunados que habían sido buenos y pasar una eternidad muy relajada. Si te aburrías del Elíseo, podías beber del río Leteo y renacer en una nueva vida mortal.

Unas cuantas almas eran tan tan buenas que vivían tres vidas virtuosas seguidas. Si lo conseguías, podías retirarte a las Islas Bienaventuradas, que eran una especie de islas privadas del estilo de las caribeñas, situadas en un lago del centro del Elíseo. No había mucha gente tan virtuosa ni tan afortunada. Era como ganar el Euromillón de la Virtud.

Si te habías portado mal en vida, te reservaban el tratamiento especial para los traviesos: pasarte la eternidad hirviendo en aceite, despellejado, perseguido por demonios hambrientos por un campo de cristales rotos o deslizándote por una cuchilla gigante en dirección a una piscina llena de zumo de limón. Ya sabéis, lo normal. La mayoría de los castigos no eran tan creativos, pero si fastidiabas de verdad a Hades, siempre se le ocurría una nueva e interesante tortura para tu alma inmortal.

¿Un par de ejemplos?

Tántalo. El tío estaba mal, pero mal. Era un rey griego, hijo de Zeus, claro, al que los dioses invitaron a ambrosía y néctar en el monte Olimpo. Un gran honor, ¿no? Pues Tántalo se volvió codicioso.

—Vaya —se dijo después de cenar, dándose palmaditas en la barriga—, ¡qué bueno! ¿Podéis darme una bolsita con las sobras para compartirlas con mis amigos cuando vuelva a casa?

—¡Por lo más sagrado, que soy yo! —exclamó Zeus—. ¡Claro que no! La ambrosía y el néctar son bienes excepcionales y mágicos. No puedes ir por ahí compartiéndolos con quien quieras.

—Ah... —respondió Tántalo, obligándose a sonreír—. Por supuesto, ya entiendo. Bueno... pues la próxima vez invito yo, ¿eh?

Tántalo debería haberlo dejado estar; debería haber recordado lo que le pasó a Prometeo cuando intentó quitarles algo a los dioses y compartirlo con los mortales. Pero Tántalo estaba enfadado. Se sentía insultado porque los dioses no confiaban en él, porque no querían que se hiciera famoso por ser el mortal que llevó la ambrosía a la tierra.

Cuanto más lo pensaba, más se enfadaba. Invitó a los dioses a cenar en su casa, con la idea de vengarse de ellos sirviéndoles la comida más insultante que se le ocurriera. El problema era que no se le ocurría nada.

Estaba en su cocina, mirando las ollas vacías, cuando entró su hijo, Pélope.

—¿Qué hay de cena, papá? —le preguntó Pélope.

A Tántalo nunca le había gustado su hijo, no sé por qué. Puede que supiera que el crío se quedaría algún día con su reino. Los reyes griegos se ponían muy paranoicos con esas cosas. En fin, que Tántalo dirigió a su hijo una sonrisa pérfida y sacó un cuchillo de carnicero.

—Me alegro de que me hagas esa pregunta...

Aquella noche, los dioses fueron a cenar al palacio de Tántalo y les sirvieron un caldero con un apetitoso estofado.

—¿Qué carne es esta? —preguntó Deméter tras el primer bocado—. Sabe a pollo.

Tántalo pretendía esperar hasta que todos los dioses hubieran comido, pero no pudo contener la risa.

—Bueno, es una receta familiar.

Zeus frunció el ceño y dejó la cuchara.

—Tántalo, ¿qué has hecho?

Hera apartó su cuenco y preguntó:

—¿Dónde está tu hijo, Pélope?

—Bueno, la verdad es que está dentro del estofado —respondió Tántalo—. ¡Sorpresa, cretinos! ¡Ja, ja, ja, ja!

La verdad es que no sé qué esperaba ese hombre. ¿Creía que los dioses se partirían de risa y le darían palmaditas en la espalda?: «¡Tántalo, viejo bromista! ¡Muy bueno!».

Los dioses del Olimpo estaban horrorizados. Al fin y al cabo, sufrían de estrés postraumático desde que su padre, Cronos, se los había tragado. Zeus lanzó un rayo que redujo a Tántalo a cenizas, y después entregó el alma del rey a Hades.

—Inventa un castigo especial para este —le pidió Zeus—. Algo relacionado con la comida, por favor.

Hades lo obedeció, encantado: sumergió a Tántalo hasta la cintura en una piscina de agua dulce, con los pies atrapados en el lecho del río, como si fuera cemento. Sobre la cabeza de Tántalo colgaban las ramas de un árbol mágico en el que crecían todo tipo de frutas, deliciosas y aromáticas.

El castigo de Tántalo fue quedarse allí atascado para siempre.

«Bueno —pensó—, no está tan mal».

Entonces le entró hambre e intentó coger una manzana, pero las ramas se apartaron hasta quedar fuera de su alcance. Probó con un mango. Igual. Después trató de saltar, pero tenía los pies pegados al suelo. Fingió dormir para atacar por sorpresa a los melocotones... de nuevo sin éxito. Cada vez que lo intentaba, Tántalo estaba seguro de que lograría atrapar una fruta, pero nunca lo conseguía.

Cuando tuvo sed, recogió un poco de agua, pero al llevarse las manos a la boca el agua se había evaporado por arte de magia y no quedaba ni una gota. Se agachó con la esperanza de beber directamente del lago, pero la superficie del agua se alejaba de él. Por mucho que lo intentara, no conseguía beber ni una sola gota. Cada vez estaba más hambriento y sediento, a pesar de tener la comida y el agua tan cerca. Cada vez tenía más hambre y más sed, a pesar de que la comida y el agua estaban tan a su alcance... que lo *tantalizaban*, verbo que proviene de su nombre y que se ha adoptado en idiomas como el inglés (*tantalize*) para indicar el tormento que se le inflige a alguien con una tentación inalcanzable.

¿La moraleja de la historia? Ni idea. Quizá: «No descuartices a tu hijo para dárselo de cenar a tus invitados». A mí me parece bastante elemental, pero bueno...

Otro tío que se ganó un castigo especial fue Sísifo. (No ha de ser fácil ir por la vida con un nombre como ese, pero al menos él no cocinó a sus hijos en un estofado). El problema de Sísifo era que no quería morir.

Lo entiendo, yo me despierto todas las mañanas pensando: «¿Sabes lo que estaría bien hacer hoy? No morirme».

Pero Sísifo llevó el asunto demasiado lejos. Un día, Muerte apareció en su casa. Y cuando hablo de Muerte, me refiero a Tánatos, el dios de la muerte en persona, que era uno de los principales lugartenientes de Hades.

Sísifo abrió la puerta y se encontró a un tío enorme y con alas de plumas negras que se cernía sobre él.

—Buenas tardes —lo saludó Tánatos mientras consultaba su libreta—. Tengo una entrega para Sísifo: una muerte dolorosa. Y necesito una firma. ¿Eres Sísifo?

Sísifo intentó disimular su pánico.

—Esto... sí, claro, ¡entra! Deja que busque un boli...

Cuando Tánatos se inclinó para pasar por la puerta, Sísifo aprovechó para agarrar el objeto contundente más cercano —un mortero de piedra que utilizaba para moler la harina— y golpeó al dios de la muerte en la cabeza.

Tánatos se desmayó, y Sísifo lo ató, lo amordazó y lo metió debajo de la cama. Cuando la señora de Sísifo llegó a casa, dijo:

—¿Qué hace un ala negra gigante asomando por debajo de la cama?

Sísifo le explicó lo sucedido, pero a su mujer no le hizo ninguna gracia.

—Vas a meternos en un lío —dijo—. Deberías haberte muerto y ya está.

—Yo también te quiero —masculló Sísifo—. No pasará nada, ya lo verás.



Pero claro que pasó. Sin Tánatos en su puesto, la gente dejó de morir. Al principio, nadie puso objeciones: si tenías que morirte y no te morías, ¿por qué ibas a quejarte?

Entonces se inició una gran batalla entre dos ciudades griegas, y Ares, el dios de la guerra, empezó a sospechar. Flotaba sobre el campo de batalla, como hacía siempre, dispuesto a presenciar una emocionante carnicería. Cuando se produjo el choque entre ambos ejércitos, no cayó ningún soldado, sino que siguieron golpeándose y haciéndose pedacitos. Se puso todo perdido de sangre y vísceras, pero nadie moría.

—¿Dónde está Muerte? —gritó Ares—. ¡Esto no tiene gracia sin Muerte!

Se fue volando del campo de batalla y empezó a preguntar por todo el mundo.

—Perdone, ¿ha visto a Muerte? Un tío grande con alas de plumas negras al que le gusta segar almas...

Por fin, alguien le dijo que había visto a un tío que encajaba con la descripción camino de la casa de Sísifo.

Ares derribó la puerta de Sísifo, apartó al anciano de un empujón y divisó el ala izquierda de Tánatos asomando por debajo de la cama. Ares sacó al dios de la muerte, le sacudió las pelusas de polvo y le cortó las ataduras. Después, los dos dioses miraron a Sísifo, airados.

Sísifo retrocedió hasta una esquina.

—Estooo, mirad, chicos, puedo explicarlo...

¡Pum!

Ares y Tántalo lo volatilizaron con un estallido doble de ira divina.

Cuando el alma de Sísifo llegó al inframundo, logró que lo recibiera en audiencia Hades en persona.

El anciano hizo una reverencia ante el trono del dios.

—Mi señor Hades, sé que lo que hice estuvo mal y estoy dispuesto a enfrentarme a mi castigo, pero ¡mi mujer no se encargó de los ritos funerarios oportunos! ¿Cómo voy a disfrutar de la condena eterna, sabiendo que mi señora no honró a los dioses con sacrificios, tal como ordenaste? Por favor, permíteme regresar al mundo solo el tiempo que tarde en regañar a mi mujer. Volveré enseguida.

Hades frunció el ceño. Aunque aquello le parecía sospechoso, siempre había creído que los espíritus no podían mentir (se equivocaba). Además, lo que le contó Sísifo lo indignó: Hades odiaba que la gente no se tomara en serio los ritos funerarios, ¿y los sacrificios a los dioses? ¡Esos eran más importantes

todavía!

—Vale —concedió—. Ve a amonestar a tu mujer, pero no tardes mucho. Cuando vuelvas, te tendré preparado un castigo especial.

—¡Lo estoy deseando! —respondió Sísifo.

Así que su espíritu regresó al mundo, encontró sus restos volatilizados y logró recomponerlos para formar con ellos un cuerpo normal. Podéis imaginaros la sorpresa de su mujer cuando Sísifo apareció en la puerta principal tan vivo como siempre.

—¡Cielo, estoy en casa!

Cuando su esposa se recuperó del desmayo, Sísifo le contó cómo había huido de la muerte por segunda vez gracias a su ingenio.

A ella no le hizo ninguna gracia.

—No puedes engañar a Hades para siempre —le advirtió—. Te estás metiendo en un lío.

—Ya me han condenado a los Campos de Castigo, no tengo nada que perder —explicó Sísifo—. Además, Hades está ocupado. Tiene que recibir a miles de almas todos los días, así que ni se dará cuenta de que no estoy.

El plan le salió bien a Sísifo durante varios años. Procuró no llamar la atención, se quedaba casi siempre en casa y, cuando tenía que salir, llevaba una barba falsa. Hades realmente estaba ocupado y se olvidó de Sísifo hasta que un día a Tánatos se le ocurrió preguntar:

—Oye, ¿qué le hiciste a aquel tío asqueroso que me metió debajo de su cama?

—Ay... —Hades frunció el ceño—. Ups.

Esta vez Hades envió al dios mensajero Hermes en busca de Sísifo. Hermes llevaba casco, así que no era tan fácil golpearlo en la cabeza. El mensajero arrastró a Sísifo hasta el inframundo y lo lanzó a los pies del trono de Hades.

Este sonrió con frialdad.

—Me has mentado un poquitín, ¿no? ¡Tengo algo muy especial para ti!

Se llevó a Sísifo al centro de los Campos de Castigo, a una colina baldía de ciento cincuenta metros de altura con pendientes de cuarenta y cinco grados, perfectas para bajar en monopatín. En la base de la colina había una roca redonda enorme, del tamaño de un coche compacto.

—Aquí está —dijo Hades—. Cuando consigas llevar esta roca hasta lo alto de la colina, tu castigo habrá terminado y podrás irte.

Sísifo suspiró aliviado, ya que esperaba algo mucho peor. Sí, la roca parecía muy pesada y empujarla colina arriba sería un asco, pero al menos no era imposible.

—Gracias, mi señor Hades —le dijo Sísifo—. Eres un dios compasivo.

—Ya —respondió Hades, con un brillo en sus oscuros ojos—. Compasivo.

El dios desapareció en una nube sombría y Sísifo se puso manos a la obra.

Por desgracia, no tardó en descubrir que aquella tarea sí que era imposible. Empujar la roca le requería todas sus fuerzas y, en cuanto se acercaba a la cima, perdía el control. Lo intentó de todas las maneras, pero la roca siempre acababa volviendo a la base de la colina. O primero lo aplastaba y después bajaba hasta la base.

Si se paraba a descansar, se le acercaba una de las Furias para azotarlo hasta que se ponía otra vez en marcha. Estaba condenado a pasarse la eternidad empujando aquella piedra ladera arriba, sin llegar nunca a la cima.

¡Otro final feliz! Ares, el dios de la guerra, pudo volver a ver cómo se moría la gente. La señora de Sísifo por fin conoció la paz y la tranquilidad. Y Tánatos, el dios de la muerte, decidió no volver a llamar a la puerta de nadie para pedirle que firmara nada. Desde aquel día se limitó a acercarse a hurtadillas, invisible, y llevarse las almas de sus víctimas sin previo aviso. Así que si pensabais vivir para siempre atando al dios de la muerte y metiéndolo debajo de la cama, mala suerte.

Así fue como Hades organizó el inframundo. Construyó su oscuro palacio al borde de los Campos de Asfódelos y, después de casarse con Perséfone, más o menos sentó la cabeza y fue tan feliz como pueda serlo un dios del inframundo.

Empezó a criar reses negras para tener filetes frescos y leche, y nombró cuidador del ganado a un demon llamado Menecio. También plantó un huerto de granadas mágicas en honor a su mujer.

Los dioses del Olimpo no lo visitaban mucho —salvo Hermes, que tenía que entregar mensajes y almas—, pero, si algún día pasabas por casualidad por la sala del trono de Hades, podías encontrarte por allí a Tánatos, a las Furias o a los tres célebres jueces muertos. A menudo convocaban a palacio a los mejores artistas y músicos del Elíseo para entretener al rey.

¿Eran Perséfone y Hades una pareja feliz? Difícil saberlo. Las viejas historias no dejan claro si tuvieron hijos o no. Al parecer, Perséfone tuvo una hija llamada Melínoe, que era la demon encargada de los fantasmas y las pesadillas, pero no se tiene certeza de que Hades fuera el padre. Algunas historias cuentan que, en realidad, el padre fue Zeus disfrazado de Hades, y eso nos lleva a un nuevo nivel de asquerosidad.

Unos cuantos poemas mencionan a Macaria, la hija de Hades y Perséfone. Era

la diosa de las muertes pacíficas y dichosas, por contraposición a las muertes dolorosas, terribles y horrendas, pero la verdad es que no existe ninguna historia sobre ella.

En cualquier caso, Hades no siempre le fue fiel a Perséfone. Es un dios, ¿qué esperabais?

Una vez, Hades fue a visitar al titán Océano en el fondo del mar. No tengo ni idea de qué haría allí, puede que estuviera comprobando el buen funcionamiento de los manantiales salados que alimentaban el río Estigio. El tema es que, mientras paseaba por allí, se encontró con una bella ninfa marina llamada Leuce, una de las hijas de Océano. Era alta, pálida y encantadora, y, al parecer, dejó al dios muy impresionado. Al final de la visita, Hades la secuestró y se la llevó al inframundo.

No fue más que una aventura, una ofuscación pasajera, pero podéis imaginaros cómo reaccionó Perséfone cuando descubrió que su marido se había traído una chica de recuerdo.

—O se va ella o me voy yo —gruñó Perséfone—. Y no la devuelvas al océano. ¡Me ha robado el marido! ¡Debe morir!

—Estooo, vale —respondió Hades—. Quiero decir, ¡sí! ¡Claro que sí, cariño! ¿En qué estaría yo pensando?

Hades fue corriendo a los Campos de Asfódelos, donde lo esperaba Leuce.

—¿Y bien? —quiso saber ella—. Me has secuestrado y me has traído aquí. ¿Qué piensas hacer conmigo?

—Pues resulta que no va a poder ser —contestó Hades—. Mi mujer no lo aprueba.

—Menuda sorpresa —masculló Leuce—. Vale, ¡llévame a casa!

—No puedo, Perséfone te quiere muerta.

—Eso... ¡eso no está bien! —exclamó Leuce, aún más pálida que de costumbre—. ¡Si me secuestraste tú!

—No pasa nada —le aseguró Hades—. Tengo una idea: en vez de matarte, te transformo en otra cosa, como una planta. Así vivirás para siempre y nunca te olvidaré.

—¡Es una idea horrible!

—Puede que un árbol... —caviló él.

—¡Que no!

—Un árbol alto, pálido y blanco —decidió Hades—. Un árbol tan bello como

tú.

—¡Qué...!

Puf.

Leuce se convirtió en el primer álamo, y Hades abrazó su tronco.

—Gracias por comprenderlo. Te recordaré siempre.

Los álamos se multiplicaron rápidamente, poblando los Campos de Asfódelos: un poco de belleza en aquellos terrenos tan sombríos. El álamo se convirtió en uno de los árboles sagrados de Hades y crecía, sobre todo, en las orillas de los ríos del inframundo, quizá para que Leuce recordara que procedía del mar e intentara volver a él. Buena suerte, Leuce.

Después de su romance fallido con la chica álamo, Hades se deprimió. Un día decidió dar un largo paseo a la orilla del río Cocito, el río de las lamentaciones, un lugar un poco raro al que ir a pasear si quieres animarte.

Sentada a la orilla, Hades vio a una bella joven con un vestido verde pálido. La brisa subterránea llevó su perfume hasta él: una fragancia dulce y sutil que no se parecía a nada que hubiera olido antes.

Se acercó y se quedó mirándola, asombrado. Hades solía sorprender a la gente cuando se le acercaba sigilosamente con aquel aire suyo tan sombrío; así que, cuando por fin la chica reparó en él, dio un respingo.

—¿Qué quieres? —le preguntó ella.

—Bueno... —A Hades le costaba pensar. Los ojos de la mujer eran verde pálido, como su vestido—. Soy Hades. Hueles bien. ¿Quién eres?

La chica arrugó la nariz.

—Soy Mente, claro. La hija del río Cocito.

—¿Los ríos del inframundo tienen náyades? —preguntó él, frunciendo el ceño—. No lo sabía.

—Bueno, puede que no estemos orgullosas de ello —farfulló Mente—. Vamos, que no es fácil ser el espíritu de la naturaleza asociado a un río de las lamentaciones. Preferiría estar en el mundo de arriba, disfrutando de la luz del sol y la brisa fresca.

—Yo te llevaré —soltó Hades—. Tú dame un beso y yo te llevaré al mundo de arriba.

Mente juntó las cejas.

—¿Por qué ibas a hacerlo?

—Te quiero —respondió él como un idiota.

Lo cierto es que no había conocido a muchas mujeres bellas y, además, era primavera. Perséfone estaba en el mundo de los mortales, con su madre, y Hades se sentía solo.

Mente se levantó. No sabía qué pensar de aquel dios oscuro, pero lo del viaje al mundo de arriba sonaba muy bien.

—Vale —respondió.

Lo besó. Hades la rodeó con sus brazos y juntos se disolvieron entre las sombras.

Aparecieron en la ladera de una colina cercana a la ciudad griega de Pilos. Mente ahogó un grito al ver el cielo azul y el sol y las colinas verdes que se perdían en el horizonte.

Sonrió y abrazó a Hades y, durante unos veinte segundos, estuvieron muy enamorados. El perfume de Mente era embriagador.

Entonces algo cambió y Hades se puso tenso. Puede que el aire fresco le aclarara las ideas.

—¿Qué estoy haciendo? —gimió mientras apartaba a Mente—. Es primavera y mi mujer estará por ahí, en alguna parte, haciendo crecer las plantas y qué sé yo. ¡Nos encontrará!

—¿Qué más da? —preguntó Mente—. Has dicho que me querías.

—Bueno... —empezó a decir él, tragando saliva.

Mente tenía unos ojos verdes preciosos, era muy guapa y olía bien, pero de repente Hades se dio cuenta de que aquel amor era imposible. Recordó la mirada asesina en los ojos de Perséfone cuando se enteró de lo de Leuce.

—Tengo que regresar al Érebo —dijo Hades—. Que disfrutes del mundo.

—Pero volverás, ¿no? —quiso saber ella.

—Esto... —

Hades se acobardó y se esfumó entre las sombras.

Mente debería haberlo olvidado. ¡Estaba en el mundo mortal! Podría haber encontrado otro río al que vincular su fuerza vital. Podría haber vivido para siempre en los bellos bosques y colinas de Grecia.

Pero no, ¡eso habría sido demasiado fácil!

La enfurecía que la hubieran dejado plantada en la colina. Se dio cuenta de

que, sin siquiera pretenderlo, había tenido al dios Hades comiendo de su mano, así que debía de ser muy bella. Y olía genial. Se merecía ser reina.

—¡Hades me ama! —le gritó al viento—. ¡Va a volver para convertirme en reina del inframundo! Soy más bella que Perséfone, más maravillosa, huelo mejor y...

La colina tembló, la hierba y las flores se alzaron en un enorme tornado de pétalos, y la diosa Perséfone apareció en la figura de un coloso de quince metros de altura.

En ese instante, Mente se dio cuenta de su error.

—¿Que tú eres más bella que yo?! —bramó Perséfone—. ¡Ya, seguro! Pero sí que hueles bien, ¡así que seguro que te encuentro una utilidad entre las plantas!

Perséfone alzó su gigantesco pie calzado con una sandalia y aplastó a Mente. Cuando restregó la sandalia contra la colina, de la tierra brotaron unas plantas verdes diminutas. Si se machacaban las hojas, olían de maravilla. Perséfone decidió llamar menta a esa planta, que dio nombre a la colina cercana a Pilos donde creció por primera vez.

Así que la próxima vez que veáis un helado de menta y chocolate, podéis dar gracias a Perséfone, aunque quizá os cueste comerlo cuando os deis cuenta de que está hecho de ninfa de río machacada.

Después de aquello, Hades no tuvo muchas aventuras. Solía quedarse en su palacio para ocuparse de sus asuntos.

Pero los héroes mortales no siempre lo dejaban en paz, y aparecían por allí abajo para exigirle cosas. Un héroe quería quedarse con su perro, Cerbero. Otro héroe quería que Hades devolviera a su amada a la vida. Un tercero intentó incluso secuestrar a Perséfone. Quizá os contaré esas historias en otra ocasión, pero después de tanto tiempo en este inframundo tan tétrico empiezo a tener un poco de claustrofobia.

Necesito la fresca brisa marina. Acerquémonos al Mediterráneo y os presentaré a mi padre: el único e inimitable Poseidón.

## Poseidón, el más salado

\*

No soy imparcial.

Pero si queréis como padre a un dios griego, no hay nadie mejor que Poseidón. Sí, he tenido mis problemas con él; no es el padre más atento del mundo. Aunque, la verdad, ninguno de los dioses griegos lo es.

Al menos, Poseidón tiene unos poderes asombrosos y una actitud relajada (casi siempre).

Es un tío muy guay, teniendo en cuenta lo difícil que lo tuvo de joven. Era el del medio. Siempre estaban comparándolo con sus hermanos: «¡Vaya, eres casi tan guapo como Zeus! ¡Eres casi tan poderoso como Zeus!», o, algunas veces: «¡No eres tan desastroso como Hades!».

Al cabo de unos siglos en ese plan, es como para ponerse de los nervios.

Cuando Zeus, Poseidón y Hades lanzaron los dados para dividir el mundo, Zeus sacó la mejor tirada y Poseidón tuvo que aceptar que su hermano se convirtiera en señor del universo y le ordenara lo que tenía que hacer hasta el fin de sus días, pero Poseidón no se quejó porque había ganado el mar. Le parecía bien, le encantaba la playa. Le gustaba nadar y comer marisco.

Es verdad que Poseidón no era tan llamativo ni tan poderoso como Zeus, ni tenía sus rayos, que eran como el arsenal nuclear del monte Olimpo, pero estaba encantado con su tridente mágico. Podía provocar huracanes y maremotos, y hacía unos batidos de frutas bestiales. Como los mares envolvían la tierra, Poseidón también podía causar terremotos. Si estaba de mal humor, podía cargarse ciudades enteras o hundir islas bajo las olas.

Los griegos lo llamaban «Agitador de la Tierra» y procuraban tenerlo contento porque, ya estuvieras en el mar o en tierra firme, no era buena idea hacerlo enfadar.

Por suerte, Poseidón solía estar tranquilo. Su humor se reflejaba en el mar Mediterráneo, donde vivía, que casi siempre era un mar de navegación sencilla. Poseidón permitía que los barcos fueran a donde quisieran, bendecía a los pescadores con buenas capturas y pasaba el rato en la playa, bebiendo cócteles en cáscaras de coco con sombrillitas, sin preocuparse de tonterías.

Cuando hacía buen día, Poseidón conducía su carro dorado sobre las olas, tirado por hipocampos blancos, que eran unos caballos con crines doradas, cascos de bronce y colas de pez. Allá donde iba, las criaturas del mar se acercaban a jugar en torno a su carro, así que veías a tiburones, ballenas



asesinas y calamares gigantes jugando juntos mientras borboteaban: «¡Hurra, ha venido Poseidón!», o algo así.

Sin embargo, a veces el mar se enfadaba, y Poseidón, igual. Cuando pasaba eso, se convertía en un tipo completamente distinto.

Si el capitán de un barco se olvidaba de ofrecer un sacrificio a Poseidón antes de partir, era un idiota de campeonato. A Poseidón le gustaba que, como mínimo, se sacrificara en su honor un toro por barco. No me preguntéis por qué. Puede que en cierto momento les dijera a los griegos: «Invítadme a un Red Bull y estamos en paz», pero los griegos, que sabrían inglés, pensaron que de verdad se refería a un toro rojo...

Si se te olvidaba hacer el sacrificio, era bastante probable que tu barco se estrellara contra las rocas, se lo comiera un monstruo marino o lo capturaran unos piratas con problemas de higiene personal.

Que nunca viajaras por mar no significaba que estuvieras a salvo. Si tu ciudad, por lo que fuera, ofendía a Poseidón... Bueno, ya puedes dar la bienvenida a un huracán de la leche.

Con todo, Poseidón casi siempre mantenía la calma. Intentaba seguir las órdenes de Zeus, aunque se enfadaba mucho con él. Cada vez que ese par empezaba a discutir, los demás dioses se abrochaban los cinturones, porque una pelea entre el cielo y el mar podía destrozarse el mundo.

La madre Rea debió de darse cuenta de la tensión entre sus hijos desde el principio. Poco después de que los dioses se hicieran con el mundo, sugirió que Poseidón se fuera del Olimpo para explorar sus nuevos dominios. Lo envió a vivir al lecho del mar con una tribu de bichos raros acuáticos llamados los telquines.

Fue una sugerencia extraña, teniendo en cuenta que los telquines eran unos tipejos un tanto retorcidos. Habían morado en tierra firme hasta que Zeus se enfadó con ellos por algo que hicieron; a los peores los lanzó al Tártaro y a los demás los exilió al fondo del mar.

¿Que qué hicieron? No estoy seguro, pero los telquines eran conocidos por su brujería y por fabricar cosas peligrosas. Podían provocar granizo, lluvia o incluso nieve (no muy abundante en Grecia), y también una lluvia sulfurosa que destruía plantas y quemaba la carne, lo que tenía su aquel, aunque fuera asqueroso y maloliente.

Algunas historias cuentan que los telquines inventaron la metalurgia e incluso que fabricaron la guadaña de Cronos a petición de Gea. Podría ser cierto. Eran codiciosos y habrían hecho cualquier cosa por el precio adecuado.

Después de que Zeus los lanzara al océano, se convirtieron en una mezcla de perros, focas y humanos con rostros caninos, piernecitas atrofiadas y manos que eran casi aletas, lo bastante hábiles para trabajar el metal, pero que no por ello dejaban de ser unas estupendas palas de ping-pong.

Cuando Poseidón se fue a vivir con ellos, los telquines le enseñaron el lugar y todo lo que había que saber del océano: «¡Esto es un pez!», «¡Esto es coral!». Uno de los trucos más ruines que le enseñaron fue el de usar su tridente como palanca. Poseidón aprendió a meter las puntas del tridente debajo de la base de una isla y darle la vuelta para que toda la masa terrestre se hundiera en el mar. En combate, podía hacerlo con las montañas de tierra firme. Un par de veces las volcó encima de sus enemigos y los aplastó. ¿Veis? Ya os dije que era la bomba.

Al final, Poseidón se cansó de los telquines y decidió construirse su propio palacio. (Buena idea, papá).

Se fue al fondo del mar Egeo y, con sus poderes para provocar terremotos y olas, levantó una gran mansión de perlas, rocas marinas y conchas de orejas de mar. Sus jardines estaban llenos de plantas marinas exóticas, y las medusas luminiscentes flotaban por ahí como si fueran luces de Navidad. Tenía grandes tiburones blancos a modo de perros guardianes y tritones que le servían de criados; y sus puertas eran gigantescas porque, de vez en cuando, las ballenas y los monstruos marinos se pasaban por allí a presentar sus respetos.

En mi opinión, la casa de Poseidón molaba mucho más que la de Hades o la de Zeus, y cuando Poseidón se sentaba en su trono de coral pulido, no cabía en sí de satisfacción. Tenía todo el mar bajo su control, los peces lo adoraban, todos los marineros del Mediterráneo le hacían ofrendas y le rezaban para que respetara sus travesías. Todos parecían adorarlo.

Así que Poseidón pensó: «Oye, ¡debería subir a la superficie y ofrecermé para ser el dios protector de una de las ciudades mortales!».

Como he mencionado antes, aquello era algo importante para los dioses. Cuantos más mortales te rezaran, más fuerte eras. Si conseguías que te consagraran una ciudad entera —con estatuas, templos y camisetas de recuerdo en todas las tiendas para los turistas—, podías fardar un montón.

Poseidón decidió probar con la capital de Ática, en la Grecia continental, que era una de las ciudades más grandes e importantes del país. Bueno, mejor apuntar alto, ¿no?

Apareció en la acrópolis de la ciudad, que era la principal fortaleza en la cima de la colina más alta. La tierra tembló. Poseidón surgió de un remolino de sal y bruma, golpeó con su tridente la roca más cercana, que se partió en dos, y creó un géiser de agua salada.

—¡Mirad! —gritó a la multitud—. ¡Soy Poseidón y he venido para convertirme en protector de vuestra ciudad!

Una gran entrada. Por desgracia, Atenea, la diosa de la sabiduría, se había presentado unos segundos antes con la misma oferta. Estaba allí al lado, con su túnica gris y el casco de batalla bajo el brazo, en plena negociación con los ancianos de la ciudad.

—Ah —balbuceó Poseidón—, qué embarazoso.

Los ancianos de la ciudad miraron con asombro al dios del tridente brillante y al enorme géiser de agua salada que brotaba de la cima de la colina.

—¡Mi señor Poseidón! —exclamó uno—. Esto...

Los pobres mortales miraban a un dios y al otro. No me extraña que estuvieran nerviosos: tener que elegir entre dioses es un mal asunto. Elijas lo que elijas, seguro que el rechazado te aplasta como si fueras una cucaracha.

Poseidón tampoco sabía qué hacer. ¿Cómo se atrevía a robarle la idea aquella diosa advenediza, Atenea, aquella olímpica de segunda generación? Sintió la tentación de ahuyentarla con el tridente, pero, antes de que pudiera hacerlo, Atenea gritó:

—¡Sé cómo arreglar esto de manera pacífica!

Típico. A Atenea siempre se le ocurría algo. A Poseidón no le interesaba demasiado la paz en aquellos momentos, pero los mortales parecían todos muy aliviados y él no quería parecer un mal perdedor delante de sus futuros seguidores.

—¿Y bien? —gruñó—. ¿Qué has pensado?

—Una competición —respondió ella—. Cada uno de nosotros preparará un regalo para la ciudad. Los ancianos serán los jueces. El dios que entregue a la ciudad el regalo más valioso será su protector. El otro dios aceptará la decisión de los jueces y se marchará en paz. ¿De acuerdo?

Miles de ojos mortales se volvieron hacia Poseidón. Él seguía queriendo enviar a Atenea al mar de un tortazo, pero ella lo había puesto en un compromiso, así que no podía negarse.

—Sí —refunfuñó—, vale.

—Los caballeros primero —dijo Atenea con un gesto cortés.

Poseidón frunció el ceño. ¿Qué sería para aquellos mortales un regalo valioso? ¿Una caja de perlas? ¿Una medusa doméstica? ¿Quizá una cuadra llena de ballenas adiestradas en las que pudieran montar? Hum... Aparcar las ballenas en el centro podía ser un problema.

Quizá otro animal... ¿Algo fuerte y rápido, pero adaptado a la vida en tierra firme de los humanos?

Poseidón contempló las olas que rompían en la playa, abajo, a lo lejos. Viendo la espuma que bañaba la arena, se le ocurrió una idea y empezó a sonreír.

—Mirad esto —dijo.

Apuntó con el tridente y las olas empezaron a tomar forma. Cuando llegaron a la orilla, se convirtieron en animales majestuosos con cuatro largas patas y abundantes crines. Salieron corriendo a la playa, entre relinchos y cabriolas.

—¡Los llamo caballos! —gritó Poseidón—. Son rápidos y fuertes. Pueden llevaros a cualquier parte. También son capaces de cargar cosas pesadas, y de tirar de arados o de carros. Incluso podéis llevarlos con vosotros a la guerra y aplastar a vuestros enemigos. Además, no me digáis que no son chulos...

Los mortales murmuraron y aplaudieron con educación. Estaba claro que los caballos eran un regalo valioso, aunque algunos vecinos parecían decepcionados, como si realmente hubieran esperado una medusa doméstica.

Todos se volvieron hacia Atenea.

La diosa levantó una mano y de las rocas cercanas brotó un arbusto con pinta enfermiza. Tenía hojas verde grisáceo y frutos verdes del tamaño de verrugas.

Poseidón no pudo reprimir la risa.

—¿Qué espumas es eso? —preguntó.

—Es un olivo —respondió Atenea.

Los mortales parecían incómodos: el olivo no les impresionaba demasiado, pero nadie quería confesárselo a Atenea.

Poseidón se rio entre dientes.

—Vale, buen intento. ¡Supongo que ya sabemos quién ha ganado la competición!

—No tan deprisa —dijo Atenea—. Puede que el olivo no parezca gran cosa, pero crece sin muchos cuidados y se propagará por todos los campos hasta que las aceitunas sean el alimento más importante de Grecia.

—¿Esos bultitos negros? —protestó Poseidón—. ¡Si son diminutos!

—Pero crecerán por millares. ¡Y están deliciosas en las pizzas! ¡Los mortales de esta ciudad exportarán aceitunas a todo el mundo y se harán ricos! Podéis usar el aceite de oliva para cocinar y encender lámparas. Incluso podéis añadir perfume al aceite y utilizarlo para bañaros, hidrataros o limpiar esas manchas tan difíciles de sacar de las encimeras de la cocina. —Se volvió hacia la multitud de mortales—. ¿Cuánto pagaríais por él ahora? ¡No respondáis! Os lo regalo, es gratis. Y si hacéis hoy vuestro pedido, me tendréis también como protectora de la ciudad, lo cual incluye un montón de sabiduría, consejos sobre el arte de la guerra y todo tipo de destrezas interesantes. ¡Seréis la ciudad más rica e importante de Grecia! Lo único que os pido es que pongáis mi nombre a la ciudad y me construyáis un templo, que puede pagarse en tres cómodos plazos.

A Poseidón empezó a flaquearle la confianza.

—Pero, espera... Mis caballos...

Los mortales ya no lo escuchaban, estaban más interesados en ganar dinero, y mientras que los campos que rodeaban la ciudad eran geniales para cultivar olivos, había demasiadas colinas y rocas para los caballos.

Fue un poco irónico. Con el tiempo, la gente de aquella ciudad sería famosa por su comercio marítimo y sus exportaciones de aceite de oliva; pero rechazaron al dios del mar, Poseidón, como protector de la ciudad. Tal vez le hubiera ido mejor ofreciéndoles ballenas amaestradas.

Así que Atenea ganó la competición, y por eso la ciudad se llama Atenas, en su honor, cuando podría haberse llamado algo tan chulo como Poseidonópolis.

Poseidón se largó lanzando rayos por los ojos, literalmente. Se olvidó de su promesa de no vengarse y casi destruyó la parte más baja de la ciudad con una enorme inundación, hasta que, al final, los atenienses aceptaron construir un templo en la acrópolis en honor a Atenea y a Poseidón.

El templo sigue allí. Si vais, podéis ver las marcas que dejó el tridente de Poseidón al golpear la roca para hacer brotar el manantial de agua salada. Seguramente también habrá muchos olivos, pero dudo que veáis algún caballo.

Después de aquello, Poseidón se obsesionó un poco con lo de encontrar una ciudad para él, pero no tuvo suerte. Luchó contra Hera por la ciudad de Argos, pero ganó Hera. Luchó contra Zeus por la isla de Egina, pero ganó Zeus. Luchó contra Helios por la ciudad de Corinto y estuvo a punto de ganar, pero Zeus dijo:

—No, chicos, os la vais a repartir. Helios, para ti la ciudad principal y la acrópolis. Poseidón, ¿ves ese cachito de tierra que hay al lado de la ciudad? Puedes quedártelo.

A Poseidón no dejaban de fastidiarle los planes... o con un rayo, o con un olivo. Cuantas más veces le sucedía, más empeoraba su humor.

Eso era peligroso porque, cuando Poseidón se volvía susceptible, tenía tendencia a castigar a quien creía que estaba insultándolo.

Por ejemplo, estaba muy orgulloso de las nereidas, cincuenta espíritus marinos cuya belleza era conocida en el mundo entero. Tenían largas melenas tan oscuras como la medianoche, ojos verde mar y vestidos de gasa blanca que flotaban a su alrededor en el agua. Todos sabían que eran sensacionales, y a Poseidón le encantaba que estuvieran en su dominio; era como vivir en la ciudad del equipo de fútbol que acababa de proclamarse campeón de liga.

El caso es que una reina mortal llamada Casiopea que vivía en el norte de África empezó a presumir de que era mucho más bella que las nereidas.

Poseidón no estaba para tonterías, así que le envió una serpiente bebedora de sangre y devoradora de carne que medía unos trescientos metros de largo y tenía una boca capaz de tragarse montañas, devorar barcos, provocar olas que anegaban pueblos y pegar unos rugidos que no dejaban dormir a nadie.

Al final, para detener los ataques, Casiopea accedió a sacrificar a su propia hija, Andrómeda, al monstruo marino. Era como si dijera: «Vale, sí, fallo mío, no debería haber presumido. Toma, ¡puedes matar a mi inocente hija!».

Para vuestra tranquilidad, os diré que mi padre no lo permitió. Dejó que un héroe rescatara a Andrómeda y matara al monstruo (pero eso ya es otra historia). Sin embargo, incluso después de muerta Casiopea, Poseidón no olvidó su insulto y la subió al cielo nocturno, convertida en una constelación. Como había mentido al decir que era más bella que las nereidas, siempre parecía que fuera hacia atrás.

Además, esa constelación tiene una pinta bastante estúpida.

Después de aquello, las nereidas quedaron muy agradecidas a Poseidón por haber defendido su honor. Puede que ese fuera su plan desde el principio... No hay nada mejor que conseguir que cincuenta mujeres preciosas piensen que eres formidable.

Casi todas las nereidas habrían estado encantadas de casarse con Poseidón, pero una lo evitaba porque era tímida y ni siquiera quería tener pareja. No hace falta decir que fue esa la que llamó la atención de Poseidón.

Se llamaba Anfítrite y para ella el paraíso era vivir tranquila en el fondo del mar sin que ningún dios la llamara para pedirle una cita o intentara ligársela con cursiladas cuando iba al centro comercial submarino.

Por desgracia, Anfítrite era un bombón. Cuanto más intentaba evitar a los dioses, más la perseguían. Se recogía el negro cabello en la nunca con una red de perlas y seda. Sus ojos eran de color marrón oscuro. Tenía una sonrisa cálida y una risa preciosa. Solía vestirse con un sencillo vestido blanco y su única joya era una diadema de pinzas de cangrejo pulidas que llevaba en la frente; a mí no me parece un adorno demasiado atractivo, pero supongo que estaba de moda entre las nereidas.

Poseidón lo intentó todo para ganarse su corazón: regalarle caramelos masticables de agua salada, una serenata de cantos de ballena, un ramo de pepinos de mar, un buque de guerra portugués decorado con unos lazos rojos preciosos... Anfítrite rechazó todas sus insinuaciones y, siempre que Poseidón se acercaba demasiado, se ruborizaba y se alejaba nadando.

Al final se asustó tanto que huyó para siempre. El dios marino la buscó por todas partes, aunque sin éxito. Pensando que no volvería a verla, se le cayó el alma a los pies, por debajo del alcance de cualquier submarino. Recorría su palacio, deprimido, llorando como una ballena jorobada, confundiendo a todos los mamíferos marinos entre sí y provocando migrañas a los calamares gigantes.

La cosa llegó a tal extremo que las criaturas marinas eligieron a un dios llamado Delfino para ir a hablar con Poseidón y averiguar qué le pasaba. Delfino era el rey inmortal de los delfines y un buen amigo del dios del mar. ¿Que qué aspecto tenía? Pues el de un delfín, claro. Vaya pregunta...

Así que Delfino entró nadando en la sala del trono y se puso a charlar en delfinés:

—¿Qué pasa, Posi? ¿A qué viene ese careto?

—Ay, es Anfítrite —respondió Poseidón, suspirando—. La amo, pero ¡ha huido!

—Vaya —dijo Delfino, pensando que era una razón bastante estúpida para tanto lloriqueo—. Ya sabes que hay otras cuarenta y nueve nereidas, ¿verdad?

—¡Me da igual! —sollozó Poseidón—. ¡Quiero a Anfítrite!

—Sí, bueno, menudo rollo. Mira, con tanto gemido y tanto quejido estás fastidiando el sónar de todo el mundo. Esta misma mañana, dos ballenas azules han chocado de frente y han provocado un atasco de varias millas en el Egeo. Todos han llegado tarde al trabajo. ¿Y si encuentro a la tal Anfítrite y la convenzo para que se case contigo?

Las lágrimas de Poseidón se secaron de inmediato, lo cual es impresionante, teniendo en cuenta que estaba bajo el agua.

—¿Podrás conseguirlo?

—Soy un delfín —comentó Delfino—. Tengo un cerebro enorme. Volveré pronto.

Delfino tardó un poco, pero al final localizó a Anfítrite en el extremo occidental del Mediterráneo, cerca del lugar donde el titán Atlas sostenía el cielo.

Anfítrite estaba sentada en un saliente de coral, contemplando la puesta de sol que se filtraba en las aguas profundas y creaba vetas rosáceas en los bosques de algas marinas. Tenía un róballo en la palma de la mano; el tío estaba en la gloria, ya que Anfítrite conectaba muy bien con los peces. Los róballos no me parecen muy cariñosos, pero ellos la adoraban.

Delfino entendió por qué le gustaba tanto a Poseidón: irradiaba una amabilidad y una dulzura que no eran comunes entre los inmortales. En general, cuanto más vivían los dioses, más se parecían a niños mimados. Delfino no sabía a qué se debía, pero desde luego no se tragaba lo de que la gente se volvía más sabia con la edad.

Delfino se acercó a Anfítrite.

—Eh, ¿cómo lo llevas?

Ella no intentó huir, puesto que nunca se había sentido amenazada por Delfino, quizá por su sonrisa de delfín.

—Bueno, Poseidón no deja de molestarme —suspiró ella—. Quiere que me case con él.

El róbalo nadó en perezosos círculos alrededor de la mano de Anfítrite hasta volver a acomodarse en la palma. Delfino tuvo que resistir el impulso de agarrarlo: los róbalos estaban riquísimos.

—Poseidón no es mal tío —le dijo—. Hay pretendientes mucho peores.

—Pero ¡no quiero casarme con nadie! —protestó Anfítrite—. Es un lío y, además, me da miedo. He oído historias sobre los dioses, sobre cómo tratan a sus mujeres...

—La mayoría de los dioses son unos imbéciles y siguen teniendo muchas novias después de casarse...

—¡Bah! —exclamó ella—. Eso no me importaría, no soy celosa. Es que no quiero que me maltraten. ¡Quiero ser independiente, hacer mi vida sin que ningún hombre me mande!

—Ah, ¿es eso? —trinó Delfino, aliviado—. Porque Poseidón es de trato fácil. No te garantizo que te sea fiel para siempre, pero estoy seguro de que te trataría bien y te dejaría hacer lo que quisieras. Puedo hablar con él y hacer que te lo prometa. Si incumple su promesa, tendrá que vérselas con el señor Delfino.

Delfino dobló las aletas, creyendo que eso le daba una pinta amenazadora.

—¿Harías eso por mí? —preguntó Anfítrite.

—¡Claro! Y lo mejor de todo: si te casas con Poseidón, ninguno de los otros dioses podrá volver a coquetear contigo ni a molestarte. Tendrían que dejarte en paz porque Poseidón es muy poderoso. También podríais tener hijos. Los crios son geniales, aún mejores que los róbalos.

—¿En serio? —preguntó Anfítrite mientras examinaba el róbalo que le daba coletazos en la mano, como si le costara creer que hubiera algo mejor que eso—. Bueno, supongo que si hablas tú primero con Poseidón y él te promete...

—Confía en mí —dijo Delfino—. ¡El dios delfín te cubre las espaldas!

Así que Delfino volvió con Poseidón y le explicó el trato. Poseidón estaba encantado y aceptó de inmediato. La fiesta de su boda con Anfítrite fue la más increíble que se haya celebrado bajo el mar. Dioses, monstruos marinos, las cuarenta y nueve hermanas nereidas de Anfítrite... Todo el mundo estaba en la lista de invitados. Las ballenas nadaban sobre ellos, escupiendo relucientes nubes de kril en las que se leía: «FELICIDADES, POSEIDÓN + ANFÍTRITE». Y mira que no era fácil, porque la ortografía de las ballenas es bastante



deficiente. Los delfines montaron un espectáculo acrobático. Las medusas brillaron sobre los patios del palacio, y las ninfas marinas, los tritones y las sirenas bailaron toda la noche.

Poseidón y Anfítrite hacían buena pareja, fueron felices juntos y tuvieron tres hijos divinos. El primero fue Tritón, que parecía un... tritón, pero tenía dos colas en vez de una. Se convirtió en el heraldo de Poseidón. Siempre que Poseidón se movía, Tritón nadaba delante de él tocando su cuerno de caracola para despejar el camino, como diciendo: «¡Que viene el jefe! ¡Que parezca que estáis trabajando o algo!».

El segundo hijo de Poseidón y Anfítrite fue Roda, una ninfa del mar que se convirtió en diosa protectora de la isla de Rodas (así llamada en su honor, claro). Acabó casándose con el titán del sol, Helios.

Su tercer hijo, una chica llamada Cimopolea, era grande, torpe y chillona, y nunca la quisieron tanto como a sus hermanos. Siempre me ha dado pena. Su nombre quiere decir «protectora de las olas», y aunque suene a amazona o algo así, lo cierto es que ella parecía más bien un monstruo marino. Al final encontró la felicidad: se convirtió en diosa de las tormentas marinas más violentas y se casó con Briares, uno de los centimanos, que también era grandote y chillón, y no le importaba tener por esposa a una tía como ella.

A medida que pasaban los años, Anfítrite descubrió que Delfino estaba en lo cierto: sí que quería a sus hijos más que a los róbalos, y Poseidón era un buen marido la mayor parte del tiempo. Tenía muchas aventuras con ninfas, mortales y demás, pero, curiosamente, eso no le importaba mucho a su mujer. Mientras Poseidón no intentara controlarla y decirle lo que tenía que hacer, y mientras se portase bien con sus tres hijos, ella encantada.

Incluso se portaba bien con los hijos semidioses de Poseidón, no como otras diosas que yo me sé (y no miro a nadie, ¿eh, Hera?). Una vez, el héroe Teseo fue de visita y Anfítrite lo trató como a un invitado distinguido. Hasta le dio una capa morada, un signo de realeza.

También ha sido bastante maja conmigo. No se pone de los nervios cuando dejo la ropa sucia en la habitación de invitados. Me prepara galletas. Que yo sepa, nunca ha intentado matarme. Vamos, ¿qué más se puede pedir de una madrastra inmortal?

En cuanto a Poseidón, menos mal que tenía una mujer tan tranquila, porque con todas las novias e hijos de otras relaciones que tuvo... es decir, ¿os había impresionado la actividad de Zeus? Pues Poseidón tiene el récord de hijos semidioses.

Si quisiera hablaros de todas las damas con las que salió, necesitaríamos trescientas páginas más con un índice propio. Lo llamaríamos *El libro negro de Poseidón*. Pero sería demasiado raro ponerme a hablar de todas las novias de mi padre, así que solo mencionaré a las más importantes.

Primero fue una princesa llamada Coronis. Tenía una larga melena de vaporoso pelo negro y siempre llevaba vestidos oscuros, como si estuviera de

funeral, pero a Poseidón le parecía que estaba muy buena. Un día, estaba siguiéndola por la playa, intentando ligar con ella, cuando Coronis se asustó y salió corriendo. Poseidón no quería que se le escapara como Anfítrite, así que la persiguió mientras gritaba:

—¡Eh, regresa! ¡Solo quiero un beso! ¡No voy a matarte!

Que quizá no sea lo más inteligente que puedes gritarle a una chica mientras la persigues.

Coronis, muerta de miedo, chilló:

—¡Socorro! ¡Que alguien me ayude!

Corrió hacia las puertas de la ciudad, pero estaban demasiado lejos y sabía que no llegaría a tiempo. Oteó el horizonte y, a larga distancia, vislumbró el reluciente tejado del templo de Atenea.

Como Atenea fue la primera olímpica que se le ocurrió, Coronis gritó:

—¡Atenea, sálvame! ¡Como sea!

Y quizá eso tampoco sea lo más inteligente que se puede gritar.

En las alturas del monte Olimpo, Atenea oyó que Coronis gritaba su nombre. Los dioses tienen un oído muy muy fino cuando se trata de sus nombres. La diosa vio que Poseidón perseguía a aquella pobre chica indefensa y se enfadó.

—De eso nada, barba de percebe —masculló.

Chascó los dedos y, en la playa, Coronis se convirtió al instante en un pájaro de plumas negras como el carbón: el primer cuervo (por eso en griego *koronis* significa «cuervo»). El cuervo salió volando y Poseidón se quedó solo y desconsolado, con una única pluma negra pegada en el pelo.

Por supuesto, Poseidón se dio cuenta de que Atenea era la responsable de la transformación de Coronis en cuervo. Ya le guardaba rencor por lo de la competición por Atenas, pero en aquel momento empezó a odiarla de verdad.

Decidió aprovechar la menor oportunidad para insultar a Atenea, y no tuvo que esperar mucho. Al poco tiempo, se obsesionó con otra chica guapa llamada Medusa.

A diferencia de Coronis, Medusa se sintió halagada al saber que le gustaba al dios del mar.

Cenaron a la luz de las velas y pasearon por la playa. Al final, Poseidón le dijo:

—Oye, ¿por qué no vamos a un sitio más íntimo?

—Bueno, no sé... —respondió ella, ruborizándose—. ¡Mis hermanas me han

advertido sobre los dioses del mar como tú!

—¡Venga! Conozco un sitio muy tranquilo. Te va a encantar.

Medusa debería haber dicho que no, pero Poseidón podía ser muy encantador cuando se lo proponía.

Se la llevó a la ciudad, directamente al templo de Atenea. Estaba cerrado porque era de noche, pero a Poseidón no le costó abrir las puertas.

—¿Seguro que es buena idea? —le susurró Medusa.

—Claro, tendremos el templo para nosotros solos.

Bueno, no voy a excusar el comportamiento de Poseidón. Sabía perfectamente que Atenea se enfadaría y estaba utilizando a Medusa para vengarse. Ni se le pasó por la cabeza que, en fin, quizá Atenea descargara su ira sobre aquella pobre chica mortal...

Poseidón y Medusa se pusieron cómodos y románticos a los pies de la estatua de Atenea, lo cual era un insulto increíble (como si alguien te dejara en la puerta de casa una bolsa de papel llena de caca de perro, le prendiera fuego, llamara al timbre y saliera corriendo. Yo nunca he hecho nada semejante, que conste).

Atenea miró hacia abajo desde el Olimpo y vio lo que estaba pasando. Le entraron ganas de vomitar.

—Es lo más asqueroso que he visto en mi vida —refunfuñó—. Creo que le enseñaré a Poseidón algo más asqueroso todavía.

Conjuró la maldición más horrible y creativa que se le ocurrió... y mira que Atenea podía ser muy creativa...

Abajo, en el templo, a Medusa le salieron alas de murciélago de latón y garras también de latón. El pelo se le transformó en un nido de serpientes venenosas que no paraban de retorcerse. El rostro se le convirtió en algo tan horrible que convertía en piedra a cualquiera que la mirase.

Poseidón tenía los ojos cerrados. Estaba inclinándose para volver a besarla, los labios fruncidos, cuando oyó un siseo extraño.

—Nena, ¿tienes una fuga? —bromeó.

Entonces abrió los ojos y se apartó de un salto, más deprisa que una ballena emergiendo a la superficie.

—¡Por todos los...! Pero ¡qué...! ¡Dioses! ¡Y yo he besado eso! ¡Puaaaj! ¡Tengo que enjuagarme la boca!

Como era inmortal, no se convirtió en piedra, pero gritó unas cuantas cosas

más que no puedo poner por escrito y salió de allí a toda prisa, sin siquiera disculparse con la pobre Medusa.

Esta no tardó en darse cuenta de cuál era su aspecto, así que se tapó la cabeza con el chal y se escabulló. Al final acabó viviendo en una cueva lejos de la civilización, con la única compañía de sus dos hermanas. A las tres las llamaban las gorgonas. Con los años, solo por el hecho de estar al lado de Medusa, las dos hermanas se transformaron en monstruos tan feos como ella. No convertían en piedra a la gente, pero los dioses decidieron hacerlas inmortales (quizá por pena, quizá por fastidiar), para que cuidaran de Medusa para siempre sin acabar petrificadas. A lo largo de los años las gorgonas ocasionaron todo tipo de problemas a los héroes, pero esa es otra historia. Al final, el rostro de Medusa se convirtió en uno de los símbolos de Atenea, como si dijera: «Esto es lo que les pasa a los que se meten conmigo».

No todas las relaciones de Poseidón acabaron tan mal. Salió con una chica llamada Eurínome que era muy simpática. Por cierto, su nombre suena a «oríname», y no sé cómo Poseidón podía decirlo sin echarse a reír. «¡Ay, oríname, dame un beso!». «Oríname, acércate». En fin, que juntos tuvieron un hijo que se llamaba Belerofonte y que se convirtió en un gran héroe.

Otra de las novias de Poseidón, Etra, dio a luz a un héroe aún mayor llamado Teseo. No penséis que todos los héroes importantes eran hijos de Zeus; es que Zeus tiene unos relaciones públicas muy buenos.

¿Lo que más me gusta de Poseidón? Si le caías muy bien, te concedía el poder de cambiar de forma. Lo hizo por una de sus novias, Mestra, para que pudiera convertirse en animal siempre que quisiera. También le concedió ese don a uno de sus nietos semidioses, Periclímeno, que podía luchar convertido en serpiente, en oso o incluso en un enjambre de abejas.

En lo que a mí respecta, no puedo cambiar de forma. Muchas gracias, papá.

Por otro lado, algunos de los hijos de Poseidón no salieron demasiado bien. Quizá dependiera del humor en el que estaba o de lo que hubiera cenado, pero a veces Poseidón engendraba auténticos monstruos. Uno de sus hijos fue un cíclope devorahombres llamado Polifemo. Otro, un gigante muy feo llamado Anteo al que le gustaba partir a la gente por la mitad. Y vosotros que os quejabais de vuestros hermanos...

En otra ocasión, Poseidón se enamoró de una princesa llamada Teófane, que era tan bella que todos los tíos de su reino querían casarse con ella. No la dejaban en paz. La seguían por la calle. Se colaban en palacio y exigían verla. Incluso intentaban seguirla al cuarto de baño. Era como una superestrella rodeada de *paparazzi*: no tenía ni un momento de intimidad.

Al final, la cosa llegó a ser tan insoportable que le rezó a Poseidón, que también había intentado salir con ella.

—Si me quitas de encima a mis pretendientes, seré tu novia —le dijo—. Pero ¡sácame de aquí!

La tierra tembló y una voz grave dijo:

—¡No hay problema! Esta noche, ve al redil de las ovejas.

A Teófane no le pareció un gran plan, pero, cuando cayó la noche, se puso un velo para taparse la cara e intentó salir del palacio a hurtadillas. La reconocieron de inmediato: sesenta tíos, armados con ramos de flores, la rodearon gritando: «¡Cásate conmigo, cástate conmigo!».

Teófane corrió hacia el redil, esquivó a una panda de tíos con cajas de bombones y después a otros doce que intentaban cantarle serenatas con sus guitarras.

Cuando llegó al redil, más de cien pretendientes le pisaban los talones. Teófane estaba tan desesperada que se lanzó sobre las ovejas.

¡Puf!

Al instante se convirtió en una de ellas y se perdió entre el rebaño.

Los hombres enamorados se pararon en seco y se pusieron a mirar a su alrededor, desconcertados. Buscaron en los corrales, pero no encontraron a Teófane por ninguna parte. Al final se rindieron y volvieron a apostarse junto al palacio, imaginándose que Teófane regresaría tarde o temprano.

—¡Gracias a los dioses! —baló la princesa.

—De nada —respondió un carnero enorme que estaba a su lado.

Teófane tragó saliva (¿pueden tragar saliva las ovejas?).

—¿Poseidón?

El carnero le guiñó un ojo.

—¿Te gusta mi nuevo abrigo de lana? Porque tú me pones a punto. A punto, ¿lo pillas?

Teófane empezó a tener náuseas.

—Supongo que ahora tendré que ser tu novia, ¿no?

—Un trato es un trato —respondió Poseidón.

Disfrutaron de unos momentos de pasión como ovejas, escena que no pienso detallar para no tener yo también náuseas. Unos meses después, la oveja Teófane dio a luz a un carnero mágico llamado Crisómalo, cuya lana era de oro.

Al final, a Crisómalo lo despellejaron para quitarle el vellón, que se conocería como el Vellocino de Oro, lo cual significa que uno de mis parientes es una

alfombra de piel de oveja.

Por eso es mejor no pensar demasiado en quiénes son tus parientes en los mitos griegos. Es como para volverse loco.

La última historia sobre Poseidón es todo un drama: trata de cómo estuvo a punto de adueñarse del universo y acabó de albañil con salario mínimo.

Sucedió así: a Hera se le metió en la cabeza que los dioses debían rebelarse contra Zeus.

No me extraña, de verdad. Zeus podía ser una caca de la vaca. Hera pensó que al universo le iría mucho mejor si lo dirigiera todo el consejo del Olimpo, como una democracia, así que reunió a algunos de los otros dioses — Poseidón, Atenea y Apolo, el dios del tiro con arco— y les contó su plan.

—Atamos a Zeus —dijo Hera.

—¿Ese es tu plan? —preguntó Poseidón, frunciendo el ceño.

—Oye, que yo duermo en la misma habitación que él —respondió Hera—. Cuando esté sumido en un sueño profundo, roncando a pleno pulmón, os llamaré. Lo atamos bien. Después lo obligamos a que nos entregue el trono para poder gobernar juntos el cosmos, como un consejo de iguales.

Los demás no parecían demasiado convencidos, pero todos tenían alguna razón para detestar a Zeus, que era imprevisible e irascible, y cuya debilidad por las mujeres guapas les había provocado dolores de cabeza a todos.

Además, en secreto, todos ellos pensaban: «Eh, yo podría gobernar el universo mejor que Zeus. Cuando desaparezca, ¡podría encargarme yo!».

Poseidón se sintió tentado. ¿Por qué no? Con su hermano mayor maniatado, sería el dios más fuerte del mundo.

—Un consejo de iguales —repitió Poseidón—. Claro, me gusta.

—Exacto... —dijo Atenea, mirándolo con suspicacia—. Un consejo.

—Genial —dijo Hera—. Traedme una cuerda resistente... de esas mágicas y ajustables.

—¿Y dónde se compra eso? —preguntó Apolo—. ¿En la ferretería?

—Yo tengo un trozo —respondió Atenea.

—Claro que sí —murmuró Poseidón.

—¡Ya basta! —les soltó Hera—. Esta noche, los tres os escondéis en el pasillo y esperáis mi señal. Cuando Zeus esté dormido, os llamaré como si fuera un cuco.

Poseidón no estaba demasiado seguro de cómo era la llamada del cuco, pero supuso que lo sabría cuando la oyera.

Aquella noche, Hera se aseguró de que Zeus comiera una cena pesada y solo bebiera néctar descafeinado. Una vez que estuvo profundamente dormido, llamó a los demás, que entraron corriendo y ataron al rey de los dioses.

—¿Hmfff? —protestó Zeus—. ¿Qué... qué es esto?

Empezó a forcejear; intentó alcanzar su rayo, pero tenía los brazos atados, y el rayo estaba en la cómoda, al otro lado del dormitorio.

—¡Traición! —rugió—. ¡Soltadme!

Pataleó y trató de cambiar de forma para soltarse, pero cada vez que lo intentaba la cuerda le apretaba más. Gritó a los otros dioses y los llamó todo tipo de cosas desagradables.

—¿¡Qué queréis!? —preguntó.

A pesar de estar bien atado, Zeus daba miedo, así que los dioses se apartaron un poco de la cama.

Al final, Poseidón se armó de valor.

—Zeus, eres un mal líder. Queremos que abduques para que podamos dirigir el cosmos mediante un consejo de iguales.

—¿¡Qué!? —gritó Zeus—. ¡Jamás!

Hera suspiró, exasperada.

—¡Pues vale! ¡No te necesitamos! Convocaremos el consejo nosotros mismos y dejaremos que te pudras aquí.

—Traidora hija de...

—Vámonos —les dijo Hera a los otros—. Volveremos dentro de unos días para ver si ha entrado en razón.

Poseidón no estaba seguro de que fuera buena idea dejar a Zeus sin vigilancia, pero tampoco quería quedarse en el mismo cuarto que un dios del rayo cabreado.

Los dioses se trasladaron a la sala del trono y celebraron la primera (y última) reunión de la República Popular del Olimpo.

Pronto descubrieron que votar para todo era un rollo y se tardaba una eternidad. ¡Se tiraron horas discutiendo el diseño de la nueva bandera olímpica!

Mientras tanto, una nereida llamada Tetis paseaba por el pasillo, cerca del dormitorio de Zeus. ¿Que qué hacía una ninfa marina en el Olimpo? Puede que hubiera ido a pasar la noche o a visitar a algún amigo.

No tenía ni idea de que hubiera estallado una rebelión, pero cuando oyó los gritos de Zeus pidiendo ayuda, entró rápidamente en su cuarto, lo vio atado y dijo:

—Estooo, ¿llego en mal momento?

—¡Tetis, gracias a las Parcas! —gritó Zeus—. ¡Desátame!

Le contó a toda prisa lo que habían hecho los otros dioses.

—Por favor —le suplicó—. Eres una nereida sensata. Desátame y te deberé una.

Tetis tragó saliva. Si Poseidón estaba con los rebeldes... Bueno, era el señor del mar y, por tanto, su jefe. Pero Zeus era el jefe de todo. Hiciera lo que hiciese, iba a ganarse un enemigo muy poderoso.

—Si te desato —dijo Tetis—, prométeme que tendrás compasión con los demás dioses.

—¿¡Compasión!?

—No los lances al Tártaro ni los hagas pedacitos, ¿vale?

Zeus echaba humo, pero accedió de mala gana a ser «compasivo».

Tetis cogió unas tijeras de la cómoda e intentó cortar las cuerdas, pero no tuvo suerte: las ataduras mágicas eran demasiado fuertes.

—¡Destrózalas con mi rayo! —dijo Zeus—. Espera... que yo estoy debajo de las cuerdas... Pensándolo mejor, no las destroces.

—Un momento —dijo Tetis—, conozco a alguien que quizá pueda ayudarnos.

Se convirtió en una nube de vapor de agua salada y voló al mar, donde encontró a Briares, el centimano. Briares le debía a Zeus un favor por haberlo sacado del Tártaro, así que estaba encantado de ayudar. No sé cómo lo hizo, pero Tetis consiguió meter en el Olimpo a aquel tío tan grande sin que los dioses se dieran cuenta, y con sus cien diestras manos Briares desató rápidamente las cuerdas mágicas.

Zeus se levantó de la cama de un salto, agarró su rayo y fue derecho a la sala del trono, donde los otros dioses todavía estaban intentando diseñar su nueva bandera.

¡Bum!



Zeus acabó de golpe tanto con la discusión como con los dioses.

Cuando terminó de volarlo todo en pedazos y de usar a los dioses del Olimpo como dianas de tiro al blanco, los castigó por su traición.

Mantuvo la promesa que hizo a Tetis y no los troceó ni los lanzó al Tártaro. Sin embargo, ató a Hera y la colgó de una cuerda sobre el abismo de Caos, de modo que pudiera contemplar cómo sería caer a la nada y disolverse en ella. Zeus la visitaba todos los días con su rayo en la mano y decía:

—¡Sí, puede que hoy sea un buen día para cortar esa cuerda y verte caer!

Tenían una relación llena de amor y cariño, como veis.

Al final, Hera se liberó, pero ya llegaremos a esa historia.

En cuanto a Atenea, no sufrió ningún castigo. Injusto, ¿no? Pero es que Atenea tenía mucha labia. Seguramente convenció a Zeus de que no tenía nada que ver con aquel complot, que no hacía más que ganar tiempo para poder liberarlo. Y, como un idiota, Zeus se lo tragó.

Apolo y Poseidón recibieron los peores castigos: les arrebató temporalmente sus poderes inmortales.

Yo ni siquiera sabía que Zeus pudiera hacer algo así, pero, al parecer, podía. Para darles una lección a los dos exdioses, los puso a trabajar para el rey de Troya, un tío llamado Laomedonte. Apolo se convirtió en su pastor y cuidaba de los rebaños reales. Poseidón tenía que construir él solito las nuevas murallas que rodeaban la ciudad.

—¿Me tomas el pelo? —protestó Poseidón—. ¡Tardaré años!

El rey Laomedonte sonrió.

—Sí, bueno... Prometo compensarte por tu arduo trabajo, pero ¡mejor empieza ya!

En realidad, Laomedonte no tenía ninguna intención de pagar a Poseidón. No le gustaba el dios del mar y solo quería tenerlo trabajando gratis el mayor tiempo posible.

Como Poseidón no tenía elección, se puso manos a la obra.

Incluso sin sus poderes divinos, Poseidón seguía siendo impresionante. Era más fuerte que cualquier mortal y podía cargar con cinco o seis enormes bloques de piedra a la vez. Tardó años, pero al final construyó las murallas más resistentes que hubiera tenido jamás una ciudad mortal, lo que convertía a Troya en una plaza casi invencible.

Por fin, cansado, dolorido e irritado, Poseidón fue directo a la sala del trono del rey Laomedonte.

—Ya he terminado —anunció.

—¿Con qué? —preguntó Laomedonte, levantando la mirada del libro que estaba leyendo. Habían pasado tantos años que se le había olvidado por completo Poseidón—. ¡Ah, sí! ¡Las murallas! Sí, han quedado estupendas. Ya puedes irte.

—Pero... ¿y mi recompensa? —preguntó Poseidón, tras parpadear.

—Esta es tu recompensa: puedes irte. Haré saber a Zeus que has cumplido tu promesa, y él volverá a convertirte en dios. ¿Qué mejor recompensa que esa?

—Gracias a mí, tu ciudad es la más fuerte de la tierra —gruñó Poseidón—. He levantado unas murallas que resistirán ante cualquier ejército. Me prometiste una compensación, ¿y ahora no me pagas?

—¿Todavía sigues aquí? —preguntó Laomedonte.

Poseidón salió hecho una furia de la sala del trono.

Zeus volvió a convertirlo en dios, pero Poseidón nunca olvidó el insulto de Laomedonte. No podía destruir Troya directamente porque Zeus se lo había prohibido, pero envió un monstruo para que aterrorizara a los troyanos. También procuraba hundir los barcos troyanos siempre que podía. Y cuando se produjo un pequeño acontecimiento llamado la Guerra de Troya... bueno, Poseidón no se puso precisamente del lado de Troya.

Y ese es mi padre, chicos: un tío tranquilo y de trato fácil casi todo el tiempo, pero, si lo haces enfadar, tiene muy muy buena memoria.

Solo había un dios capaz de guardarle rencor a alguien durante más tiempo... Sí, lo habéis adivinado: el señor Caratrueno en persona. Me parece que ya no puedo aplazarlo más: ha llegado el momento de hablar de Zeus.

## Zeus mata a todo el mundo

\*

¿Queréis que os cuente una historia de miedo?

Pensad en esto: Zeus era el dios de la ley y el orden. El tío que lanzaba rayos indiscriminadamente cuando se enfadaba y era incapaz de cumplir sus votos matrimoniales era el mismo tío que debía asegurarse de que los reyes actuaran con sabiduría, de que se respetara a los consejos de ancianos, se mantuvieran los juramentos y se tratara con hospitalidad a los extranjeros.

Vamos, como si yo fuera el dios de los deberes y las buenas notas.

Supongo que Zeus no era tan malo. A veces aparecía en los hogares de los mortales disfrazado de vagabundo para ver si la gente lo dejaba entrar y le ofrecía comida. Los que trataban con amabilidad al visitante, ¡enhorabuena! Era su deber como ciudadanos griegos. Si le cerraban la puerta en las narices... bueno, Zeus volvía más tarde con sus rayos.

El mero hecho de saber que cualquier viajero o sin techo podía ser Zeus disfrazado mantenía a los griegos siempre alerta.

Lo mismo pasaba con los reyes. Zeus era el dios del poder real, así que vigilaba a los gobernantes mortales para asegurarse de que no abusaran de su cargo. Huelga decir que muchos reyes hicieron cosas horribles y no les pasó nada (seguramente porque Zeus estaba ocupado persiguiendo a alguna chica y no se dio cuenta); pero siempre cabía la posibilidad de que, si hacían algo malvado o estúpido, Zeus dejara caer sus rayos y truenos divinos y los echara del trono de forma fulminante.

¿Un ejemplo? Salmoneo. Este tío debería haber ganado el premio al idiota del año. Era uno de los siete príncipes de un reino griego llamado Tesalia. Como había tantos príncipes en el palacio sin nada que hacer salvo jugar a la consola y esperar a heredar el reino, su padre, el rey, dijo:

—Chicos, ¡salid de aquí! ¡Haced algo de ejercicio para variar! ¿Por qué no vais a fundar nuevos reinos o algo? ¡Dejad de holgazanear y buscaos un empleo!

A los siete príncipes no les apetecía mucho fundar nuevos reinos; suponía demasiado trabajo. Sin embargo, su padre insistió, al igual que insistieron sus guardias armados, así que cada uno de los príncipes se puso al frente de un grupo de colonos y salió a recorrer las regiones ignotas del sur de Grecia.

El príncipe Salmoneo estaba muy pagado de sí mismo. Llamó a su nuevo reino Salmone. Puso a sus colonos a construir la capital, pero se enfadó porque la

gente quería erigir templos a los dioses antes de empezar a construir un palacio para él.

—Majestad —decían—, tenemos que honrar primero a los dioses. ¡Si no, se van a enfadar!

El nuevo rey refunfuñó. En realidad no creía en los dioses. Estaba bastante seguro de que aquellas historias no eran más que un puñado de tonterías que los sacerdotes se inventaban para mantener a la gente a raya.

Aquella noche, desde su palacio a medio construir, Salmoneo miraba cómo sus ciudadanos trabajaban hasta tarde para dar los últimos toques al templo de Zeus, con su tejado dorado y sus suelos de mármol. Le llegaba el olor de la rica comida que se quemaba en los fuegos ceremoniales.

—A mí no me traen comida deliciosa —masculló Salmoneo para sí—. Temen a los dioses, pero ¿no temen a su propio rey? No me tratarían así si yo fuera un dios...

De repente, a Salmoneo se le ocurrió una idea funesta. Recordó los juegos a los que jugaba con sus hermanos en Tesalia cuando eran pequeños: se disfrazaban y fingían ser héroes y dioses. Salmoneo siempre era el mejor actor.

Llamó a su consejero de confianza y le dijo:

—Consejero de confianza, tenemos trabajo. Necesitamos atrezo y disfraces.

—¿Vamos a preparar una obra, Majestad? —preguntó el consejero, frunciendo el ceño.

—Algo así... —respondió Salmoneo, sonriente.

Unos días después, Salmoneo estaba listo. Se puso su disfraz, se subió a su carro, con su flamante decoración, y salió a las calles de la capital.

—¡Mirad! —gritó a pleno pulmón—. ¡Soy Zeus!

Un granjero se llevó una sorpresa tan grande que dejó caer una cesta de aceitunas. Una señora se cayó de su burro. Muchos otros ciudadanos salieron corriendo entre alaridos, porque temían morir bajo los cascos de los caballos del rey.

Salmoneo tenía una pinta impresionante: llevaba una túnica blanca revestida de oro y una corona dorada le brillaba en el pelo. Como el águila era el ave sagrada de Zeus, Salmoneo había pintado águilas en los laterales de su carro. Detrás de él, en el carro, ocultos bajo una lona, había dos timbales. Cuando levantaba la mano, su consejero (que también estaba escondido debajo de la lona y no las tenía todas consigo) tocaba los tambores para que parecieran truenos ahogados.

Salmoneo condujo por las calles, gritando:

—¡Soy Zeus! ¡Traedme manjares deliciosos!

Al final se detuvo al pie de los escalones del nuevo templo de Zeus y giró el carro hacia la multitud allí reunida.

—¡Me adoraréis! —ordenó—. Porque soy un dios.

Uno de sus súbditos más valientes le gritó:

—¡Te pareces a Salmoneo!

—¡Sí! —reconoció Salmoneo—. Pero ¡también soy Zeus! He decidido habitar dentro del cuerpo de vuestro rey. Lo adoraréis a él como me adoráis a mí. Este templo será mi palacio. Me traeréis todas vuestras ofrendas, pero no sigáis quemándolas. Es un desperdicio; mejor me las como.

Unos cuantos de sus súbditos más asustadizos empezaron a obedecer y a colocar las cestas de comida en el suelo, cerca del carro.

Un hombre le gritó:

—¿Por qué has pintado pollos en el carro?

—¡Son águilas! —gritó Salmoneo.

—Pues parecen pollos —insistió el hombre.

—¡Silencio, mortal! —repuso Salmoneo mientras le daba una patada a su consejero bajo la manta. Este empezó a golpear los timbales.

—¿Veis? —dijo Salmoneo—. ¡Puedo llamar al trueno!

Una señora del fondo respondió:

—¿Quién hay debajo de la manta, detrás de ti?

—¡Nadie! —chilló Salmoneo mientras le caía una gota de sudor por el cuello.

Aquello no iba tan bien como había esperado, así que decidió usar su atrezo.

Sacó una antorcha de su cubo de antorchas ardientes (que le habían costado 99,99 dólares en unos grandes almacenes) y lanzó una hacia la señora de la multitud.

La gente gritó y se apartó de la antorcha, que aterrizó en la acera si causar daños.

—¡Ya lo habéis visto! —rugió Salmoneo—. ¡Os he lanzado un rayo! ¡No me

pongáis a prueba si no queréis que os destruya!

—¡Eso es una antorcha! —gritó alguien.

—¡Tú lo has querido, mortal!

Salmoneo empezó a lanzar antorchas a la multitud y a darle patadas a su consejero, que seguía bajo la lona, para que tocara los timbales; pero el efecto sorpresa ya se había perdido y la gente empezaba a enfadarse.

—¡Buuu! —chilló alguien.

—¡Impostor! —gritó otro—. ¡Falso Zeus!

—¡Zeus de verdad! —respondió Salmoneo—. ¡Soy Zeus!

—¡Tú no eres Zeus! —gritó la multitud.

Había tanta gente gritando el nombre de Zeus, que el gran hombre en persona, allá en el monte Olimpo, se enteró. Miró abajo y vio a un rey mortal mal disfrazado, montado en un carro con pollos pintados, lanzando antorchas y diciendo que eran rayos.

El dios del cielo no sabía si reírse o enfadarse.

Acabó decantándose por la segunda opción.

Sobre la nueva ciudad de Salmone se formaron nubes de tormenta. Unos truenos de verdad hicieron temblar los edificios. La voz del dios del cielo retumbó desde lo alto:

—¡¡Yo soy Zeus!!

Un rayo dentado desgarró el cielo y frió a Salmoneo y a su pobre consejero, convirtiéndolos en charquitos de grasa. Cuando se disipó el humo, no quedaba nada más que una rueda de carro ardiendo y un timbal medio derretido.

Los mortales de Salmone lanzaron vítores. Habrían montado una fiesta en honor de Zeus por haber liquidado al idiota de su rey, pero Zeus no había terminado.

Su voz retumbó desde el cielo:

—¡Algunos le habéis llevado ofrendas! ¡Algunos os habéis creído las mentiras de ese imbécil!

—¡No! —chillaron los mortales, postrados y encogidos—. ¡Por favor!

—¡No puedo permitir que esta ciudad exista! —bramó Zeus—. ¡Os convertiré en ejemplo para que esto no vuelva a suceder! ¡Lluvia de rayos en cinco,

cuatro, tres...!

Los mortales rompieron filas y huyeron, pero Zeus no les dio mucho tiempo. Algunos consiguieron salir con vida de Salmone, pero, cuando los rayos empezaron a caer, la mayoría de los mortales acabaron hechos pedazos o enterrados bajo los escombros.

Zeus borró del mapa la ciudad de Salmone. Nadie se atrevió a volver a poblar la zona hasta la siguiente generación, todo por culpa de un tío con un mal disfraz de Zeus, un carro con pollos y un cubo lleno de antorchas.

Los partió un rayo. Literalmente. Pero no fue el peor castigo que se le ocurrió a Zeus. En otra ocasión le dio por destruir a toda la raza humana.

Ni siquiera sé por qué razón. Al parecer, los humanos estaban portándose mal. Puede que no estuvieran haciendo los sacrificios oportunos, o que no creyeran en los dioses, o que dijeran demasiadas palabrotas y no respetaran los límites de velocidad.

El caso es que Zeus se enfadó y decidió destruir la raza humana. Pero, vamos... ¿tan mal se portaron los humanos? Seguro que no estaban haciendo nada que no hayan hecho siempre. Sin embargo, Zeus dijo que hasta ahí habíamos llegado. Hizo como esos profesores que te permiten salirte con la tuya todo el semestre y el día menos pensado, sin motivo aparente, deciden tomar medidas demasiado drásticas y sueltan: «¡Vale, se acabó! ¡Todo el mundo castigado! ¡Toda la clase!».

Pero no me fastidies, hombre... Hay opciones intermedias entre no hacer nada y no dejar títere con cabeza.

Total, que Zeus reunió a los dioses en la sala del trono para darles la noticia.

—¡Los humanos son asquerosos! —gritó—. Voy a destruirlos.

Todos guardaron silencio. Al final, Deméter dijo:

—¿A todos?

—Claro —respondió Zeus.

—¿Cómo? —preguntó Ares. Al dios de la guerra le brillaban los ojos—. ¿Fuego? ¿Rayos? Podríamos buscarnos unas cuantas motosierras y...

—Bombas de pesticida —respondió Zeus—. Soltamos unas cuantas, salimos del mundo unos días y...

—Todavía no se han inventado —informó Hera.

—Ah, es verdad —dijo Zeus, frunciendo el ceño—. Pues una inundación. Abriré los cielos y descargaré torrentes de lluvia. ¡Todos los humanos se ahogarán!

—Las inundaciones son cosa mía —refunfuñó Poseidón.

—Pues echa una mano —le instó Zeus.

—Pero, sin humanos, ¿quién te adorará, mi señor? —preguntó Hestia desde el hogar—. ¿Quién construirá templos y hará sacrificios en tu honor?

—Ya se nos ocurrirá algo —respondió Zeus—. Al fin y al cabo, esta no es la primera raza de humanos. Siempre podemos hacer más.

Según las antiguas historias, eso era rigurosamente cierto. A los humanos de la época de Cronos los llamaban la raza de oro. Se cuenta que todos murieron y fueron reemplazados por la raza de plata. Los de los primeros tiempos del monte Olimpo eran la raza de bronce. ¿En qué se diferenciaban de nosotros aquellos humanos? Hay muchas historias, pero lo principal es que ellos se extinguieron y nosotros... todavía no.

—Además —siguió diciendo Zeus—, las inundaciones son beneficiosas. De vez en cuando hay que darle un buen lavado a la tierra para quitar toda la porquería de las aceras.

Los dioses aceptaron su plan a regañadientes, pero muchos de ellos tenían a sus humanos favoritos, así que, en secreto, enviaron advertencias en forma de sueños o presagios. Gracias a ello, unos cuantos sobrevivieron. Los más famosos fueron el rey y la reina de Tesalia, en el norte de Grecia: un tío llamado Deucalión y su mujer, Pirra.

Deucalión era humano, pero su padre era el titán Prometeo (el tío que había entregado el fuego a los hombres y que acabó encadenado en una montaña lejana, condenado a que un águila le picoteara el hígado).

No sé cómo consiguió Prometeo tener un crío mortal en su situación. Es complicado apuntarse a un servicio de citas cuando estás encadenado a una roca para que te torturen. Sea como sea, Prometeo se enteró del plan de Zeus. El titán todavía profesaba un gran amor a la humanidad. Sobre todo, no quería que se ahogara su hijo, Deucalión, porque era buena gente y siempre respetaba a los dioses y trataba bien a sus súbditos.

Así que Prometeo se lo advirtió en un sueño: «¡Viene una inundación! ¡Guarda provisiones en el baúl más grande que encuentres! ¡Deprisa!».

Deucalión se despertó bañado en sudor frío, le contó el sueño a su mujer, y ella recordó que en el desván tenían un gran baúl de roble. Cogieron comida y agua de la cocina, y corrieron escaleras arriba, advirtiendo a todos sus criados por el camino:

—Buscad a vuestras familias. ¡Viene una inundación! ¡Buscad un sitio elevado!

Deucalión y Pirra eran así de majos. Por desgracia, casi ningún criado les hizo caso. Debieron de creer que estaban seniles, ya que el rey y la reina se iban



haciendo mayores.

Deucalión y Pirra sacaron toda la ropa vieja y los chismes del baúl para hacer sitio a las provisiones. Empezó a llover. En cuestión de minutos, el cielo no era más que una cortina de agua gris iluminada por los relámpagos. Los truenos sacudían la tierra. En menos de una hora, la inundación se tragó el reino de Tesalia. Deucalión y Pirra cerraron el baúl de provisiones, se ataron a la tapa y salieron flotando por la ventana del desván.

No fue un paseo cómodo, ya que tuvieron que subir y bajar olas de doce metros de altura mientras la tormenta no menguaba su furor, los escombros pasaban rozándoles la cabeza y el mundo entero se ahogaba. Al rey y a la reina se les metió agua salada en la nariz un millón de veces, pero el baúl de madera les sirvió de salvavidas y evitó que se hundieran.

Transcurrido lo que les pareció un siglo, dejó de llover. Las nubes se abrieron y salió el sol. La inundación fue retrocediendo y Deucalión y Pirra atracaron el baúl en las laderas del monte Parnaso.

Ya sé que algunos estaréis pensando: «Oye, un tío se salva de una gran inundación mientras el resto de la malvada raza humana se ahoga. ¿No hay otra historia parecida por ahí? ¿Un tío que se llamaba Noé?».

Sí, bueno, parece que cada cultura antigua cuenta una historia sobre una inundación. Supongo que fue un desastre bastante impresionante y que cada una la recuerda de un modo distinto. Puede que Noé y Deucalión se encontraran en el mar y Deucalión dijera: «¡Un arca! ¡Dos animales de cada especie! ¿Cómo no se nos habrá ocurrido?».

Y su mujer, Pirra, le contestaría: «¡Porque no habrían cabido en el baúl, idiota!».

Pero es una suposición.

Al final, las aguas regresaron al mar y la tierra empezó a secarse.

Deucalión miró a su alrededor, a las colinas vacías de Grecia, y dijo:

—Genial. ¿Qué hacemos ahora?

—En primer lugar —dijo Pirra—, hacemos un sacrificio a Zeus y le pedimos que no lo repita.

Deucalión estuvo de acuerdo en que era una buena idea, porque habría sido un rollo padecer otra inundación.

Sacrificaron en una gran hoguera toda la comida que les quedaba, junto con el baúl, y suplicaron a Zeus que les ahorrara más lavados a fondo.

Arriba, en el Olimpo, Zeus estaba contento. Le sorprendía que alguien hubiera sobrevivido, pero como lo primero que habían hecho Deucalión y

Pirra era honrarlo, le pareció bien.

—¡¡Se acabaron las inundaciones!! —atronó su voz desde lo alto—. ¡¡Como sois piadosos y me caéis bien, pedidme el favor que queráis y os lo concederé!!

Deucalión se postró adecuadamente.

—¡Gracias, mi señor Zeus! ¡Te suplicamos que nos digas cómo repoblar la tierra! Mi mujer y yo somos demasiado viejos para tener hijos y no queremos ser los últimos humanos vivos. Permite que regresen los humanos, y esta vez nos comportaremos. ¡Lo prometo!

El cielo retumbó.

—¡¡Id al Oráculo de Delfos!! ¡¡Allí recibiréis consejo!!

Era un largo viaje, pero Deucalión y Pirra fueron a pie hasta el Oráculo. Al parecer, los habitantes de Delfos fueron advertidos de la inundación por los aullidos de una manada de lobos. No sé qué dios enviaría a tan providenciales animales, pero los délficos subieron a la montaña más alta de los alrededores y sobrevivieron a la inundación, así que habían reanudado el negocio de expender profecías y demás.

Deucalión y Pirra entraron en la cueva del Oráculo y encontraron a una anciana envuelta en niebla verde y sentada en un taburete de tres patas.

—Oh, Oráculo —le dijo Deucalión—, por favor, dinos cómo repoblar la tierra. ¡Y no me refiero a lo de tener hijos, que ya estamos viejos para esa tontería!

La voz del Oráculo era como el silbido de las serpientes.

—Cuando abandonéis este lugar, cubríos la cabeza y lanzad los huesos de vuestra madre hacia atrás a lo largo del camino; y no os volváis para mirar.

—¿Los huesos de mi madre? —preguntó Deucalión, indignado—. Está muerta y enterrada, ¡y no llevo sus huesos conmigo!

—Yo solo anuncio las profecías —masculló el Oráculo—, no las explico. Ahora, ¡largo!

Deucalión y Pirra no se quedaron muy satisfechos, pero salieron de allí.

—¿Cómo vamos a lanzar los huesos de nuestra madre? —preguntó Deucalión.

Pirra no lo sabía, pero se tapó la cabeza con un chal y le dio a su marido otro pañuelo para que hiciera lo mismo, como había ordenado el Oráculo. Al alejarse, con la cabeza gacha, Pirra se dio cuenta de que, con el chal en la cabeza, solo podía ver la tierra que tenía justo delante, que estaba cubierta de piedras.

Se quedó paralizada.

—Marido, tengo una idea. «Los huesos de vuestra madre». ¿Y si la profecía no se refiere literalmente a los huesos de nuestra madre? Puede que sea... ¿cómo se llaman esas cosas? ¿Epigramas?

—No, un epigrama es un poema gracioso —respondió Deucalión—. ¿Te refieres a una metáfora?

—¡Eso! ¿Y si «los huesos de vuestra madre» es una metáfora?

—Vale, pero ¿una metáfora de qué?

—La madre de todo... la Madre Tierra —sugirió Pirra—. Y sus huesos...

—¡Podría referirse a estas piedras! —exclamó Deucalión—. ¡Jo, qué lista eres!

—Por eso te casaste conmigo.

Así que Deucalión y Pirra empezaron a coger piedras y lanzarlas hacia atrás mientras caminaban. No miraron atrás, pero oyeron que las piedras se partían como huevos al golpear el suelo. Más tarde, el rey y la reina descubrieron que cada piedra se había convertido en un ser humano. Las que lanzaba Deucalión se convertían en hombres; las de Pirra, en mujeres.

Así que Zeus permitió que la raza humana se repoblara.

No sé si eso significa que todavía somos la raza de bronce o si somos la raza de piedra. ¿Los Picapietra? En cualquier caso, Zeus estaba más que dispuesto a dejar que los humanos volvieran al mundo porque, sin ellos, no habría tenido ninguna mortal guapa a la que perseguir.

Si en la Antigua Grecia levantas una piedra encontrarás al menos a una de las exnovias de Zeus. Ya hemos hablado de bastantes aventuras tuyas, así que no creo que sea necesario incluir aquí muchas más. Solo mencionaré que Zeus no tenía ni pizca de vergüenza y sí una imaginación infinita para seducir a las mujeres. Con cada novia adoptaba una forma extraña para llamar su atención. Casi nunca utilizaba dos veces el mismo disfraz.

Una vez se puso cariñoso con una chica convertido en cisne. Otra, visitó a su novia transformado en una lluvia de luz dorada. Arrinconó a otras mujeres adoptando la forma de una serpiente, un águila, un sátiro y una hormiga. (Pero, vamos a ver, ¿cómo se arrinconó a alguien cuando eres una hormiga? ¿Y cómo...? En fin, da igual). Incluso engañó a algunas mujeres transformándose en sus maridos. Eso es una vileza.

Uno de sus trucos más astutos fue el que utilizó para secuestrar a una dama llamada Europa. Era una princesa. (Cómo no. ¿No secuestran siempre a princesas?). Zeus la vio un día en la playa, pasando el rato con sus amigas.

Zeus no quería aparecer ante ella en su verdadera forma divina porque a)

Hera podría darse cuenta y volverse loca, b) cuando aparecía un dios, las chicas solían salir corriendo, y hacían bien, y c) estaba deseando hablar a solas con Europa. ¿No os da rabia que las chicas siempre vayan en manada, como los lobos, y sea imposible hablar con ellas a solas? Es una lata.

Así que Zeus se transformó en toro y galopó por la playa. Pero no era un toro de los que dan miedo, sino que tenía unos dulces ojos grises y una piel de color amarillo natilla con un lunar blanco en la frente. Sus cuernos eran de un blanco nacarado. Se detuvo en una colina cubierta de hierba, cerca de la playa, y empezó a pastar como diciendo: «Vosotras a lo vuestro, como si no estuviera».

Todas las chicas se fijaron en él. Al principio, no sabían qué pensar, pero el toro no hizo nada amenazador, y era mono y tranquilo, al menos para ser un toro.

—Vamos a echar un vistazo —sugirió Europa—. ¡Es muy lindo!

Así que las chicas rodearon al toro y empezaron a acariciarle el lomo y a darle puñados de hierba. El toro emitía mugidos cariñosos. Le hizo ojitos a Europa y, en general, se comportó como un animal dulce y amable.

—Ooooooh —dijeron todas las chicas.

Europa se percató de que el toro también olía estupendamente, como una mezcla de cuero y colonia para hombre. Sintió un impulso irrefrenable de adoptarlo y llevárselo a casa.

Sin embargo, Zeus le acarició el vestido con el hocico y después bajó la cabeza, hincando las rodillas delanteras.

—¡Ay, por favor! —exclamó Europa—. ¡Creo que quiere llevarme de paseo!

En general, las princesas no podían montar en toro, pero aquel parecía tan dulce y manso que Europa se subió a su lomo.

—¡Venga, chicas! —les dijo—. Vamos a... ¡¡Aaah!!

Antes de poder pedirles a sus amigas que se subieran, el toro salió disparado hacia el mar. Europa se aferró a su cuello, aterrada ante la idea de caerse. Estaba demasiado asustada para intentar bajar mientras el toro se desbocaba.

El toro tardó nada y menos en meterse unos cien metros mar adentro. Las amigas de Europa la llamaban, desesperadas, pero la playa se alejaba cada vez más y Europa no era buena nadadora. No tenía ni idea de adónde la llevaba el toro; su única opción era agarrarse con fuerza y encomendarse a la fortuna.

Zeus nadó hasta la isla de Creta. Una vez allí, se convirtió de nuevo en dios y dijo:

—¡Por fin solos! ¿Qué tal? Soy Zeus.

Bueno, una cosa condujo a la otra, y como Europa no podía volver a casa, acabó quedándose en Creta, donde tuvo tres hijos con Zeus. Como en su casa nadie sabía dónde estaba Europa, su nombre, al final, acabó significando «esas tierras de las que no sabemos casi nada». Los griegos empezaron a llamar «europa» al terreno que les quedaba al norte y, con el tiempo, todo aquello acabó siendo Europa.

Pero Zeus no siempre triunfaba con las mujeres.

Después de aquella pequeña rebelión con la que los dioses intentaron derrocarlo, se pasó un tiempo coqueteando con la nereida Tetis, la mujer que lo había desatado. Después, Zeus oyó una profecía que decía que Tetis estaba destinada a dar a luz a un hijo que sería más importante que su padre.

Eso lo puso histérico, claro.

—¿Un hijo que será más importante que yo? —murmuró para sí—. ¡Pues va a ser que no!

Así que dejó de coquetear con Tetis y su relación no llegó a ninguna parte. Tetis al final se casó con un gran héroe llamado Peleo y tuvieron un hijo que se convirtió en un héroe aún más importante que su padre. De hecho, fue el héroe más poderoso y famoso de toda la historia griega. Se llamaba Aquiles. Así que podemos dar gracias a Zeus por no casarse con Tetis: solo nos habría faltado un Zeus *junior* superpoderoso liándola por ahí.

Zeus solito era lo bastante poderoso para enfrentarse a cualquier cosa... bueno, a casi cualquier cosa.

La única vez que le dieron una lección, le tomaron el pelo y lo utilizaron fue cuando se enfrentó a un monstruo llamado Tifón.

Las historias sobre él son bastante confusas y ni siquiera se ponen de acuerdo en el nombre. A veces es Tifón y otras, Tifeo. A veces se habla de Tifón y Tifeo como si se tratase de dos monstruos distintos. Para simplificar el asunto lo llamaremos Tifón.

¿Que qué aspecto tenía? Cuesta saberlo porque siempre estaba envuelto en nubes de tormenta. Era grande, eso seguro. Vamos, que era tan grande que parecía rascar el cielo con la cabeza. Tenía una forma más o menos humanoide de cintura para arriba, pero sus piernas eran como cuerpos de boa constrictor. En cada mano tenía cien dedos que terminaban en cabezas de serpiente, cada una de las cuales estaba provista de ojos feroces y escupía veneno, de manera que cuando se enfadaba lo dejaba todo pringado (y era completamente imposible hacerle la manicura). Tenía unas alas enormes que parecían de cuero, una larga melena apelmazada que olía a humo volcánico y un rostro que no dejaba de cambiar, de modo que era como si tuviera cien caras distintas, a cual más fea. Ah, y echaba fuego por la boca. ¿Ya lo había dicho?

Tifón había nacido y se había criado en el abismo del Tártaro. El espíritu del abismo —el dios primordial Tártaro— era su padre. Su madre era la Madre Tierra. Supongo que eso explica por qué Tifón era grande y malo. Sus padres debían de estar muy orgullosos.

En el abismo, Tifón tenía una encantadora esposa llamada Equidna. Vale, en realidad no era encantadora, sino un monstruo asqueroso, pero debían de llevarse bien porque tuvieron un montón de hijos juntos. De hecho, casi todos los monstruos horripilantes que se os puedan ocurrir son hijos de Tifón y Equidna.

A pesar de ello, un día Tifón se aburrió y decidió abandonar su cómodo hogar en el abismo del castigo eterno.

—Cielo —le dijo a Equidna—, voy a subir para destruir a los dioses y quedarme con el universo. Intentaré volver para la hora de la cena.

—Es idea de tu madre, ¿verdad? —se quejó ella—. ¡Siempre te está diciendo lo que tienes que hacer! Deberías quedarte en casa. La Hidra necesita a su padre. ¡La Esfinge necesita a su padre!

Tifón se estremeció. Era cierto que la Madre Tierra siempre estaba pinchándolo para que destruyera a los dioses. Gea odiaba a los dioses desde que habían derrotado a los titanes. Pero aquel viaje era idea de Tifón, que necesitaba unas vacaciones lejos de sus monstruosos hijos y su monstruosa esposa. Hacerse con el universo era la excusa perfecta.

—Volveré —prometió—. Si llego tarde, no me esperes levantada.

Así que Tifón, el gigante de las tormentas, llegó al mundo superior y empezó a destruir todo lo que encontraba a su paso. Le resultaba tan sencillo que era casi patético. Arrancó de cuajo una montaña y aplastó una ciudad. Levantó un huracán y anegó una isla entera.

—¿Nadie va a oponer resistencia? —gritó en dirección al monte Olimpo, que se veía a lo lejos—. ¿Dónde están los dioses?

Los dioses, de hecho, estaban congregándose para la guerra... hasta que vieron el tamaño de Tifón y los estragos que causaba al pasar por la tierra aplastando naciones, quemando bosques con su aliento y convirtiendo los mares en veneno con sus dedos de cabeza de serpiente.

—Estooo... —dijo Poseidón, tragando saliva—. Ese tío es grande.

—Enorme —dijo Atenea, que por una vez dio la razón al dios del mar—. No me gusta la pinta que tiene esto.

—¡Chicos! —protestó Zeus—. ¡Somos doce contra uno! Pudimos con los titanes, ¡podremos con este!

En realidad, Zeus temblaba de miedo. Él también quería huir, pero era el rey

de los dioses y debía dar ejemplo.

—Vamos —insistió, alzando su mejor rayo—. ¡A la carga!

Los dioses saltaron a sus carros voladores y lo siguieron a la batalla. Todos gritaron: «¡A la carga!». Pero estaban tan nerviosos que sonó como: «¿A la carga?».

Cuando Tifón los vio venir, experimentó algo que no había sentido hasta entonces: alegría. ¡Los dioses eran tan pequeñitos que resultaban ridículos! Sintió un cosquilleo de placer al pensar en lo poco que iba a costarle aplastarlos. Ya se imaginaba quedándose con el trono de Zeus en el Olimpo y gobernando el universo, aunque probablemente necesitaría un trono más grande.

—¡Morid, inmortales! —bramó, lo cual no parecía muy lógico, ya que, en teoría, los inmortales no pueden morir; pero supongo que Tifón pensaba convertirlos en montoncitos de polvo y esparcirlos por el abismo, y eso es bastante parecido a estar muerto.

En cualquier caso, el gigante de las tormentas escupió veneno, vomitó fuego y se alzó cuan alto era hasta que rascó el cielo con la cabeza. A su alrededor giraban nubes de oscuridad. El suelo se derretía y los mares hervían entre sus pies de reptil.

Los dioses cambiaron su grito de guerra a: «¡Huid!», «¡Socorro!» y «¡Mamáááá!».

Todos salvo Zeus dieron media vuelta y huyeron.

No fue su mejor momento. Algunas historias cuentan que se convirtieron en animales para escapar de la ira del gigante. Incluso hay una leyenda que afirma que se escondieron en Egipto. Mientras estaban allí, en sus formas de animales, dieron lugar a todos esos mitos egipcios sobre dioses con cabezas de animales.

No sé lo que dirían los egipcios de eso, teniendo en cuenta que sus mitos son algunos miles de años más antiguos que los griegos, pero así es como lo cuentan en Grecia.

Sea como sea, Zeus se quedó solo frente a Tifón.

El dios del cielo, al ver huir a los olímpicos, gritó:

—¿Adónde vais? ¡Volved, gallinas!

Pero la risa de Tifón ahogó su voz.

—¡Pobrecito Zeus, se ha quedado solo! ¡Más te vale huir a ti también, pequeño dios, antes de que te aplaste como a una hormiga!

Zeus ya se había convertido en hormiga en una ocasión para cortejar a una de sus novias, así que les tenía cierto cariño. ¡Cómo se atrevía Tifón a insultar así a las hormigas! La rabia le dio valor.

—¡Vas a caer, grandullón! —gritó Zeus antes de cargar contra él para matarlo.

Lanzó un rayo que alcanzó a Tifón en el pecho como si fuera una bomba de hidrógeno de cincuenta megatones. El gigante de las tormentas retrocedió un par de pasos, pero logró mantener el equilibrio.

Zeus lo golpeó con sus rayos una y otra vez. Los estallidos frieron el aire, volatizaron el agua y ampollaron la superficie de la tierra, pero Tifón seguía avanzando.

El gigante derribó el carro de Zeus de un solo manotazo. Mientras Zeus caía del cielo, Tifón lo cogió con una de sus manos de dedos de serpiente y empezó a exprimirlo.

Zeus cambió de tamaño, se hizo todo lo grande que pudo, aunque seguía siendo pequeño, comparado con Tifón. Forcejeó para liberarse, pero ni siquiera la increíble fuerza del dios bastaba contra el gigante.

—¡Suéltame! —bramó Zeus.

—Claro —gruñó Tifón, vomitando fuego tan cerca de la cara de Zeus que le quemó la barba—. Pero no quiero que me causes problemas, así que necesitaré una fianza.

—¿Una qué?

Los dedos de serpiente de Tifón se enrollaron alrededor de los brazos y las piernas de Zeus. Las cabezas de las serpientes le clavaron los colmillos venenosos en los antebrazos y las pantorrillas, y...

Vale, preparaos, que esto es asqueroso.

... y le arrancaron los tendones a Zeus.

¿Que qué quiere decir eso? Bueno, los tendones unen los músculos a los huesos, ¿no? Al menos, eso es lo que me explicó mi entrenador de baloncesto. Son unas tiras de tejido conectivo extremadamente fuertes, como la cinta adhesiva natural del cuerpo. Y sin cinta adhesiva, nada funciona.

Tifón arrancó los tendones inmortales, las relucientes y viscosas cuerdas blancas de tejido conectivo divino (ya os avisé de que era asqueroso), y Zeus se quedó como un muñeco de trapo. No podía mover ni los brazos ni las piernas. Estaba completamente indefenso y le dolía tanto que ni siquiera podía pensar con claridad.

—¡Estupendo! —gritó Tifón—. Ah, y me quedo con estos rayos. Me van a venir



muy bien como palillos de dientes.

El gigante cogió los rayos que colgaban del cinturón de Zeus, y luego se agachó para coger los que guardaba en el carro destrozado que yacía humeante en una isla cercana.

—¡Perfecto! Ya puedes irte. Así disfrutarás viéndome destruir el Olimpo y adueñarme del mundo. Después volveré para aplastarte de un pisotón.

Tifón tiró a Zeus a un lado, como si fuera un trapo viejo. El señor del universo aterrizó hecho un ovillo machacado en la ladera de una montaña y gimió:

—Ay.

Tifón salió escopetado hacia el Olimpo, con los rayos de Zeus y sus asquerosos tendones bien guardados en su zurrón (o en su bandolera o lo que fuera que estuviera de moda entre los pérfidos gigantes de las tormentas en aquellos tiempos).

Bueno, colegas, en aquellos momentos las cosas no pintaban demasiado bien para los dioses. Ni para los humanos. Ni para nada que viviera sobre la faz de la tierra. Zeus estaba tirado en una ladera, indefenso y muerto de dolor, observando cómo Tifón se disponía a destruir el Olimpo.

Zeus pensó: «¿Por qué querría ser yo rey? Es un asco».

Mientras tanto, los otros dioses seguían escondidos y Tifón arrasaba la creación sin que casi nadie se le enfrentara. Un ejército de monstruos marinos y ballenas de Poseidón trató de detenerlo, pero Tifón los apartó de una patada y envenenó sus aguas. Algunos de los dioses del cielo intentaron luchar contra él: los espíritus de las estrellas y Selene, la titánide de la luna. De hecho, los griegos creían que las marcas y los cráteres de la luna se originaron cuando Selene condujo el carro de la luna a la batalla.

Todo fue en vano. Los mares seguían hirviendo. Tifón destruyó islas enteras. El cielo se convirtió en una ardiente masa negra y roja. De vez en cuando, el monstruo daba un pisotón en la tierra, abría una enorme grieta y metía la mano dentro para sacar un poco de magma, como si fuera la yema de un huevo. Lanzaba abrasadores pegotes de lava por doquier, prendiendo fuego a los campos, fundiendo las ciudades y escribiendo ardientes grafitis en las laderas de las montañas, en plan: «Zeus caca» y «Tifón estuvo aquí».

Habría llegado al monte Olimpo sin mayores problemas, pero, por suerte, un par de dioses decidieron regresar para ver qué había sido de Zeus.

No eran los más valientes, sino los más escurridizos. Uno era Hermes, el mensajero, que podía volar muy deprisa y se le daba bien evitar que lo localizaran. El otro era un dios menor, un sátiro llamado Egipán, que tenía patas peludas y pezuñas de cabra, y, en general, el aspecto habitual de los sátiros, con el detalle añadido de que era inmortal.

Egipán había conseguido ocultarse de Tifón convirtiéndose en una cabra con cola de pez. ¿Que por qué un disfraz tan raro? A lo mejor fue fruto del pánico, ni idea. El caso es que se lanzó al mar y escapó.

Después se sintió mal por ser tan cobarde, así que consiguió que Hermes lo llevara en busca de Zeus. Los dos volaron de un lado a otro hasta que localizaron al gran hombre tirado en el suelo, convertido en un montón de carne flácida.

—Ay —dijo Hermes al aterrizar—, ¿qué te ha pasado?

Zeus los habría machacado por huir y dejarlo solo contra Tifón, pero le dolía demasiado el cuerpo y necesitaba desesperadamente su ayuda.

Aunque apenas podía hablar, logró contarles que Tifón se había llevado sus rayos y le había arrancado los tendones de los brazos y las piernas.

Egipán parecía a punto de vomitar.

—Así que estamos acabados. Fin de la partida.

—No podemos rendirnos —dijo Zeus—. He de recuperar mis tendones y mis rayos. Si consigo sorprender a Tifón y acertarle a quemarropa, creo que puedo acabar con él. Pero no sé cómo recuperar mis armas y mis tendones...

Se quedó mirando el caramillo que colgaba del cuello de Egipán.

Puede que llevarte un instrumento musical al campo de batalla parezca una tontería, pero Egipán siempre llevaba sus flautas consigo y tenía fama de tocarlas muy bien.

De repente, a Zeus se le ocurrió una idea descabellada: recordó que hacía años había engañado a Cronos para que vomitara a los otros dioses del Olimpo haciéndose pasar por copero y ganándose las alabanzas de los titanes con sus canciones y sus bailes...

—Donde la fuerza no sirve, quizá sirva la astucia —dijo.

—Me gusta la astucia —respondió Hermes.

Zeus les contó su plan.

Por suerte, Hermes volaba deprisa. Recogió a Egipán y al Zeus descoyuntado, y salió pitando a toda velocidad, rodeando la estela destructiva de Tifón. Los dioses aterrizaron en la Grecia continental, cerca de la base del monte Olimpo, justo en el punto por el que tendría que pasar el gigante de las tormentas.

Hermes depositó a Zeus en una cueva cercana, donde el señor del cielo tendría que esperar como un inútil saco de piedras hasta que el plan triunfase o fracasase.

Después se ocultó en el bosquecillo más cercano, mientras Egipán, el dios sátiro, se ponía cómodo en un amplio prado en el que era imposible que pasara desapercibido, y empezó a tocar su caramillo.

El cielo no tardó nada en oscurecerse. La tierra tembló. El aire olía a ácido y veneno, y los árboles comenzaron a arder. Egipán siguió tocando sus dulces melodías.

La oscura forma de Tifón apareció en el horizonte, como King Kong, Godzilla y uno de esos Transformers malvados, todo en uno. Al acercarse al monte Olimpo lanzó su grito de victoria, y todo tembló.

Egipán siguió tocando. Sus melodías eran como la luz del sol por la mañana, como un arroyo fresco que discurre por el bosque, como el olor del pelo recién lavado de tu novia...

Lo siento, me he distraído. ¿Qué decía?

Ah, sí... el dios sátiro. Su música evocaba todo lo bueno y bello. Cuando Tifón se acercó, oyó la dulce canción que flotaba en el aire y se detuvo, completamente desconcertado.

—Eso no parecen gritos —dijo el gigante para sí—. Tampoco suena como una explosión. ¿Qué es?

No cuesta imaginar que en el Tártaro no habría mucha música y, si la había, debía de ser más parecida a los cantos fúnebres o al *death metal*.

Tifón vio por fin al dios sátiro en el prado, tocando su caramillo. Podría haberlo aplastado de un pisotón, desde luego, pero Egipán no parecía en absoluto preocupado.

El gigante estaba perplejo. Se arrodilló para ver mejor al sátiro y, por un momento, el mundo entero quedó en silencio, a excepción de la ardiente estela de destrucción dejada por el gigante y la dulce música del caramillo.

Tifón nunca había oído nada tan bello. Sin duda, era mejor que la irritante voz de su monstruosa mujer y que los llantos de sus monstruosos hijos.

Sin querer, exhaló un suspiro de profunda satisfacción tan potente que despeinó a Egipán e interrumpió su canción.

El sátiro por fin alzó la vista, aunque no parecía asustado.

(Lo cierto era que Egipán estaba aterrado, pero lo disimulaba muy bien, seguramente porque sabía que Hermes estaba allí al lado, listo para una extracción de emergencia si las cosas se torcían).

—Ah, hola —lo saludó Egipán—. No te había visto.

Tifón ladeó la enorme cabeza.

—Soy tan alto como el cielo, me envuelve la oscuridad y llevo un buen rato destruyendo el mundo, ¿cómo no me has visto?

—Será que estaba absorto en la música —respondió Egipán.

Sin más, se puso a tocar otra vez. De inmediato, Tifón sintió que su gigantesco corazón se henchía de júbilo, un júbilo casi mayor que el que lo embargaba cuando pensaba en destruir a los dioses.

—Me gusta tu música —decidió Tifón—. Puede que no te mate.

—Gracias —respondió Egipán con toda la calma del mundo antes de seguir tocando.

—Cuando destruya a los dioses, te llevaré al monte Olimpo y te convertiré en mi músico de la corte, para que toques para mí.

Egipán siguió tocando su alegre melodía.

—Necesitaré buena música —dijo Tifón—. Puedes escribir una gran balada sobre mí, ¡una canción que cuente cómo conquisté el mundo!

Egipán se detuvo y, de repente, puso cara de pena.

—Hummm... Es que... No, es imposible.

—¿Qué? —rugió Tifón.

A Egipán le costó mucho recordar el plan y permanecer impasible mientras el enorme gigante de las tormentas se cernía sobre él, con sus cientos de dedos con cabeza de serpiente goteando veneno y mirándolo con ojos rojos.

«Hermes está cerca —se recordó Egipán—. Puedo hacerlo».

—Bueno, me encantaría escribir una canción sobre ti —le dijo al gigante—, pero una melodía tan majestuosa no debería tocarse en un caramillo. Necesitaría un harpa.

—Tendrás todas las harpas del mundo a tu disposición —le prometió Tifón.

—Eres muy amable, mi señor, pero necesitaría unas cuerdas fabricadas con unos tendones increíblemente duros —respondió Egipán—. Mucho más duros que las cuerdas de tripas de caballo o de vaca. Si no, reventarían cuando intentara tocar una canción sobre tu poder y tu majestad. ¡Ningún instrumento mortal soportaría una melodía así!

A Tifón le pareció muy razonable. Entonces se le ocurrió una idea.

—¡Tengo el material perfecto! —Dejó su bolsa en el suelo y sacó los tendones

de Zeus—. Puedes hacer tu arpa con esto.

—¡Oh, genial! —exclamó Egipán, aunque en realidad quería gritar: «¡Qué asco!»—. En cuanto conquistes el universo, fabricaré un arpa digna de tu canción. —Levantó el caramillo y tocó unas cuantas notas de una dulce nana—. Pero conquistar el mundo debe de ser muy duro, incluso para un ser incomparable como tú.

Egipán tocó un poco más, evocó una tarde apacible, la fresca sombra de un árbol junto a un riachuelo, el suave balanceo de una cómoda hamaca... A Tifón empezaron a pesarle los párpados.

—Sí, es agotador... —coincidió Tifón—. ¡Nadie aprecia lo mucho que me esfuerzo! —Se sentó, haciendo temblar las montañas—. Destruir ciudades, envenenar océanos, luchar contra la luna... ¡Es extenuante!

—Sí, mi señor —respondió Egipán—. Si quieres, tocaré algo para ti mientras descansas un momento antes de tu agotador ascenso a la victoria en el monte Olimpo.

—Hum, música... —A Tifón se le caían los párpados—. Puede que solo una sieste... zzzz...

La enorme cabeza se le cayó sobre el pecho, y el gigante de las tormentas empezó a roncar. Egipán tocó su nana más dulce para que el monstruo siguiera soñando felizmente.

Mientras tanto, Hermes se acercó con sigilo para robar los tendones, y después rebuscó con cuidado en el bolso de Tifón hasta que dio con los rayos de Zeus. Le hizo un gesto con la cabeza a Egipán, como diciendo: «¡Sigue tocando!». Después salió volando hacia la cueva de Zeus.

Fue bastante asqueroso volver a meterle los tendones al dios del cielo en los brazos y las piernas, y después unirlo todo dándole descargas muy controladas con los rayos. Hermes puso los tendones al revés un par de veces y, cuando Zeus intentó mover el brazo, se pegó un tortazo en la nuca.

—¡Lo siento! —se disculpó Hermes—. ¡Ahora mismo lo arreglo!

Al final Zeus volvió a la normalidad. Como era un dios inmortal, se curaba deprisa; y una vez que volvió a tener sus rayos en la mano, le dio un subidón de ira que le hizo sentirse más fuerte que nunca.

—Ha llegado el momento de la venganza —gruñó.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Hermes.

—Apartarte de mi camino —respondió Zeus.

—Eso está hecho.

Zeus salió de la cueva y creció de tamaño hasta ser casi la mitad de alto que Tifón; y eso es mucho para un dios. En cuanto Hermes sacó de allí a Egipán para ponerlo a salvo, Zeus gritó:

—¡Despierta!

Le pegó un rayazo en la cara a Tifón, que venía a ser como si una estrella se volviera supernova dentro de tus narices.

El gigante cayó redondo al suelo, pero Zeus lo golpeó de nuevo. Tifón se tambaleó, intentando levantarse. Todavía estaba medio dormido, mareado y desconcertado, preguntándose qué había pasado con el simpático sátiro que tocaba aquella música tan bonita. Zeus lo golpeaba con rayos, pero eso era imposible, ¿no?

¡Pum!

¡Catapum!

El gigante se batió en retirada. Los rayos le chisporroteaban alrededor y le arrancaban las serpientes de los dedos, haciendo jirones su nube de oscuridad y cegándolo una y otra vez.

Antes de que Tifón pudiera recuperarse, fue dando traspiés hasta meterse en el mar. Zeus arrancó una montaña de la tierra y la sostuvo por encima de su cabeza.

—¡¡Cómete el Edna!! —bramó (porque así se llamaba la montaña).

Después aplastó a Tifón bajo el peso del monte Etna, y el gigante de las tormentas se quedó atrapado allí para siempre, revolviéndose bajo megatonnes de roca y provocando estallidos volcánicos de vez en cuando.

Y así fue como Zeus salvó al universo, con una ayudita de Hermes y de Egipán. No sé con seguridad si Hermes obtuvo alguna recompensa, pero a Egipán le dio una constelación en honor a su valentía. Tiene el aspecto de una cabra con cola de pez, para conmemorar la forma que adoptó el dios sátiro para huir de Tifón. Más adelante, aquella constelación se convirtió en un signo del zodiaco. La llamamos Capricornio.

Y por fin, ¡hurra!, puedo dejar de hablar de Zeus.

Las malas noticias: ha llegado el momento de hablar de una diosa a la que no le cae nada bien mi padre y que tampoco me tiene especial cariño a mí. Sin embargo, intentaré ser justo porque, al fin y al cabo, es la madre de mi amiga Annabeth. Me refiero a la diosa que da miedo de lo lista que es: Atenea.

## Atenea adopta un pañuelo

\*

Hace como un millón de páginas mencioné a la primera mujer de Zeus, la titánide Metis. ¿Os acordáis de ella? Yo tampoco, he tenido que volver atrás para buscarlo. Con tantos nombres, que si Metis, que si Tetis, que si Temis, que si Tetris... intentar recordarlos da dolor de cabeza.

En fin, os hago un resumen:

En anteriores episodios de *Los verdaderos dioses del Olimpo* : Metis estaba embarazada del bebé de Zeus. Según una profecía, el bebé sería una niña, pero si Metis y Zeus tenían otro hijo, sería un niño que al hacerse mayor ocuparía el lugar de Zeus. Al enterarse, Zeus hizo lo más lógico del mundo: asustarse y tragarse entera a su mujer embarazada.

¡Tachán!

¿Qué pasó después?

Bueno, los inmortales no mueren, ni siquiera cuando los ingieren otros inmortales, así que Metis dio a luz a su hija allí mismo, dentro de la tripa de Zeus. (Os doy permiso para vomitar. O esperad un poco, que la cosa empeora por momentos...).

Metis, con el tiempo, se convirtió en pensamiento puro, ya que de todos modos era la titánide de los pensamientos profundos. Quedó reducida a un incordio de vocecita dentro de la cabeza de Zeus.

En cuanto a su hija, creció dentro del cuerpo de Zeus igual que los primeros olímpicos habían crecido dentro del de Cronos. Una vez que se hizo adulta (una adulta pequeña, supercomprimida y muy incómoda), empezó a buscar la manera de escapar de allí. Ninguna de las opciones parecía factible. Si salía por la boca de Zeus, todos se reirían de ella y dirían que la había vomitado. Aquello era poco digno. Si seguía por el tubo digestivo de Zeus en dirección contraria... ¡Ni de coña! Aquello era todavía más asqueroso. Era una diosa joven y fuerte, así que quizá pudiera salir reventándole el pecho a Zeus, pero entonces todos la tomarían por uno de los monstruos de *Alien* , y tampoco era la clase de entrada que buscaba.

Por fin tuvo una idea: se transformó en pensamiento puro —un truquito que le había enseñado su madre, Metis— y viajó por la médula espinal de Zeus hasta su cerebro, donde volvió a tomar forma. Se puso a patalear, golpear y gritar dentro del cráneo de su padre, haciendo todo el ruido que pudo. (Seguramente porque allí tendría mucho sitio para moverse, dado el escaso tamaño del cerebro de Zeus; no le digáis que he dicho eso...).

Como os podéis imaginar, a Zeus le dio un dolor de cabeza atroz.

Con tanto follón allí dentro no pegó ojo en toda la noche. A la mañana siguiente, entró tambaleándose en el comedor e intentó desayunar, pero no dejaba de hacer muecas, de gritar y de golpear la mesa con el tenedor mientras gritaba:

—¡¡Para, para, para!!

Hera y Deméter se miraron con cara de preocupación.

—Estooo, esposo mío, ¿va todo bien? —preguntó Hera.

—¡Dolor de cabeza! —bramó Zeus—. Un dolor de cabeza horrible, ¡horrible!

Como para demostrarlo, el señor del universo estrelló la cara contra las tortitas, lo que destrozó las tortitas y el plato y dejó una buena grieta en la mesa, aunque no le alivió el dolor de cabeza.

—¿Una aspirina? —sugirió Apolo, que era el dios de la curación.

—¿Una taza de té? —preguntó Hestia.

—Podría abrirte la cabeza —se ofreció Hefesto, el dios herrero.

—¡Hefesto! —gritó Hera—. ¡No le hables así a tu padre!

—¿Qué? Está claro que tiene un problema ahí dentro. Podría abrirle el tarro y echar un vistazo. Tal vez eso alivie la presión. Además, es inmortal, así que no lo mataría.

—No, gracias —respondió Zeus, haciendo una mueca—. Mejor...

De repente vio unos puntitos rojos bailándole delante de los ojos, el dolor lo estremeció y una voz dentro de su cabeza le gritó:

—¡¡Déjame salir!! ¡¡Déjame salir!!

Zeus se cayó de la silla, retorciéndose de dolor.

—¡Ábreme el cráneo! —gimió—. ¡Sácamelo!

Los demás dioses palidieron de miedo. Hasta Apolo se quedó paralizado, y mira que tenía como una docena de insignias de los Boy Scouts por su mérito en actividades de primeros auxilios.

Hefesto se levantó.

—Vale, voy a buscar mi buril —dijo (un buril es, básicamente, un picahielos muy resistente para hacer agujeros en superficies duras, como metales o cabezas de dioses)—. Los demás podéis sentar a Zeus en el trono y sujetarlo.



Los dioses del Olimpo se prepararon para una operación de neurocirugía de emergencia. Arrastraron a Zeus hasta el trono y lo sujetaron con fuerza mientras Hefesto sacaba sus herramientas. El dios herrero no perdió el tiempo: se acercó con decisión a Zeus, colocó la punta del buril en el centro de la frente del dios del cielo, alzó el martillo y ¡pum!

Desde aquel día lo llamaron Hefesto, el del golpe ganador.

Golpeó con la fuerza precisa para perforar el cráneo sin convertir a Zeus en un kebab de dios. Desde la punta del buril al puente de la nariz de Zeus se abrió una hendidura lo bastante ancha para que saliera Atenea.

Esta saltó de la frente de Zeus y, delante de sus narices, creció hasta convertirse en una diosa adulta completamente formada, vestida con túnica gris y armadura de batalla, casco de bronce, lanza y escudo.

No sé de dónde sacaría el traje. Puede que lo creara por arte de magia o que Zeus se dedicara a comer ropa y armas de aperitivo. En cualquier caso, la diosa hizo una entrada triunfal.

—Hola a todos —dijo con calma—, soy Atenea, la diosa de la guerra y la sabiduría.

Deméter se desmayó. Hera parecía escandalizada, ya que su marido acababa de dar a luz a una hija a través de la frente, y Hera estaba bastante segura de que Atenea no era hija suya. Ares, el dios de la guerra, dijo:

—¡No puedes encargarte de la guerra! ¡Ese es mi trabajo!

—He dicho de la guerra y de la sabiduría —explicó Atenea—. Supervisaré los combates que requieran planificación, astucia y mucha inteligencia. Tú puedes quedarte con los aspectos más estúpidos, sangrientos y «varoniles» de la guerra.

—Ah, vale —respondió Ares, pero después frunció el ceño—. Espera, ¿qué?

Hefesto cosió la hendidura de la cabeza de Zeus. A pesar de los recelos de los otros dioses, Zeus insistió en que acogieran a su hija Atenea en sus filas, y así fue como Atenea se convirtió en uno de los dioses del Olimpo.

Como he dicho antes, era la diosa de la sabiduría, lo cual incluía los buenos consejos y las habilidades útiles. Dio el olivo a los griegos, pero también les enseñó a hacer cálculos numéricos, tejer telas, tirar de los arados con bueyes, pasarse el hilo dental después de las comidas y unas cuantas cosas más.

Como diosa de la guerra, era más de jugar a la defensiva que a la ofensiva. No disfrutaba del combate, pero sabía que a veces era necesario. Siempre trataba de ganar por medio de la estrategia y los trucos astutos. Intentaba que el número de víctimas fuera lo más bajo posible, mientras que a Ares le encantaba la violencia y con lo que más disfrutaba era con un campo de batalla cubierto de cadáveres destrozados. (Sí, el tío es un encanto).

La planta sagrada de Atenea era el olivo, ya que había sido su gran regalo a los atenienses. Sus animales sagrados eran el búho y la serpiente. En teoría, el búho era un símbolo de la sabiduría de los cielos. La serpiente simbolizaba la sabiduría de la tierra. Nunca lo he entendido. Si los búhos son tan sabios, ¿por qué van por ahí diciendo «uu, uu», como si todo los sorprendiera? Las serpientes tampoco me parecen demasiado listas; pero, al parecer, los griegos creían que cuando las serpientes silbaban era porque susurraban importantes secretos. «Sí, exacto, señor griego: péguese un poco más ese cascabel al oído, que tiene algo que decirle».

No es difícil reconocer a Atenea entre las antiguas estatuas y pinturas griegas: casi siempre lleva puesto lo mismo. Su casco está decorado con carneros, caballos, grifos y esfinges, y tiene una enorme pluma muy sofisticada en lo alto, al estilo mohicano. Suele llevar su escudo y su lanza, y lucir un vestido sin mangas al estilo espartano, con una capa mágica llamada Égida echada sobre los hombros. Según las leyendas, esta capa está revestida de piel de serpiente y lleva sujeta una cabeza en bronce de Medusa, como si fuera un broche. A veces se describe más como el escudo de la diosa que como su capa. Supongo que nadie se ha acercado nunca lo suficiente para asegurar cuál es la versión correcta, ya que con la cabeza de la Medusa ahí... bueno, está ahí precisamente para que la gente salga corriendo, aterrada.

En muchas historias, Atenea regala la Égida a Zeus, así que, en rigor, es de él, pero ella se la toma prestada de vez en cuando. Como si le dijera: «Oye, papá, ¿puedo llevarme la cabeza de la Medusa esta noche? Es que voy a salir con unos amigos».

«Sí, cielo, pero tráela de vuelta antes de las doce, y no petrifiques a nadie».

Uno de los mayores misterios de Atenea es por qué la llaman Palas Atenea. Yo me pasé mucho tiempo pensando que la diosa vendía palas para jugar en la playa.

Ni siquiera los griegos se ponían de acuerdo en por qué su diosa favorita tenía ese sobrenombre, pero os cuento lo que he oído yo.

Cuando Atenea era una joven diosa, recién salida de la frente de Zeus, su padre la envió a vivir con las ninfas del lago Tritónide, en Libia, en la costa del norte de África.

—Te van a gustar —le prometió Zeus—. Son mujeres guerreras, como tú. ¡Puede que incluso te enseñen algunos trucos de combate!

—Lo dudo —respondió Atenea—. ¿Por qué quieres que me vaya?

Zeus intentó sonreír, aunque no le resultaba nada fácil, puesto que todavía le dolía la frente.

—Mira, mi bizcochito bélico...

—¡No me llames así!

—Te has pasado toda la vida en mi barriga —dijo Zeus—. Así tendrás ocasión de conocer mundo. Y daremos tiempo a los otros dioses del Olimpo para que se acostumbren a la idea de que estés en el consejo de los olímpicos. Si te digo la verdad, los tienes un poco intimidados. Eres lista y poderosa.

Atenea se sintió halagada, así que aceptó pasar un tiempo en África.

Le encantaba estar allí, como Zeus había predicho. Las ninfas del lago Tritónide eran excelentes guerreras y atletas, quizá por vivir en un entorno tan duro. Atenea aprendió todo tipo de técnicas supersecretas de combate ninfa-ninja. Para las ninfas, Atenea era lo mejor que se había inventado desde la ambrosía en bote.

Su mejor amiga era Palas, la única ninfa que, de vez en cuando, lograba vencer a Atenea en el combate cuerpo a cuerpo. Tenían los mismos gustos en armaduras y armas y el mismo sentido del humor. Su forma de pensar era tan parecida que la una terminaba las frases de la otra. No tardaron en ser amigas íntimas.

Un día, Atenea y Palas estaban combatiendo a orillas del lago cuando Zeus miró por casualidad desde el cielo para ver cómo le iba a su hija.

Se quedó pasmado: Atenea y Palas luchaban con tanta rapidez e intensidad que no se dio cuenta de que era un combate de pega: ¡iban a matar a Atenea! (Sí, ya sé que era inmortal y no podían matarla de verdad, pero Zeus era un padre superprotector y, en el calor del momento, se le olvidó).

Palas apuntó con su jabalina al pecho de Atenea, y Zeus se pasó: apareció en el cielo, justo detrás de Atenea, y sostuvo en alto la Égida (que en aquel momento estaba en su poder) para que Palas no tuviera más remedio que verla.

La cara de bronce de Medusa sorprendió a la ninfa. Atenea apartó de un golpe la jabalina de su amiga y contraatacó, clavándole la lanza en la barriga.

Lo normal habría sido que Palas la esquivara fácilmente. Atenea creía que Palas se movería.

Sin embargo, aquella vez Palas fue demasiado lenta y la lanza de Atenea atravesó limpiamente el vientre de la ninfa y salió por el otro lado. Palas cayó al suelo.

Las ninfas son criaturas mágicas; pueden vivir mucho tiempo y soportar muchas cosas, quizá incluso la visión de la Medusa, pero no son inmortales. Si ensartas a una ninfa con una lanza, morirá.

Palas murió.

Atenea cayó de rodillas entre sollozos de sorpresa y horror. Acunó el cuerpo

sin vida de su pobre amiga y miró con rabia a Zeus, que todavía flotaba en el aire con la Égida.

—¡Papá! —gritó Atenea—. ¿Por qué?

Al ver los tormentosos ojos grises de su hija, Zeus se asustó casi tanto como cuando tuvo que enfrentarse al gigante Tifón.

—Creía... No quería... ups.

Desapareció y huyó de vuelta al Olimpo.

Atenea estaba rota de dolor. El cuerpo de su amiga se disolvió en las aguas del lago Tritónides, como suele ocurrir con las ninfas, pero Atenea decidió honrarla con un monumento sagrado. La diosa construyó una réplica de madera de Palas y la pintó con tanta destreza que parecía casi viva. Después, cortó un trocito de la capa Égida (que, al ser tamaño dios, era bastante grande) y la colocó sobre los hombros de la Palas de mentira.

La estatua se convirtió en un objeto importante. Al final acabó en la ciudad de Troya, donde tenía un santuario especial llamado Paladio, que significa «lugar de Palas». Las mujeres iban allí para pedir protección a Atenea y nadie podía hacerles daño. Los hombres, por su parte, ni siquiera tenían permitido mirar la estatua: el castigo, si lo hacían, era la muerte.

La estatua de Palas era tan parecida a Atenea que la gente comenzó a llamarla Palas/Atenea. Después la gente se lió y empezó a llamar a la diosa Palas Atenea.

A Atenea no le importaba. En cierto modo, al adoptar el nombre de su amiga, mantenía viva su memoria.

Así que no temáis llamarla Palas Atenea, pero no le preguntéis si vende palas. Por experiencia personal puedo deciros que no le parece gracioso.

Ahora que lo pienso, Atenea no tiene mucho sentido del humor, en general.

Por ejemplo, ¿cómo solucionó lo de Aracne? De mala manera.

Aracne llegó al mundo sin nada a su favor. Vivía en un reino llamado Lidia, que era el país que ahora llamamos Turquía. No era nada especial, más o menos como la Dakota del Sur de la Antigua Grecia (lo siento, Dakota del Sur). Los padres de Aracne eran artesanos de clase baja que teñían lana, lo que quería decir que se pasaban el día agitando rollos de tela en cubos de una apesosa y humeante sopa de color morado... más o menos el equivalente de trabajar en un McDonald's.

Murieron cuando Aracne era pequeña, dejándola sin amigos, sin familia y sin dinero. Pero Aracne se convirtió en la chica más famosa del reino gracias a su habilidad: tejía como nadie.

Lo sé, estáis pensando: «Vaya, tejer. Dakota del Sur empieza a ponerse emocionante».

Pero, tíos, probad a tejer. ¡Es difícil! ¿Alguna vez habéis mirado de cerca vuestra camiseta? La próxima vez que estéis en una aburrida clase de química, hacedlo. La tela está compuesta de hilos, de millones de hilos que se entrecruzan en líneas verticales y horizontales. Alguien tuvo que coger el material, la lana, el algodón o lo que sea, cepillarlos para que todas las fibras fueran en la misma dirección, y después hilarlos y retorcerlos para hacer esos hilitos. Luego tuvieron que alinear tropecientos hilos, todos paralelos entre sí, como cuerdas de guitarra, y entretejer en ellos los hilos verticales.

Claro, ahora tenemos máquinas que lo hacen, pero imaginaos cómo sería entonces, cuando se hacía todo a mano. Se tardaba horas en producir cada centímetro cuadrado de tela. La mayoría de la gente solo podía permitirse tener una camiseta y unos pantalones. ¿Cortinas o sábanas? ¡Ni de broma!

Y eso era si lo querías de un único color, como blanco. ¿Y si querías un dibujo? Entonces había que planear qué hilos se iban a teñir de un determinado color y colocarlos en el lugar exacto, como si fuera un puzle enorme. Con mi TDAH (trastorno por déficit de atención con hiperactividad) yo no podría hacerlo ni en un millón de años.

Tejer era la única forma de conseguir artículos de tela, así que, si no querías ir por ahí en cueros, lo mejor era buscarse una buena tejedora.

Aracne hacía que pareciera fácil. Podía tejerte una camisa hawaiana con dibujos de flores, ranas y cocos en cinco minutos. Podía hacer cortinas con hilos plateados y azules, de modo que cuando se moviera la tela parecieran nubes surcando un cielo azul. Lo que más le gustaba eran los tapices, que eran grandes obras de arte en tela que se podían colgar en la pared. Solo servían de decoración y a la mayoría de las tejedoras les resultaban tan difíciles que nadie, salvo los reyes y los jugadores de baloncesto profesionales, se los podía permitir, pero Aracne los hacía por diversión y los repartía como si fueran chucherías.

Por eso era popular y muy famosa.

Muy pronto sus vecinos empezaron a reunirse todos los días frente a la cabaña de Aracne para verla trabajar. Hasta las ninfas salían del bosque y de los arroyos para admirar su arte, ya que sus tapices eran más bellos que la naturaleza.

Las manos de Aracne parecían volar. Cogía un puñado de lana, lo hilaba, lo teñía del color que deseaba y lo entretejía en su telar en menos de un segundo. Cuando terminaba una fila completa de hilos verticales, unía un hilo horizontal a una larga pieza de madera llamada lanzadera, que era como una aguja de coser gigante. Deslizaba la lanzadera de un lado a otro a la velocidad de una pelota en un partido de tenis, y así tejía los hilos formando una pieza compacta de tela. Como, además, planificaba tan bien los colores, en la tela aparecía una imagen como por arte de magia.

Después de unas rápidas pasadas de la lanzadera, ¡pum!, de repente tenías delante una escena marítima tejida en la tela, pero tan realista que las olas parecían romper de verdad en la playa. El agua resplandecía en los hilos de un azul y un verde metálicos. Las personas tejidas en la orilla estaban tan bien conseguidas que se distinguían las expresiones de sus rostros. Si acercabas una lupa a las dunas, se veían los granos de arena. Aracne había inventado el tejido de alta definición.

Una de las ninfas dijo con voz entrecortada:

—¡Aracne, eres asombrosa!

—Gracias —respondió ella, permitiéndose una sonrisa de satisfacción mientras se preparaba para tejer su obra maestra.

—¡Atenea en persona debe de haberte enseñado a tejer así! —dijo la ninfa.

Aquello era un gran cumplido. Aracne tendría que haber asentido, haber dado las gracias y dejarlo estar.

Pero estaba demasiado orgullosa de su trabajo y no necesitaba a los dioses. ¿Qué habían hecho por ella? Aracne se había hecho a sí misma; sus padres habían muerto dejándola sin un céntimo y ella nunca había tenido buena suerte.

—¿Atenea? —se mofó—. He aprendido a tejer yo sola.

La multitud se revolvió, nerviosa.

—Pero, sin duda, deberías dar gracias a Atenea por tu talento, ya que fue la diosa que inventó el tejido —dijo un hombre—. Sin ella...

—¡Te has quedado sin tapiz! —lo interrumpió Aracne, al tiempo que le lanzaba un ovillo de lana a la cara—. Tejer es lo mío. Si Atenea es tan grande, que venga aquí y compare sus habilidades con las mías. Veremos quién es la mejor.

Podéis imaginaros lo que pasó: Atenea se enteró del reto. Cuando eres una diosa, en realidad no puedes permitir que nadie te desafíe de ese modo.

Al día siguiente, Atenea descendió a la tierra, pero, en vez de hacerlo con lanzas brillantes, decidió visitar a Aracne en modo sigiloso para echar un vistazo. Atenea era así de precavida; le gustaba comprobar las cosas y creía en las segundas oportunidades. Al fin y al cabo, había matado por accidente a su mejor amiga, Palas, y sabía lo fácil que era cometer errores.

Adoptó la forma de una frágil anciana y se acercó cojeando a la cabaña de Aracne para unirse a la multitud congregada para verla tejer.

La mortal era buena, sin duda. Aracne tejía escenas de montañas y cascadas, ciudades que resplandecían al calor de la tarde, animales merodeando por el

bosque y monstruos marinos tan aterradores que parecían a punto de saltar de la tela para atacarte. Producía tapices a una velocidad sobrehumana y los lanzaba a la multitud con su cañón de camisetas, de modo que todos los espectadores se iban a casa tan contentos con sus valiosos regalos de despedida.

La chica no parecía codiciosa: solo quería compartir su trabajo con el mundo.

Atenea respetaba eso. Aquella mortal, Aracne, no procedía de una familia rica ni había ido a una escuela cara. No había tenido ninguna ventaja, pero se había labrado un futuro gracias a su destreza. Atenea decidió darle el beneficio de la duda.

La diosa se abrió paso entre la multitud y empezó a hablar con Aracne mientras la chica trabajaba.

—Mira, cariño —le dijo la viejecita Atenea—, puede que sea vieja, pero la edad me ha enseñado unas cuantas cosas. ¿Me permites que te dé algunos consejos?

Aracne se limitó a gruñir. Estaba ocupada con su telar y no quería que le dieran consejos, pero no dijo nada.

—Tienes mucho talento —siguió diciéndole Atenea—. No tiene nada de malo ganarse las alabanzas de otros humanos. ¡Te las has ganado! Pero espero que hayas agradecido como debes tu talento a la diosa Atenea. Al fin y al cabo, ella inventó la técnica del tejido y es la que concede talento a los mortales como tú.

Aracne dejó de tejer y la miró con rabia.

—A mí nadie me ha concedido nada, anciana. Puede que tu vista no sea la que era, pero mira este tapiz. Lo he hecho yo. ¡No tengo por qué agradecerle a nadie lo que solo debo a mi trabajo!

Atenea intentó mantener la calma.

—Eres orgullosa, me doy cuenta. Y haces bien. Pero estás deshonrando a la diosa. Yo que tú le pediría perdón ahora mismo. Seguro que te lo concede, ya que es compasiva con todos los que...

—¡Piérdete, anciana! —le soltó Aracne—. Guárdate tus consejos para tus hijas y tus nietas, que yo no los necesito. Si tanto quieres a Atenea, ve y dile que venga a buscarme, y ya veremos quién domina el arte de tejer.

Aquello fue la gota que colmó el vaso.

El disfraz de Atenea se consumió en un estallido de luz. La diosa apareció ante la multitud con su escudo y su lanza relucientes.

—Atenea ha venido —dijo— y acepta tu reto.

Consejo de experto: si eres un mortal, se te aparece una diosa y quieres sobrevivir más de cinco minutos, lo mejor es postrarte ante ella y suplicar.

Eso es justo lo que hizo la multitud, pero Aracne tenía agallas. Estaba aterrada por dentro, claro. Palideció, después se ruborizó y luego volvió a palidecer. Sin embargo, consiguió levantarse y mirar con rabia a la diosa.

—Vale, ¡veamos cómo te manejas, anciana!

—Oooh —exclamó la multitud.

—¿Que cómo me manejo? ¿La niñita de Lidia va a enseñarme a tejer a mí? ¡Cuando termine, esta gente va a usar tus tapices para limpiarse el culo!

—¡Toma! —exclamó la multitud.

—¿Ah, sí? —se mofó Aracne—. Pues sí que estaba oscuro dentro de la cabeza de tu padre para pensar que tejes mejor que yo. Seguramente Zeus se tragó a tu mami solo para evitar que nacieras y quedaras en ridículo.

—¡Zas, en toda la boca! —gritó la gente.

—¿Ah, sí? —gruñó Atenea—. Bueno, pues tu madre... —La diosa respiró hondo—. ¿Sabes qué te digo? Que ya basta de decir tonterías: ha llegado el momento de tejer. Un tapiz cada una. La que gane tiene derecho a fardar.

—Muy bien. —Aracne se puso en jarras—. ¿Y quién decidirá quién ha ganado? ¿Tú?

—Sí —respondió Atenea sin más—. Juro por el río Estigio que seré justa. A no ser que prefieras que estos mortales decidan entre las dos.

Aracne miró a los mortales aterrados y se dio cuenta de que se hallaba en una situación desesperada. Estaba claro que se decidirían por Atenea por bueno que fuera el tapiz de Aracne, ya que no querrían acabar reducidos a cenizas o convertidos en jabalíes por haber hecho enfadar a la diosa. Aracne no se creyó ni por un momento que Atenea fuera a ser justa, pero quizá era cierto que los dioses tenían que cumplir sus promesas si juraban por el río Estigio.

Al ver que no tenía elección, decidió que si mordía el polvo, lo haría con estilo.

—Adelante, Atenea. ¿Quieres que te preste mi telar o necesitas uno especial, con ruedines?

Atenea apretó los dientes.

—Tengo mi propio telar, gracias.

La diosa chascó los dedos y un reluciente telar apareció justo al lado de Aracne. La diosa y la mortal se sentaron y se pusieron a trabajar



frenéticamente, mientras la multitud coreaba con los puños alzados:

—¡Teje, teje, teje!

Los habitantes de Lidia tendrían que haber vendido publicidad y contratado patrocinadores, porque habría sido el combate de tejedoras más visto de la historia televisiva de la Antigua Grecia.

Atenea y Aracne siguieron lanzándose pullas, pero ahora en el idioma de los tapices. Atenea tejó una escena de los dioses en toda su gloria, sentados en el salón del consejo del monte Olimpo, como si dijera: «Somos los mejores, no sigáis buscando». Representó los templos de la acrópolis de Atenas para mostrar cómo debían honrar a los dioses los mortales inteligentes.

Después, para no quedarse corta, tejó pequeñas advertencias. Si se observaba con atención, se veía a todos los mortales famosos que se habían atrevido a compararse con los dioses y habían acabado aplastados o convertidos en animales.

Mientras tanto, Aracne tejía una historia distinta. Representó todas las cosas ridículas y horribles que habían hecho los dioses. Se veía a Zeus transformándose en toro para secuestrar a la princesa Europa; a Poseidón convertido en semental persiguiendo a Deméter, que era una yegua blanca; y después a la pobre Medusa, una chica inocente seducida por Poseidón a la que Atenea había transformado en un horrendo monstruo. Hizo que los dioses parecieran estúpidos, malvados, infantiles y, en general, fatales para los mortales... y siento decirlo, pero tenía material de sobra para elegir.

Cuando terminaron los tapices, la multitud guardaba completo silencio porque estaba asombrada. El de Atenea era majestuoso, impresionante, y te hacía sentir el poder de los dioses. El de Aracne constituía la crítica a los dioses más mordaz que se había hecho hasta entonces, y te daba ganas de reír, de llorar y de enfadarte, todo a la vez... sin dejar de ser precioso.

Atenea miró un tapiz y otro, intentando juzgar cuál era el mejor.

Algunas historias cuentan que Atenea ganó la competición, pero no es cierto. De hecho, Atenea se vio obligada a reconocer que la calidad de ambos tapices era idéntica.

—Es un empate —dijo a regañadientes—. En la destreza, la técnica, el uso del color... por más que me esfuerce, no encuentro fallo alguno en tu tapiz.

Aracne intentó levantarse, orgullosa, pero el trabajo le había hecho mella. Le dolían las manos. Tenía la espalda resentida y el esfuerzo la había dejado encorvada.

—¿Pues qué hacemos? ¿Un desempate? A no ser que tengas miedo...

Ahora sí que Atenea perdió los nervios. Sacó la lanzadera de su telar (era un trozo de madera del tamaño de un bate de béisbol, aunque cuadrado).

—No, ¡ahora te reviento a palos por insultar a los dioses!

¡Pum, pum, pum!

La diosa golpeó a Aracne en la cabeza mientras la tejedora mortal corría de un lado a otro, intentando esconderse. Al principio, la multitud estaba horrorizada. Después hicieron lo que suelen hacer los humanos cuando tienen miedo y es otro el que recibe la paliza: empezar a reírse y a burlarse de Aracne.

—¡A por ella, Atenea! —gritó uno.

—Sí, ¿quién manda ahora, chica? —exclamó otro.

Los mismos mortales que habían contemplado con asombro el trabajo de Aracne y se habían pasado varios días parados ante su cabaña con la esperanza de conseguir un tapiz gratis, ahora se volvían en su contra, la insultaban y se mofaban de ella mientras Atenea le pegaba.

¿Cruelles? Pues sí. Pero, en mi opinión, aquella muchedumbre era una representación perfecta de los humanos, tan cierta y tan justa como mordaz era el tapiz de Aracne sobre los dioses.

Al final, Atenea se tranquilizó. Se giró y vio que todos los mortales se reían y señalaban a Aracne, y entonces se dio cuenta de que quizá se había pasado con el castigo.

—¡Ya basta! —gritó a la multitud—. ¿Tan deprisa os volvéis contra uno de los vuestros? ¡Al menos Aracne tenía talento! ¿Os creéis especiales?

Mientras Atenea estaba ocupada regañando a la multitud, Aracne se puso en pie como pudo. Le dolía todo el cuerpo, pero lo que más le dolía era el orgullo. Tejer era su única alegría, y Atenea se la había quitado. Aracne no volvería a disfrutar de su trabajo; la gente a la que tanto había intentado complacer también se había vuelto en su contra. Se le saltaban las lágrimas de vergüenza, odio y autocompasión.

Corrió al telar y cogió un grueso puñado de hilos, los suficientes para improvisar una cuerda. Hizo un lazo, se lo puso en el cuello y pasó el otro extremo de la cuerda alrededor de una viga.

Cuando Atenea y la multitud se dieron cuenta, Aracne ya colgaba del techo, intentando suicidarse.

—Insensata —le dijo Atenea.

Sintió una gran compasión por ella, pero detestaba a los suicidas, que le parecían unos cobardes.

—No te dejaré morir. Seguirás viva y tejerás por siempre jamás.

Convirtió a Aracne en araña y, desde entonces, Aracne y su prole no han parado de tejer sus telarañas. Las arañas odian a Atenea, y el sentimiento es mutuo. Pero las arañas también odian a los humanos, porque Aracne nunca olvidó la vergüenza y la rabia que sintió al verse ridiculizada.

Entonces, ¿cuál es la moraleja de la historia? Los antiguos cuentacuentos, con su tendencia a sermonear, dirían: «No te compares con los dioses, que no eres tan bueno». Pero no es verdad.

Aracne sí que lo era.

Quizá la lección sea: «Procura saber cuándo puedes presumir y cuándo es mejor cerrar la boca». O: «A veces, la vida no es justa, aunque tengas tanto talento como Atenea». O quizá: «No regales tapices».

Vosotros decidís.

Atenea rompió los tapices de aquella competición, a pesar de lo bellos que eran; porque, sinceramente, no creo que nadie saliera bien parado de aquel encuentro.

Tal vez ya vayáis entendiendo que Atenea... bueno, a ver cómo lo digo con delicadeza... Puede que fuera la diosa de la sabiduría, pero no siempre tomaba las decisiones más inteligentes.

En primer lugar, tenía muchos complejos. Por ejemplo, voy a contaros cómo inventó la flauta. Un día estaba paseando por el bosque, cerca de Atenas, cuando oyó el silbido que salía de un nido de serpientes y pensó: «Vaya, unos tubitos que hacen ruido». Y así se le ocurrió la idea de un nuevo instrumento musical. Ahuecó un junco, le hizo agujeros, sopló por un extremo, y de aquel instrumento brotó una música preciosa.

Al principio estaba muy orgullosa de su flauta. Ni siquiera era la diosa de la música y, mira por dónde, había inventado un sonido nuevo muy chulo. Se llevó la flauta al Olimpo, deseando enseñársela a los otros dioses. Sin embargo, en cuanto se puso a tocar, las demás diosas empezaron a soltar risitas y a susurrar entre sí.

Atenea se paró a media canción.

—¿Qué os hace tanta gracia?

—Nada —respondió Afrodita, la diosa del amor.

—Es una música encantadora, querida —añadió Hera, tratando de reprimir la risa.

En fin, lo cierto es que Atenea intimidaba a las otras diosas por lo lista y fuerte que era. Como es natural, se reían de ella a sus espaldas e intentaban excluirla de su camarilla. A Atenea no le gustaban las otras diosas y creía que la mayoría eran tontas y superficiales, pero también quería ser aceptada, así

que le molestaba que se metieran con ella.

—¿Por qué os reís? —quiso saber.

—Bueno... —empezó Deméter, reprimiendo una sonrisa—. Es que cuando tocas la flauta se te hinchan los carrillos y te pones bizca, y haces una mueca muy graciosa con la boca.

—Así... —Afrodita se lo demostró con su mejor imitación de la cara de flauta de Atenea, que era algo así como la de un pato estreñado.

Todos los dioses se echaron a reír, y Atenea huyó humillada. Lo lógico habría sido que, siendo la diosa de la sabiduría, se lo tomara a broma y no dejara que la afectara, pero estaba tan molesta que lanzó la flauta y dejó que cayera a la tierra.

Incluso añadió una maldición:

—¡Que la peor fortuna acompañe a aquel que se atreva a volver a tocar esa cosa! —murmuró para sí.

Alguien acabaría recogiendo la flauta, pero esa historia la dejó para más adelante.

Después de aquello, Atenea se sintió todavía más acomplejada por su aspecto. Como diosa guerrera, ya había decidido que nunca se casaría. No quería que ningún hombre se erigiera en su dueño y no tenía tiempo para las tonterías amorosas sobre las que siempre cotilleaba Afrodita.

Por eso, Atenea era muy celosa de su intimidad. Una noche decidió ir a bañarse y relajarse un poco en la poza de un río de la Grecia central. Se metió en el agua desnuda y, mientras se lavaba bajo una cascada, disfrutando de la paz y la tranquilidad, oyó un ruido, como un gemido o un jadeo.

Al mirar hacia la orilla, vio a un mortal que la observaba con la boca abierta y los ojos como dracmas.

Atenea gritó.

El tío gritó.

Atenea le echó agua en los ojos y chilló:

—¡Ciego!

Al instante, el hombre perdió la vista para siempre; sus ojos se volvieron de un blanco puro. Dio unos pasos atrás, tambaleante, se tropezó con un árbol y cayó de culo.

—¡Se... se... se... se... señora! —gimió—. ¡Lo... lo siento mucho! No quería...

—¿Quién eres? —le preguntó Atenea.

El pobre hombre le explicó que era Tiresias. Acababa de salir de la ciudad más cercana, Tebas, para dar un paseo, no tenía ni idea de que Atenea estaría allí y lo sentía mucho mucho.

Atenea se calmó un poco porque estaba claro que el hombre decía la verdad.

—Seguirás ciego, porque nadie puede verme desnuda y no recibir ningún castigo.

—Estooo... vale —respondió Tiresias, tragando saliva.

—Sin embargo —continuó Atenea—, como ha sido un accidente, te concederé otros dones para compensarte por la ceguera.

—¿Como... otro par de ojos? —preguntó Tiresias.

—Algo así —respondió ella, sonriendo—. A partir de ahora entenderás el idioma de los pájaros. Te daré un bastón y, con la ayuda de los pájaros, podrás caminar casi como si vieras.

No sé muy bien cómo funcionaba eso. A mí me habría preocupado que los pájaros me tomaran el pelo, diciéndome: «Venga, un poquito más adelante, gira a la izquierda, ¡corre!», y caer por un barranco o darme de bruces contra una pared de ladrillos. Pero, al parecer, aquel sistema le fue bien a Tiresias y los pájaros se ocuparon de él. Esto también demuestra que Atenea podía calmarse y moderar sus castigos.

Lo que no podía soportar de ningún modo era que los tíos intentaran ligar con ella. Lo que nos lleva a su historia con Hefesto. Vale, respirad hondo, que las cosas se van a poner raras.

Bueno, Hefesto era el dios herrero lisiado. Después os hablaré más sobre él.

Ahora mismo solo necesitáis saber que, desde que había ayudado a Atenea a salir de la frente de Zeus, estaba enamorado de ella. Tenía sentido porque a los dos les iban la artesanía y las herramientas. Ambos eran grandes pensadores y disfrutaban resolviendo problemas mecánicos.

Sin embargo, Atenea odiaba las historias de amor, no quería darle la mano a ningún hombre y mucho menos casarse con uno. Aunque Hefesto hubiera sido guapo, Atenea lo habría rechazado. Pero Hefesto era feo, sin duda alguna: feo a nivel industrial con revestimiento ultraasqueroso.

Intentó ligar con ella a su manera, en plan: «Eh, nena, ¿quieres ver mi colección de martillos?». Cosas así.

Atenea se fue a paso ligero en dirección contraria, pero Hefesto la siguió cojeando. La diosa no quería salir corriendo y gritando porque no era una chica mortal indefensa ni una de aquellas estúpidas diosas «princesitas» que

se desmayaban, pestañeaban y demás. ¡Ella era la diosa de la guerra!

Se limitó a alejarse de Hefesto y a repetirle que la dejara en paz. Al final, el pobre dios sudaba y jadeaba como un loco porque no le resultaba fácil moverse con sus piernas lisiadas. Se abalanzó sobre Atenea, rodeándole la cintura con los brazos.

—Por favor —le suplicó—. ¡Eres la mujer perfecta para mí!

Hundió el rostro en su falda, sollozó y gimoteó, y parte de su sudor y sus mocos divinos se le pegaron a Atenea en la pierna, en el punto en el que se le abría la falda, y eso le dio mucho asco.

Apartó a Hefesto con una patada y cogió el trozo de tela que tenía más a mano, tal vez un pañuelo o una servilleta. Se limpió el fluido divino de la pierna y tiró el asqueroso trapo, que cayó revoloteando desde el monte Olimpo hasta la tierra.

Y entonces, y solo entonces, huyó.

Aquel debería haber sido el final de la historia, pero pasó algo extraño con aquella tela. Contenía tanto la esencia de Atenea como la de Hefesto, así que, no sé cómo, al tocar la tierra se convirtió en un bebé mortal, un niño.

Arriba, en el Olimpo, Atenea oyó llorar al bebé e intentó no hacer caso, pero, sorprendida, notó que dentro de ella se despertaba el instinto maternal. Bajó volando hasta la tierra y recogió al niño. Entendía cómo había nacido y, aunque aquel asunto seguía pareciéndole asqueroso, el pequeñín no tenía la culpa.

—Supongo que, en rigor, eres mi hijo —dijo—, aunque yo siga siendo una diosa virgen. Te reclamaré como propio y te llamaré Erictonio. (Lo sé, su única oportunidad de ponerle nombre a un crío ¿y elige eso? Yo qué sé cómo se le ocurriría...).

—Si voy a criarte —siguió diciendo—, primero debería hacerte inmortal. Creo que sé cómo...

Cogió un baúl de madera y metió dentro al bebé. Después creó una serpiente mágica y la metió también allí dentro. (Esto sí que no deberíais probarlo en casa...). El bebé Erictonio se quedó dormido, tan contento, con la serpiente enroscada en torno a su cuerpo.

—Muy bien —dijo Atenea—, unos cuantos días en esta caja y la serpiente aumentará tus cualidades divinas. ¡Dejarás de ser mortal y te convertirás en uno de los dioses!

Cerró el baúl y se lo llevó a la Acrópolis de Atenas, que era, por supuesto, su lugar más sagrado. Entregó la caja a las hijas de Cérope, el primer rey de Atenas.

—¡No abráis la caja! —advirtió a las princesas—. Tiene que permanecer cerrada si no queréis que ocurra nada malo.

Las princesas se lo prometieron, pero, al cabo de una sola noche, sintieron curiosidad. Estaban bastante seguras de que oían a un bebé allí dentro, haciendo gorgoritos, y temían que corriera peligro.

—¿Qué clase de diosa mete a un bebé en una caja? —murmuró una de ellas—. Será mejor que echemos un vistazo.

Las princesas abrieron la caja y vieron a la serpiente enroscada en el bebé. No sé por qué se asustaron tanto, tal vez vieran una luz divina o lo que fuera, pero el caso es que se volvieron locas. Soltaron la caja, se tiraron por los precipicios de la Acrópolis y murieron al estrellarse contra el suelo.

En cuanto al bebé, estaba bien, pero el hechizo se había roto antes de que se convirtiera en inmortal. La serpiente se alejó deslizándose y Atenea fue a acunar al niño. Estaba furiosa, pero como no podía regañar a las princesas, ya que estaban muertas y tal, se vengó de su padre, el rey Cécrope. Cuando creció Erictonio, echó a Cécrope y lo sustituyó como rey de Atenas. Por eso a los reyes atenienses les gustaba decir que descendían de Hefesto y Atenea, aunque Atenea fuera una doncella eterna.

Así que no me digáis que Atenea no puede tener hijos, porque esta historia demuestra lo contrario. Además, estoy saliendo con una de sus hijas y aseguraría que no nació de un pañuelo sucio.

Hummm... En realidad nunca se lo he preguntado...

No, mejor no. No quiero saberlo.

## A Afrodita hay que quererla

\*

No es broma: es una orden. Veréis, Afrodita tenía un cinturón mágico que hacía que cualquiera se enamorase de ella a primera vista. Si la veías y ella quería que te enamorasas de ella, te enamorabas.

Yo tengo suerte, porque la he visto, pero supongo que a ella no le interesaba ganarse mis halagos o lo que fuera. Así que sigo odiándola a muerte.

Algunos pensaréis: «¡Dios mío! ¡Si es preciosa! ¿Por qué la odias?».

Está claro que no la conocéis.

Olía a problemas nada más salir a rastras del mar. Porque eso es lo que hizo, literalmente.

Afrodita no tenía padres. Tiempo atrás, cuando Cronos tiró los trocitos de Urano al mar, la sangre inmortal del dios del cielo se mezcló con el agua salada y formó una espumilla que, al solidificarse, se convirtió en una diosa.

O sea que Afrodita nació como consecuencia del primer asesinato, lo cual ya dice algo sobre su verdadera naturaleza.

Tras un tiempo yendo a la deriva por el Mediterráneo en busca de un buen sitio para salir, acabó decidiéndose por la isla de Chipre. Fue un alivio para los delfines y los peces, porque la diosa desnuda flotante, con su aura reluciente, estaba empezando a ponerlos de los nervios.

Afrodita surgió del mar y paseó por la playa. A sus pies brotaban las flores. Los pájaros se reunían en las ramas cercanas para cantarle dulces melodías. Los conejitos, las ardillas, los hurones y otros bichos jugueteaban a su alrededor. Era como una peli de dibujos de Disney.

Cuesta describir a Afrodita, porque era la mujer más bella de la creación. Eso no significa lo mismo para todo el mundo. ¿Rubia, castaña o pelirroja? ¿De piel clara u oscura? ¿Ojos azules, verdes o castaños? Vosotros elegís. Basta con que os imaginéis a la mujer más atractiva del mundo y así será ella. Su aspecto cambiaba según la persona que la mirase.

Dio la casualidad de que, aquel día, las tres Horas, las diosas de las estaciones, estaban reunidas en Chipre (quizá estuvieran planeando qué productos poner en la sección de «productos de temporada» del súper; no estoy seguro).

Vieron a Afrodita caminar hacia ellas y se les olvidó todo lo demás.



—¡Oh, guau, eres preciosa! —exclamó Verano.

—¿Sí? —preguntó Afrodita, aunque ya lo sabía. Solo quería oírsele decir a ellas.

—¡Deslumbrante! —añadió Primavera—. Deberíamos llevarte a conocer a los dioses del Olimpo.

—¿Hay otros dioses? —preguntó ella, asombrada—. Yo soy la diosa del amor y la belleza. ¿Para qué queréis otros dioses?

Otoño y Primavera se miraron, cautelosas.

—Bueno... para bastantes cosas —dijo Otoño—. Pero deberíamos vestirtte antes de llevarte al Olimpo. ¿No tienes frío?

—No —respondió Afrodita—. ¿Por qué iba a cubrirme?

Otoño tuvo ganas de gritar: «¡Porque eres tan increíble que nos haces sentir mal a las demás!».

Pero se controló y dijo:

—Si apareces así, volverás locos de deseo a los dioses. Y no exagero, se volverían locos de verdad.

—Oh —exclamó Afrodita, haciendo un mohín—. Es que no he traído nada de ropa.

Las Horas se encargaron de eso. Crearon una ropa mágica y le organizaron un desfile de moda. Primavera ofreció a Afrodita un disfraz de conejo de Pascua. Otoño pensó que Afrodita iría bien de bruja de Halloween. Pero los dos planes fueron vetados. Al final, Verano creó un precioso vestido de gasa blanca. Las Horas le colocaron una delicada corona de oro en la cabeza, pendientes de oro en las orejas y un collar de oro en el cuello.

Con ropa, Afrodita estaba aún más arrebatadora, lo cual enfureció a Otoño; pero la diosa forzó una sonrisa y exclamó:

—¡Perfecto! Vamos al Olimpo.

Ya sabréis lo suficiente sobre los dioses del Olimpo para imaginar lo que pasó cuando apareció Afrodita.

Las mujeres la odiaron de inmediato.

Los hombres se le echaron encima babeando, aunque se les trababa la lengua.

—Sería un honor casarme contigo —dijo Apolo, el dios de la poesía y el tiro con arco.

—¡No, el honor sería mío! —vociferó Ares, el dios de la guerra.

—¡No, mío! —gritó Poseidón.

—Tú ya estás casado —le soltó Zeus—. El honor sería mío.

—¡Tú también estás casado! —protestó Hera—. ¡Conmigo!

—¡Maldición! —exclamó Zeus—. Esto, quiero decir... claro, cariño.

Los dioses discutieron, se empujaron y ofrecieron a Afrodita varios regalos a cambio de su mano. Poseidón, muy oportunamente, se olvidó de su mujer, Anfítrite, y prometió a la diosa del amor todo el marisco que quisiera, un puñado de caballos y un tridente a juego con el de él.

Apolo escribió un haiku muy malo en su honor y prometió darle lecciones gratis de tiro al arco.

Ares le ofreció un romántico paseo en carro por encima de los cadáveres aplastados de sus enemigos.

Las demás diosas se indignaron y empezaron a gritarles a los hombres que crecieran de una vez y dejaran de hacer el tonto.

Todo el consejo del Olimpo estaba al borde de la guerra civil. Mientras tanto, Afrodita se limitaba a pestañear, como diciendo: «Ay, no me digáis que todo este lío es por mí...». Aunque en realidad le encantaba.

Al final, Hera dio un paso atrás, respiró hondo y se dio cuenta de que su familia divina estaba a punto de deshacerse. Como era la diosa de la vida familiar, no podía permitirlo, a pesar de que la mitad del tiempo ella misma deseara estrangular a los otros dioses.

Miró hacia una de las esquinas de la sala del trono, donde había un dios que no participaba en la discusión, sino que permanecía sentado entre las sombras, callado y abatido, sabiendo que no tenía ninguna posibilidad de competir por Afrodita.

Hera sonrió: tenía una idea, y puedo decirlo por experiencia que cuando a Hera se le ocurre algo lo mejor es salir corriendo de inmediato.

Alzó los brazos y gritó:

—¡Silencio!

Los dioses se sorprendieron tanto que dejaron de pelearse.

—Tengo la solución —dijo Hera—. Como soy la diosa del matrimonio, soy la responsable de elegir al mejor marido para nuestra nueva amiga, nuestra querida Afrodita. Seguro que mi esposo, Zeus, apoyará mi decisión... con la

fuerza, en caso necesario.

—¿Ah, sí? —preguntó él—. Quiero decir... sí, cariño. ¡Claro que sí!

—¿Y bien? —preguntó Ares—. Y permite que te diga, madre, que hoy estás preciosa. ¿Quién se casará con Afrodita?

—Mi hijo... —empezó a decir Hera.

Ares exhibió una sonrisa de oreja a oreja.

Pero entonces Hera señaló al otro extremo de la sala.

—Hefesto, el dios herrero.

Hefesto se sorprendió tanto que se cayó de su trono y las muletas rodaron por el suelo.

Mientras intentaba levantarse, Ares estalló.

—¿¡Qué!? ¿Cómo va esto a casarse con eso?

Señaló con un gesto a la radiante Afrodita, que contemplaba con horror al dios herrero, las piernas torcidas, el rostro desfigurado, el mono manchado, los restos de varias comidas en los pelos de la barba.

—Hacen una pareja perfecta —dijo Hera—. ¡Una mujer hermosa necesita a un marido trabajador, parco en palabras y con los pies en la tierra que sepa ponerla en su sitio!

Estoy seguro de que era la primera vez que alguien utilizaba la expresión «poner en su sitio» con el sentido de «la mujer en casa con la pata quebrada».

—Además —siguió Hera—, Afrodita debe casarse enseguida si no queremos que esta pelea se alargue eternamente. No podemos permitir que reine el caos en el consejo de los dioses por culpa de una mujer. ¿No es así, mi señor Zeus?

—¿Hum? —murmuró Zeus, distraído por los preciosos brazos de Afrodita—. ¡Ah! Claro que sí, querida. Tienes toda la razón del mundo.

Atenea se levantó; aquella crueldad le hacía gracia, se le notaba en el brillo de sus ojos grises.

—Creo que es una idea genial. Y, al fin y al cabo, soy la diosa de la sabiduría.

—¡Sí! —metió baza Deméter—. Afrodita se merece un buen marido como Hefesto.

Los dioses dejaron de gruñir. Todos querían casarse con Afrodita, pero no les quedaba más remedio que reconocer que Hera estaba en lo cierto: si un dios

presentable se casaba con ella, los demás no dejarían de pelearse y se sentirían ofendidos. Sin embargo, si Afrodita se casaba con Hefesto... bueno, aquel tío era de chiste. No podían tener celos de él.

Además, si Afrodita se veía atrapada en un matrimonio desgraciado, se abrían todo tipo de posibilidades para que tuviera un novio secreto.

—Pues decidido está —dijo Zeus—. ¡Hefesto, ven aquí!

El dios herrero se acercó tambaleándose, con la cara del color de los caramelos de cereza.

—Hefesto, ¿aceptas a esta mujer, etcétera, etcétera? —preguntó Zeus.

Hefesto se aclaró la garganta.

—Mi señora Afrodita, sé que no soy muy... esto... guapo...

Afrodita no respondió. Estaba demasiado ocupada en parecer guapa y asqueada a la vez, lo cual no era nada fácil.

—No soy un gran bailarín —dijo Hefesto, al que le crujían los aparatos ortopédicos de las piernas—. No soy ingenioso ni encantador. Ni huelo bien. Pero te prometo que seré un marido cariñoso. Se me dan bien las chapuzas de la casa, y si alguna vez necesitas una llave de cruceta o una lijadora eléctrica...

—Puaj —dijo Afrodita, tragándose las náuseas.

—Bueno, ¡con eso me basta! —exclamó Zeus—. ¡Os declaro marido y mujer!

Así que Afrodita se casó con Hefesto, y su célebre barco, el *Afrohefesto*, ocupó las portadas de la prensa amarilla durante unos mil años.

¿Vivieron felices y comieron perdices?

Jajajajajaja. No.

Afrodita se mantenía lo más lejos posible de su marido. No tuvieron hijos. Afrodita sí que tuvo un montón de críos, pero no con Hefesto. Nada más casarse, empezó una aventura con Ares, el dios de la guerra, y aquello se convirtió en el secreto peor guardado del monte Olimpo.

Cuando no estaba ocupada viendo a Ares a escondidas, Afrodita pasaba el tiempo haciéndoles la vida imposible a todos, tanto dioses como mortales... quiero decir, ¡ayudándolos a descubrir las maravillas del amor!

Afrodita tomó posesión de su cargo como diosa de la belleza, el placer, las palabras bonitas, las telenovelas, las novelas románticas eróticas y, por supuesto, el amor. Cuando viajaba, lo hacía en un carro dorado tirado por una bandada de palomas blancas, aunque, a veces, cuando los dioses iban a la

guerra, Afrodita se montaba en el carro de su novio, Ares, e incluso sostenía las riendas mientras él estaba ocupado matando gente.

Tenía unos cuantos ayudantes a los que llamaba erotes: dioses del amor alados en miniatura. El jefe de la banda era Eros, hijo de Afrodita, que era el dios de la atracción física y el sicario de Afrodita. Siempre que quería que alguien se enamorase locamente, enviaba a Eros para que le disparara una flecha mágica al pobre desgraciado. Más adelante, a Eros acabarían llamándolo Cupido. Todavía aparece en esos adornos tan cursis de San Valentín. Puede que parezca una tontería, pero, si Afrodita lo enviaba a por ti, no era ninguna broma. Podía hacer que te enamoraras de cualquiera.

Si le gustabas a la diosa, quizá te obligara a enamorarte de una persona atractiva y simpática. Si se enfadaba, podía hacer que te enamorases de la persona más repulsiva que conocieras, de un caniche común o de un poste de teléfono.

El truco favorito de Afrodita consistía en que alguien se enamorase de una persona que no correspondiera a su amor. Le parecía lo más gracioso del mundo. Si alguna vez os habéis colado por alguien que ni siquiera se fijaba en vosotros, es por culpa de Afrodita. Supongo que la diosa se imaginó que así la gente le dedicaría más plegarias, del tipo: «¡Ay, por favor, que se fije en mí! ¡Sacrificaré una bonita caja de bombones en tu honor, te lo prometo!».

En realidad, en la Antigua Grecia no tenían chocolate, pero a Afrodita le gustaban las manzanas. Era su fruta sagrada, quizá porque era bonita y dulce, como ella. (Insertad aquí ruidos de arcadas).

Tenía docenas de plantas, animales y cosas sagradas: algunos tenían su lógica: otros, no tanto. La rosa era una de sus flores, por eso todavía nos parece un regalo romántico. También le gustaban los narcisos y, atención, la lechuga. Sí, este forraje tan romántico se consideraba el ingrediente sagrado de Afrodita para las ensaladas. Eso tiene su razón, os la explicaré dentro de un momento. Pero si algún día estáis preparando una ensalada César y os ponéis tiernos mientras picáis la lechuga romana, ya sabéis a qué se debe.

La piedra sagrada de Afrodita era la perla, ya que viene del mar, como ella.

Sus animales favoritos eran el conejo (¡porque tienen montones de bebés conejitos!) y el ganso; seguro que veis alguna imagen de Afrodita montada a lo amazona en un ganso, como si fuera un caballo.

¿Por qué el ganso? Ni idea. Pero tenía que ser un ganso muy grande.

Lo único que sé es que si alguna vez veo a Afrodita montada en uno, me echaré a reír. Seguro que ella me maldice para vengarse y acabo prometido con un Chevrolet Impala del 72 o algo así.

Afrodita era una diosa muy popular porque todo el mundo quería amor, pero no siempre se llevaba bien con los mortales ni con sus colegas dioses.

Por ejemplo, una vez tuvo celos de Atenea porque todos se pusieron a alabar su destreza con el telar.

A Afrodita no le gustaba que otra persona fuera el centro de atención.

—Bueno, lo del telar es una tontería —dijo—. Yo también podría hacerlo si quisiera.

—¿De verdad? —preguntó Atenea, sonriendo—. ¿Me desafías?

¿No habéis oído hablar de la gran competición de tejido entre Atenea y Afrodita? Pues es porque no fue gran cosa. Fue un desastre.

La diosa del amor no tenía ni idea de tejer. No era Atenea, ni siquiera era Aracne. Para lo único que le servían las manos era para urdir intrigas.

Mientras Atenea tejía un bello tapiz, Afrodita acabó envuelta en hilos, con el pie atado al taburete y la cabeza atrapada en el telar.

—¡Me da igual! ¡No me gusta tejer! —resoplaba mientras su marido, Hefesto, la liberaba.

A partir de entonces, Afrodita procuró no criticar a las otras diosas. De hecho, a veces incluso las ayudaba.

¿He mencionado ya su cinturón mágico? A veces lo llaman faja porque se lo ponía debajo del vestido para que los tíos no se dieran cuenta de que estaba hechizándolos. Pero no era una faja como esas cosas horrorosas de tela y metal que comprimen la grasa. El cinturón de Afrodita era una faja delicada con bordados que representaban escenas de cortejos y romances, y gente bella haciendo cosas bellas. (Obviamente, Afrodita no lo bordó ella misma; si no, habría parecido una manualidad de guardería).

En fin, Hera se lo pidió prestado una vez. Hacía falta valor, teniendo en cuenta que no se llevaban demasiado bien.

—Querida Afrodita —dijo Hera—, ¿me harías un favor enorme?

Afrodita esbozó una bella sonrisa.

—¡Por supuesto, mi suegra del alma! Después de todo lo que has hecho por mí, ¿cómo voy a negarme?

—Genial —dijo Hera, con un tic en el ojo—. Me gustaría pedirte prestado tu cinturón mágico.

—¿Te has encaprichado de algún mortal guapetón? —preguntó Afrodita, acercándose más.

—¡No! —exclamó Hera, que se puso como un tomate. Ella era la diosa del matrimonio, ¡jamás engañaría a su marido! Consiguió calmarse—. Quiero

decir... no, claro que no. Zeus y yo hemos discutido, y ahora está imposible, se niega a hablar conmigo. Ni siquiera quiere estar en la misma habitación que yo. Pero si me pongo el cinturón...

—¡Serás irresistible! —coincidió Afrodita—. Ay, querida suegra, estoy muy contenta de que hayas acudido a mí en busca de ayuda. Llevaba mucho tiempo deseando ofrecerte mis consejos de belleza, pero no quiero extralimitarme. Debe de ser difícil ser una diosa madura y digna sin parecer... tan madura y digna.

Hera apretó los dientes.

—Sí, bueno... ¿y el cinturón?

Afrodita le prestó a Hera la faja mágica del amor, y a Hera no le costó nada que Zeus hiciera las paces con ella. En palabras del poeta Homero, Hera «le hechizó el cerebro». A mí, personalmente, no me gusta que me hechicen el cerebro. Pero que Zeus no os dé ninguna pena.

De vez en cuando, él también pedía ayuda a Afrodita, y no era para nada bello ni amoroso.

¿Recordáis que, en los primeros tiempos de los mortales, el titán Prometeo regaló el fuego a los hombres? Bueno, incluso después de castigarlo encadenándolo a una roca y dándole por única compañía un águila comedora de hígados, el señor del cielo seguía enfadado.

Buscó a su alrededor a más gente a la que castigar, y al final decidió: «¿Sabes qué te digo? Que castigaré a todo el mundo. Todos los mortales sufrirán por haber aceptado el regalo del fuego. Y encontraré un modo astuto de castigarlos sin que me culpen a mí de sus problemas. Mejor que culpen a la familia de Prometeo... ¡así mi venganza será aún más dulce!».

Resulta que Prometeo tenía un hermano menor, Epimeteo, que no era precisamente una lumbrera.

Justo antes de que Zeus enviara a Prometeo a Villa Tortura, este le había advertido a su hermano:

—Epimeteo, al loro: es probable que Zeus intente castigarte solo por ser pariente mío. ¡No aceptes ningún regalo de los dioses!

—¿Loro? —respondió Epimeteo—. Me encantan los loros.

—No tienes remedio —murmuró su hermano—. ¡Tú ten cuidado! Debo irme. Tengo una cita con una roca y un águila...

Zeus decidió enviar a Epimeteo un regalo con trampa. Si conseguía engañarlo para que lo abriera, un puñado de espíritus malignos escaparía y causaría todo tipo de problemas a los mortales. Estos buscarían respuestas en el Oráculo, como siempre, y el Oráculo diría: «Ah, bueno, es por culpa de

Epimeteo». Y Zeus se echaría unas risas.

El problema era que Zeus no conseguía que Epimeteo aceptara ningún regalo. Epimeteo recordaba la advertencia de su hermano y se negaba a aceptar paquetes enviados por dioses o desconocidos. Zeus envió a Hermes con caramelos. Nada. Hefesto se disfrazó de técnico de la tele por cable y le ofreció un decodificador de alta definición gratis con todos los canales de deportes de pago incluidos. Epimeteo lo rechazó.

Zeus estaba tan exasperado que se quejó a los otros dioses.

—Con este Epimeteo no hay quien pueda. ¡Solo necesito que acepte un puñetero regalo, lo abra y suma a la humanidad en el caos y la destrucción! ¿Tanto pido? Pero ¡es que es de un cabezón...! ¿Alguna idea?

Los dioses se revolvieron en sus tronos, incómodos.

Al final, Afrodita dijo:

—Mi señor Zeus, quizá deberías enfocarlo de otra manera... Piensa en algo que ningún hombre pueda rechazar.

—¡Ya he probado con la tele por cable! —exclamó Zeus—. ¡Con los canales deportivos de pago!

—No, mi señor —dijo Afrodita, pestañeando—. Me refiero al amor. Puede que Epimeteo necesite una esposa. Si consigues infiltrarle una esposa en casa, ella seguro que aceptará el regalo que le envíes. Si todo se hace de la forma correcta...

—¡Me encanta la idea!

En realidad, Zeus no había escuchado ni una palabra, estaba demasiado ocupado mirándola y pensando: «Jo, qué guapa es». Pero todos los demás dioses asentían, así que Zeus supuso que el plan era bueno.

Siguiendo las instrucciones de Afrodita, los dioses crearon a la mujer perfecta. Hefesto proporcionó la arcilla y los conocimientos técnicos para fabricar el cuerpo. Atenea la dotó de inteligencia y curiosidad. Y, lo más importante, Afrodita le dio belleza y encanto para hacerla irresistible.

La llamaron Pandora, que se puede traducir aproximadamente por «todos los regalos» o «el lote completo». Algunas historias cuentan que Pandora fue la primera mujer de la creación y que, antes de que llegara ella, todos los humanos eran hombres. No sé. Parece un poco tonto y aburrido. En cualquier caso, era un diez de mujer, Afrodita se encargó de que así fuera. Pandora sería el arma definitiva de los dioses para crear problemas.

Los dioses llevaron a Pandora hasta el porche de Epimeteo, tocaron el timbre y salieron corriendo, riéndose por lo bajo. Cuando Epimeteo abrió la puerta, vio a aquella preciosa mujer sonriéndole.



—Hola, soy Pandora y te quiero —dijo ella—. ¿Puedo entrar?

—Sí.

Se le olvidó por completo la advertencia de Prometeo. ¡Cómo iba a formar parte de una trampa aquella preciosidad!

Epimeteo y Pandora se comprometieron en menos de lo que se tarda en decir «boda en Las Vegas».

No invitaron a los dioses a la ceremonia, pero Afrodita les envió un regalo. Como iba dirigido a Pandora, Epimeteo no pudo rechazarlo.

Era un *pithos* de cerámica, una gran tinaja con un corcho a modo de cierre y un gran lazo de seda blanca atado al asa.

—¡Mira, cielo! —exclamó Pandora—. ¡Es perfecto para guardar el aceite de oliva!

Epimeteo gruñó, todavía suspicaz.

—Yo que tú no la abriría.

—Tu marido tiene razón —remachó Afrodita, asintiendo con energía—. No, Pandora, la tinaja es para admirarla, pero no se puede abrir. Mejor que no sepas lo que hay dentro.

Cuando se marchó Afrodita, Pandora ardía de curiosidad. Ella no tenía la culpa, ya que la habían creado para que fuera curiosa, así que solo podía pensar en abrir la tinaja.

Pandora consiguió aguantar varios días, pero una mañana, mientras su marido estaba en el jardín, se sentó frente a la tinaja y se quedó mirándola, intentando imaginarse lo que habría dentro. ¿Por qué los dioses le enviaban un regalo y luego le decían que no debía abrirlo? ¡Era injusto!

—Tengo que ver lo que hay dentro —dijo para sí—. ¡Ay, va a ser genial!

Tiró del corcho.

No fue genial.

Zeus había apretujado dentro del bote a tropecientos espíritus malignos que salieron disparados y se desperdigaron por el mundo, propagando desgracias, enfermedades, pies de atleta, hambrunas, halitosis y muerte para la raza humana. De repente, ser humano era mil veces peor que antes, y eso que nunca había sido fácil. Es probable que todos los humanos se hubieran suicidado de desesperación —tirándose por un precipicio, como aquellas locas princesas atenienses—, de no haber sido por un espíritu bueno que se quedó dentro de la tinaja, seguramente porque a Zeus le quedaba una pizca de vergüenza. Elpis, el espíritu de la esperanza, se quedó con los humanos para

que no se rindieran del todo: siempre podían creer que las cosas mejorarían.

Si alguna vez os habéis preguntado por qué los humanos sufren tanto, es por aquella estúpida tinaja. Y se supone que entonces debemos decir: «¡Muy bien hecho, Pandora! ¡Muchas gracias!».

En los viejos tiempos, los escritores (que eran todos tíos) dirían: «¿Veis? ¡Esta historia demuestra que las mujeres siempre causan problemas! ¡Son las culpables de todos los males!».

Epimeteo y Pandora. Adán y Eva. Esa culpa viene dando tumbos desde el principio de los tiempos.

Pero no entiendo por qué criticamos a Pandora por ser indiscreta, por desobedecer las órdenes o lo que sea: la crearon para que abriera esa tinaja... y fueron los dioses.

Mi pregunta, en realidad, es: ¿cómo se le ocurrió esa idea a Afrodita? Si sabía que el asunto de Pandora les daría tan mala reputación a las mujeres para toda la eternidad, ¿por qué lo hizo? En mi opinión, le daba igual lo que sucediera. Quería que Pandora fuera bella. Quería demostrar que el amor podía triunfar allá donde los demás dioses habían fracasado, aunque provocara una catástrofe mundial.

«¡Muy bien hecho, Afrodita! ¡Muchas gracias!».

En honor a la verdad, sus creaciones no siempre tenían consecuencias tan funestas.

Una vez, Afrodita se apiadó de un escultor llamado Pigmalión, que vivía en Chipre, su isla favorita. A aquel tío no le interesaban las mujeres de la isla, que le parecían toscas y groseras. Salían con cualquiera que tuviera dinero y un carro bonito. No creían en el amor verdadero. De hecho, muchas de ellas no creían en la existencia de Afrodita, y eso molestaba mucho a Pigmalión. Él estaba orgulloso de la diosa de la isla, aunque todavía no hubiera encontrado a su pareja ideal. Creía a pies juntillas que había alguien perfecto para todos y cada uno de nosotros.

En su tiempo libre, Pigmalión tallaba una estatua de marfil de la diosa a tamaño natural, porque para él Afrodita era el ideal de lo que debía ser una mujer.

Hizo una estatua tan hermosa que se le saltaron las lágrimas. Para él, el resto de las mujeres eran feas, en comparación.

«Ay, ¿por qué no puedo encontrar una mujer como esta? —se decía—. Sería amable, cariñosa, dulce y maravillosa, ¡como Afrodita!».

Supongo que no conocía muy bien la verdadera personalidad de la diosa.

Cuando llegó el día de la fiesta de Afrodita, Pigmalión se acercó al templo de

la diosa y ofreció un gran sacrificio de rosas y perlas (y seguro que también cayó alguna lechuga).

Le daba demasiada vergüenza reconocer su verdadero deseo, que no era otro que casarse con su chica de marfil. Sabía que era una estupidez: ¡no puedes casarte con una estatua! Así que rezó: «Oh, Afrodita, ¡haz que encuentre a una mujer tan maravillosa como tú, tan bella como la estatua de marfil de mi taller!».

En lo alto del monte Olimpo, Afrodita oyó su plegaria y exhaló un gran suspiro.

—¡Oooh, qué mono...!

Cuando Pigmalión llegó a casa, se quedó mirando un buen rato su estatua de marfil. Poco a poco, empezó a sentir un deseo irrefrenable de besarla.

—Qué estupidez —se regañó—. Si no es más que una estatua.

Pero no podía evitarlo. Se aseguró de que nadie lo veía, dio un paso hacia la chica de marfil y le plantó un beso en la boca.

Se llevó una sorpresa al notar que tenía los labios calientes. Volvió a besarla y, cuando dio un paso atrás, su chica de marfil ya no era de marfil, sino una mujer de carne y hueso, tan bella que hacía que al escultor le doliese el corazón.

—¡Te quiero! —exclamó ella.

Cuando Pigmalión volvió en sí, le propuso matrimonio a su mujer perfecta. Se casaron, tuvieron unos cuantos hijos, vivieron felices y comieron perdices.

¿Lo más raro de todo esto? Que las historias ni siquiera nos dicen cómo se llamaba la chica de marfil. Seguramente Afrodita diría: «¡Bueno, eso da igual! Se parecía a mí. ¿Qué más queréis saber?».

Claaaro.

Así que Afrodita era una de esas olímpicas de las de «ni contigo ni sin ti». Ayudó a los dioses y a los mortales de vez en cuando, pero también dio un montón de problemas.

En cierto momento, Zeus se cansó de sus intromisiones y la culpó de todas las aventuras que había tenido con mujeres mortales, lo cual resultaba mucho más sencillo que reconocer su propia culpa.

Se sentó en su trono, mascullando para sí: «Estúpida diosa del amor, ¡ya ha vuelto a meterme en líos con mi mujer! Afrodita siempre hace que los demás se enamoren en el peor momento posible. Tendría que enamorarse de un humilde mortal, a ver si le gusta».

Al pensar aquello Zeus se sintió mucho mejor. Hechizó a Afrodita, no sé cómo. A lo mejor le echó algo en el néctar o intentó una terapia de choque con sus truenos. Sea como sea, consiguió que Afrodita se enamorase perdidamente de un mortal llamado Anquises.

Anquises era guapo, pero nada más que un pastor, así que Afrodita estaba muy lejos de su alcance. A pesar de todo, un día la diosa bajó la mirada desde el Olimpo, vio a un chico descansando en la hierba mientras vigilaba a sus ovejas, y quedó completamente prendada.

—¡Ay, bendita sea yo! —exclamó—. ¡Los pastores son taaan sexys...! ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Tengo que ligarme a ese pastor pero ya.

Pensó en la posibilidad de usar a su hijo, Eros, de mensajero. Quizá podía llevarle una nota a Anquises en la que dijera: «¿Te gusta Afrodita? \_\_\_ Sí \_\_\_ No».

Pero lo descartó. Puede que a Anquises lo asustara la idea de salir con una diosa del amor. O peor aún: si se le aparecía en su verdadera forma, podía ahuyentarlo o matarlo por accidente. Era posible que se le parase el corazón o que estallara en llamas, y eso estropearía su primera cita.

Decidió disfrazarse de doncella mortal.

Se dio un buen baño caliente, se puso un vestido de seda y se roció de perfume floral. Bajó volando a la tierra y se acercó a Anquises, en plan: «La la la, solo pasaba por este pasto con mi mejor vestido...».

A Anquises se le salieron los ojos de las órbitas cuando la vio.

—Vaya, debes de ser una diosa. ¿Eres Atenea? ¿Artemisa? ¿O la mismísima Afrodita?

La diosa se ruborizó. Le agradaba que la reconociera, pero no se atrevía a admitir quién era.

—No, tonto, no soy más que una doncella mortal increíblemente bella. Da la casualidad de que paseaba por aquí y... ¡vaya! ¿Eres Anquises? ¡He oído hablar mucho de ti!

—¿Ah, sí? —preguntó él, parpadeando.

—¡Claro! Soy una gran fan. ¡Deberíamos casarnos!

Anquises tendría que haber imaginado que pasaba algo raro. No era habitual eso de que se le aparecieran chicas guapísimas para proponerle matrimonio. Pero se sentía solo y sus padres siempre estaban dándole la lata con lo de casarse. ¡La cara que pondrían cuando lo vieran aparecer con aquella chica!

—¡Vale, claro que sí! —respondió—. Te presentaré a mis padres. Viven aquí mismo.

Una cosa llevó a la otra. Anquises se casó con la misteriosa dama mortal y disfrutaron de una luna de miel maravillosa.

Entonces, una mañana, al despertarse Afrodita, el hechizo amoroso de Zeus se había desvanecido. Se dio cuenta de lo que había hecho y se sintió terriblemente avergonzada. ¡¿Cómo había podido dejarse embaucar para casarse con un humilde mortal?! ¡Eso solo se lo podía hacer ella a los otros dioses!

Se vistió a toda prisa, pero Anquises se despertó mientras ella se ataba las sandalias y se dio cuenta de que su mujer resplandecía.

—Hummm... ¿cielo? —le preguntó—. ¿Seguro que no eres una diosa?

—¡Ay, Anquises! —exclamó Afrodita—. ¡Lo siento mucho! Deben de haberme embrujado porque, de otro modo, jamás me habría enamorado de alguien como tú.

—Vaya, pues gracias.

—No es nada personal. Es que no puedo casarme con un mortal. Seguro que lo entiendes. Pero no te preocupes, cuando nazca nuestro hijo...

—¿Nuestro hijo?

—Ah, sí —respondió la diosa—. Soy extremadamente fértil. Seguro que estoy embarazada. En cualquier caso, el bebé será niño. Lo educaré hasta que tenga cinco años y después te lo traeré. Se convertirá en un gran príncipe entre vuestra gente y te sentirás muy orgulloso de él. Eso sí, ¡prométeme que nunca le contarás a nadie la verdadera identidad de su madre!

Anquises se lo prometió. Se quedó un poco planchado por el abandono y el divorcio, pero guardó el secreto de Afrodita. Cinco años después, su hijo salió del Olimpo. Se llamaba Eneas y, de hecho, se convirtió en un gran príncipe de la ciudad de Troya. Más adelante, después de la caída de Troya, Eneas navegó hasta Italia y se convirtió en el primer jefe de un nuevo pueblo. Se hacían llamar romanos.

En cuanto a Anquises, un día, ya mayor, cuando se había vuelto menos cuidadoso, estaba de juerga con sus colegas y se le escapó que la madre de Eneas era Afrodita.

Corrió la voz. La diosa del amor, muerta de vergüenza, se quejó a Zeus.

—¡Esto es culpa tuya!

Para arreglarlo, Zeus lanzó un rayo y redujo a Anquises a cenizas por incumplir su promesa.

¡Otro final feliz!

¿Creéis que Afrodita se alejó de los hombres mortales después de aquello?

Si la respuesta es «no», es que estáis aprendiendo.

Voy a contaros otra larga historia sobre ella, en la que veréis que las maldiciones de Afrodita podían volverse en su contra.

Había una princesa griega llamada Esmirna que se negaba a adorar a Afrodita, así que la diosa se enfadó tanto que... ¿Sabéis qué os digo? Lo que le hizo es demasiado horrible y desagradable para contarlo, así que no entraré en detalles.

Solo os diré que Esmirna se quedó embarazada y que era una situación muy muy mala. Tanto, que cuando se enteró su padre, el rey, acabó persiguiéndola por el bosque, espada en mano, gritando:

—¡Te mataré! ¡Te mataré!

Esmirna llamó a los dioses:

—¡Por favor! ¡No es culpa mía! ¡Salvadme! ¡Hacedme invisible!

Los dioses no la volvieron invisible, sino que la convirtieron en un árbol de mirra. Seguro que Esmirna les estuvo muy agradecida.

Nueve meses después, el árbol se abrió y de él salió rodando un bebé varón. Cuando Afrodita oyó al crío berrear en el bosque, se sintió un poco culpable, así que fue a recogerlo. Era tan mono que decidió quedárselo y criarlo en secreto.

¿Por qué en secreto? Porque la celosa de Afrodita no quería compartir con nadie el cariño de aquel niño tan adorable. Sin embargo, como los bebés dan mucho trabajo y Afrodita tenía una vida social muy ajetreada, vio enseguida que no iba a poder cuidar del bebé todo el tiempo.

Decidió que tenía que confiar en alguien que le hiciera de niñera. Eligió a Perséfone, la diosa del inframundo. Puede que parezca una elección extraña, pero Perséfone vivía en el Érebo, así que en el Olimpo nadie tenía por qué enterarse de la existencia del bebé. Perséfone se sentía muy sola, de modo que la alegre perspectiva de cuidar de aquel bebé la animó. Y Afrodita supuso que Perséfone no sería una amenaza. (En fin, ¡por favor! ¿Habéis visto cómo lleva el pelo? ¿Y la ropa? Afrodita no tenía ningún motivo para estar celosa).

Llamó al bebé Adonis y lo guardó en una caja que también servía de cámara de incubación. (Sí, otra historia sobre un bebé y una caja. No sé de dónde venía esa obsesión con las cajas, pero, insisto, no intentéis criar a vuestros bebés dentro de cajas, porque no funciona). Las dos diosas compartían la custodia y no paraban de trasladar al niño del refugio secreto de Afrodita en Chipre al palacio de Perséfone en el Inframundo; así que, cuando se hizo mayor, a Adonis siempre se le olvidaba dónde había dejado los deberes y en qué casa tenía las zapatillas de jugar al fútbol.

Con el tiempo se convirtió en un apuesto joven.

No, eso es quedarse corto. Adonis se convirtió en el tío más apuesto que haya existido. ¿Que qué pinta tenía exactamente? No lo sé. No me fijo en otros tíos, lo siento. Vosotros imaginaos al famoso más guay, estiloso y atractivo que se os ocurra. ¿Ya? Pues Adonis estaba todavía más bueno.

En cierto momento —y las dos a la vez—, Perséfone y Afrodita se dieron cuenta de que Adonis ya no era un niño, sino un novio en potencia. Entonces fue cuando empezó la pelea.

—Es mío —dijo Perséfone—. Yo lo he criado casi todo el tiempo.

—¡Ni de coña! —exclamó Afrodita—. ¡Yo lo encontré en aquel árbol! Además, está claro que yo le gusto más. ¿Verdad, bizcochito?

Adonis tragó saliva.

—Pues...

Estaba en un atolladero. ¿A quién elegiríais vosotros? Afrodita era la diosa más bella del mundo, pero, bueno... era Afrodita. Todos querían estar con ella y, si eras su novio, todos los hombres del mundo te odiaban. Además, Afrodita no era famosa por su fidelidad.

Perséfone era bella a su manera, sobre todo en primavera, cuando se le permitía vagar por el mundo superior; pero los años que había pasado en el inframundo la habían vuelto fría y pálida, y daba un poco de miedo. Rara vez se enamoraba de mortales. Estaba claro que amaba a Adonis, pero él no estaba seguro de quererla como novia si eso significaba quedarse en el oscuro palacio del Érebo, rodeado de fantasmas y mayordomos zombis. Además, Adonis estaba bastante seguro de que a Hades no le gustaría esa solución.

—No... no puedo decidirme —respondió—. Las dos sois increíbles.

Así que las dos diosas llevaron a Adonis al monte Olimpo y pidieron a Zeus que resolviera el problema.

A Zeus le brillaron los ojos.

—Qué suerte tienes, Adonis.

Adonis no se sentía demasiado afortunado, sino más bien como el último trozo de tarta en una fiesta de cumpleaños llena de niños hambrientos, pero asintió, nervioso.

—Sí, señor.

—La solución es sencilla —dijo Zeus—: ¡lo compartís!

Afrodita frunció el ceño.

—¿Se puede hacer eso con un novio?

—¡Claro que sí! —respondió Zeus—. Adonis pasará un tercio del año contigo, un tercio del año con Perséfone y otro tercio del año solo, para que haga lo que quiera. —Zeus le dio una palmada en el hombro—. Un hombre necesita tiempo para relajarse, lejos de las damas, ¿verdad, colega?

—Su... supongo, co... colega.

A Zeus se le ensombreció el rostro.

—No llares «colega» al señor del universo. Por lo demás, ¡asunto arreglado!

El plan funcionó durante un tiempo, pero a Perséfone le tocó estar con Adonis durante el invierno, así que se llevó la peor parte, y a Adonis no le gustaba el inframundo. Tenía que pasarse casi todo el tiempo escondido en armarios o metiéndose debajo de la cama de Perséfone cada vez que Hades llamaba a su puerta, ya que este no sabía nada del novio secreto de su mujer.

Al final, Afrodita se ganó a Adonis con su labia y su encanto. Lo convenció para que pasara con ella los meses que tenía para sí mismo, de modo que se quedó con dos tercios del año. Podía mirar a Perséfone con aire de suficiencia: estaba claro cuál de las dos diosas era la mejor. Afrodita y Adonis fueron una pareja feliz durante un tiempo, e incluso tuvieron una hija juntos, una niña llamada Beroe.

¿Que cómo acabó la relación? Pues mal, claro.

Un día, Adonis estaba cazando en el bosque, que era lo que le gustaba hacer cuando no estaba con Afrodita. Sus perros olieron el rastro de un animal y salieron corriendo tras él. Adonis los siguió con su lanza. Cuando por fin los alcanzó, estaba cansado y sin aliento.

Por desgracia, sus perros habían acorralado a un jabalí, que es el animal más desagradable y cruel con el que uno se puede encontrar. Algunas historias cuentan que fue el dios de la guerra, Ares, quien puso allí al jabalí. Tiene sentido, porque el jabalí era su animal sagrado, y Ares era el novio divino de Afrodita. O quizá fuera Perséfone, ya que le habían dado calabazas y estaba celosa. Pero en realidad podría haber sido cualquier otro dios, porque, como he dicho, si sales con Afrodita acaba odiándote todo el mundo.

Sea como sea, el caso es que el jabalí se abalanzó sobre Adonis y le clavó los colmillos en el sitio más doloroso que os podáis imaginar; y podría parecer gracioso si Adonis no hubiera muerto desangrado.

Poco después, Afrodita llegó volando en su carro tirado por palomas, vio el cuerpo sin vida de Adonis y fue corriendo a su lado.

—¡No! —gimió—. ¡Pobrecito mío, tan guapo! Hasta muerto eres increíble.

Dejó su cadáver en un campo de lechugas, y por eso la lechuga se convirtió en



su planta sagrada. Los griegos la llamaban «la comida del hombre muerto». Creían que si comías demasiada lechuga te volvías apático e incapaz de sentir amor, como el fallecido Adonis.

En fin, que Afrodita roció de néctar divino el cuerpo de Adonis, y él se deshizo hasta convertirse en unas flores rojas como la sangre. Las llamaron anémonas, de la palabra griega *anemoi*, que quiere decir «vientos». Siempre que les daba la brisa, los pétalos rojos se alejaban revoloteando y desprendían un dulce aroma que a Afrodita le recordaba a la fragancia de Adonis.

La tristeza por esa muerte le duró a Afrodita casi un día entero. Después volvió con su novio divino, Ares, que podría haber sido el responsable del asesinato.

¿Le guardaba rencor Afrodita? No, Ares era así.

Si queréis conocerlo, sale en el siguiente capítulo. Pero coged vuestro chaleco antibalas y vuestro fusil de asalto: Ares no hace prisioneros.

## Ares, el macho más macho

entre los machos

En realidad ya conoces a Ares.

Es ese tío que te robaba el dinero del almuerzo, se metía contigo en el autobús y, si te pillaba en los vestuarios, te tiraba de los calzoncillos y te los subía hasta los sobacos. El que les rompía los huesos a los otros chicos cuando jugaba al fútbol americano en la universidad y suspendía todas las asignaturas, pero que era muy popular porque todo el mundo se divertía mucho cuando les metía la cabeza en el váter a los chavales más esmirriados.

Si los matones, abusones y mafiosos rezaran a un dios, ese dios sería Ares.

En cuanto nació, sus padres supieron que les daría problemas. Hera y Zeus deseaban quererlo porque era su primer hijo, pero, en vez de ser mono, decir «gugú» o llorar para que lo abrazara su madre, el bebé salió hecho una furia, agitando los puñitos en el aire.

Hera apenas consiguió sujetarlo en alto para que Zeus lo viera.

—Mi señor, tu hijo recién nacido.

Zeus fue a hacerle cosquillitas en la barbilla, pero Ares agarró el dedo de su padre con ambas manos y se lo retorció. ¡Crac! El bebé se golpeó el pecho diminuto y gritó:

—¡Rarr!

Zeus examinó su dedo inmortal, que colgaba en un ángulo extraño.

—¿Sabes, esposa mía? Quizá tendríamos que buscarnos una niñera.

—Buena idea —respondió Hera.

—Una niñera grande y fuerte. Con mucha paciencia... y un buen seguro médico.

Contrataron a una señora llamada Tero. Debía de ser una ninfa de las montañas o algo así, porque era dura, fuerte y nada la molestaba. Se llevó a Ares a la tierra de Tracia, un sitio escabroso y duro al norte de Grecia, lleno de nieve, montañas escarpadas y tribus guerreras: el lugar perfecto para un bebé dios combativo.

Ares siguió creciendo, pero nunca lloró pidiendo su biberón o su chupe, sino que rugía con sed de sangre. No tardó en aprender a lanzar piedras a los

pájaros para derribarlos en pleno vuelo. Les quitaba las alas a los insectos para entrenar sus destrezas motoras. Se reía sin parar mientras aprendía a andar pisando flores y aplastando animalitos. Mientras tanto, Tero se sentaba en una roca cercana a leer sus revistas de cotilleo del Olimpo y a gritar: «¡No hagas tanto ruido, pequeño delincuente!».

Sí, fueron días felices.

Al final, Ares creció y regresó al monte Olimpo para ocupar el puesto que le correspondía en el consejo. Por supuesto, se convirtió en el dios de la guerra. (Y una advertencia amistosa: si le preguntáis si es el tío del videojuego *God of War*, os arrancará un brazo y os golpeará en la cabeza con él). También se convirtió en el dios de la violencia, la sed de sangre, las armas, los bandidos, el saqueo y la destrucción de ciudades... la diversión familiar de toda la vida.

Además, era el dios de la fuerza y el valor masculino, lo que tiene su gracia, ya que las pocas veces que de verdad entró en combate cuerpo a cuerpo con otro dios huyó como un cobarde. Supongo que es algo típico de los abusones. Ares fue el primero en huir cuando el gigante de las tormentas, Tifón, llamó a la puerta. En otra ocasión, durante la Guerra de Troya, una lanza de un mortal griego se le clavó en el estómago. Rugió tan fuerte que sonó como diez mil hombres juntos. A continuación huyó al monte Olimpo lloriqueando y le gimoteó a Zeus:

—¡No es justo! ¡No es justo!

Zeus le dijo que cerrara la boca.

—Si no fueras mi hijo —gruñó el dios del cielo—, te habría despojado de tu divinidad y te habría tirado en la cuneta hace años. ¡No das más que problemas!

Es muy reconfortante ver lo bien que se llevaba la familia olímpica.

A pesar de su cobardía esporádica, no era buena idea hacer enfadar a Ares. Cuando entraba en batalla, se ponía una armadura de oro que desprendía una áspera luz. Sus ojos eran como llamas de fuego. Cuando llevaba el casco de batalla, la mayoría de los mortales no se atrevían ni a mirarlo, y mucho menos a luchar contra él. Su arma favorita era su lanza de bronce. Su escudo siempre chorreaba sangre y vísceras, de lo amistoso que era.

Cuando no tenía ganas de andar, Ares montaba en un carro tirado por cuatro caballos que echaban fuego por la nariz. Sus hijos gemelos, Fobos y Deimos (Miedo y Pánico), solían llevar las riendas y se divertían viendo a cuánta gente lograban atropellar: «¡Cincuenta puntos si consigues aplastar a esa fila de arqueros! ¡Cien puntos si le das a ese viejo!».

Supongo que ya entenderéis por qué su animal sagrado era el jabalí, un bicho que carga contra cualquier cosa, es muy difícil de matar y tiene muy mal genio.

Uno de sus pájaros sagrados era el buitre, ya que se alimentaba de los cadáveres después de una batalla. Su reptil favorito era la serpiente venenosa. En muchas imágenes veréis a Ares con una en la mano o pintada en su escudo.

Ares no tenía flor sagrada. Vaya sorpresa.

Además de su pisito en el Olimpo, donde pasaba el rato con su novia, Afrodita, Ares disponía de su propia fortaleza en las montañas de Tracia. Aquel fue el primer garito solo para tíos, y también el definitivo.

El castillo era todo él de hierro: paredes de metal negro, puertas de metal, torres oscuras, torretas puntiagudas y un torreón central con barrotes en todas las ventanas. La luz del sol apenas iluminaba el interior, como si le diera miedo entrar.

Los salones y las habitaciones estaban hasta arriba del botín de distintas guerras: algunos trofeos que el propio Ares había reclamado y otros que le habían ofrendado los guerreros mortales. Tenía como diez millones de espadas y escudos, suficientes armaduras como para vestir a toda la población de la India, montones de carros rotos y equipo de asedio, viejos estandartes, lanzas y carcajes de flechas. Si se hiciera un programa de televisión sobre personas con síndrome de Diógenes que, además, se preparan para el fin del mundo, el equipo de rodaje estaría encantado de poder grabar el interior de la fortaleza de Ares.

Allí dentro tenía muchas cosas de valor. Solo su colección de armas debía de costar millones. Sin embargo, la fortaleza estaba custodiada por docenas de dioses menores de la guerra, como Vandalismo, Rabia, Amenaza, Ira al Volante y Gestos Obscenos. En la puerta principal había uno de esos carteles que dicen: «¡Olvídate del perro guardián! ¡Cuidado con el dueño!».

Los griegos no veneraban demasiado a Ares. Les pasaba con él lo mismo que a Zeus: Ares formaba parte de la familia del Olimpo y había que tolerarlo; a veces daba miedo, pero era quejica e irritante, y siempre conseguía que mataran a alguien.

Claro que había excepciones, como la ciudad de Esparta, donde adoraban a Ares. Por supuesto, eran los machos más machos de Grecia, los que comían clavos y esteroides para desayunar, así que supongo que tenía sentido.

En el centro de la ciudad había una estatua de Ares encadenada. La teoría era que, si lo mantenían sujeto con grilletes, no los abandonaría, y de ese modo los espartanos siempre tendrían valor y saldrían victoriosos de cualquier batalla.

De todos modos... ¿encadenar al dios de la guerra? Eso sí que es *hardcore*.

Los espartanos también hacían sacrificios humanos en honor de Ares, así que ya veis por qué se llevaban tan bien con él, aunque lo de los sacrificios les fastidió bastante el tema del turismo.

En Tracia, en las tierras del norte en las que se crio Ares, los mortales lo adoraban en la figura de una espada. A lo mejor le pintaban una carita sonriente en la hoja y lo llamaban señor Ares. No estoy seguro. Pero cuando llegaba el momento de sacrificar ovejas, vacas o personas, afilaban la espada sagrada y lo dejaban todo pringado.

¿Otro club de fans de Ares? El reino de las amazonas. En su cultura, las mujeres estaban al mando, y aquellas damas sabían luchar. Las primeras amazonas fueron las hijas semidiosas de Ares. El dios entregó a la reina amazona original un cinturón mágico que otorgaba una pasada de habilidades de combate. Las reinas amazonas se lo pasaban de generación en generación.

Ares siempre cuidaba de las amazonas cuando iban a la guerra. A aquellas guerreras les gustaba tanto el papi dios de la guerra que le construyeron un templo en una isla cercana que estaba protegida por algunos de los pájaros sagrados de Ares. Imaginaos una bandada de seis millones de cuervos, todos con plumas como dardos afilados que podían dispararse con la suficiente fuerza como para atravesar el casco de un barco. Sí, la isla estaba bien protegida.

Por si no bastara con aquellas demostraciones de amor, Ares también tenía dos arboledas sagradas: una en el centro de Grecia y otra en un lugar llamado la Cólquida, en el extremo oriental, a orillas del mar Negro. Estas arboledas eran oscuros bosques de robles en los que se podía rezar para pedir la victoria en la batalla; pero había que ser muy valiente, ya que las dos estaban custodiadas por un dragón.

Aquellos dos enormes monstruos eran hijos de Ares. ¿Quién era la madre? ¿Cómo puede engendrar dragones un dios? No lo sé, pero está claro que los dragones heredaron la encantadora personalidad de su padre. Atacaban a todo lo que se movía y les encantaba comer carne humana. Si conseguías recoger los dientes de los dragones —se les caían continuamente, como los de los tiburones—, podías plantarlos en el suelo y cosechar *spartoi* o esqueletos guerreros.

Sin embargo, no era nada fácil conseguir los dientes, ya que los dragones nunca dormían, escupían veneno, tenían un oído excelente y odiaban que los mortales fueran por allí en busca de recuerdos, y que encima ni siquiera gastaran dinero en la tienda de regalos del Bosque Sagrado.

Al final, los dos dragones acabaron muertos, lo que fue una pena para... bueno, no fue una pena para nadie, salvo para Ares.

El primero en caer fue el del centro de Grecia. Un tipo llamado Cadmo pasaba por allí, al frente de un grupo de colonos que querían fundar una nueva ciudad. El Oráculo de Delfos le había dicho que siguiera a una vaca hasta que cayera agotada, y allí donde cayera sería el mejor lugar para construir su ciudad.

No sé. ¿Vosotros seguiríais a un tío que va siguiendo a una vaca? Al parecer, a la gente de Cadmo no le importó y se quedaron con él hasta que su vaca

especial cayó rendida. Todos lanzaron vítores de alegría.

—¡Este es el lugar! —anunció Cadmo—. ¡Empecemos a construir! Ah, ¿y qué tal si matamos a la vaca como sacrificio a los dioses?

En ese momento, la vaca seguramente pensó que más le habría valido seguir andando, pero ya era demasiado tarde.

Los colonos se pusieron manos a la obra. Al cabo de unas horas, Cadmo y sus constructores tenían calor y estaban sedientos.

—¡Tengo que beber agua! —exclamó uno de los hombres—. ¿Te has traído una nevera o algo?

Cadmo frunció el ceño. Sabía que tenía que haber cogido una nevera. Para colmo, llevaban kilómetros sin encontrar una tienda de comestibles. Oteó el horizonte hasta que distinguió un denso robledal a lo lejos.

—Los árboles necesitan mucha agua —dijo—. Por allí tiene que haber un río o un manantial. —Señaló a algunos de sus hombres—. Vosotros cinco, id al bosque con cubos y traednos agua. Y si veis un KFC o algo así, tampoco nos vendría mal.

Como podéis imaginar, el bosque era la arboleda sagrada de Ares.

Y sí que había un manantial, claro. Borboteaba en el interior de una cueva, en el centro de la arboleda, y alimentaba un bonito estanque de agua dulce que resultaba que era también el abrevadero del dragón.

Los cinco tíos entraron en la arboleda con sus cubos.

Encontraron la cueva.

—¿Qué son esas cositas puntiagudas del suelo? —preguntó uno de ellos.

—¿Puntas de flecha? —aventuró otro.

—No, parecen dientes de dragón —dijo un tercero.

Todos se rieron, nerviosos. Porque los dragones no existen, ¿no?

Entonces, el dragón salió de la cueva y se los comió.

Solo escapó uno de ellos, seguramente porque el dragón estaba demasiado lleno para salir corriendo detrás de él.

El hombre llegó al lugar de la obra corriendo y gritando, horrorizado:

—¡Un dragón! ¡Enorme! ¡Come gente!

Mientras los colonos lo rodeaban, Cadmo logró calmar un poco al

superviviente. Cuando este le hubo contado toda la historia, agarró su fiel lanza y dijo:

—No voy a permitir que ningún dragón se coma a mis trabajadores.

Un sacerdote que estaba al fondo del grupo se aclaró la garganta.

—Estooo, ¿señor? Esa arboleda tiene toda la pinta de ser un lugar sagrado de Ares. Si matas al dragón del dios...

—¡Tengo que matarlo! —exclamó Cadmo—. La vaca me ha dicho que construyera una ciudad aquí, ¡y no puedo tener a un dragón de vecino! ¿Vas a negar la sabiduría de la vaca muerta, anciano?

—Oh, no... no, señor.

El sacerdote pensó que lo mejor era callarse.

Cadmo entró en la arboleda, lanza en mano, y como era un figura se dirigió directamente hasta el dragón (que de verdad que estaba demasiado lleno para defenderse como debía) y le atravesó la cabeza.

Al instante se encendió una luz al lado de Cadmo, y de ella surgió la diosa Atenea.

—¡Bien hecho, Cadmo! —lo felicitó la diosa—. ¡Has matado al dragón de Ares!

Cadmo parpadeó.

—Entonces... ¿no me he metido en un lío?

—Ah, sí, en un lío tremendo —respondió ella alegremente—. Algún día, Ares se vengará de ti. Pero, por ahora, estás bajo mi protección. Necesito que fundes una ciudad que se llamará Tebas.

—¿En el sitio donde cayó la vaca? Porque el Oráculo fue muy preciso.

—Sí, sí, ahí me vale. Pero lo primero es lo primero: vas a necesitar a algunos buenos guerreros para defender vuestra nueva ciudad. Coge los dientes de este dragón y siémbrales como si fueran semillas. ¡Riégalos con un poco de sangre y ya verás lo que pasa!

Atenea desapareció.

Cadmo no estaba seguro de si debía robar la dentadura del dragón, sobre todo si ya estaba en la lista negra de Ares, pero hizo lo que le había ordenado Atenea. Cuando terminó de plantar los dientes, un puñado de esqueletos guerreros de superélite brotó del suelo, y estos guerreros se convirtieron en los primeros soldados del nuevo ejército de Tebas.

Cadmo construyó su ciudad. Durante un tiempo, todo salió de maravilla. Los

dioses llegaron a darle por esposa a una diosa menor, Harmonía, que era hija de Afrodita y Ares. Harmonía se volvió mortal para compartir su vida con Cadmo, lo cual suponía un gran honor.

Ares no estaba contento. Primero, aquel tío, Cadmo, le mata al dragón. Después, los otros dioses se ponen en plan: «¡Oh, no, no puedes matarlo! ¡El destino de Cadmo es fundar una ciudad muy importante!». Como si Tebas fuera importante, ¡por favor! ¿Qué clase de nombre era ese? No era tan guay como Esparta. Además, ya había una ciudad llamada Tebas en Egipto, ¡así que tener una en Grecia solo serviría para confundir a la gente!

Para colmo, los otros dioses decretaron que el imbécil asesino de dragones se casara con la hija de Ares. Aquello no tuvo ninguna gracia.

Por el bien de su hija, Ares intentó mantener la calma; pero odiaba a su yerno. Finalmente, un día vio a Cadmo junto a la arboleda sagrada, mirando el sitio en el que había matado al dragón, años atrás.

Por algún motivo, aquello lo cabreó.

El dios de la guerra se apareció frente a él.

—¿Qué estás mirando, inútil? ¿El sitio en el que mataste a mi dragón? Odias a los reptiles, ¿no? Bueno, pues ¿sabes qué te digo? ¡Que te vas a convertir en uno!

¡Pum! Ares convirtió a Cadmo en serpiente.

Por desgracia, la reina Harmonía acababa de llegar en busca de su marido, así que lo vio todo y gritó:

—¡Papá! ¿Qué has hecho?

—¡Se lo merecía!

—¡Lo amo! ¡Devuélvele su forma!

—Ah, de modo que lo eliges a él antes que a mí, ¿eh? ¿Con esas estamos? ¡Pues seguro que prefieres hacerle compañía!

¡Pum! Convirtió a su propia hija en serpiente, y el rey y la reina de Tebas se alejaron arrastrándose por el suelo.

Así fue como Ares se vengó. Pero cuando las serpientes Cadmo y Harmonía murieron, Zeus envió sus almas al Elíseo para que pudieran vivir juntos en paz y felices para siempre. (Eso sí, no se lo contéis a Ares, que seguro que va para allá y vuelve a transformarlos...).

En cuanto a la otra arboleda sagrada de Ares, la de la Cólquida, las cosas sucedieron de otro modo. El rey era un tío llamado Eetes (que suena casi como a pedetes, pero no). Su mayor hazaña fue que el Vello de Oro —esa



alfombra de piel de oveja que es pariente mía— acabara en su reino, lo que hacía que aquel lugar fuera inmune a las enfermedades, las invasiones, las caídas de la bolsa, las visitas de Justin Bieber y cualquier otro desastre natural.

Eetes no era hijo de Ares, pero sí un gran adorador suyo. Se desvivía por iniciar guerras y matar a toda la gente posible, solo con tal de conseguir puntos en el programa de incentivos de Ares. El rey Eetes no tardó en ganar todos los premios.

Ares envió a su segundo dragón a proteger el Vellocino de Oro, que estaba colgado de un roble en la arboleda sagrada de Eetes. El dragón solo era amable con el rey, y solo a él le dejaba recoger sus dientes. Después, Eetes iba al Campo de Ares y plantaba los dientes para cosechar un ejército de esqueletos soldado cada vez que lo necesitaba. Pero no penséis que tenía un simple tractor viejo, sino que Ares le dio al rey un arado especial tirado por bueyes de metal con aliento de fuego. Y para que el rey estuviera protegido del fuego, el dios le dio una armadura ignífuga, a prueba de balas y de todo, que Ares había ganado durante la guerra contra los gigantes (que es otra historia que no viene al caso).

Como si los bueyes metálicos, los esqueletos guerreros y el dragón no ofrecieran suficiente seguridad, Ares también construyó un muro alrededor de toda la zona, de modo que nadie pudiera acercarse ni al campo ni a la arboleda. Teniendo en cuenta que el reino de la Cólquida estaba más o menos al final del mundo conocido, las posibilidades de que alguien fuera hasta allí para robar su Vellocino de Oro eran bastante escasas.

Por supuesto, alguien fue a robarlo. Su nombre era Jasón. Pero esa historia también la reservaremos para mejor ocasión. Por ahora, dejaremos a Eetes en la Cólquida, satisfecho y confiado, adorando a Ares y pensando: «Sí, lo tengo todo controlado».

Pero ni siquiera el dios de la guerra podía matar a quien le diera la gana sin que nunca le pasara nada. A veces, Ares tenía que dar explicaciones a los demás dioses. De hecho, fue el acusado en el primer y único juicio por asesinato a un dios. (El episodio piloto de *Ley y Orden: Olimpo* ).

Sucedió así: había un semidiós bastante imbécil, hijo de Poseidón, llamado Halirroto. No lo reivindicó como hermano. Solo con oír su nombre, ya se sabe que no era trigo limpio; suena a enfermedad o algo así. Creo que voy a llamarlo Hal.

En fin, que Hal vivía en Atenas. Se enamoró de una bella princesa ateniense llamada Alcipe, que resulta que era la hija de Ares; pero Alcipe no quería nada con él. ¿Un hijo de Poseidón? ¡Qué asco!

Hal no se rindió. Seguía a Alcipe a todas partes, la acosaba en Facebook, le sabotaba las citas y, básicamente, se comportaba como un cretino.

Entonces, una noche, Hal arrinconó a Alcipe en un callejón oscuro. Cuando ella intentó huir, él la derribó. La princesa empezó a gritar, a dar patadas y a

chillar pidiendo ayuda.

Al final, se le ocurrió decir:

—¡Papá! ¡Ares!

Y eso funcionó.

Ares apareció en un segundo y, de un tirón, apartó al joven de encima de Alcipe.

—¿Te atreves a molestar a mi hija? —bramó el dios, con tanta potencia que las mejillas del chaval temblaron por la fuerza de la gravedad.

—¡Lo siento, señor! —respondió Hal—. ¡Me rindo! ¡No me haga daño!

—No, no te haré daño —le prometió Ares—. ¡Voy a matarte!

El dios de la guerra sacó un cuchillo y convirtió a Hal en un queso suizo de semidiós. Después lo estrelló contra el suelo y le dio unas cuantas patadas al cadáver, para asegurarse.

La escena fue tan asquerosa que ocupó las noticias durante varios meses. Todos los comentaristas mortales se preguntaban: «La violencia divina contra los mortales: ¿habrá llegado demasiado lejos?». Básicamente, dejaban muy mal al monte Olimpo.

Poseidón exigió que Ares fuera juzgado por asesinato, ya que Hal era hijo suyo.

Ares estalló.

—¡Fue en defensa propia!

—¿Defensa propia? —se burló Poseidón—. El chico se rindió. Después lo apuñalaste seiscientas veces y le pisoteaste la cara. ¿Cómo va a ser eso defensa propia?

—¡Estaba defendiendo a mi hija, barba de percebe! ¡El bribón de tu hijo intentaba violarla!

Poseidón y Ares se remangaron para luchar —lo que habría estado bien, porque mi padre habría destrozado a aquel idiota—, pero Zeus los detuvo.

—¡Ya basta! —exclamó—. Haremos un juicio, tal como se solicita. Yo seré el juez. Los demás dioses, el jurado.

Juzgaron a Ares en una colina de Atenas. Zeus insistió mucho en llamar a testigos y escuchar todos los testimonios. No sé qué habría pasado si hubieran condenado a Ares. Puede que Zeus lo hubiese lanzado al Tártaro o lo hubiese condenado a mil años de servicios a la comunidad, recogiendo basura

a un lado de la autopista. Sin embargo, al final los dioses lo declararon inocente. Claro que se había pasado un poco al ensañarse de aquella manera con el cadáver de Hal, pero lo había pillado atacando a su hija. Eso no estaba bien. ¡Solo los dioses podían hacer algo así!

La colina en la que celebraron el juicio todavía existe. Si alguna vez pasáis por Atenas, echadle un vistazo. Se llama Areópago, la colina de Ares, y en los tiempos antiguos los atenienses construyeron en su cima un tribunal donde celebraban todos los juicios por asesinato. Supongo que pensaron que si el lugar era lo bastante bueno para juzgar a Ares, también lo sería para sus psicópatas mortales, sus asesinos del hacha y esas cosas.

En cuanto a mí, estoy de acuerdo en que Ares tenía derecho a defender a su hija, pero sigo pensando que Poseidón debería haberle dado una paliza; habría sido una pasada verlo.

Una historia más sobre el dios de la guerra, porque quiero acabar con algo que lo haga parecer un fracasado (lo que, sinceramente, no cuesta mucho).

Una vez, dos hermanos gigantes llamados Oto y Efialtes decidieron que iban a destruir a los dioses. ¿Por qué? Seguramente Gea, la Madre Tierra, les metió la idea en la cabeza, o puede que simplemente se aburrieran. A los hermanos gemelos los llamaban los Alóadas, que quiere decir «los que aplastan». No sé si tenían disfraces de luchadores a juego o qué.

Como casi todos los gigantes, eran... bueno, eran gigantescos. Empezaron a arrancar montañas de cuajo y a colocarlas unas encima de las otras para construir una torre de asalto desde la que destruir el monte Olimpo con rocas, igual que Zeus destruyó el monte Otris en los viejos tiempos.

Los dioses miraron abajo desde su palacio y vieron a aquellos dos enormes gigantes apilando montañas, cada vez más cerca, y Zeus dijo:

—Alguien debería detenerlos.

—Sí —coincidió Hera.

Nadie se presentó voluntario. Fue poco después del fiasco con el gigante de las tormentas, Tifón, y todos los dioses seguían todavía un poco conmocionados. La idea de luchar contra dos gigantes enormes no los atraía demasiado.

Por fin, Hera dijo:

—Ares, tú eres el dios de la guerra; deberías ir a luchar contra ellos.

—¿Yo? —preguntó Ares con voz chillona—. Quiero decir... está claro que podría destruirlos si quisiera, pero ¿por qué yo? Atenea es una diosa de la guerra, ¡envíadla a ella!

—Ah, pero yo soy sabia —respondió Atenea—. Lo bastante para hacerte ir a ti.

Ares maldijo, pero no consiguió rebatir su lógica. Recogió su armadura, saltó al interior de su carro y bajó disparado por la ladera del monte Olimpo, gritando y agitando la lanza.

Aquello no impresionó a los gigantes, que ya esperaban un ataque. De hecho, habían fabricado unas cadenas superfuertes para la ocasión y habían montado una trampa con ellas, colocándolas en el suelo, en el camino por el que pasaría el carro, y cubriéndolas con ramas, gravilla y demás.

Cuando Ares cargó contra ellos, los gigantes se pusieron a ambos lados, tiraron de los extremos de las cadenas y levantaron una barrera que los caballos no pudieron esquivar.

¡Pum!

Los caballos salieron volando. El carro estalló en un millón de pedazos. Ares no llevaba el cinturón de seguridad puesto, así que voló unos cien metros, se dio un buen porrazo contra el suelo y se habría roto el cuello de haber sido mortal. Mientras seguía aturdido, los gigantes lo ataron con sus enormes cadenas y se lo llevaron.

—Vaya desastre —comentó Atenea, asomándose desde el monte Olimpo—. Están secuestrando a Ares.

—Ay, qué pena —bostezó Poseidón.

—Deberíamos ayudarlo —dijo Hera, aunque ni siquiera ella parecía muy entusiasta.

Antes de que alguno de los dioses se decidiera a hacer algo, los Alóadas desaparecieron en las montañas. Se llevaron a Ares a una cueva lejana y lo embutieron en una gran tinaja de bronce, donde estuvo metido trece meses, asfixiado y muerto de calor.

Ares intentó romper las cadenas, pero eran demasiado fuertes para él. Chilló, gritó y amenazó, pero cada vez estaba más débil, sin néctar para beber ni ambrosía para comer, así que al final se limitaba a gemir y a suplicar que lo dejaran salir.

Zeus no se molestó en organizar una misión de salvamento.

Los Alóadas no paraban de mandar peticiones de rescate.

—¡Abre las puertas si no quieres que destruyamos a tu hijo! ¡Vamos en serio! ¡De verdad! Vale, ¿y un millón de dracmas en oro? ¡Te juro que vamos a hacerle daño! ¡Venga, chicos! ¡Que tenemos a vuestro hijo metido en una tinaja! ¿No queréis recuperarlo?

Los gigantes no obtuvieron ninguna respuesta del monte Olimpo. Puede que Ares hubiera seguido marchitándose (y a mí no me habría importado lo más mínimo), pero los gigantes gemelos tenían una madrastra llamada Eribea, y

era una mujer bondadosa que se apiadó de Ares. O puede que simplemente se cansara de oírlo gimotear dentro de la tinaja.

Una noche salió a escondidas de la cueva y buscó al dios mensajero Hermes.

—Oye —le dijo—, puedo enseñarte dónde tienen encerrado a Ares. Puedes colarte y rescatarlo.

Hermes arrugó la nariz.

—¿De verdad tengo que hacerlo? —preguntó.

—Bueno, si no lo haces, mis hijastros se cansarán de pedir rescates y continuarán construyendo su torre descomunal para asediar y destruir el Olimpo.

—Oh —suspiró Hermes—. Vaaale.

Así que Hermes entró a escondidas en la cueva y rescató a Ares. Volvieron volando al monte Olimpo, donde, al ver a Ares tan pálido y tan desmejorado, los demás dioses se enfadaron y se avergonzaron. Odiaban a Ares, pero no iban a permitir que nadie tratara así a una divinidad olímpica.

Los dioses se unieron y, al final, lograron destruir a los gemelos Alóadas.

En cuanto a Ares, recuperó su peso de combate e hizo como si el incidente no hubiera sucedido; pero después de aquello empezó a sentir debilidad por los prisioneros de guerra. Si los tratabas mal, Ares te cogía por banda y tenía contigo una conversación muy seria.

Además, a partir de entonces tuvo un miedo atroz a las tinajas.

Creo que para Navidad voy a regalarle una bien chula.

## Hefesto me fabrica una llama dorada

(bueno, en realidad no, pero debería)

Si queréis ver fotos de Hefesto de bebé, me temo que no estáis de suerte.

Cuando nació era tan feo que su amorosa madre, Hera, lo lanzó Olimpo abajo como si fuera una bolsa de basura. Si alguien le hubiera sacado una foto, en ella se habría visto al pequeño y feúcho Hefesto desplomándose entre las nubes con cara de sorpresa, como diciendo: «Mami, ¿por qué?».

¿Qué pasó después? Bueno, Hera esperaba no ver nunca más al crío.

Sin embargo, Hefesto acabó volviendo como un bumerán y le pegó un buen porrazo en la cabeza a su madre. Adoro a este tío.

El bebé Hefesto cayó al mar, donde lo rescató la jefa de las nereidas, los cincuenta espíritus marinos: Tetis. Ella es la chica que después liberó a Zeus cuando los dioses lo ataron.

En fin, que a Tetis le dio pena el pobre bebé y decidió criarlo en una cueva submarina secreta.

No le importaba que fuera feo. Vivía entre medusas, anguilas y rapés, así que no creía que Hefesto tuviera tan mala pinta. Sí, tenía las piernas deformes y demasiado escuálidas para soportar su propio peso sin muletas o aparatos ortopédicos. Era demasiado peludo y tenía que afeitarse unas cinco veces al día, incluso de bebé. Tenía la cara roja y llena de bultos, como si durmiera dentro de una colmena de abejas africanas asesinas. Sin embargo, la parte superior de su cuerpo era fuerte y saludable. Tenía manos hábiles y era sagaz. Al crecer, desarrolló un verdadero talento para la construcción y la artesanía, como los cíclopes mayores. Si le dabas al crío un cubo de Lego y volvías al cabo de una hora, te había hecho un misil balístico de largo alcance que funcionaba de verdad.

Menos mal que Tetis no quería dominar el mundo, sino tener joyas. Hizo que Hefesto le fabricara intrincados collares de oro, elegantes pulseras de perlas y coral, y coronas de neón que se iluminaban y mostraban distintos mensajes, como «Feliz Año Nuevo» o «Ponga aquí su anuncio», así que cuando iba a las fiestas era la que llevaba siempre las joyas más relucientes.

Hefesto se pasó nueve años bajo el océano como herrero personal de Tetis. Disfrutaba con el trabajo y adoraba a su madre adoptiva, pero también deseaba vengarse de Hera.

En su tiempo libre, trabajaba en un mueble especial —un regalo peligroso para su peligrosa madre— y soñaba con el día en que regresara al Olimpo.

Finalmente terminó su proyecto y se despidió de Tetis.

—Querida madre adoptiva —le dijo, arrodillándose a sus pies, lo que no le resultaba sencillo, dado que tenía las piernas torcidas, atrofiadas y envueltas en aparatos ortopédicos dorados—. Debo regresar a casa y ocupar mi lugar entre los dioses.

Tetis siempre había sospechado que llegaría aquel día, pero igualmente se puso a llorar.

—No te apreciarán —le advirtió—. Solo te juzgarán por tu aspecto.

—Entonces es que son idiotas —respondió Hefesto—. Me da igual lo que piensen los demás. Mi madre me tiró por la ventana y tiene que pagar por ese insulto.

Tetis no podía discutirsele, así que le deseó buena suerte y el dios se embarcó en su viaje al Olimpo. Subió a la montaña en burro porque le gustaban los burros. Eran feos y tozudos, cómicos, pero fuertes y robustos. Hefesto se veía reflejado en ellos. Y si se te ocurría subestimar o maltratar a un burro, lo más seguro era que te saltara los dientes de una cox.

Detrás de Hefesto avanzaba muy despacio toda una caravana de mulas cargadas de regalos especiales para los dioses.

Hefesto se dirigió directamente a la sala del trono del Olimpo, y los demás dioses guardaron silencio, asombrados.

—¿Quién es ese? —preguntó Ares.

Hera ahogó un grito.

—No puede ser —dijo.

—¡Madre! —exclamó Hefesto, sonriendo—. ¡Soy yo, Hefesto!

A Zeus se le atragantó el néctar.

—¿Acaba de llamarte madre?

Hefesto se bajó del burro, haciendo crujir sus aparatos ortopédicos.

—Oh, ¿nunca te ha hablado de mí, padre?

(En realidad, Zeus no era su padre, ya que Hera había creado al bebé ella sola; pero Hefesto decidió no detenerse en los tecnicismos).

—Seguramente se le pasó —añadió Hefesto, esbozando una sonrisa grotesca—. Verás, Hera me dejó caer de lo alto del monte Olimpo cuando era un bebé. Pero tranquilos, queridos padres, que, como veis, ¡sobreviví!

—Oh —dijo Hera—. Qué... bien.

Hefesto les contó su historia, que se había criado en el fondo del mar y tal.

—¡Y he traído regalos! —anunció, bajando los grandes paquetes que cargaban sus mulas—. ¡Tronos nuevos para todos!

—¡Tronos! —exclamó Ares, que se levantó de un salto, emocionado.

Los otros dioses fueron algo más precavidos, pero se entusiasmaron bastante cuando vieron los resultados de la destreza de Hefesto.

Para Zeus había un asiento de oro macizo con reposavasos en los brazos, apoyo lumbar y armazón para rayos incorporado. El trono de Deméter estaba hecho con tallos de trigo de oro y plata. Poseidón recibió una silla de capitán de barco con un hueco para el tridente y la caña de pescar. El trono de hierro de Ares estaba tapizado de cuero y tenía muchos pinchos incómodos y alambre de espino en los reposabrazos.

—Me encanta —dijo Ares—. ¿Es cuero corintio?

—En realidad es piel mortal —respondió Hefesto.

A Ares se le empañaron los ojos.

—Es el regalo más bonito... No tengo palabras para...

Todos los tronos nuevos de los dioses eran completamente adaptables y con ruedas, así que los olímpicos acabaron rodando por el palacio y girando en sus asientos.

—¿Los has hecho tú? —preguntó Apolo mientras acariciaba el respaldo de su sillón, que tenía forma de arpa gigante—. ¡Son increíbles!

—Pues sí —respondió Hefesto—. Soy el dios de los herreros y los artesanos. Puedo fabricar casi de todo. —Sonrió a Hera—. Madre, ¿no vas a probar tu trono?

Hera se hallaba al lado de su nuevo asiento, que estaba hecho de adamantino, un metal superfuerte, de un reluciente blanco translúcido, una especie de mezcla de plata y diamantes. Aquel trono era lo más bonito que había visto Hera en su vida, pero temía sentarse en él. No podía creerse que Hefesto se portara tan bien con ella.

No obstante, los demás dioses estaban dando vueltas por la sala, pasándose lo en grande, así que cedió.

—Muy bien... esto... muy bien, hijo mío. El trono es precioso.

Se sentó. Al instante, unos cables invisibles la sujetaron con tanta fuerza que le impedían respirar.



—Ajjj —resopló.

Intentó cambiar de forma, pero sin éxito. Cuanto más se resistía, más la apretaban los cables. Trató de relajarse. Los cables invisibles la estrujaron hasta que se quedó pálida, se le salieron los ojos de las órbitas y todo el icor de su cuerpo se le acumuló en las manos y los pies.

—¿Madre? —preguntó Ares—. ¿Por qué estás tan quieta? ¿Y por qué se te han hinchado los pies y las manos y despiden un brillo dorado?

—Ayuda —logró gemir ella.

Los dioses se volvieron hacia Hefesto.

—Vale —masculló Zeus—, ¿qué has hecho?

Hefesto arqueó las pobladas cejas.

—Bueno, padre, creía que lo aprobarías. Ahora tendrás una mujer mucho más silenciosa. De hecho, no volverá a levantarse de esa silla.

Hera chilló, alarmada.

—Me lanzaste por la ventana —le recordó Hefesto—. Era feo, un tullido, así que me tiraste montaña abajo. Quiero que lo pagues con tu sufrimiento, querida madre. Piensa en todo lo que podría haber hecho para ti si me hubieras tratado bien. Entonces quizá comprendas que tiraste algo valioso, que nunca hay que juzgar a un dios por su aspecto.

Tras decir aquello, Hefesto se acercó cojeando a su burro y lo ensilló para marcharse.

Ninguno de los otros dioses intentó detenerlo. Quizá temieran que sus tronos estallasen o que de sus asientos brotaran cuchillas de batidoras industriales.

Hefesto bajó al mundo mortal y se estableció en una de las ciudades griegas. Allí fabricó herraduras, clavos y otros objetos sencillos que no requerían demasiado esfuerzo. Esperaba que la venganza lo hiciera sentir mejor, pero no fue así: se sentía aún más vacío y enfadado que antes.

Mientras tanto, en el Olimpo, los otros dioses se habían cansado de oír a Hera gimotear. Lo intentaron todo para liberarla: cizallas, rayos, grasa de beicon, 3-EN-UNO... Todo fue inútil.

Al final, Zeus dijo:

—Ya basta. Ares, ve a buscar a tu hermano Hefesto y convéncelo de que libere a tu madre.

Ares esbozó una sonrisa cruel.

—Oh, lo convenceré, no te preocupes.

Ares preparó su carro de guerra. Se puso su flamígera armadura dorada y cogió su lanza ensangrentada y su escudo manchado de vísceras. Sus hijos, Fobos y Deimos, engancharon los caballos que echaban fuego por la nariz y salieron todos juntos.

Atravesaron la ciudad de los mortales sembrando el pánico y aplastando a todo el que se les ponía delante. Irrumpieron en el patio de la herrería de Hefesto, donde el dios lisiado estaba arreglando una tetera.

Los caballos se encabritaron y echaron fuego por la nariz. Fobos y Deimos desencadenaron oleadas de terror que provocaron sesenta y cinco ataques al corazón en el barrio.

Ares apuntó con la lanza a Hefesto.

—¡Suelta a Hera inmediatamente!

Hefesto levantó la mirada.

—Lárgate, Ares —le dijo, y siguió arreglando su tetera.

Fobos y Deimos se miraron con perplejidad.

La lanza de Ares vaciló, ya que esperaba una reacción distinta.

Volvió a intentarlo.

—¡Suelta a Hera o enfréntate a mi ira!

Sus caballos resoplaron fuego sobre Hefesto, pero las llamas solo le hicieron cosquillas.

El dios herrero suspiró.

—Ares, en primer lugar, las amenazas no me gustan. En segundo lugar, ¿te crees fuerte solo porque peleas mucho? Prueba a pasarte el día trabajando en una forja. Como vuelvas a amenazarme, te demostraré lo que es ser fuerte.

Hefesto flexionó los brazos para que le viera bien los bíceps.

—En tercer lugar —continuó—, soy el dios del fuego. Tengo que serlo, ya que me gano la vida fundiendo metal. He forjado armas de hierro y bronce en el núcleo de volcanes submarinos, así que no pretendas asustarme con tus ponis.

Hefesto hizo un gesto con la mano en dirección a Ares, como si espantara una mosca. Se alzó del suelo una rugiente cortina de fuego y anegó el carro del dios de la guerra. Cuando las llamas se extinguieron, las crines de los caballos estaban chamuscadas, las ruedas se habían convertido en óvalos planos, y

Fobos y Deimos tenían la piel cubierta de una fina capa de carbón y se les habían derretido los cascos sobre las cabezas, como huevos fritos.

La armadura de Ares humeaba. El precioso penacho de su casco de guerra estaba ardiendo.

—Última oportunidad —le advirtió Hefesto—: vete.

Ares se volvió y huyó. Su carro iba traqueteando sobre las ruedas torcidas, dejando un inequívoco olor a dios de la guerra a la brasa.

Los olímpicos probaron distintas tácticas para convencer a Hefesto de que liberara a su madre. Enviaron a varios embajadores.

Pero no lograron convencerlo.

En el Olimpo, Zeus alzó las manos y suspiró.

—Bueno, supongo que Hera tendrá que quedarse para siempre en ese maldito trono.

—¡Hmpph! —dijo Hera; el icor hacía que su rostro emitiera un brillo dorado.

Entonces apareció el héroe más inesperado: Dioniso, el dios del vino.

—No te preocupes —le dijo a Zeus—. Yo sé cómo tratar a Hefesto.

Los otros dioses se quedaron mirándolo.

—¿Tú? —dijo Ares—. ¿Y qué vas a hacer tú? ¿Amenazarlo con un buen Chardonnay?

—Ya lo verás —respondió Dioniso, sonriendo.

Dioniso bajó volando a la tierra y empezó a frecuentar la herrería. No exigió nada a Hefesto, no lo amenazó ni le hizo chantaje emocional. Se limitó a charlar con él, a contarle historias graciosas y a ser agradable.

Bueno, mi experiencia con el señor D es muy distinta, pero, al parecer, podía ser encantador cuando se lo proponía. Antes había sido mortal y llevaba poco tiempo como dios, así que no se lo tenía tan creído como los otros olímpicos. No le importaba relacionarse con humanos y herreros feos. Se llevaba bastante bien con Hefesto.

Tras varias semanas pasando tiempo juntos, Dioniso dijo:

—Tío, trabajas demasiado, ¡necesitas un descanso!

—Me gusta trabajar —masculló Hefesto.

Lo cierto era que cuando estaba en la herrería se olvidaba del dolor. A pesar

del éxito de su venganza contra Hera, Hefesto no se libraba de su rabia y su amargura. Seguía siendo un dios marginado, tan infeliz como antes.

—Esta noche te llevaré por ahí —le dijo Dioniso—. Nos iremos de tabernas, y te enseñaré una cosita que he inventado; se llama vino.

—¿Es una máquina? —preguntó Hefesto con el ceño fruncido.

—Bueno... —empezó a decir Dioniso, con un brillo en los ojos—. Tiene su utilidad, ya lo verás.

Vale, chicos, el vino es alcohol. Una bebida para mayores.

«Jo, señor Percy Jackson —diréis—, ¿no podemos beber un poco de vino?».

No, no, chicos. El vino es peligroso. Que no me entere yo de que alguno de vosotros bebe vino hasta que tenga, al menos, treinta y cinco años. Y entonces también deberéis tener una receta médica y el permiso de vuestros padres. Y bebed con moderación (como un trago al mes o así). ¡Y no manipuléis maquinaria pesada con una copa en el cuerpo!

Bueno, creo que con esto cubrimos el tema legal. Sigamos con la historia.

Aquella noche, Dioniso se llevó a Hefesto de copas. Hefesto enseguida se puso a llorar y a contarle toda su vida y milagros a Dioniso.

—Te... te quiero, tío —sollozaba Hefesto—. Nadie más me comprende. Bueno, salvo estos tíos —añadió, señalando su cuenco de cacahuets—. Ellos me comprenden, pero... pero nadie más.

—Hum —asintió Dioniso, comprensivo—. Debe de haber sido difícil vivir en el fondo del mar, rechazado por tu propia madre.

—Ni te lo imaginas. Fue... —Hefesto se sorbió los mocos, buscando la palabra correcta—. Fue duro.

—Exacto —repuso Dioniso—. ¿Sabes qué te haría sentir mejor?

—¿Más vino? —aventuró Hefesto.

—Bueno, seguramente. Pero también perdonar.

—¿Cómo? ¿Ahora?

—Hera puede ser una bruja —dijo Dioniso—. Créeme, lo sé, pero somos familia, somos dioses. Tenemos que permanecer unidos.

Hefesto miró dentro de su copa, con los ojos bizcos.

—Me tiró a la basura como si fuera una bujía rota.

—No sé muy bien lo que es eso —respondió Dioniso—, pero no puedes guardarle rencor toda la vida. Si te lo guardas dentro, bueno... hasta el mejor vino acaba convirtiéndose en vinagre. ¿La venganza te ha hecho sentir mejor?

—Pues no —contestó Hefesto, frunciendo el ceño—. Necesito más vino.

—No —se negó Dioniso con energía, y eso que negarle una copa a alguien no era propio de él—. Tienes que regresar al Olimpo conmigo ahora mismo y liberar a Hera. Sé el bueno de la película. Demuéstrales a todos que eres mejor que ella.

Hefesto gruñó, masculló y maldijo su cuenco de cacahuets, pero acabó dándole la razón a Dioniso.

Regresó en burro al monte Olimpo; un peligro, porque podrían haberle puesto una multa por montar en estado de embriaguez.

Por suerte, llegó sano y salvo, con Dioniso caminando junto a él. Hefesto se acercó a Hera, y los otros dioses se reunieron a su alrededor.

—Madre, te perdono —dijo Hefesto—. Te dejaré libre, pero tendrás que prometerme una cosa: se acabó lo de lanzar bebés por la ventana. Todas las personas tienen cosas buenas, a pesar de su aspecto. ¿Estás de acuerdo?

—Mmphh —respondió Hera.

Hefesto activó el interruptor de apagado oculto en la parte trasera del trono y liberó a Hera.

Según algunas historias, Hefesto exigió un precio por soltar a Hera. Supuestamente, Poseidón (que odiaba a Atenea) sugirió que Hefesto pidiera a Zeus la mano de la diosa de la sabiduría, y por eso Hefesto la persiguió en aquel infame incidente del pañuelo.

No puedo confirmarlo. Yo creo que Hefesto simplemente se cansó de guardarle rencor a su madre. Después de aquello, Dioniso y él siguieron siendo muy buenos amigos, y Hefesto y Hera dejaron a un lado sus rencillas.

De hecho, cuando Hefesto volvió a meterse en un lío, fue por ayudar a su madre.

Avanzamos rápidamente hasta el momento en que los dioses se rebelaron contra Zeus. Como recordaréis (o quizá no), cuando Zeus se liberó, castigó a la chusma rebelde. Apolo y Poseidón perdieron su inmortalidad durante un tiempo. Hera acabó atada y colgada sobre el abismo.

Hefesto no tomó partido. La rebelión le había parecido una idea estúpida, pero nadie se molestó en pedirle su opinión. Por tanto, Zeus no lo castigó. De todos modos, al dios herrero no le pareció bien que ataran a su madre y la colgaran así del abismo, como un cebo vivo.

Hefesto la oía gritar día y noche. Le molestaba que Zeus pudiera atar a Hera y nadie protestase, porque cuando la ató él, todos lo trataron como si fuera un horrible villano. Y quizá, solo quizá, Hefesto empezara a querer un poquito a su madre; al menos, lo suficiente como para no querer verla colgando sobre la boca de Caos.

Una noche no pudo soportarlo más, salió de la cama, cogió su caja de herramientas y fue a salvarla. Con la ayuda de algunos ganchos arrojadizos, un arnés de seguridad, unas tenazas de podar, cuerda y, por supuesto, cinta adhesiva, consiguió descolgarla de allí y ponerla a salvo.

Hera se mostró sumamente agradecida. Sollozó, abrazó a Hefesto y prometió no volver a decirle que era feo o asqueroso.

Zeus no estaba tan contento. Cuando descubrió lo que había sucedido, entró en el cuarto de Hefesto, rodeado de un aura crepitante de electricidad y con el rostro oscuro como un nubarrón.

—¿¡Sin mi permiso!?! —bramó—. ¡Vas a aprender a respetar mi autoridad!

La mayoría de los padres gritan mucho, te castigan sin salir o te quitan la Xbox. Zeus agarró a Hefesto por el tobillo, lo tiró al suelo y lo arrastró hasta la ventana más cercana.

Hefesto era fuerte, pero tenía piernas débiles. Una vez desequilibrado, no podía defenderse demasiado bien.

Además, Zeus estaba cuadrado. Hacía unas seis horas a la semana de musculación de la parte superior del cuerpo.

—¡*Sayonara*, manitas! —chilló, y lanzó a Hefesto montaña abajo... otra vez.

Hefesto tardó un día entero en caer, con lo que tuvo tiempo de sobra para meditar sobre por qué le habían tocado unos padres tan horribles. Al final se golpeó contra el suelo de la isla de Lemnos con un «¡pumba!» enorme. El impacto no mejoró el ya de por sí lamentable estado de su cuerpo deforme, sus piernas lisiadas y su feo rostro. Se rompió todos los huesos de su cuerpo inmortal y se quedó allí tirado largo rato, incapaz de hacer nada que no fuera sentir un dolor cegador, ardiente y agudo.

Al final lo encontró una tribu llamada los sintias, unos tipos que no eran griegos y que se ganaban la vida como piratas en la costa del Egeo. Tenían mala reputación entre los griegos, pero fueron amables con Hefesto. Cargaron con él hasta su pueblo y lo cuidaron lo mejor que pudieron. Por ello, Hefesto se convirtió en su dios protector. Montó un taller nuevo en Lemnos e hizo de él su cuartel general. Durante varios siglos, los griegos visitaron Lemnos para ver el lugar donde Hefesto cayó por segunda vez. Creían que la tierra de aquel lugar tenía unas propiedades curativas asombrosas, tal vez por todo el icor divino que absorbió el suelo. Un poco de lodo de Lemnos en la piel, y tus moratones desaparecían, tus heridas se curaban. Se creía que aquella tierra curaba incluso del veneno de serpiente.

Así que la próxima vez que os muerda una cobra, ¡no os preocupéis! Comprad un billete a Lemnos y comeos un puñado de tierra. Seguro que os ponéis bien.

Hefesto se curó. Al final regresó al Olimpo. Después de aquello, Zeus y él mantenían las distancias, pero los dos hacían como si el incidente del «*sayonara*, manitas» no hubiera sucedido. Supongo que Zeus lamentaba haberse pasado, mientras que Hefesto no quería tentar a la suerte. Estaba empezando a cansarse de que lo tiraran montaña abajo.

Hefesto se pasaba casi todo el tiempo en sus talleres de Lemnos, bajo el océano o en otras islas del Mediterráneo. En los lugares donde se podía ver un volcán borbotando, humeando y escupiendo lava, era bastante probable que Hefesto estuviese por allí, calentando sus forjas.

Como utilizaba volcanes para alimentar el fuego de sus talleres, Hefesto era el dios de los volcanes. De hecho, la palabra *volcán* procede de su nombre romano, *Vulcanus* o Vulcano. Y no, no es uno de esos tíos de orejas puntiagudas que salen en *La Guerra de las Galaxias*. ¿O es *Star Trek*? Siempre me confundo.

Su animal sagrado era el burro, claro, aunque también le gustaban los perros. Su pájaro favorito era la grulla, seguramente porque tenía unas piernas esmirriadas que no encajaban con el resto de su cuerpo, como le pasaba a cierto herrero.

Lo que más fama daba a Hefesto era su destreza en la forja. Si leéis a los escritores griegos antiguos, los tíos se pasan páginas y más páginas describiendo los escudos y armaduras que fabricó Hefesto: sus colores, su decoración, el tamaño de las arandelas que había usado, cuántos clavos llevaba cada cosa y zzzzzzz...

Lo siento, me duermo solo de pensarlo.

Me limitaré a lo fundamental, pero debéis saber que Hefesto era muy bueno en lo suyo. Hizo tronos para todos los dioses, ¡y la mayoría iban sin trampa! Construyó una flota de trípodes mágicos: mesas de tres patas con ruedas que se desplazaban por el monte Olimpo, llevando a la gente bebidas, aperitivos o lo que fuera. Si estabas en el monte Olimpo y decías: «Vaya, ¿dónde he puesto mi iPhone?», seguro que aparecía uno de esos trípodes, te abría su cajón y, hala, allí estaba el móvil. Eran bastante útiles, aquellos pequeñines.

Hefesto también fabricaba las mejores armaduras y armas. Sí, los cíclopes mayores y los telquines eran buenos artesanos, pero nadie podía igualarse al dios herrero. Heracles, Aquiles y todos los grandes héroes griegos solo utilizaban equipamiento de la marca Hefesto. Y no creo que Hefesto les pagara por la publicidad.

Fabricó unos carros para los olímpicos que tenían mejor suspensión, tracción a las cuatro ruedas, cuchillas giratorias en las ruedas y todo tipo de paquetes de mejoras opcionales. Diseñó de todo, desde joyería hasta palacios. A un tío, el rey de Quíos, le construyó una mansión subterránea completa, como si

fuera un búnker secreto.

Pero la especialidad de Hefesto eran los autómatas: criaturas mecánicas que, básicamente, fueron los primeros robots. En su taller, Hefesto tenía un puñado de mujeres mecánicas de oro que le servían de ayudantes. También fabricó cuatro para el templo de Apolo, para que pudieran cantar sus alabanzas a cuatro voces. Para el rey Alcínoo, Hefesto fabricó un par de perros guardianes metálicos, uno de oro y otro de plata, que eran más listos y más crueles que los perros auténticos. Para el rey Laomedonte fabricó una vid dorada que crecía de verdad; para el rey Minos, un soldado metálico gigantesco llamado Talos que patrullaba los límites de palacio día y noche. Caballos de metal, toros de metal, gente de metal... De todo. Si alguna vez me convierto en rey, fijo que le pido un ejército de gigantescas llamas doradas que escupan ácido.

Vale, lo siento. Me he distraído otra vez.

Lo siguiente que debería contaros es cómo reaccionó Hefesto cuando descubrió que su mujer, Afrodita, lo engañaba. Es una historia bastante triste y no sale ninguna llama, pero Afrodita y Ares acaban humillados, y eso siempre gusta.

Afrodita no quería casarse con Hefesto. Para la diosa del amor eran muy importantes las apariencias, y la de Hefesto era pésima.

Hefesto intentó ser un buen marido. Dio igual. En cuanto se casaron, Afrodita empezó una aventura con el dios de la guerra, Ares, y daba la impresión de que Hefesto era el único que no lo sabía.

¿Por qué estaba tan en la inopia? No lo sé. Tal vez deseara creer que Afrodita podía amarlo. O quizá supusiera que, si hacía lo correcto, lo conseguiría. Desde luego, se daba cuenta de que los demás dioses cuchicheaban y se reían a sus espaldas, pero estaba acostumbrado.

Empezó a sospechar cuando Afrodita tuvo su primer hijo. Hefesto esperaba que el bebé estuviera lisiado, como él, o que al menos heredara algunos de sus rasgos: la cabeza deforme, la cara llena de verrugas, tal vez una barba...

Pero el bebé, Eros, era perfecto: guapo y atlético. También guardaba un asombroso parecido con Ares.

«Vaya —pensó Hefesto—. Qué raro».

El siguiente hijo de Afrodita fue una niña llamada Harmonía, y tampoco se parecía en nada a Hefesto. El herrero empezó a sentirse incómodo. Cada vez que se refería a Harmonía como «mi hija», le daba la impresión de que los demás dioses se aguantaban la risa. ¿Y por qué intercambiaban miradas cómplices Afrodita y Ares?

Al final, el titán del sol, Helios, sintió lástima de Hefesto. Helios lo veía todo desde su carro solar, el imán de las nenas, en lo alto del cielo —incluso lo que



habría preferido no ver—, así que sin duda fue testigo de que Afrodita y Ares eran «más que amigos».

Una noche pilló por banda a Hefesto y le dijo:

—Tío, no es fácil decirte esto, pero tu mujer te está engañando.

Para Hefesto fue como si le golpearan la cara con una maza de tres kilos, una de esas tan monas con mango de fibra de vidrio y cabeza de doble cara de acero forjado a martinete.

—¿Que me está engañando? —preguntó—. ¡Imposible!

—Posible —respondió Helios con gesto grave—. Lo he visto en persona. Que no estaba mirando, ¿eh? Pero, bueno, costaba no verlos.

El titán del sol le explicó que Afrodita y Ares solían entrar a escondidas en el piso de Hefesto mientras el dios herrero trabajaba en la forja. Allí mismo, en su propio dormitorio, habían sido pero que muy traviesos.

Era como si el corazón de Hefesto volviera a forjarse. Se derritió de tristeza, se recalentó de rabia, y después se enfrió y se endureció para convertirse en algo más fuerte y afilado.

—Gracias por la información —le dijo a Helios.

—¿Hay algo que pueda hacer? ¿Quieres que les provoque una quemadura grave?

—No, no, yo me encargo —respondió Hefesto.

Hefesto regresó a sus forjas y fabricó una red muy especial. Creó filamentos de oro tan finos como telarañas, pero tan fuertes como cables de puente. Los embrujó para que se pegaran a todo aquello que capturasen, para que se endurecieran más deprisa que el cemento y mantuvieran inmóvil a su presa.

Fue cojeando hasta su dormitorio y tejió la red encima de los cuatro altos postes de la cama, de modo que colgara sobre ella como un toldo invisible. Después colocó sobre las sábanas una cuerda de trampa que se activaba con la presión.

Entonces arrastró su cojera hasta el salón, donde Afrodita leía la novela erótica de moda.

—Cielo, ¡me voy a Lemnos! —anunció Hefesto—. Puede que pase allí unos días.

—¿Ah, sí? —dijo ella, levantando la mirada de la novela—. ¿Has dicho unos días?

—Sí. Te echaré de menos. ¡Adiós!

Afrodita sonrió.

—Vale, ¡que te diviertas!

Hefesto preparó su caja de herramientas, ensilló el burro y se marchó. Mientras tanto, Ares observaba desde un balcón cercano. Cuando el dios de la guerra quedó convencido de que Hefesto se iba de verdad a Lemnos, bajó corriendo al piso del herrero, donde lo esperaba Afrodita.

—Hola, nena —le dijo—. ¿Me has echado de menos?

Fueron al dormitorio, pero no tuvieron tiempo de ponerse demasiado traviosos porque, en cuanto se quedaron en ropa interior y se estiraron en la cama, la trampa saltó.

La red dorada cayó sobre ellos y se les pegó como papel matamoscas. Los dos dioses forcejearon y chillaron. En serio, Ares tenía un grito más agudo que el de Afrodita. Pero estaban pegados a la cama, y no podían moverse ni cambiar de posición.

Hefesto, que había dado media vuelta, entró hecho una furia en el dormitorio, hacha en mano.

—Papá está en casa —gruñó.

Se le pasó por la cabeza ponerse en plan Cronos con ellos y convertir el dormitorio en una escena de película de terror, pero decidió no hacerlo. A Hefesto no se le ocurrió nada más traumático y vergonzoso que dejar a los amantes como estaban: atrapados in fraganti, Afrodita con el maquillaje corrido y el pelo alborotado, las extremidades aplastadas sobre la cama en una posición extraña, como si se hubiera estrellado contra el parabrisas de un coche. Ares, que gritaba y gemía a su lado, no llevaba encima más que unos calcetines rojos y sus bóxers de G. I. Joe.

Hefesto entró en la sala del trono del Olimpo, donde los dioses se estaban reuniendo para comer.

—No comáis todavía —les dijo a todos—. Tengo algo para vosotros, y a lo mejor os da ganas de vomitar.

Intrigados, los dioses lo siguieron hasta el dormitorio, donde se quedaron mirando la nueva *performance* creada por Hefesto.

—¿Veis? Así me pagan por ser buen marido. En cuanto me voy, estos dos empiezan con su ñaca-ñaca. Mi propia esposa me odia porque soy feo y tullido, así que se enrolla a mis espaldas con este... con este imbécil. Me dan ganas de vomitar. ¿No es lo más asqueroso que habéis visto en la vida?

Los otros dioses guardaron silencio. Hermes se puso a temblar, intentando controlarse.

Zeus se decía: «No me voy a reír. No me voy a reír».

Entonces miró a Deméter y ya no pudo más.

—¡Bua, ja, ja, ja, ja!

Se dobló por la mitad, tan muerto de risa que temió que se le rompieran las costillas. Los demás dioses se le unieron.

—¡Bóxers de G. I. Joe! —gritó Apolo—. Ay, es que no puedo... ¡Ja, ja, ja, ja!

—Afrodita —dijo Atenea entre risas—, estás sencillamente encantadora.

Los dioses no podían parar de reír. No tardaron en revolcarse por el suelo, secarse las lágrimas y hacer fotos con los móviles para subirlas a Tumblr.

Al principio, Hefesto estaba furioso. Quería gritarles que se lo tomaran en serio, que estaba sufriendo, ¡que lo habían humillado!

Pero después respiró hondo y se dio cuenta: no, Afrodita y Ares eran los humillados. Los otros dioses se pasarían años contando aquella historia. Cada vez que los dos amantes entraran en la sala del trono, los olímpicos sonreirían con suficiencia e intentarían no reírse al recordar el pelo revuelto de Afrodita y los estúpidos bóxers y los calcetines rojos de Ares. Cada vez que la gente contara historias vergonzosas en las reuniones familiares, aquella sería la número uno.

Al cabo de un buen rato, los dioses lograron controlarse.

—Vale —dijo Poseidón, secándose las lágrimas—. Ha sido divertidísimo, pero ya puedes soltarlos, Hefesto.

—No —refunfuñó él—. ¿Por qué no lo convertimos en una exposición permanente?

Zeus se aclaró la garganta.

—Hefesto, creía que habíamos decidido no volver a atarnos entre nosotros. Ya te has vengado. Ahora, libéralos.

Hefesto miró a su padre con rabia.

—Vale. Afrodita puede irse... en cuanto me devuelvas todos los regalos que te hice para su dote. No quiero volver a verla en mi piso. No la quiero en mi vida. No se merece ser mi mujer.

Zeus palideció. En aquellos días, si querías casarte con una mujer, tenías que entregar a su familia un montón de regalos llamados «dote». Como, técnicamente, Afrodita no tenía padre, Zeus la había dado en matrimonio, lo que significaba que se había quedado con el botín de chuladas de Hefesto. Si este exigía la devolución de la dote, significaba que el matrimonio había

terminado, y también que Zeus tendría que devolver la tostadora de bronce, el juego de palos de golf, la tele de plasma y un montón más de juguetes divertidos.

—Estooo —dijo Zeus—, supongo que Afrodita podría quedarse en la red.

—¡Zeus! —lo regañó Hera. No le gustaba Afrodita, pero tampoco aprobaba que aprisionaran a las diosas.

—Vale, vale —respondió Zeus—. Devolveré la dote a Hefesto. Afrodita queda oficialmente expulsada de la vida de Hefesto.

—Como si alguna vez hubiera estado en ella —masculló el dios herrero.

Poseidón todavía parecía inquieto. A pesar de las diferencias que había tenido con Ares en el pasado, los dos solían llevarse bien. Se sintió en la obligación de defender al dios de la guerra, ya que nadie más lo hacía.

—También tienes que liberar a Ares —dijo Poseidón—. Es lo justo.

—¿Lo justo? —rugió Hefesto—. Me deja como un imbécil en mi propio dormitorio, ¿y tú me hablas de lo justo?

—Mira, lo entiendo, pero pide el precio que desees para saldar la deuda. Yo respondo por Ares. Lo pagará.

Ares lanzó un gemido, pero no se atrevió a protestar. La red dorada empezaba a rasparle, y tenía la piel muy delicada.

—De acuerdo —dijo Hefesto—. Si Poseidón garantiza el pago, adelante. Quiero cien carretas cargadas de las mejores armaduras, armas y botines de guerra de su fortaleza, y lo elijo todo yo.

Era un precio alto y doloroso, ya que a Ares le encantaba su botín de guerra, pero aceptó.

Hefesto liberó a los dos amantes. Como esperaba, a lo largo de los siglos la historia se contó una y otra vez en la mesa del comedor del Olimpo, así que Ares y Afrodita fueron el blanco de todas las bromas. Afrodita y Hefesto no volvieron a vivir juntos. ¿Estaban divorciados, técnicamente? No lo sé, pero lo cierto es que hasta entonces solo habían estado casados de palabra.

Después de aquello, Hefesto mantuvo relaciones con otras mujeres con toda libertad. Tuvo hijos con muchas de ellas. Además, a partir de entonces odió a los hijos que Afrodita y Ares habían tenido juntos, aunque no se lo merecieran...

Como muestra, un botón: Harmonía. La he mencionado antes. Era la diosa menor que se convirtió en mortal y se casó con el rey Cadmo, y después los dos acabaron transformados en serpientes.

Como si eso no fuera suficiente desgracia para toda una vida, Harmonía también recibió un regalo de boda maldito de parte de Hefesto. La odiaba porque era un recordatorio constante de la aventura de Afrodita con Ares. Claro que no era culpa de Harmonía, pero, oye, incluso los dioses más agradables, como Hefesto, podían ser unos imbéciles.

Cuando Harmonía se casó con Cadmo, Hefesto le fabricó un collar dorado como regalo de boda. Era la joya más bella que os podáis imaginar, repleta de piedras preciosas que parecían suspendidas como gotas en un delicado encaje de oro, pero también estaba embrujada con un sortilegio muy chungo. Le dio mala suerte a Harmonía (lo que resulta obvio, ya que acabó convertida en serpiente), pero también se la pasó a sus descendientes. Todo el que llevó aquel collar, generación tras generación, sufrió tragedias terribles. No entraré en detalles, pero este episodio demuestra que Hefesto tenía un lado oscuro. Si alguna vez encontráis uno de sus collares, mirad si tiene algo grabado. Si dice «¡Enhorabuena, Harmonía!», libraos de él inmediatamente.

Después de Afrodita, la primera relación de Hefesto, despechado, fue con una diosa llamada Aglaia. Era una de las Cárites. Y no me refiero a una ONG en plan Cáritas o algo así, no. Las Cárites eran tres hermanas divinas responsables de la elegancia y el placer. Eran criadas de Afrodita, así que tuvo que fastidiarle bastante que Hefesto saliera con Aglaia.

Era como: «Sí, te he plantado y estoy saliendo con tu criada. Fastídiate».

En fin, Hefesto y Aglaia tuvieron varias hijas divinas, y después Hefesto salió con unas cuantas princesas mortales y tuvo un montón de descendientes semidioses que se convirtieron en reyes de otras tantas ciudades griegas.

Incluso coqueteó con una ninfa llamada Etna, que era la diosa del monte Etna, en Sicilia. Si no habéis perdido el hilo, sabréis que esa es la montaña con la que Zeus aplastó a Tifón, el gigante de las tormentas. No sé por qué Hefesto quiso salir con una ninfa de una montaña un poco chafada, pero tuvieron unos hijos llamados los Palicos, que fueron los espíritus de los géiseres y las aguas termales. Si alguna vez vais al Parque de Yellowstone a ver el famoso géiser de Old Faithful, acordaos de gritar: «¡Hefesto os manda recuerdos! ¡Llamad a vuestro padre más a menudo, so vagos!».

Los hijos más interesantes de Hefesto fueron los gemelos que tuvo con una ninfa del mar llamada Cabiro. Los llamaban Cabiros por su madre, aunque sus nombres reales eran Alcón y Eurimedonte. (Y no, no tenéis que recordar sus nombres para el examen. Si vuestro profesor os dice lo contrario, se equivoca).

Los Cabiros se parecían mucho a Hefesto, es decir, que se les daba bien trabajar el metal y eran de una fealdad increíble. A veces los describen como enanos, aunque puede que solo parecieran pequeños al lado de su padre. Lo ayudaban en sus fraguas de Lemnos e incluso iban a la guerra en su nombre. Una vez cabalgaron hacia el este con Dioniso cuando este fue a conquistar la India. Después se metieron en líos, y Hefesto tuvo que rescatarlos.

¿No sabíais que el dios del vino declaró la guerra a la India? Pues sí. Dentro de un momento os lo explicaré. Pero, ahora mismo, me apetece un poco de poesía.

¿Y a vosotros? ¿No?

Bueno, pues mala suerte. Apolo se impacienta y quiere que escriba su capítulo, y como el Chico de Oro es el dios más guay del Olimpo (aunque él mismo también lo diga), no se le puede hacer esperar demasiado.

## **Apolo canta, baila y dispara a la gente**

\*

La madre de Apolo es digna de compasión.

Estar embarazada ya es difícil de por sí. (No lo sé por experiencia, pero mi madre me lo ha contado un millón de veces). Encima, la madre de Apolo estaba embarazada de gemelos y no podía ir al hospital para el parto. Todo lo contrario: tuvo que correr para salvar la vida, huyendo de isla en isla, perseguida por una diosa vengativa y una serpiente gigante.

¿Os sorprendería saber que todo fue por culpa de Zeus?

El viejo Caratrueno se enamoró de Leto y la convenció de que no pasaba nada si tenían hijos juntos.

—¡Hera nunca lo descubrirá! —le prometió.

Zeus les había contado esa mentira a tantas mujeres que seguro que había acabado por creérsela él mismo.

Por supuesto, Hera lo descubrió. Lanzó una mirada asesina desde el monte Olimpo a Leto, la bella embarazada, que resplandecía de pura salud y estaba sentada en un prado dándose palmaditas en el vientre hinchado y cantando a sus bebés nonatos.

Hera masculló para sí:

—¿Cómo se atreve a ser feliz? ¡Veamos si sigue siendo feliz cuando sufra un dolor eterno!

La reina del cielo extendió los brazos y se dirigió a la tierra entera que se extendía a sus pies.

—¡Escúchame, mundo! ¡Escúchame, madre Gea! Prohíbo que todo lugar con raíces en la tierra reciba a Leto cuando le llegue el momento de dar a luz. Si algún lugar osa desafiarme, ¡lo maldeciré para toda la eternidad! ¡Leto no tendrá una cama donde tumbarse, ni un sitio donde descansar! ¡Se verá obligada a vagar sin poder detenerse para tener a su hijo, y continuará sufriendo dolores de parto para siempre, como castigo por el delito de robarme a mi marido! ¡Ja, ja, ja!

Sí, no hay duda de que aquel día Hera estaba dejando salir a la Malvada Bruja del Oeste que llevaba dentro. El suelo tembló. Todos los espíritus de la naturaleza de todos los lugares con raíces en la tierra prometieron no ayudar a Leto. Ahora os preguntaré: ¿por qué Leto no se compró un barco y parió

en el mar? ¿Por qué no se metía bajo el agua o en el Érebo, o alquilaba un helicóptero y paría a trescientos metros del suelo?

Me imagino que Hera habría incluido todo eso en la maldición. Creó una situación imposible: Leto solo podía dar a luz en tierra firme, pero toda la tierra firme le estaba prohibida. La diosa era así de astuta.

Cuando Leto llegó a los siete meses de embarazo, se le adelantó el parto.

—Ay, genial —gimió—, ¡estos niños no van a esperar!

Intentó tumbarse, pero la tierra tembló, los árboles se incendiaron y se abrieron grietas en el suelo, así que Leto tuvo que salir corriendo. Fuera a donde fuese, no encontraba un lugar en el que descansar. Subió en un barco para ir a otra isla, pero le pasó lo mismo. Probó en una docena de sitios distintos por toda Grecia y más allá. En todos ellos, las ninfas se negaron a ayudarla.

—Lo siento —le decían—, pero Hera nos maldecirá para toda la eternidad si te dejamos entrar. No puedes dar a luz en ningún sitio que tenga raíces en la tierra.

—¡Entonces no puedo dar a luz en ninguna parte! —protestó Leto.

—Sí, esa es la idea —respondieron las ninfas.

Leto vagó de un lugar a otro, rota de dolor, con sus hijos nonatos cada vez más impacientes. Se sentía como si se hubiera tragado una pelota de playa demasiado hinchada y un par de gatos salvajes.

Desesperada, se dirigió a Delfos, que antaño fue el lugar sagrado de su madre, Febe. Suponía que el Oráculo le ofrecería protección.

Por desgracia, una serpiente gigante llamada Pitón se había adueñado de la cueva del Oráculo. ¿De dónde salió? Os va a encantar. La palabra *pitón* procede del griego *pytho*, que significa «podrido». El monstruo Pitón nació del cieno podrido y descompuesto que dejó tras de sí la gran inundación provocada por Zeus para ahogar al mundo. ¡Delicioso!

En fin, que Pitón se había mudado a la zona y se dijo: «Oye, qué cueva más chula. ¡Aquí hay muchos mortales jugosos para comer!». Acto seguido, se tragó a los sacerdotes, a los adivinos y a los peregrinos que llegaban buscando ayuda. Después se enroscó para echarse una siesta.

Cuando apareció Leto, la sorprendió encontrarse a una serpiente de treinta metros y tan gorda como un autobús escolar pasando el rato en el lugar sagrado favorito de su madre.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Soy Pitón. Y tú debes de ser mi desayuno.



La serpiente se abalanzó sobre ella. Leto huyó, pero parecía tan apetitosa, así de gordita, embarazada y lenta, que Pitón la persiguió durante varios kilómetros. Estuvo a punto de atraparla un par de veces. Leto casi no llega viva a su barco.

¿Dónde estaba Zeus mientras pasaba todo esto? Escondido. Hera se cogió un berrinche regio, y Zeus no quería convertirse en el objeto de su ira, así que dejó que Leto se comiera el marrón. Qué buen tío.

Leto siguió navegando hasta que se le ocurrió una idea disparatada: pidió al capitán del barco que se dirigiera a la isla de Delos.

—Pero, mi señora, ¡Delos es una isla flotante! —protestó el capitán—. Nadie sabe dónde está de un día para otro.

—¡¡Tú encuéntrala!! —gritó Leto, con los ojos al rojo vivo por los dolores del parto.

El capitán tragó saliva.

—¡Marchando una de Delos! —exclamó.

Varios estresantes días después, encontraron el lugar. Parecía una isla normal —playas, colinas, árboles, etcétera—, pero Delos no estaba unida a la tierra. Era como un gigantesco salvavidas que flotaba a la deriva sobre las olas del Mediterráneo, rebotando de vez en cuando en las otras islas o atropellando ballenas despistadas.

Al acercarse, Leto se obligó a ponerse de pie en la proa. El dolor casi no la dejaba pensar, pero llamó al principal espíritu de la naturaleza de la isla:

—¡Oh, gran Delos! ¡Solo tú puedes ayudarme! ¡Por favor, permíteme desembarcar y dar a luz en tu isla!

La isla tembló y se oyó una voz que arrancaba ecos de las colinas:

—Hera se pillará un cabreo tremendo si lo hago.

—¡No puede hacerte daño! —chilló Leto—. Su maldición hablaba específicamente de un lugar con raíces en la tierra. ¡Tú no tienes raíces! Además, cuando nazcan mis hijos, te protegerán. Dos dioses olímpicos de tu parte, piénsatelo. Delos se convertirá en un lugar sagrado. Tendrás grandes templos propios. Por fin podrás echar raíces en alguna parte. ¡Solo con el turismo ganarás millones!

Delos se lo pensó. La isla estaba cansada de vagar por ahí; las ninfas del bosque se mareaban con el vaivén de las olas.

—De acuerdo —dijo la voz—. Desembarca.

En cuanto Leto encontró un sitio en el que tumbarse, el mundo entero tembló,

expectante. No todos los días nacen dos nuevos dioses del Olimpo. Todas las diosas —salvo Hera, claro— corrieron al lado de Leto para ayudarla en el parto.

Leto tuvo dos bebés preciosos: un niño llamado Apolo y una niña llamada Artemisa. Los dos nacieron el séptimo día del séptimo mes, cuando Leto llevaba siete meses embarazada, así que su número sagrado era el trece. (Que nooo, que es broma... Era el siete).

Hablaremos de Artemisa dentro de un momento, pero Apolo no tardó en convertirse en el centro de atención. En cuanto probó el néctar en su biberoncito, saltó de los brazos de su madre, se puso de pie y sonrió.

—¿Qué pasa, gente? —dijo—. Me llamo Apolo y necesito un arco y flechas, ¡ahora mismo! Y tampoco me vendría mal un instrumento musical. ¿Han inventado ya la lira?

Las diosas se miraron entre ellas, perplejas. Ni siquiera los olímpicos estaban acostumbrados a bebés sonrientes que hablaban con frases completas y exigían armas.

—Hummm, nunca había oído hablar de las liras —reconoció Deméter.

De hecho, la lira se inventaría más tarde, pero esa es otra historia.

Apolo se encogió de hombros.

—Vale, pues me conformaré con una guitarra. O un ukelele. Pero no un banjo, por favor. No me van los banjos.

Las diosas se fueron corriendo a buscar lo que el niño quería. Hefesto le fabricó un precioso arco dorado y un carcaj de flechas mágicas. El mejor instrumento musical que pudieron encontrar fue un *keras*, que era como una trompeta.

Cuando las diosas regresaron a Delos, Apolo había crecido tanto que parecía un niño de cinco años, aunque no tenía ni un día. Lucía una larga melena dorada, un bronceado impecable y unos ojos que brillaban como el sol. Se había agenciado una túnica griega tejida con oro, así que casi te dejaba ciego al mirarlo.

Se colgó el arco y el carcaj al hombro, y cogió el *keras*. Tocó una bella melodía con la trompeta y después se puso a cantar *a capella*.

—¡Oh, soy Apolo y molo mazo! ¡La, la, la, algo que rime con mazo!

En realidad no tengo ni idea de qué cantó, pero anunció que sería el dios del tiro con arco, la canción y la poesía. También anunció que acabaría siendo el dios de la profecía, y que interpretaría la voluntad de Zeus y las palabras del Oráculo para todos los pobres peones mortales.

Cuando terminó la canción, las diosas aplaudieron educadamente, aunque todo aquello seguía pareciéndoles un poco raro. La isla de Delos se alegró de tener un nuevo dios protector. Delos echó raíces y se ancló en el mar, de modo que no siguió vagando por ahí. La isla se cubrió de flores doradas en honor de Apolo, el dios dorado. Si visitáis Delos hoy en día, todavía podréis ver esos campos de flores silvestres entre las ruinas, aunque, por suerte, Apolo ya no suele tocar la trompeta muy a menudo.

Apolo creció a una velocidad increíble. En una semana se había convertido en un dios adulto normal, con lo cual se saltó el colegio, obtuvo un diploma honorífico y dejó de envejecer cuando aparentó veintiuno. Y después se quedó así para siempre. No es mala cosa, la verdad.

Lo primero que hizo fue vengar a su madre por lo mucho que había sufrido mientras buscaba un sitio donde dar a luz. Por desgracia, no podía destruir a Hera, ya que era la reina del cielo y tal, pero cuando se enteró de que la serpiente gigante, Pitón, había perseguido a su madre desde Delfos, Apolo montó en cólera.

—Ahora vuelvo —le dijo a Leto.

Apolo voló a Delfos (sí, podía volar) y llamó a Pitón.

—¡Tú, serpiente!

Pitón abrió los ojos.

—¿Qué quieres?

—¡Cantarte una canción sobre lo genial que soy!

—¡Oh, no! Mejor mátame ya.

—¡Pues vale!

Apolo tensó el arco y le disparó una flecha entre los ojos. Y después cantó sobre lo genial que era. Lanzó el cadáver de la serpiente por una grieta que había en el suelo de la cueva, y allí se pudrió eternamente, emitiendo todo tipo de olores molones.

Apolo se quedó con el Oráculo de Delfos. Celebró el regreso de los sacerdotes y los peregrinos. Como el Oráculo había pertenecido a su abuela, Febe, a veces lo llamaban Apolo Febo. A la sacerdotisa más importante, que precedía el futuro, se la conocía como la Pitia, por lo de la serpiente Pitón. O puede que la llamaran así porque tenía voz de pito. El caso es que era el dios Apolo el que le inspiraba las profecías, y siempre eran acertijos o poesía mala, o ambas cosas.

Moraba en la cueva en la que había muerto la serpiente. Solía sentarse en un taburete de tres patas cerca de una de las grandes grietas por donde salía el asqueroso gas volcánico, que olía a serpientes muertas. Si hacías una ofrenda,

la Pitia te adivinaba el futuro o respondía a cualquier pregunta. Eso no quería decir que fueras a entender la respuesta. Y si la entendías, lo más seguro es que no te gustara.

Apolo reclamó su lugar entre los dioses del Olimpo, y ni la mismísima Hera se atrevió a protestar. Es que parecía tan... divino...

Era alto y musculoso, y lucía un bronceado como el de *Los vigilantes de la playa*. Llevaba el pelo dorado largo, recogido en un moño masculino para que no le estorbara con el arco. Se pavoneaba por el Olimpo con sus túnicas relucientes, el arco y la flecha, guiñándoles el ojo a las damas y chocando la mano con los tíos, o, a veces, guiñándoles el ojo a los tíos y chocándoles la mano a las damas. A Apolo le daba igual: suponía que todos lo adoraban.

Se le daban genial la poesía y la música... o, al menos, a algunas personas les gustaba. Yo la verdad es que soy más de rock 'n' roll puro y duro, pero bueno... Apolo siempre tenía éxito en las fiestas porque te entretenía con canciones, te adivinaba el futuro e incluso hacía trucos chulísimos con el arco, como interceptar una docena de pelotas de ping-pong de una vez o disparar una flecha a una copa de vino colocada sobre la cabeza de Dioniso.

Apolo también se convirtió en el dios de los pastores y los vaqueros. ¿Por qué? Me habéis pillado. Está claro que le gustaba la carne de calidad. Criaba el mejor ganado del mundo. Todos querían robárselo, pero Apolo lo tenía constantemente vigilado. Si alguien se acercaba demasiado a su manada sagrada, podía provocar la Guerra Mundial V (de vaca).

Cuando Apolo se enfadaba, no se andaba con chiquitas. Podía castigar a cualquier mortal en cualquier parte con tan solo sacar el arco y disparar. La flecha trazaba una parábola en el cielo y encontraba su blanco, por muy lejos que estuviera. Si Apolo estaba pasando el rato en Grecia y un tío en España murmuraba: «¡Apolo es estúpido!», ¡pum! Un español muerto. La flecha, además, era invisible, así que los otros mortales nunca llegaban a saber qué lo había matado.

En la Antigua Grecia, cada vez que alguien caía muerto de forma inesperada, se suponía que lo había derribado Apolo, quizá como castigo, o tal vez como recompensa para uno de los enemigos del tío en cuestión.

Teniendo eso en cuenta, lo que os voy a decir parecerá raro: Apolo era el dios de la curación. Si querías tiritas o ibuprofeno, Apolo podía ayudarte. Pero también controlaba las plagas y las epidemias. Podía curar o matar a un ejército entero o a una nación entera. Si se enfadaba, disparaba una flecha especial que, al estallar, se convertía en un vapor nauseabundo que propagaba la viruela, la peste negra o el carbunco. Si alguna vez tenemos un apocalipsis zombi, ya sabéis a quién culpar.

Apolo era el dios de tantas cosas distintas que hasta los griegos se liaban. Decían: «Hummm, se me ha olvidado quién era el dios de la cestería. ¡Será Apolo!».

Quizá por eso, más adelante, los griegos y los romanos empezaron a llamar a

Apolo el dios del sol. En realidad, ese era el trabajo de Helios, pero los mortales se olvidaron un poco de él y decidieron darle a Apolo el carro del sol. Como Apolo era reluciente y dorado como el sol, tenía sentido.

Sin embargo, en este libro no vamos a verlo como el dios del sol. Ya tiene bastante con lo que tiene. Además, la idea de Apolo conduciendo el carro del sol me pone de los nervios, porque seguro que se pasa el rato hablando por el móvil con la radio a tope y los *subwoofers* haciendo temblar todo el carro. Llevaría las gafas de sol puestas y se dedicaría a mirar a las chicas en plan: «¿Cómo lo llevas, nena?».

En fin, que sus símbolos eran el arco y la flecha, como cabía esperar. Más adelante, cuando se inventó la lira (que es como un arpa pequeñita), también se convirtió en su símbolo.

Lo primero que hay que saber sobre Apolo es que no se lo puede subestimar. Tal vez un día sea el dios de los poemas graciosos, las canciones pegadizas y las clases de primeros auxilios. Pero, al siguiente, puede convertirse en el dios de las armas químicas y las plagas apocalípticas. Y creáis que Poseidón tenía doble personalidad...

Apolo no te mata sin una razón. Lo que pasa es que no necesita una razón demasiado importante.

Ejemplo: una vez, su madre, Leto, fue a verlo a Delfos. Por el camino la acosó un gigante llamado Ticio. Lo sé, un nombre espantoso, Ticio. Yo solo os cuento lo que hay.

En fin, que Ticio era un prenda. Era uno de los hijos más monstruosos de Zeus. Su madre era la típica princesa mortal, Elara, pero, cuando estaba embarazada, Zeus tuvo la genial idea de esconderla de Hera metiéndola en una cueva subterránea. Los vapores de la cueva tenían algo que hizo que el bebé nonato de Elara se volviera feo y tan enorme que el cuerpo de su madre no pudo contenerlo. Es un poco desagradable, pero, bueno... ¡chof! Y Elara murió. Sin embargo, el niño siguió creciendo hasta que toda la cueva se convirtió en su incubadora. Entonces, la buena de Gea, la Cara-de-Barro en persona, decidió ser la madre de alquiler de Ticio. Completó la educación de la criatura en el Lado Oscuro. Cuando Ticio salió por fin de la tierra, no parecía tanto hijo de Zeus como hijo del monstruo de Frankenstein.

Total, que Hera lo vio y pensó que el gigante podía servirle para vengarse, por fin, de Leto.

—Oye, Ticio —le dijo Hera un día.

—¡Sangre! —gritó Ticio—. ¡Carne y sangre!

—Sí, eso está muy bien, pero ¿qué te parece una bonita esposa?

—¡Carne!

—Vale, quizá después. Una mujer aparecerá pronto por aquí, de camino a Delfos. Le encanta que los gigantes grandes y fuertes intenten secuestrarla y arrastrarla a su guarida subterránea. ¿Te interesa?

—¿Sangre? —preguntó Ticio, rascándose la enorme cabeza.

—Claro —contestó Hera, sonriendo—. Si se resiste, ¡derrama toda la sangre que quieras!

Ticio aceptó, así que Hera le dio una galleta por portarse bien y lo dejó esperando en el camino a Delfos. Leto no tardó en aparecer, y Ticio se abalanzó sobre ella.

Gracias a su experiencia con Pitón, Leto tenía mucha práctica huyendo de monstruos, y esta vez no estaba embarazada. Esquivó al gigante y corrió a toda velocidad hacia Delfos.

—¡Eh, hijo! —gritó Leto—. ¿Una ayudita por aquí?

Apolo oyó la llamada de su madre, agarró el arco y disparó: ¡zap! Ticio mordió el polvo con una flecha dorada clavada en el corazón.

Pero esa venganza era demasiado rápida para Apolo, así que bajó a ver a Hades en el inframundo y dijo:

—Este tío, Ticio... Supongo que todavía cuenta como semidiós mortal. No estoy seguro. Pero si su espíritu aparece por aquí, tortúralo por mí. Algo guay... Como lo que montó Zeus con Prometeo. Pero sin el águila, mejor buitres o algo así.

—¿Buitres o algo así? —repitió Hades.

—¡Sí! ¡Perfecto!

Hades no debía de sentirse muy creativo, porque siguió la sugerencia de Apolo al pie de la letra. Cuando apareció el espíritu de Ticio, el gigante fue condenado por haber atacado a Leto. Lo enviaron a los Campos de Castigo, donde lo encadenaron, le pusieron un hígado que se regeneraba solo y lo abrieron para que los buitres se dieran un festín con él por toda la eternidad. (Creo que Prometeo después lo denunció por plagio).

En otra ocasión, Apolo se vengó de un insulto cometiendo una masacre. Muy justo, ¿no? La reina de Tebas, una señora llamada Níobe, tenía catorce hijos: siete chicos y siete chicas. Todos eran atractivos, estaban sanos y sacaban buenas notas en el colegio, así que Níobe siempre estaba presumiendo de ellos. Seguramente conocéis a madres como ella. Si tú le dices: «Sí, anoche metí un gol en el partido», ella responde: «Ah, qué bien. Pues mis catorce hijos son capitanes de sus respectivos equipos, sacan siempre sobresalientes y saben tocar el violín». Y te dan ganas de pegarle una torta.

Bueno, pues Níobe era de esas. Un día, la ciudad de Tebas celebró un festival

en honor a Leto. Los sacerdotes empezaron a alabar a la titánide por ser tan bella y tan valiente, y por haber dado a luz no a uno, sino a dos dioses asombrosos: Apolo y Artemisa. Después de un buen rato de rezos, Níobe no pudo soportarlo más.

—¡Bueno, tampoco es para tanto! —le dijo al público—. No creo que Leto sea ni más bella ni más valiente que yo. Además, solo tuvo dos hijos. ¡Yo he tenido catorce hijos asombrosos!

Vaaale. Mala idea.

Al otro lado del mundo, Apolo y Artemisa oyeron el insulto y llegaron volando, con los arcos preparados.

Descendieron sobre Tebas, y una ola de terror se apoderó de la ciudad. Todos se convirtieron en piedra, salvo la reina y su familia.

—¿Orgullosa de tus hijos? —bramó Apolo—. Pues a ver si te ponemos las cosas en perspectiva.

Disparó siete flechas doradas y asesinó a todos los hijos varones de Níobe al instante. Artemisa derribó a las siete hijas. El marido de Níobe, el rey, gritó de ira, desenvainó la espada y cargó contra Apolo, así que el dios lo mató a él también.

A Níobe se le rompió el corazón. Huyó a una montaña de Asia Menor —el país que ahora llamamos Turquía— y se pasó muchos años llorando hasta que, finalmente, se convirtió en piedra. Los griegos solían visitar el punto del monte Sípilo en el que se encuentra la figura de arenisca de una mujer a la que le cae agua de los ojos. Puede que Níobe todavía siga allí.

En cuanto a su familia muerta, no los enterraron hasta pasados nueve días. Los cadáveres se quedaron en las calles de Tebas, pasto de las moscas, cada vez más asquerosos y más... hummm... *python*, mientras el resto de los ciudadanos seguían petrificados.

Al final, a Zeus le dio pena Tebas; despetrificó a la gente y permitió que enterraran a la familia real. Nadie de Tebas volvió a insultar a Leto, pero estoy bastante seguro de que Apolo y Artemisa no gozaban de la simpatía de los tebanos.

No obstante, Apolo siguió encontrando nuevas formas cada vez más horribles de castigar a los demás.

Lo peor fue lo que le hizo al sátiro Marsias.

Este tío con patas de cabra vivía en Frigia, en Asia Menor, bastante cerca del lugar en que Níobe acabó convertida en piedra. Un día, Marsias estaba trotando por la orilla del río sin meterse con nadie, cuando vio un extraño instrumento tirado en la hierba. Resultó ser la flauta que había fabricado Atenea, la primera de la historia. Quizá recordaréis que las otras diosas se

metieron con ella por la cara que puso al tocar la flauta, así que Atenea la tiró y juró que todo aquel que la tocara sufriría un destino horrible.

Bueno, pues el pobre Marsias no lo sabía. Atenea no se había molestado en ponerle una etiqueta a la flauta con la advertencia en cuestión... Así que el sátiro la recogió y empezó a tocar. Como la flauta se había llenado del aliento de una diosa, sonaba genial. Marsias no tardó en dominar el movimiento de los dedos y en tocarla tan bien que todas las ninfas de la naturaleza de varios kilómetros a la redonda se acercaron a escuchar.

Al poco tiempo estaba firmando autógrafos y consiguió seis números uno seguidos en las listas de éxitos. Su canal de YouTube tenía siete millones de seguidores, y su primer álbum consiguió un disco de platino en Asia Menor.

Vale, puede que exagere. Pero se hizo famoso gracias a su música, y su fama se difundió.

A Apolo no le hizo gracia, ya que él solo tenía cinco números uno. No quería que un estúpido sátiro le robara la portada de la revista *Rolling Stone*.

Apolo fue a Frigia y se quedó flotando sin ser visto sobre la multitud que se había reunido para oír tocar a Marsias. El tío era bueno, no cabía duda, y eso molestó aún más a Apolo.

Esperó y escuchó, sabiendo que solo era cuestión de tiempo...

Efectivamente, una ninfa sentimentaloides que estaba en primera fila gritó:

—¡Marsias, eres el nuevo Apolo!

La alabanza se le subió al sátiro a la cabeza. Le guiñó un ojo a la ninfa y respondió:

—Gracias, nena, pero, en serio, ¿qué música os gusta más, la de Apolo o la mía?

La multitud lo vitoreó a rabiar, hasta que Apolo apareció en el escenario en medio de un fulgor dorado. Todos guardaron un silencio sepulcral.

—¡Qué gran pregunta, Marsias! —exclamó Apolo—. ¿Era un desafío? Porque sonaba a desafío.

—Estooo, señor Apolo... No quería... No era...

—¿Cómo dices? ¿Una competición musical? —Apolo sonrió de oreja a oreja—. ¡Acepto! Que la multitud diga quién es mejor y, para ponerlo más interesante, el ganador podrá hacer lo que desee con el perdedor: ¡exigir cualquier premio o infligir cualquier castigo! ¿Qué te parece?

Marsias palideció, pero la multitud vitoreó y aulló para demostrar su aprobación. Hay que ver lo deprisa que un concierto de flauta puede



convertirse en una ejecución pública.

Marsias no tenía elección, así que tocó lo mejor que pudo. Su flauta hizo que a las ninfas se les saltaran las lágrimas. Los sátiros del público lloraron, alzaron las antorchas y balaron como cabritos.

Después, Apolo tocó una canción con su lira (que ya se había inventado, luego os lo cuento). Tocó y cantó, y los impresionó con un solo espectacular. Las chicas de la primera fila se desmayaron. El público rugía, entusiasmado.

Era imposible decir quién había ganado el concurso, porque los dos músicos habían demostrado un talento similar.

—Bueno... —dijo Apolo, rascándose la cabeza—. Pues empate. A ver quién puede hacer el mejor truco tocando.

—¿Truco? —preguntó Marsias, parpadeando.

—Claro, ya sabes, ¡movimientos chulos! ¡Espectáculo! ¿Puedes hacer esto?

Apolo se puso la lira detrás de la cabeza y tocó una melodía sin siquiera mirar las cuerdas. La multitud se volvió loca. Apolo se puso a hacer el molinillo con los brazos, se deslizó de rodillas sobre el escenario mientras arañaba dieciséis notas, y después pulsó el botón de reverberación de la lira y saltó al foso, donde se arrancó con un solo mientras la multitud lo devolvía al escenario.

El aplauso duró como una hora. Apolo sonrió a Marsias.

—¿Puedes hacer eso?

—¿Con una flauta? —preguntó Marsias—. ¡Claro que no! ¡No es justo!

—¡Pues yo gano! —exclamó Apolo—. Y tengo el castigo perfecto para ti. Verás, Marsias, te crees especial, pero eres una moda pasajera, mientras que yo seré famoso para siempre. Soy inmortal. ¿Y tú? Tú eres mucha purpurina y poco oro. Si rascas la superficie, no eres más que otro sátiro mortal, carne y hueso. Se lo voy a demostrar a todo el mundo.

Marsias retrocedió. La boca le sabía a cieno de pitón.

—Mi señor Apolo, permíteme disculparme por...

—¡Voy a desollarte vivo! —exclamó Apolo alegremente—. ¡Voy a arrancarte la piel para que todos veamos lo que hay debajo!

¿Qué? Asqueroso, ¿no?

Sí, fue bastante chungo.

Marsias tuvo una muerte horrible porque se atrevió a tocar una música tan buena como la de Apolo. El cadáver del sátiro lo enterraron en una cueva

cercana al lugar de la competición musical, y su sangre se convirtió en un río que descendía por la ladera de la colina.

Apolo ocupó la portada de *Rolling Stone*. Al ver su cara sonriente, jamás se adivinaría que el tío se había hecho unas cortinas de piel de sátiro.

Una última cosa sobre Apolo: era un soltero empedernido y un ligón. Y es que... ¿un psicópata asesino que toca la lira? ¡No se puede ser más fascinante!

Según algunas historias, salió con todas y cada una de las nueve musas, que eran las diosas que supervisaban las distintas artes, como la tragedia, la comedia, el docudrama y tal. Apolo no se decidía entre ellas. Todas eran encantadoras, así que prometió no casarse nunca y limitarse a salir con unas y con otras.

Solo una vez sintió la tentación de romper esa promesa. Se enamoró y le partieron el corazón, aunque fue por su culpa.

Una tarde, Apolo estaba dando una vuelta por el palacio del monte Olimpo cuando se encontró con Eros, el hijo de Afrodita. El sicario del amor estaba sentado en un alféizar cambiándole la cuerda a su arco. El crío parecía tan pequeño y su arco tan diminuto, que Apolo se echó a reír.

—¡Ay, dioses! —exclamó Apolo mientras se secaba una lágrima del ojo—. ¿A eso lo llamas arco? Esas flechas parecen dardos. ¿Cómo vas a acertar en tu objetivo?

Eros estaba echando humo por dentro, pero consiguió sonreír.

—No se me da mal.

—¡Esto es un arco, chaval! —afirmó Apolo, sacando su gran arco dorado, el que le fabricó Hefesto—. Mis enemigos tiemblan al verme venir. Puedo destruir a cualquiera de un único flechazo a cualquier distancia. Mientras que tú... Bueno, supongo que serás un temible cazador de ratones.

Apolo se alejó sin dejar de reírse.

Eros apretó los dientes y masculló para sí:

—Ya lo veremos, señor importante. Puede que tú seas capaz de derribar a tus enemigos, pero yo puedo derribarte a ti.

A la mañana siguiente, Apolo paseaba por la orilla del río, en Tesalia, tocando la lira y disfrutando del sol, cuando Eros le lanzó una flecha directa al corazón.

Por casualidad, una náyade estaba bañándose por allí, una de las hijas del espíritu de aquel río. Se llamaba Dafne. Dafne era bella según todos los cánones de belleza, como casi todas las náyades, pero, en cuanto la vio Apolo,

la encontró aún más sexy que Afrodita. De repente, todas las mujeres con las que había salido le parecieron una porquería. Apolo decidió que tenía que casarse con Dafne.

Por desgracia, como pasa con muchas ninfas inteligentes, Dafne había renunciado hacía tiempo a salir con dioses porque sabía que a sus novias siempre les pasaba algo malo. Bueno, puede que no siempre, pero, en fin, el 99,9 por ciento de las veces.

—¡Eh! —la llamó Apolo—. ¿Cómo te llamas?

Dafne salió del agua de un salto y se envolvió en su albornoz.

—Soy... soy Dafne. Vete, por favor.

—Oh, Dafne Vete Por Favor —dijo Apolo—, ¡te quiero! Cásate conmigo y te haré la náyade más feliz del universo.

—No.

—¡Insisto! Venga, déjame besarte. Te demostraré mi afecto y... Oye, ¿adónde vas?

Dafne huyó corriendo.

Apolo era rápido, pero Dafne lo era más. Apolo iba cargado con el arco y la lira, y estaba embriagado de amor, así que se iba parando de vez en cuando para componer haikus en su honor.

Sin embargo, al final Dafne empezó a cansarse. Llegó al borde de un precipicio que caía sobre un cañón. Apolo subía detrás de ella. Dafne no podía dar media vuelta.

Eso solo le dejaba dos opciones: o saltar y matarse, o acceder a casarse con Apolo. Al oírlo declamar poesía amorosa, pensó que saltar al precipicio no era tan mala idea.

Desesperada, probó una última cosa:

—¡Oh, Gea, protectora de los espíritus de la naturaleza, atiende mi súplica!  
¡Sálvame de convertirme en la novia de este dios!

Gea se compadeció de Dafne. Justo cuando Apolo llegaba al borde del precipicio y echaba los brazos alrededor de la náyade, esta se convirtió en un laurel. Apolo se vio abrazando el tronco de un árbol, acariciando unos brazos que se habían convertido en ramas y con los dedos enredados en un pelo que, ahora, eran hojas.

Apolo sollozó, desesperado.

—¡Oh, bella náyade! Nunca te olvidaré. Has sido mi único amor verdadero.

¡Deberías haber sido mi esposa! No pude conquistar tu amor, pero, desde ahora y hasta el fin de los tiempos, serás un símbolo de la victoria. Tus hojas adornarán mi cabeza, ¡y pienso convertirlo en una moda!

Por eso veréis a menudo imágenes de griegos y romanos con coronas de laurel en la cabeza. Apolo lo puso de moda. Los laureles se convirtieron en un signo de honor. Si ganabas una competición, fuera o no deportiva, te coronaban con laureles. Si conquistabas a una nación enemiga, ¡más laureles! Si te cansabas de realizar hazañas asombrosas y tenías coronas como para rellenar un colchón, ¡siempre podías retirarte y dormirte en los laureles!

Y todo porque a Apolo le dio por presumir de su enorme arco dorado.

Eros rio el último, aunque, en general, Apolo tenía motivos para presumir. Era el mejor arquero del mundo. Solo había una persona tan buena como él, puede que incluso mejor.

Y era su hermana, Artemisa. Si queréis leer algo sobre ella, enseguida os cuento; pero portaos bien, chicos. Os lo advierto desde ahora: Artemisa no tiene sentido del humor.

## Artemisa suelta al Cerdo de la Muerte

\*

No es que Artemisa odiara a todos los hombres, solo a la mayoría. Desde el instante de nacer, fue consciente de un detalle esencial: los chicos son asquerosos.

Claro que se había pasado siete meses metida en el vientre de su madre con su hermano, Apolo, a la espera de nacer. Todo aquel tiempo a solas con Apolo haría que cualquiera saliese con una mala impresión del género masculino.

Artemisa nació primero, seguramente porque estaba deseando largarse de allí. Al instante creció hasta parecer una niña de seis años y miró a su alrededor, a las diosas reunidas para ayudar a Leto.

—Vale —dijo—, ayudaré en el parto de mi hermano. Va a ser una lata. ¡Hervid agua! ¡Id a por más sábanas! Yo limpiaré.

Efectivamente, Artemisa ayudó a traer al mundo a su hermano gemelo. Desde ese momento, se convirtió en la diosa de los partos, protectora de los recién nacidos y los niños pequeños (junto con la otra diosa de los partos, Ilitía, con la que compartían responsabilidades). Cuando Apolo nació, y empezó a bailar y a cantar sobre lo genial que era, Artemisa dio un paso atrás y miró al cielo, exasperada.

—Siempre está así —le confió a Hestia—. Siete meses dentro del vientre, y no se callaba ni un segundo.

Hestia esbozó una sonrisa amable.

—¿Y tú, querida? ¿Cantas y bailas?

—Ay, no. Pero tengo planes. ¿Podrías llevarme a ver a mi padre?

Hestia se llevó a la joven Artemisa al monte Olimpo, donde su padre, Zeus, estaba sentado en el trono, escuchando el informe sobre las formaciones de nubes que cada semana le daban los dioses del viento. Era tan mortalmente aburrido, que a Zeus le encantó tener una distracción.

—¡Eh, mira! —exclamó, interrumpiendo la presentación en PowerPoint del viento del sur sobre las zonas de bajas presiones—. Son Hestia y... y una niña. ¡Adelante!

Hestia entró en la sala del trono, con Artemisa de la mano.

—Mi señor Zeus, esta es tu nueva hija, Artemisa. Podemos volver después, si

estás ocupado.

—¿Ocupado? —repitió él, aclarándose la garganta—. ¡No, no! Son cosas importantes, informes meteorológicos, pero ¡maldita sea, tendrán que esperar!

Echó de allí a los dioses del viento y le ofreció los brazos a Artemisa.

—¡Ven con papá, pequeña! ¡Deja que te eche un vistazo!

Artemisa llevaba un sencillo quitón hasta la rodilla: una especie de vestido-camiseta atado con una cuerda a la cintura. Tenía una melena negra que le llegaba hasta los hombros y unos ojos gris plata de una belleza que te dejaba noqueado. Y digo «noqueado» porque se tenía la sensación de que aquellos ojos podían noquearte si Artemisa se enfadaba contigo.

Tenía menos de un día de vida, pero parecía que ya fuera al colegio. Era alta, incluso para una niña de nueve o diez años. Habría triunfado en el equipo de baloncesto de su escuela. Al acercarse al trono, dedicó a Zeus una preciosa sonrisa que derriñó el corazón de su padre.

—¡Papi! —exclamó, lanzándose a sus brazos—. ¡Te quiero, te quiero! ¡Eres el mejor papá del mundo!

Puede que no le gustara demasiado el género masculino, pero sabía muy bien cómo dominar a su padre.

Zeus soltó una risita.

—Vaya, mira qué mona. Eres la diosa más linda que he visto en mi vida. Dile a papá Zeus lo que quieras para tu cumpleaños, princesita, y lo tendrás.

Artemisa pestañeó.

—¿Lo que quiera?

—¡Lo que quieras! ¡Te lo prometo por el río Estigio!

Bum. Palabras mágicas. Sería de esperar que los dioses fueran más listos y tuvieran más cuidado a la hora de prometer por el río Estigio, pero Zeus no aprendía. Acababa de comprometerse a darle a Artemisa lo que ella quisiera.

Algunas niñas habrían pedido un poni, un móvil nuevo o un día de tiendas en el centro comercial con sus amigas. Otras, asientos de primera fila para el concierto de la banda de chicos de moda o una cita con alguien realmente genial, como, no sé, Percy Jackson, por ejemplo. (¿Qué pasa? No sería tan raro...).

A Artemisa no le interesaba nada de eso y sabía muy bien lo que quería. Puede que fuera porque su madre, Leto, anduvo siempre de acá para allá mientras intentaba dar a luz, vagando de isla en isla. O porque la serpiente

Pitón había estado a punto de devorar a Leto antes de que nacieran los gemelos. En cualquier caso, Artemisa tenía un carácter inquieto y quería recorrer el mundo y cazar criaturas peligrosas, y sobre todo no quería quedarse embarazada nunca jamás. Había visto los problemas que eso había ocasionado a su madre. A Artemisa le gustaba ayudar en los partos, pero no quería sufrirlos en primera persona.

—Deja que me quede soltera para siempre, padre —dijo Artemisa mientras se enredaba un mechón de barba en el dedo—. No quiero casarme. Quiero un arco y flechas... Espera, ¿sabes qué? Olvídalo. Si me das tú el arco y las flechas, quizá no sean de la mejor calidad. Iré a ver a los cíclopes y les pediré armas a medida. Pero tú puedes garantizarme un puñado de seguidoras: ninfas de los océanos, ninfas de los ríos, ninfas de los bosques... ¡Qué narices! ¿Qué tal si también añadimos a las chicas mortales? Cualquier chica que quiera unirse a mí puede convertirse en mi seguidora, siempre que permanezca doncella, como yo. Seguramente deberían tomar la decisión con nueve años o así, antes de que empiecen a interesarles los chicos, porque después de eso se distraerán y no me servirán de nada. Creo que podemos empezar con unas ochenta seguidoras, ¿vale? Ya veremos cómo va. Pueden cazar conmigo, limpiar mis presas, ocuparse de mis perros de caza... ¡Ah, sí! También quiero perros de caza.

Respiró hondo.

—Y el derecho a cazar cualquier animal peligroso en cualquier lugar del mundo. Quiero que todas las montañas sean lugares sagrados para mí, porque ahí es donde pasaré casi todo el tiempo, en la naturaleza. En cuanto a las ciudades... No sé, elige cualquier ciudad antigua para que sea mi lugar especial. Solo las visitaré cuando las mujeres necesiten mi ayuda en los partos o cuando los niños necesiten una protectora. —Sonrió y miró a Zeus con sus grandes ojos plateados—. Y... sí, creo que eso es todo.

Zeus parpadeó, aturdido durante un momento.

Entonces se echó a reír.

—¡Pues sí que eres mi hija! ¡Piensas a lo grande! —Besó la frente de Artemisa y la dejó en el suelo—. ¿Sabes qué te digo? Que, cuando tengo hijos como tú, creo que merece la pena enfrentarme a la ira de Hera. Te daré todo lo que me has pedido, cielo. No solo eso, sino también un montón de ciudades. ¡Tengo la sensación de que vas a ser muy popular!

Zeus estaba en lo cierto. A Artemisa la adoraban muchas clases de personas distintas: embarazadas, niños, padres, jóvenes doncellas que querían protegerse de tíos desagradables y, por supuesto, cualquier persona que cazara, y por aquel entonces eran muchas. Chico o chica, si cazabas, Artemisa estaba de tu parte... siempre que no ensuciaras la naturaleza y de verdad fueras a aprovechar lo que habías matado. Pero también era la diosa de los animales salvajes, así que si te volvías loco y matabas demasiados sin una buena razón, Artemisa te aclaraba cuatro cosas.

Después de hablar con Zeus, Artemisa fue a ver a los cíclopes, que estaban

trabajando en una de las fraguas de Hefesto en la isla de Lipari. Consiguió que le fabricaran un arco de caza especial, en plata, y un carcaj lleno de flechas encantadas de oro y plata.

A continuación fue a visitar a Pan, el dios sátiro de la naturaleza. Escogió a sus mejores perros salvajes para que integraran su manada de caza. Algunos eran blancos y negros; otros, rojizos, y los había con manchas, como los dálmatas; pero todos eran feroces. Corrían más deprisa que el viento, y cualquiera de ellos habría sido capaz de abatir a un león. Imaginad lo que podían hacer yendo en manada.

A continuación, Artemisa reunió a un grupo de seguidoras. No le costó. A muchas ninfas y chicas mortales les gustaba la idea de vivir libres en la naturaleza, de no tener que preocuparse nunca por el matrimonio. Tal vez penséis: «Pero ¡yo quiero casarme algún día!». Sí, pero por aquel entonces la mayoría de las chicas no podían elegir con quién casarse. Tu padre te decía: «Oye, vas a casarte con ese tío. Es el que me ha ofrecido la mejor dote». Daba igual si el tío era gordo, viejo y feo y olía a queso rancio: no tenías más remedio que obedecer.

Las seguidoras de Artemisa no tenían que pasar por aquello. Tampoco tenían que volver la cabeza para ver si algún dios enamorado las perseguía. Las cazadoras de Artemisa estaban prohibidas. Si alguien intentaba secuestrarlas o ligar con ellas, acababa en el lado equivocado del arco de plata de Artemisa.

Lo habitual era que Artemisa solo se llevara consigo a unas veinte cazadoras de una vez. Es difícil sorprender a tu presa con ochenta chicas detrás. El resto cazaba en otros grupos o se quedaba en el campamento y se dedicaba a limpiar las presas, curtir la piel, encender fogatas... o lo que haga la gente cuando está de acampada. Yo soy de Manhattan y no sé nada de esas cosas.

Muy pronto, Artemisa se dio cuenta de que tendría que recorrer largas distancias y trasladarse deprisa, a veces más deprisa de lo que podía ir una diosa a pie. Pensó que sería buena idea hacerse con un carro. Lo que no sabía era qué clase de animales elegir para que tiraran de él. Los caballos eran cosa de Poseidón; además, estaban domesticados, y Artemisa quería algo salvaje y rápido.

Entonces, un día vio una manada de ciervos.

Estaréis pensando: «Vaya, ciervos. Qué cosa más emocionante».

Pero en esa manada había cinco grandes ciervas, unas hembras adultas del tamaño de toros, con pezuñas y astas de oro macizo. ¿Cómo sabía Artemisa que era oro de verdad y no pintura? Pues porque es la diosa de los animales salvajes. Cómo no iba a saberlo.

Se volvió hacia sus seguidoras y les susurró:

—Estas nobles ciervas tirarían superbién de mi carro. ¡Será nuestra primera gran captura, amigas!



El caso es que Artemisa prefería no matar animales inofensivos, como los ciervos. En general, se limitaba a matar animales que hacían daño a los humanos, como osos, leones o tejones furiosos, pero conocía un montón de formas ingeniosas de capturar animales sin hacerles daño. Entre sus seguidoras había una ninfa llamada Britomartis, que era tan buena cosiendo redes que Artemisa acabaría convirtiéndola en una diosa menor: la dama de las redes. (No, no se refería a internet).

Britomartis colocó algunas trampas y escondió unas redes. Después, las seguidoras de Artemisa se pusieron a hacer ruido. Como esperaban, casi todos los ciervos de tamaño mediano huyeron, pero las ciervas gigantescas de astas doradas se volvieron para enfrentarse al enemigo y proteger la manada.

Cuatro de ellas cargaron contra las cazadoras y fueron directas a las redes, donde quedaron atrapadas; pero la más lista de las cinco se volvió en el último segundo y corrió a ponerse a salvo.

—Mi señora —dijo Britomartis—, ¿perseguimos a esa?

Artemisa sonrió.

—No. Cuatro ciervas bastan para tirar de mi carro. Esa quinta se ha ganado la libertad. ¡Es muy lista! A partir de ahora contará con mi bendición, y prohíbo a los cazadores que le hagan daño.

Aquella afortunada cierva vivió muchos años. Se hizo famosa por vivir en una zona de Grecia llamada Cerinea, por lo que la llamaron la Cierva de Cerinea. Más adelante, Heracles recibiría órdenes de capturarla, pero esa es otra historia.

Artemisa ya lo tenía todo: armas, seguidoras, perros de caza y un carro tirado por ciervas mágicas con astas de catorce quilates. La diosa se pasaba el día vagando por las montañas, cazando monstruos, castigando a todo aquel que mostrara una crueldad innecesaria con los animales o no respetara la naturaleza. De vez en cuando se asomaba por las ciudades para echar un vistazo a los críos, ayudar a las madres a dar a luz y, quizá, reclutar a algunas seguidoras entre las chicas que querían unirse a la caza.

En cierto modo, su hermano Apolo y ella eran muy parecidos. Los dos arqueros eran tan buenos que daban miedo. Mientras que Artemisa protegía a las jóvenes solteras, Apolo era el protector de los jóvenes. Los dos tenían poderes curativos. Los dos podían castigar a los mortales poco respetuosos con un repentino flechazo mortífero o una horrible plaga. Más adelante, Artemisa sería conocida como la diosa de la luna, ocupando el lugar de la titánide Selene, igual que Apolo ocupó el de Helios, el titán del sol. A veces veréis a Artemisa con el emblema plateado de una luna creciente en la diadema, lo que significa o bien que es la diosa de la luna, o bien que se ha pegado un bumerán en la frente. Vamos a quedarnos con la primera opción.

En otros aspectos, Artemisa era completamente diferente a su hermano. Apolo salía con todas. Artemisa no tenía tiempo para esas tonterías y era

completamente inmune a la magia del amor.

A su hermano, Apolo, le gustaba componer música. Artemisa prefería los sonidos de los grillos por la noche, el crepitar de una fogata, el ulular de los búhos y el borboteo de los ríos. A Apolo le gustaba llamar la atención. Artemisa prefería perderse en la naturaleza y que la dejaran en paz con la única compañía de sus seguidoras.

¿Sus símbolos? Como era de esperar: el arco, el ciervo y, a veces, la luna creciente.

Quizá penséis que solo la adoraban las mujeres, pero los tíos también la respetaban. Los espartanos solían rezarle para conseguir una buena caza, éxito con el arco y no sé qué más. ¡Alerta: guarrería! Para honrarla, ataban a un tío joven al altar de la diosa y lo azotaban hasta que sangraba por todas partes. ¿Que por qué pensaban que así Artemisa estaba contenta? No estoy seguro. ¿He dicho ya que los espartanos eran unos frikis psicópatas?

Otros griegos sacrificaban cabras en su honor, o incluso perros.

Lo sé: ¿perros? A Artemisa le encantaban los perros. ¿Por qué iba alguien a sacrificarlos por ella? Ni idea. Espero que Artemisa les hiciera ver su desagrado a esos idiotas enviándoles una plaga.

Era popular en toda Grecia, pero su mayor templo estaba en la ciudad de Éfeso, en Asia Menor. Las amazonas fundaron aquel lugar, así que tiene sentido. ¿Una nación de mujeres guerreras? Está claro que entendían mejor que nadie a Artemisa.

Sí, a Artemisa le gustaba mucho cazar, pero también era una excelente guerrera cuando hacía falta. Por ejemplo, cuando aquellos gemelos gigantes, los Alóadas, construyeron una torre de asalto apilando montañas para atacar el Olimpo, fue Artemisa la que los derribó.

Pasó tal que así. Después de que Ares, el dios de la guerra, saliera de aquella tinaja de bronce, los dos gigantes empezaron a presumir de que iban a hacerse con el Olimpo y a convertir a los dioses en sus esclavos. Efiltes quería por esposa a Hera, mientras que Oto pensaba obligar a Artemisa a casarse con él.

Cuando Artemisa se enteró, dijo:

—Vale, esos dos tienen que morir ahora mismo.

Quizá hubiera podido derribarlos a distancia con su arco, pero quería algo más cercano y personal para disfrutar viendo sus caras de dolor.

Cargó montaña abajo y los acribilló a flechazos, disparándoles en las piernas, en las manos y en algunos puntos muy sensibles. Los gemelos gigantes intentaron atravesarla con sus enormes lanzas, pero era demasiado rápida.

Al final, pasó corriendo entre ellos. Los dos intentaron apuñalarla, pero ella los esquivó en el último segundo, de modo que los gigantes se ensartaron el uno al otro. Gigantes muertos. Problema resuelto. Además, fue un vídeo muy gracioso para *Las batallas más divertidas del Olimpo*.

Sin embargo, la mayor parte del tiempo, Artemisa dejaba que los animales salvajes mataran por ella.

Una vez, en la ciudad griega de Calidón, un tío, el rey Eneo, olvidó hacer el pertinente sacrificio a Artemisa. Era época de cosecha. Se suponía que los habitantes de Calidón debían ofrecer los primeros frutos de su trabajo a los dioses. Vertieron aceite de oliva para Atenea. Quemaron cereales para Deméter. Sacrificaron palitos de merluza con salsa tártara para Poseidón.

Sin embargo, se olvidaron de Artemisa. Lo único que ella quería era unas cuantas manzanas de sus huertos. Incluso se habría conformado con unos limones. Pero su altar permaneció vacío.

—Vale —refunfuñó para sí—, puede que hayan mancillado mi honor, pero ¡me vengaré!

Llamó al cerdo más feroz de la historia de los cerdos.

Este jabalí era del tamaño de un rinoceronte, sus ojos eran de color rojo sangre, y resoplaba fuego. Su piel, gruesa como el acero, estaba cubierta de cerdas tan rígidas como astas de lanza, así que, solo con que te rozara, te hacía picadillo. Su boca lanzaba rayos y acres nubes de ácido que fulminaban y quemaban todo lo que encontraban en su camino, y sus enormes colmillos, afilados como navajas... bueno, si te acercabas lo suficiente para verlos, estabas acabado.

En definitiva, era el Cerdo de la Muerte.

Artemisa lo soltó en los campos de Calidón, donde arrancó todos los árboles de los huertos, pisoteó los campos y mató animales, granjeros y a cualquier soldado lo bastante estúpido para intentar luchar contra él.

En ese momento, el rey Eneo se arrepentía un montón de no haberle dado unas manzanas a Artemisa. Se volvió hacia su hijo, Meleagro, y le dijo:

—Eres el mejor cazador del reino, hijo mío. ¿Qué hacemos?

—¡Cazar al jabalí! —respondió Meleagro—. Artemisa es la diosa de la caza, ¿no? Solo nos perdonará si organizamos la caza más grande y peligrosa de la historia. Si abatimos al jabalí con nuestra valentía y destreza, seguro que nos perdona.

—O quizá se enfade más —dijo el rey Eneo, frunciendo el ceño—. Además, ¡no podrás matar a ese monstruo tú solo!

—Yo solo, no —coincidió Meleagro—. ¡Reuniré a los mejores cazadores de

Grecia!

El rey hizo correr la voz y ofreció recompensas. No tardaron en llegar a Calidón cazadores de todo el mundo. Organizaron la Primera y Con Suerte Última Caza Anual del Jabalí de Calidón.

Artemisa no se lo puso fácil. Un tío llamado Mopso, que era el lanzador de jabalina más fuerte de Grecia, lanzó la suya al animal con tanta energía como para romper un escudo de bronce. Artemisa hizo que la jabalina perdiera la punta en pleno vuelo, de modo que rebotó en el monstruo sin causarle ningún daño.

Otro cazador llamado Anceo se rio de él.

—¡Esa no es forma de luchar contra el Cerdo de la Muerte! ¡Observa y aprende! —exclamó, alzando su espada de doble filo—. ¡Te enseñaré cómo lucha un hombre de verdad! Ese jabalí de la niña divina no es rival para mí.

Se lanzó contra el jabalí blandiendo el hacha, y el animal le clavó el colmillo en la entrepierna. Anceo murió, y sería recordado para siempre como el Prodigio Sin Entrepierna.

Al final, el príncipe Meleagro en persona mató al jabalí con la ayuda de sus amigos. Fue valiente, sí, pero Artemisa aún no estaba satisfecha. Hizo que los demás cazadores lo envidiaran. Meleagro desolló al jabalí y colgó su piel en el palacio, como gran premio de la caza, pero los hombres empezaron a pelearse entre ellos por quién había de llevarse el mérito de la proeza.

La discusión acabó desembocando en una guerra civil a gran escala. Murieron cientos de personas, y todo porque al rey se le había olvidado darle algo de fruta a Artemisa. Son solo doce dioses, hombre. La próxima vez hazte una lista, Eneo.

Era tal cual: si se te olvidaban tus sacrificios, Artemisa te mataba. Ahora bien, si de verdad querías garantizarte una muerte dolorosa, lo mejor era invadir su espacio personal.

Un cazador llamado Acteón cometió ese error. Lo raro era que respetaba de verdad a Artemisa. Siempre le hacía sus sacrificios a tiempo. Dedicaba sus mejores presas a la diosa y procuraba ser un buen cazador. Lo había criado y entrenado Quirón en persona, el famoso centauro que formó a los mejores héroes griegos (como a mí, ejem). Acteón tenía una manada de cincuenta perros. Cuando no estaba en la cueva de Quirón, aprendiendo a ser un héroe, andaba por ahí con los perros, persiguiendo criaturas peligrosas y llevando a casa beicon de jabalí.

Una noche estaba en las montañas, cansado tras un difícil día de caza. Se tumbó a dormir sobre una roca que dominaba un lago con una cascada. Sus perros se acurrucaron en el prado, detrás de él. Se echó la manta sobre la cabeza y se durmió, hasta que llegó la mañana y unas voces lo despertaron.

Acteón se restregó los ojos para terminar de despertarse, miró al lago y creyó que estaba soñando: un grupo de bellas mujeres estaba bañándose en la cascada y, bueno... no llevaban ropa. La más bella era clavadita a las estatuas de Artemisa que Acteón había visto en los templos. Era alta, de pelo oscuro y relucientes ojos plateados. Verla bañarse hizo que a Acteón le retumbara la sangre en los oídos.

Pues bien, si se hubiera ido de allí sin hacer ruido, quizá no le habría pasado nada. Artemisa no se había percatado de su presencia. Acteón podría haberse escabullido y haber llegado a viejo con su secreto, considerándose un tío con suerte. Es decir, todavía no se había comportado como un acosador. No había tenido intención de espiar.

Pero no, claro que no: a Acteón le pudo la codicia.

Siguió mirando. Se enamoró de Artemisa. Decidió que tenía que casarse con ella.

Sabía que ella deseaba ser soltera para siempre, claro, pero ¡es que todavía no lo había conocido a él!

Acteón la respetaba. Siempre le había ofrecido sacrificios. Adoraba cazar y los animales... Tenían tantas cosas en común... ¿Por qué no se le habría ocurrido antes?

Se levantó de un salto y gritó:

—¡Perdóname, mi señora!

Las seguidoras de Artemisa gritaron y corrieron a la orilla a por su ropa y sus arcos. Artemisa entornó los ojos, sin hacer nada por taparse. Se acercó a Acteón, andando sobre el agua.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Acteón, mi señora. Soy un gran cazador, siempre te he adorado.

—¿Ah, sí? —Artemisa no parecía impresionada—. Pero me espías mientras me baño, ¿no?

—Eso... ha sido un accidente.

A Acteón empezó a picarle todo, como si estuviera cubierto de moscas. Ya no se sentía tan seguro, pero era tarde para echarse atrás.

—Tu belleza... me ha incitado a hablar. ¡Has de ser mía! ¡Cásate conmigo!

Artemisa ladeó la cabeza. Un aura plateada le envolvía el cuerpo.

—He de ser tuya —repitió—. ¿Crees que soy tu presa?

—N... no, mi señora.

—¿Crees que tú eres el cazador y yo soy el premio que vas a abatir con tus perros?

—Bueno, no, pero...

—Deja que te explique una cosa, Acteón —lo interrumpió la diosa—. Yo soy la cazadora. Yo siempre soy la cazadora. Tú eres la presa. Ningún hombre que me haya visto desnuda puede sobrevivir.

El cuerpo de Acteón se retorció de dolor. Justo por encima de los ojos, se le abrió la frente y le salieron dos pesadas astas. Se le pegaron los dedos y se convirtieron en pezuñas hendidas. Se le dobló y estiró la espalda. Las botas se le encogieron y endurecieron, volviéndose pezuñas.

Acteón se transformó en un ciervo, un precioso ciervo con cornamenta de dieciséis puntas.

Artemisa emitió un agudo silbido, y la jauría de cincuenta perros de Acteón se despertó. No olían a su amo por ninguna parte, pero, vaya, ¡aquel enorme ciervo olía muy bien! Acteón intentó ordenarles que se quedaran quietos, pero los perros fueron demasiado rápidos.

Hicieron jirones a su antiguo amo.

Cuando terminaron, buscaron a Acteón y no lo encontraron por ninguna parte. Aullaron, gimieron y se pusieron muy tristes, pero, al final, volvieron a la cueva de Quirón, donde tenían su hogar. El centauro vio los trocitos de la ropa de Acteón que se les habían quedado enganchados en los dientes, además de la sangre en el pelaje, e imaginó lo que había ocurrido. Le había advertido a aquel insensato que no se metiera con Artemisa. Para tranquilizar a los perros, hizo un muñeco de Acteón con la ropa vieja del cazador, como un espantapájaros, de modo que los perros pensarán que su amo seguía por allí.

Supongo que Quirón tuvo un gesto amable con los perros, pero me pregunto si tendrá metido en algún armario un espantapájaros de Percy Jackson, para una emergencia. No sé si quiero saberlo.

No fue el único tío que vio a Artemisa bañándose. El siguiente fue un niño llamado Siproites, que simplemente iba paseando y acabó en el peor sitio en el peor momento.

Cuando vio a la diosa desnuda, gritó, sorprendido; pero no era más que un crío y no le pidió que se casara con él. Se limitó a caer de rodillas y suplicar clemencia.

—Por favor, señora —gimoteó—. No lo he hecho aposta. ¡No me conviertas en ciervo para que me destrocen mis perros!

A Artemisa le dio pena. Al fin y al cabo, era la protectora de los niños.

—Bueno, Siproites, te cuento. Resulta que ningún hombre puede verme desnuda y sobrevivir.

—Pero... pero...

—Como eres un hombre, tendré que matarte. A no ser, claro, que no lo fueras...

—Quieres decir... Espera, ¿qué? —dijo él, parpadeando.

—Muerte o cambio de sexo. Tú eliges.

No había mucho que elegir. Siproites no quería morir, así que, ¡chás!, Artemisa lo convirtió en una chica, y la chica Siproites vivió feliz para siempre con las cazadoras de Artemisa.

¿No os parece todo muy raro? ¡Pues preparaos para lo que viene ahora!

En otra ocasión, una de las seguidoras de Artemisa, una chica llamada Calisto, llamó la atención de Zeus. Bueno, se suponía que las seguidoras de Artemisa estaban prohibidas, pero estamos hablando de Zeus. Además, Calisto era un bellezón.

En aquella época, era la seguidora favorita de Artemisa. Se parecían mucho: las dos eran veloces y fuertes, y no tenían el menor interés por los hombres. Se hicieron amigas íntimas en cuanto Calisto se unió a la Caza. Como todas las seguidoras de Artemisa, Calisto había jurado quedarse virgen para siempre, pero Zeus tenía otros planes.

Un día, miró desde el Olimpo y vio a Calisto sola en un claro, disfrutando relajadamente del sol.

«¡Esta es la mía! —se dijo—. Solo tengo que pensar en un modo de acercarme sin que salga corriendo, porque esa chica es rápida. Hummm...».

Zeus se transformó en un doble exacto de Artemisa.

Lo sé: qué cerdo, ¿verdad? Pero, como he dicho, el tío no tenía vergüenza cuando se trataba de atrapar mujeres. Incluso era capaz de hacerse pasar por su hija.

La falsa Artemisa entró tranquilamente en el claro.

—Eh, Calisto, ¿qué haces?

—¡Mi señora! —exclamó ella, levantándose de un salto—. Solo descansaba.

—¿Puedo acompañarte?

Calisto notó algo raro en la mirada de la diosa, pero respondió:

—Sí, claro.

La falsa Artemisa se acercó más y cogió a Calisto de la mano.

—Eres preciosa, ¿lo sabías?

La falsa Artemisa la besó, y no me refiero a un beso amistoso en la mejilla. Calisto forcejeó e intentó apartarse, pero Zeus la tenía bien sujeta y era más fuerte.

—¡Mi señora! —gritó Calisto—. ¿Qué estás haciendo?

Zeus adoptó su verdadera forma, y Calisto gritó aún más fuerte.

—Tranquila, tranquila —dijo el dios del cielo—. Artemisa no tiene por qué saberlo, querida. ¡Será nuestro pequeño secreto!

Así que Zeus de nuevo demostró ser un gusano. Sí, claro, quizá me oiga y se enfade. Tampoco sería la primera vez que me arriesgo con el señor Trueno. Pero, en fin, yo solo digo lo que veo.

Si la Artemisa de verdad hubiera oído aquello, habría ido corriendo a ayudar a Calisto. Por desgracia, Calisto estaba sola y Zeus consiguió lo que quería.

Después, Calisto estaba demasiado avergonzada para decir nada. Temía que, en cierto modo, fuera culpa suya. Consejo importante: si alguna vez os ataca un cerdo como ese, nunca será culpa vuestra. Contádselo a alguien.

Sin embargo, Calisto guardó su secreto durante todo el tiempo que pudo. Intentó hacer como si no hubiera pasado nada. Por desgracia, se había quedado embarazada, y eso no podía ocultarlo para siempre. Al cabo de unos meses, después de pasarse un día caluroso persiguiendo monstruos, Artemisa y su pandilla decidieron ir a nadar. Todas saltaron al lago, salvo Calisto.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Artemisa—. ¡Vamos!

Calisto se ruborizó. Se llevó la mano al vientre, que había empezado a hincharse. No se atrevía a quitarse la ropa porque sabía que Artemisa se daría cuenta.

A pesar de todo, Artemisa se percató del problema. De repente adivinó por qué Calisto había estado tan distante y tan triste.

A la diosa se le cayó el alma a los pies.

—¿Tú, Calisto? —preguntó—. De todas mis seguidoras, ¿tú eres la que rompes tus votos?

—¡No... no quería! —exclamó Calisto. Una lágrima le rodó por la mejilla.

—¿Quién ha sido? —preguntó Artemisa—. ¿Un guapo guerrero? ¿Un héroe



con labia? ¿Mi hermano, Apolo? Oh, no, por favor, dime que no ha sido él.

—¡Fui... fuiste tú! —gimió Calisto.

Artemisa la miró fijamente.

—A ver, ¿me lo repites?

Calisto le contó la historia de cómo Zeus se le había aparecido en la figura de Artemisa. La diosa ardía de rabia y deseaba con todas sus fuerzas estrangular a Zeus, pero no hay mucho que hacer cuando tu padre es el rey del universo. Miró a Calisto y negó con la cabeza, apenada.

—Eras mi favorita —dijo—. Si hubieras acudido a mí de inmediato, podría haberte ayudado. Te habría buscado un marido guapo y rico, y te habría permitido empezar una nueva vida en la ciudad que quisieras. Te habría dejado retirarte de la Caza con honor. Te habrías marchado en paz. El ataque de Zeus no fue culpa tuya.

Calisto sollozó.

—Pero ¡no quería perderte! ¡Quería quedarme!

A Artemisa se le rompió el corazón, pero no quería que se le notara. Tenía reglas para sus seguidoras y no podía permitir que nadie las rompiera, ni siquiera su mejor amiga.

—Calisto, tu delito ha sido mantenerlo en secreto. Nos has deshonrado a mí y a tus hermanas de la Caza al no contar la verdad. Has mancillado nuestra compañía de doncellas cuando tú ya no lo eras. Eso no puedo perdonártelo.

—Pero... Pero, Artemisa...

—¡Basta de hablar!

Artemisa señaló a Calisto, y la joven empezó a cambiar. Aumentó de tamaño. Sus extremidades se volvieron más cortas y gruesas. Su ropa, que la había ayudado a ocultar su estado, se convirtió en un asfixiante abrigo de piel marrón. Calisto se convirtió en un oso pardo. Cuando intentó hablar, solo pudo rugir.

—Vete ya —dijo Artemisa, esforzándose por no llorar—. Tu nueva forma te recordará que no puedes volver conmigo. Si te veo otra vez, tendré que matarte. ¡Márchate!

Calisto se alejó dando saltos por el bosque y alumbró a un hijo humano llamado Arcas, que regresó al mundo de los mortales y llegaría a convertirse en rey. Pero, poco después, a la pobre Calisto la mataron unos cazadores.

Zeus tenía remordimientos, así que transformó a Calisto en una constelación, la Osa Mayor, como si eso compensara el haberle destrozado la vida.

Una cosa rara: después del incidente con Calisto, los siguientes mejores amigos de Artemisa fueron chicos. No sé muy bien por qué. Quizá imaginara que no podían hacerle más daño que Calisto, o que, si lo hacían, al menos no sería una sorpresa, ya que los chicos eran imbéciles por naturaleza. O puede que intentara demostrarse a sí misma que nunca renegaría de sus votos de virginidad, ni siquiera por el tío más interesante que pudiera encontrar.

Su primer amigo hombre fue Orión, que tenía un pasado turbio. En primer lugar, era un gigante, aunque bajo para lo que eran los gigantes, puede que hiciera unos dos metros y pico de altura, y parecía lo bastante humano como para hacerse pasar por mortal. Durante mucho tiempo trabajó para el rey de Quíos como cazador real. Entonces se lió con la hija del rey y, cuando este se enteró, cegó a Orión con un hierro al rojo vivo. Después lo desterró del reino.

Orión dio tumbos por Grecia hasta que se encontró con el dios herrero Hefesto. Orión le contó su trágica historia. El gigante parecía tan arrepentido que Hefesto, que sabía bastante sobre tragedias y segundas oportunidades, le fabricó unos ojos mecánicos que le permitieron ver de nuevo.

Orión se retiró a Delos, donde conoció a Artemisa. A la diosa le cayó bastante bien. El gigante no ocultaba sus delitos del pasado y, además, su destreza como cazador era increíble. Los años de ceguera habían aguzado sus otros sentidos, y los ojos mecánicos le proporcionaban todo tipo de extras muy chulos, como visión nocturna y localización de objetivos. Se convirtió en el primer hombre en unirse a las Cazadoras de Artemisa.

No sé qué opinarían sobre aquello las otras seguidoras. Hasta entonces, las Cazadoras no se habían mezclado con hombres. Pero Orión no intentaba nada raro y se mantenía a distancia de las chicas mientras se bañaban. Colaboraba en las tareas como cualquiera. No tardó en hacerse muy amigo de Artemisa.

Solo había un problema: Orión era demasiado bueno cazando. Un día estaba solo por ahí y se dejó llevar por el entusiasmo. Abatió a dieciséis osos, doce leones y varios monstruos de los que ni siquiera sabía el nombre. Después empezó a disparar a animales inofensivos, como ciervos, conejos, ardillas, pájaros y tejones. Puede que se le fuera la pinza. O puede que Apolo lo volviera loco porque no le gustaba que aquel tío pasara tanto tiempo con su hermana.

El caso es que Orión tenía un montón de tejones muertos apilados a su alrededor. Se había pintado la cara con sangre de ardilla, se había puesto hojas en el pelo y había empezado a gritar:

—¡Mataré a todos los animales del mundo! ¡A todos! ¡Moriréis, estúpidos bichos peludos!

Aquello no encajaba muy bien con el lema del amor a la naturaleza de las Cazadoras. Tampoco agradó a Gea, la Madre Tierra. Orión gritaba tan fuerte que llamó su atención, a pesar de que estaba dormida, y masculló para sí:

—¿Quieres matar algo, bribón? Prueba con esto.

Justo detrás de Orión, de una grieta del suelo salió un escorpión enorme. El gigante se volvió y recibió un agujonazo venenoso en pleno pecho.

Aquello fue su fin. Artemisa andaba buscándolo y, cuando encontró su cuerpo frío y sin vida rodeado (por algún extraño motivo) de miles de bichos peludos muertos, se le rompió de nuevo el corazón. Y, esta vez, fue Artemisa la que creó una constelación. Puso a Orión en el cielo, con un escorpión cerca, para que su historia viviera para siempre.

Supongo que la moraleja es: no intentes masacrar conejos, ardillas y tejones; no te han hecho nada y puede que tengan un amigo escorpión muy grande.

El último mejor amigo de Artemisa fue un príncipe llamado Hipólito. El tío era guapo, encantador y no tenía el menor interés en el amor. Solo quería pasarse el día cazando. En otras palabras: era el hombre perfecto para Artemisa. Ella lo aceptó en la Caza, lo cual debió de ser todo un reto para algunas de sus seguidoras, ya que el chico era atractivo, demasiado atractivo para su propio bien.

A pesar de ello, Hipólito era un seguidor modélico. Mantenía sus promesas y nunca miró dos veces a una dama.

Sin embargo, aquello no le gustó a todo el mundo. Arriba, en el Olimpo, Afrodita, la diosa del amor, estaba indignada.

—Pero ¿esto qué es? —berreaba—. Un tío tan bueno como ese que se pasa el día con ochenta mujeres preciosas, ¿y no le interesa ninguna? ¡Es un insulto! ¡No está bien!

Cuando Hipólito fue a visitar a su padre, el rey Teseo (que tiene su propia historia), se enzarzaron en una buena pelea. El padre quería que Hipólito se casase para que tuviera hijos que perpetuaran el linaje cuando él fuera rey y bla, bla, bla.

—¡No! —respondió Hipólito—. ¡Quiero quedarme con Artemisa y cazar!

Teseo rugía de frustración.

—Si tanto la quieres, ¿por qué no te casas con ella?

—¡Es una diosa virgen, papá! ¡Nunca me escuchas!

La discusión era cada vez más acalorada, porque arriba, en el Olimpo, Afrodita encendía las pasiones de padre e hijo. Que sí, que era la diosa del amor, pero en realidad no hay tanta diferencia entre el amor y el odio. Las dos cosas se descontrolan fácilmente, y una se convierte en la otra. Creedme, lo sé.

Al final, Teseo desenvainó su espada y mató a su propio hijo.

Ups.

Por supuesto, al rey lo carcomía la vergüenza. Colocó el cadáver del príncipe en la cripta real y se retiró a llorar su muerte en privado. Mientras tanto, Artemisa se enteró de la noticia y fue corriendo a la tumba.

Llorando de rabia, abrazó el cadáver de Hipólito.

—¡No! ¡No, no, no! No pienso perder a otro amigo. ¡Otra vez no!

Salió volando de la ciudad, cargada con el cadáver de Hipólito. Buscó por toda Grecia hasta que encontró al mejor médico del mundo, un tío llamado Asclepio. Era hijo de Apolo, el dios de la curación, pero a Asclepio lo de curar se le daba aún mejor que a su padre. Seguramente porque se pasaba todo el tiempo curando de verdad, mientras que Apolo se dedicaba a coquetear y dar conciertos en el parque.

—¡Tía Artemisa! —la saludó Asclepio—. ¡Me alegro de verte!

Artemisa dejó el cuerpo de Hipólito a sus pies.

—Asclepio, necesito que cures a Hipólito. ¡Por favor! Mis poderes no sirven para esto.

—Hum —dijo Asclepio—. ¿Qué le ocurre?

—Está muerto.

—Eso es grave. Casi siempre letal. Pero veré lo que puedo hacer.

Asclepio mezcló unas hierbas, preparó una poción y se la hizo ingerir como pudo al príncipe muerto, que se despertó de inmediato.

—¡Gracias a las Parcas! —exclamó Artemisa—. ¡Asclepio, eres el mejor!

—Eh, nada, no hay problema.

En realidad, sí que había un problema: Afrodita se quejó a Zeus. No sabía perder... Después se quejó Hades. Asclepio no podía ir por ahí devolviéndoles la vida a los muertos, porque eso sembraría el caos en el mundo mortal y en el inframundo. Zeus estuvo de acuerdo. Le lanzó a Asclepio un relampagazo y lo mató; por eso hoy en día no se puede ir al médico para pedirle que resucite a un pariente muerto: Zeus prohibió esa clase de medicina.

En cuanto a Hipólito, Artemisa se aseguró de que estuviera a salvo. Se lo llevó a Italia, donde se convirtió en sacerdote de uno de sus santuarios y vivió hasta una edad avanzada.

Después de aquello, Artemisa decidió no intimar demasiado con ninguno de sus seguidores: era demasiado peligroso para ellos. También se abstuvo de invitar a más hombres a la Caza.

A mí me parece bien. Me gusta Artemisa, pero no me llevo bien con la naturaleza. Además, no me gusta cazar. Las chicas sí que me gustan, pero a mi novia no le haría gracia que fuera correteando por el campo con ochenta mujeres preciosas.

Es tirando a posesiva.

## Hermes va al reformatorio

\*

Acabáramos antes haciendo una lista de las cosas de las que Hermes no era dios, porque el tío tenía de todo.

Era el dios de los viajes, así que era el protector de cualquiera que fuera por los caminos. Eso incluye a mercaderes, mensajeros, embajadores, actores ambulantes y pastores que llevaban el ganado al mercado. También a bandidos, ladrones, vagabundos y esas molestas procesiones de autocaravanas de jubilados que se dirigen al sur en invierno.

Hermes se encargaba de guiar a las almas muertas al inframundo. Era el servicio de FedEx personal de Zeus y llevaba los mensajes de su jefe por todo el mundo, con entrega garantizada en veinticuatro horas. También era el dios (preparaos) del comercio, los idiomas, el hurto, las hamburguesas con queso, los engaños, la elocuencia, los banquetes, las hamburguesas con queso, la hospitalidad, los perros guardianes, las aves de buen o de mal agüero, la gimnasia, las competiciones de atletismo, las hamburguesas con queso, las hamburguesas con queso y adivinar el futuro con los dados.

Vale, solo he metido las hamburguesas con queso para ver si estabais prestando atención. Además, tengo hambre.

Básicamente, Hermes estaba a cargo de todo lo que pudieras encontrarte estando de viaje, tanto lo bueno como lo malo. Así que, si viajáis, espero por vuestro bien que Hermes esté de buen humor. Si no, acabaréis durmiendo en el aeropuerto o tirados en una cuneta con una rueda pinchada. Como en la Antigua Grecia todo el mundo tenía que ir a alguna parte tarde o temprano, Hermes era un tío respetado e importante.

Cuesta creer que naciera en una cueva y que lo detuvieran cuando solo tenía doce horas.

Su madre, Maya, intentó evitar que se metiera en problemas. Era una titánide, la hija de Atlas; cuando se quedó embarazada de Zeus (lo que la convierte en la novia número... ¿458? ¿Alguien lleva la cuenta?), intentó protegerse para no acabar como la mayoría de las novias de Zeus: maldecida y acosada por Hera.

Maya se escondió en una cueva del monte Cilene, en la Grecia central, donde dio a luz al lindo Hermes. Se dio cuenta de que el bebé era un dios, así que pensó que debía tener cuidado. Nunca se sabe cuándo un dios bebé va a ponerse a cantar, bailar y disparar a la gente (algo le había contado Leto). Maya dio de mamar al bebé Hermes y lo envolvió bien en sus mantas para que no pudiera ni moverse ni meterse en problemas. Lo colocó en una cesta

que hacía las veces de cuna y empezó a cantarle una nana sobre los distintos dioses y sus animales favoritos, porque, incluso entonces, las canciones infantiles iban todas sobre animales de la granja y cosas así. Cantó sobre Artemisa y sus perros, Poseidón y sus caballos, Apolo y su manada de vacas sagradas, que eran las más sabrosas del mundo. Hermes no tardó en quedarse plácidamente dormido. Maya fue tambaleándose hasta su cama y se desmayó, ya que dar a luz no había sido fácil.

En cuanto Hermes oyó roncar a su madre, abrió los ojos.

El joven dios intentó liberarse de sus mantas.

—No me lo puedo creer —murmuró—. ¿Treinta minutos de vida y ya me ponen una camisa de fuerza? Está claro que mamá no confía en mí. Muy lista.

Se liberó y bajó de la cuna de un salto. Hermes todavía parecía un recién nacido, pero solo porque aún no estaba listo para empezar a crecer. Supuso que un bebé podía hacer trastadas y librarse del castigo con más facilidad que un niño mayor. Estiró los brazos, hizo unos cuantos saltos de tijera y se subió los pañales.

—Con tanto cantar sobre vacas, me ha entrado hambre. ¡No me sentaría mal un filete!

Salió de la cueva pensando que no le costaría mucho encontrar el ganado de Apolo. Solo había dado unos cuantos pasos cuando tropezó con algo duro.

—¡Ay!

Hermes se arrodilló y vio que había tropezado con una tortuga.

—Eh, amiguita —la saludó—. ¡Eres el primer animal que me encuentro! Supongo que serás uno de mis animales sagrados. ¿Qué te parece?

La tortuga se limitó a mirarlo.

—Tienes un caparazón muy bonito. —Hermes dio golpecitos con los nudillos en la espalda de la tortuga—. Tan lindo y moteado... ¿Y si te llevo a la cueva para verlo mejor? No te haré daño.

Hermes era fuerte para ser un bebé. En realidad era fuerte para cualquier edad. Levantó a la tortuga y se la llevó dentro. Mientras le miraba el caparazón, se le ocurrió una cosa. Recordó que, cuando su madre le había cantado la nana, el eco de la voz en la cueva hacía que la canción sonara más fuerte y con más intensidad. A Hermes le había gustado. Aquel caparazón de tortuga quizá amplificara el sonido del mismo modo, como una cueva en miniatura... siempre que no hubiese tortuga dentro.

—¿Sabes qué, amiguita? —le dijo Hermes—. He cambiado de idea: me temo que sí voy a hacerte daño.

Advertencia: imagen asquerosa. Hermes le cortó la cabeza y las patas a la tortuga, y sacó el resto del animal del caparazón con la ayuda del cucharón de su madre. (Eh, lo siento. Por aquel entonces, la gente mataba animales continuamente para comer, para quedarse con su piel, con su caparazón o lo que fuera. Por eso mi amiga Piper se hizo vegetariana).

En fin, que, después de vaciar el caparazón, sopló en él. El sonido reverberaba mucho, pero no acababa de ser lo que él buscaba. En el exterior de la cueva oía búhos, grillos, ranas y otras criaturas haciendo ruidos con distintos tonos, todos a la vez. Hermes quería algo así: un puñado de sonidos simultáneos. Junto al fuego vio unos tendones largos y fibrosos que Maya había dejado secándose, para coser o lo que fuera.

Hermes pensó: «Hummm...».

Estiró uno de los tendones con el pie y la mano, tiró de él con la mano libre, y la cuerda de tripa vibró. Cuanto más tensaba la cuerda, más aguda era la nota.

—Oh, sí —dijo—, esto servirá.

Miró a su madre para asegurarse de que seguía dormida. Después, se puso manos a la obra. Sacó un par de clavijas de madera del telar de su madre y las metió a través del caparazón de la tortuga, de modo que asomaran por el agujero del cuello como si fueran cuernos. Después ató una tercera clavija en la parte de arriba, en perpendicular a las otras dos, con lo que parecían los postes de una portería de fútbol americano. Después afinó las cuerdas para que sonaran con tonos distintos. Cuando las rasgó, el sonido fue asombroso: Hermes había inventado el primer instrumento de cuerda, al que decidió llamar lira. (¿Que por qué? Quizá porque era un mentiroso que *delira*, no sé).

Si hubiese trabajado unas cuantas horas más, seguro que habría inventado la guitarra acústica, el contrabajo y la Fender Stratocaster; pero ya tenía mucha hambre, así que escondió su nueva lira entre las mantas de la cuna y se fue en busca de aquellas vacas mágicas tan sabrosas.

Subió a lo alto del monte Cilene —no os burléis, que aquello no era nada para un bebé tan musculoso— y recorrió Grecia con la mirada, observando y escuchando. Por la noche, Apolo escondía sus vacas en un prado secreto de Piería, a unos cuatrocientos ochenta kilómetros al norte de Cilene. Pero Hermes tenía unos sentidos excelentes, así que no tardó en oír un mugido lejano.

Otra vaca dijo:

—Chist, ¡que estamos escondidas!

—Lo siento —respondió la primera vaca.

En lo alto de la montaña, Hermes sonrió.



—¡Ja! Os he pillado, vacas.

¿Cuatrocientos ochenta kilómetros? ¡No hay problema! Hermes corrió y llegó allí en menos de una hora... (Debía de ofrecer una estampa muy extraña: un dios recién nacido, en pañales, corriendo como una bala por Grecia con las manos bañadas en sangre de tortuga. Por suerte, era de noche y no lo vio nadie).

Cuando llegó al prado secreto, Hermes babeó al ver tantas vaquillas deliciosas, sanas y gordotas, cientos de ellas, pastando en la alta hierba entre la base de una montaña y las orillas arenosas del Mediterráneo.

«No quiero ser codicioso —se dijo—. Puede que solo me lleve unas cincuenta. Pero ¿cómo ocultaré mi rastro?».

No podía meter cincuenta vacas en un saco y escabullirse. Y si se las llevaba vivas, a Apolo no le costaría nada seguir las huellas de tantos animales.

Hermes se quedó mirando la playa. Después observó unas lilas del sur que había cerca. Sin saber muy bien lo que hacía, rompió algunas ramas y ramitas de las lilas. Recordaba que, en la cueva de Maya, su cuna era una cesta tejida, así que empezó a tejer las ramas y ramitas para fabricarse unas grandes palas. Se envolvió con ellas los pies y creó las primeras raquetas para la nieve de la historia (lo cual resulta asombroso, ya que en Grecia nunca nieva).

Hermes dio unos cuantos pasos por la hierba y después por la arena. Las raquetas dejaban unas huellas anchas y tenues que enmascaraban por completo el tamaño de sus pies.

«Perfecto —pensó—. Esto me oculta a mí. Y, ahora, a por las vacas...».

Caminó como un pato por el prado, con su nuevo calzado. Consiguió separar la manada, apartando a las cincuenta vacas más gordas y jugosas del grupo. Después, las condujo a la playa.

Una vez en la arena, Hermes chascó los dedos y silbó para llamar su atención. Cuando las cincuenta lo miraron, con sus rabos hacia el mar, dijo:

—Vale, chicas, ahora retroceded. ¡Retroceded!

¿Alguna vez habéis intentado poner a cincuenta vacas a caminar de espaldas? No es nada fácil. Hermes atraía la atención de los animales con silbidos y sonidos como «¡bip, bip, bip!», mientras agitaba los brazos y avanzaba hacia el agua. El ganado arrastró las pezuñas marcha atrás hasta meterse en la espuma de las olas.

Entonces, Hermes las dirigió hacia el sur y las condujo unos cuantos cientos de metros por las olas antes de llevarlas de nuevo a terreno seco.

Cuando volvió la vista atrás, se sintió muy satisfecho de su engaño: era como si cincuenta vacas hubieran salido del mar y se hubiesen unido al rebaño.

Nadie podría averiguar adónde habían ido las vacas que faltaban. Hermes no había dejado ningún rastro que pudiera llevar hasta él.

Condujo a las vacas hacia el sur, a través de los campos de Grecia.

Ya era más de medianoche, así que Hermes supuso que no lo vería nadie. Por desgracia, un anciano granjero mortal llamado Bato estaba cuidando de sus vides. A lo mejor no podía dormir, o quizá siempre podara las vides por la noche, pero el caso es que, al ver a aquel pequeño bebé guiando cincuenta vacas por el camino, al anciano casi se le salen los ojos de las órbitas.

—¿Qué? —balbuceó—. ¿Cómo?

—¿Qué passa? —contestó Hermes, obligándose a sonreír.

Se le pasó por la cabeza matar al anciano, ya que no quería testigos, pero Hermes era un ladrón, no un asesino. Además, ya se había manchado las manos con la sangre de una tortuga inocente.

—Solo llevo a mis vacas de paseo. ¿Cómo te llamas, anciano?

—Bato.

Bato no acababa de creerse que estuviera manteniendo una conversación con un bebé. Quizá en realidad seguía en la cama, soñando.

—Bueno, Bato —le dijo Hermes—, lo mejor sería que olvidaras que me has visto. Si alguien te pregunta, no he estado aquí. Si me haces este favor, me aseguraré de que obtengas increíbles bendiciones cuando ocupe mi lugar en el monte Olimpo, ¿vale?

—Estooo, vale.

—Guay. Y, oye, ¿eso que llevas al cinto es un cuchillo? ¿Me lo prestas?

Bato le dio al dios bebé su cuchillo de podar, y Hermes siguió adelante con su ganado.

Al final, Hermes encontró una bonita cueva en la que esconder las vacas robadas. Metió dentro a cuarenta y ocho, con la intención de comérselas después o de venderlas en el mercado negro. Todavía no lo había decidido. Luego mató a las otras dos con el cuchillo del anciano.

De nuevo, una imagen espeluznante: un dios bebé en pañales matando vacas con un cuchillo. Pero Hermes no era tiquismiquis. Encendió una fogata y sacrificó las mejores partes a los dioses del Olimpo (él incluido, naturalmente). Después, colocó más carne en un asador, la asó y se puso hasta arriba de succulenta ternera.

—¡Qué cosa más buena! —exclamó tras eructar de satisfacción—. Tío, se hace tarde. O temprano, supongo. Será mejor que me vaya a casa.

Se limpió en un arroyo cercano porque no creía que a su madre le gustara ver a su recién nacido cubierto de sangre. Después, solo por divertirse, cogió un par de huesos de vaca, los ahuecó para fabricar flautas y los ató juntos por un extremo formando una uve, de modo que pudiera tocar los dos a la vez (porque tocar una sola flauta es muy aburrido). Se fue a casa con sus andares de pato y la tripa llena, tocando una suave melodía en su nueva flauta doble para mantenerse despierto. Llegó a la cueva de Maya justo antes del alba, se metió en su cuna y colocó la flauta bajo las mantas, con la lira. Después perdió el conocimiento. Hasta para un dios bebé, había sido una primera noche muy larga.

A la mañana siguiente, Apolo fue volando a Piería para contar sus vacas. Le gustaba empezar el día admirando su ganado.

Cuando vio que faltaban cincuenta, se puso de los nervios. Echó a correr mientras gritaba:

—¡Eeeh, vaca! ¡Eeeh, vaca!

Encontró huellas de pezuñas que salían del mar, como si su ganado se hubiese ido a nadar y después hubiese vuelto, pero aquello no tenía sentido. Vio unas pisadas en la arena, unas pisadas enormes y poco profundas, como si un tío delgado con zapatos del número sesenta y ocho hubiera estado paseando por allí. Pero aquello tampoco tenía sentido.

Apolo se pasó la mañana buscando hasta que, finalmente, dio con el viejo granjero Bato, que seguía podando sus vides. Después del incidente del «bebé hablador», Bato no había podido dormir.

—¡Anciano! —lo llamó Apolo—. ¿Has visto cincuenta vacas por aquí? Seguramente las guiaba un gigante muy ligero con zapatos del número sesenta y ocho.

Bato hizo una mueca. No se le daba bien mentir. Apolo se dio cuenta enseguida de que el granjero intentaba ocultarle algo.

—Permíteme añadir que soy un dios —dijo Apolo—. Sería muy buena idea que me contaras la verdad.

Bato soltó un suspiro.

—Era un bebé.

—¿Cómo dices? —preguntó Apolo, frunciendo el ceño.

Bato le contó lo que había pasado, y era una historia tan rara que tenía que ser cierta. Apolo solo sabía de un bebé recién nacido: había oído rumores de que la titánide Maya había dado a luz la noche anterior, en el monte Cilene. (Apolo siempre procuraba estar al día de los cotilleos del momento). Le parecía poco probable que un recién nacido hubiera sido el autor de un robo de ganado a más de cuatrocientos kilómetros de distancia, pero el mismo

Apolo se había puesto a cantar y bailar nada más salir del vientre de su madre, así que no era imposible.

Fue volando hasta la cueva de Maya y despertó a la mamá titánide.

—¡Tu crío me ha robado las vacas! —le dijo.

Maya se restregó los ojos. Miró al bebé Hermes, todavía tumbado en su cuna, envuelto en las mantas... Aunque daba la impresión de que le había crecido la tripa, ¿y no tenía salsa barbacoa en la barbilla?

—Estooo, debes de haberte equivocado de bebé —respondió Maya—. El mío ha pasado aquí toda la noche.

Apolo resopló.

—Ha tenido que ser él, ¡tiene la barbilla pringada de salsa! Seguramente ha escondido mis vacas por alguna parte.

—Adelante, búscalas —respondió ella, encogiéndose de hombros.

Apolo registró la cueva; miró dentro de las ollas, detrás del telar, debajo de los sacos de dormir... Sorprendentemente, no encontró cincuenta vacas escondidas en ninguno de esos sitios.

Al final, Apolo se acercó a la cuna.

—Vale, chaval, desembucha: ¿dónde está mi ganado?

Hermes abrió los ojos y trató de parecer lo más mono posible.

—¿Gugú?

—Buen intento —refunfuñó Apolo—. Te huele el aliento a ternera.

Hermes ahogó una maldición: sabía que tenía que haber chupado un caramelo de menta.

—Querido primo Apolo —dijo alegremente—, ¡buenos días! ¿Crees que te he robado ganado? ¿Es que no ves que no soy más que un bebé?

Apolo apretó los puños.

—¿Dónde están, pequeño vándalo?

—No tengo ni idea —respondió Hermes—. Con lo pequeño que soy, ¿cómo voy a esconder cincuenta vacas?

—¡Ja! —exclamó Apolo—. ¡Yo no te he dicho que fueran cincuenta!

—Ah, caca de tortuga... —masculló Hermes.

—¡Quedas detenido por robo! —dijo Apolo—. ¡Te llevaré al monte Olimpo para que te juzgue Zeus!

Apolo cogió la cuna entera y voló con ella al Olimpo. Cuando dejó la cuna frente a Zeus y le explicó que aquel bebé recién nacido era un ladrón de ganado, los demás dioses empezaron a reírse entre dientes; pero Zeus los hizo callar.

—Este bebé es hijo mío —dijo—. Seguro que es capaz de cualquier cosa. Bueno, Hermes, ¿has robado las vacas o no?

—No, padre —respondió Hermes tras ponerse de pie en la cuna.

Zeus arqueó una ceja. Cogió uno de sus rayos, como si nada, y se puso a comprobar si la punta estaba afilada.

—Te daré un momento para reconsiderar tu respuesta. ¿Has robado las vacas de Apolo?

—Sí, padre. Pero, para ser justos, solo he matado a dos. El resto está sano y salvo. Y, cuando las maté, sacrifiqué los mejores trozos de carne a los dioses.

—¡Y después te hinchaste! —gruñó Apolo.

—Bueno, ¡yo también soy uno de los dioses! —dijo Hermes—. Pero todos vosotros obtuvisteis una buena pieza, por supuesto. Nunca olvidaría honrar a mis parientes.

Los dioses murmuraron entre sí, asintiendo con la cabeza. Puede que el bebé fuera un ladrón, pero, al menos, era un ladrón respetuoso.

—¡Esto es ridículo! —gritó Apolo—. Padre Zeus, me robó. ¡Mételo en el reformatorio! ¡Encadénalo con los presidiarios!

Zeus reprimió una sonrisa. Sabía que tenía que ser justo, pero tampoco podía evitar admirar la audacia de Hermes.

—Hermes, mostrarás de inmediato a Apolo dónde has escondido las vacas. Después, le pagarás el precio que él te exija por las dos que has matado.

—¡Lo lanzaré al Tártaro! —gritó Apolo—. ¡Ese será mi precio!

—Deberéis arreglarlo entre vosotros —dijo Zeus, encogiéndose de hombros—. Ahora, largaos.

Hermes suspiró.

—Como desees, padre. Apolo, tú conduce, que yo te guío.

Apolo recogió la cuna y salió volando con Hermes. El dios bebé lo condujo a la

cueva secreta en la que había ocultado el ganado, pero dio un rodeo. Iba pensando como un loco en cómo evitar un castigo.

Cuando Apolo vio a sus vacas, se calmó un poco, pero todavía estaba furioso con Hermes.

—La hora del Tártaro —gruñó Apolo—. Te lanzaré tan al fondo del abismo que...

Hermes sacó la lira de entre las mantas de su cuna y se puso a tocarla.

Apolo se quedó hechizado. No se atrevió a interrumpir hasta que Hermes terminó.

—¿Qué...? ¿Dónde...? ¿Cómo...?

—Ah, ¿esto? —preguntó Hermes, como si nada—. Lo llamo lira. Lo inventé anoche.

Sus dedos volaron sobre las cuerdas creando una cascada de bellas notas.

—Tiene que ser mía —dijo Apolo—. Soy el dios de la música. ¡Por favor! ¡Tiene que ser mía!

—Ah, pero ¿no ibas a lanzarme al Tártaro? —preguntó Hermes con tristeza—. Necesitaré mi lira para alegrarme allí abajo, en la oscuridad.

—Olvídate del Tártaro —dijo Apolo—. Dame la lira y estamos en paz.

—Hummm... —dijo Hermes—. ¿Y puedo quedarme el resto de las vacas?

—¡¿Qué?!

Hermes tocó otra melodía que era tan reluciente como la luz del sol que se filtraba entre los árboles.

—¡Sí, sí! —exclamó Apolo—. Vale, quédate las vacas. Tú dame la lira.

—¡Estupendo! —exclamó Hermes, y le lanzó la lira a Apolo.

Después, el dios bebé sacó su flauta doble, que decidió llamar siringa. Empezó a tocarla, y Apolo se quedó boquiabierto.

—¡No me digas que también has inventado eso!

—¿Hum? —Hermes hizo una pausa—. Ah, sí, una cosita que se me ocurrió después de cenar. Está a la venta... por un precio adecuado.

Hermes tocó algo de Mozart y de One Direction, y Apolo gritó:

—¡Tiene que ser mía! ¡Las chicas se volverán locas! Te ofrezco... Bueno,

tengo algunos objetos mágicos en mi piso: una vara de heraldo que no uso, unos zapatos voladores y una espada. ¡Puedes quedarte con los tres!

Hermes se lo pensó.

—Si añades el poder de la profecía, trato hecho.

Apolo frunció el ceño.

—No puedo hacer eso, la profecía es lo mío. Haremos una cosa: te doy el poder de adivinar el futuro con los dados. No es muy elegante, pero funciona bien en las fiestas y puedes ganar un dinerito.

—Trato hecho.

—¡Trato hecho!

Así que Apolo y Hermes acabaron haciéndose buenos amigos. Apolo se olvidó de las vacas robadas. Ni siquiera le importaba que lo hubiera timado con el precio de la lira y la siringa. Hermes consiguió su propio ganado, y así se convirtió en el dios de los vaqueros. De aquel trato sacó unas sandalias que le permitían ir más deprisa que los demás dioses, además de una espada de adamantino y oro, con una hoja tan afilada que podía cortarlo casi todo. También se llevó la vara de heraldo, que era como las que llevaban los mensajeros humanos en sus desplazamientos de ciudad en ciudad para demostrar que tenían inmunidad diplomática, salvo que la de Hermes era mágica. Normalmente, las varas de heraldo se adornaban con dos cintas blancas entrelazadas, pero la de Hermes tenía dos serpientes vivas. Además, podía dormir o despertar a cualquiera, lo que le resultaba muy útil al dios de los ladrones. A la vara la llamaron caduceo. (Lo comento porque sé que os moríais por aprender otra palabra complicada).

Ah, ¿y os acordáis del anciano Bato, el que se chivó de Hermes? Este regresó a la granja y lo convirtió en una columna de piedra. Bato sigue allí, vigilando el camino y deseando no haber visto nunca a aquel estúpido bebé ladrón de ganado.

Hermes creció hasta hacerse adulto (en un par de días, ya que era un dios y tal). Solía aparecerse como un guapo adolescente de pelo negro rizado y una sombra de bigote sobre los labios. Por supuesto, como era un dios, podía adoptar la forma que deseara.

Se convirtió en mensajero de Zeus y, a veces, hasta se ocupaba del trabajo sucio del jefe. ¡Era lo que más le gustaba a Hermes de su puesto!

Para muestra, basta un botón. Una vez, Zeus se enamoró de una ninfa de río llamada Ío. (Sí, se llamaba así, solo una «i» y una «o». Supongo que vendría de una familia pobre que no podía permitirse las consonantes). Era asombrosamente bella, pero a Zeus le costó mucho convencerla para que saliera con él. Siempre andaba por ahí con sus amigas ninfas, así que no podía tenderle una emboscada. Ío no hacía caso de sus mensajitos de texto.

Zeus le enviaba flores y bombones. Creó una bella tormenta para impresionarla. Lo intentó una semana tras otra y se obsesionó con ella.

Al final, ella aceptó reunirse con él a solas en el bosque, y Zeus estaba eufórico.

Por desgracia, Hera se enteró de lo que pasaba. Puede que otra de las ninfas le fuera con el cuento.

En fin, que Zeus apareció en el claro, donde Ío lo esperaba con un reluciente vestido blanco. La ninfa sonrió y le dijo:

—Hola, guapo.

Zeus estaba a punto de lloriquear de la emoción, pero, al tomar la mano de Ío, oyó una voz familiar que salía del bosque.

—¡Zeus! —gritó Hera—. ¿Dónde estás, viejo infiel?

Zeus gimió y transformó a Ío en lo primero que se le pasó por la cabeza: una vaca.

No es muy agradable transformar a tu novia en novilla. Es como una asociación de palabras: «chocolate = delicioso», «sol = calor», «Ío = ¡vaca!». O puede que la voz de Hera le hiciese pensar en vacas, ya que eran su animal sagrado.

En cualquier caso, cuando Hera irrumpió en el claro, encontró a Zeus apoyado en una enorme vaca blanca, como si nada.

Hera lo miró entornando los ojos.

—¿Qué haces?

—¿Hum? ¡Ah, hola, cariño! Nada. Nada de nada.

—¿Y esa vaca?

—¿Vaca? —Zeus hizo como si la hubiera visto por primera vez—. Ah, ¿esta vaca? Estooo... nada, ¿por qué?

Hera apretó los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—Esa vaca no será una de tus novias tras una astuta transformación, ¿no?

—¡Ja, ja, ja! Ay, venga ya, cariño. Sabes que no sería capaz de... Estooo... No, claro que no.

—Entonces, ¿qué hace esa vaca ahí?

Una gota de sudor rodó por el rostro de Zeus, que, movido por el pánico,



soltó:

—¡Es un regalo! ¡Un regalo para ti!

—Un regalo.

—Sí, claro —respondió Zeus, intentando sonreír—. Como... las vacas son sagradas para ti, ¿no? Quería que fuese una sorpresa, pero, bueno, si no te gusta puedo devolverla a la tienda de vacas.

Hera supuso que Zeus mentía más que mugía, pero decidió seguirle la corriente.

—Vaya, gracias, querido. Es maravillosa. Me la llevaré ahora mismo.

—Ah... ¿Ah, sí?

—Sí —respondió Hera con una sonrisa fría. Después hizo aparecer una cuerda mágica y se la puso a la pobre Ío al cuello—. Creo que la meteré en mi arboleda sagrada de Micenas, donde estará a salvo y bien protegida. ¿Cómo se llama?

—Pues... Ío.

—Ven, Ío —la llamó Hera mientras cantaba dulcemente—: Ío, Ío, a la arboleda te vienes conmigo.

En cuanto se fue, Zeus maldijo su mala suerte. Dio unas cuantas patadas a las rocas cercanas y convocó unos cuantos rayos para volar en pedazos los árboles.

—¡Con lo poco que me faltaba! —gritó—. Tengo que recuperar esa vaca. ¿A quién conozco que sepa robar vacas...?

Y, por supuesto, llamó a Hermes.

Cuando Zeus le explicó el problema, Hermes sonrió.

—No te preocupes, jefe, que yo me cuelo en la arboleda y...

—No será tan fácil —le advirtió Zeus—. Hera me dijo que protegería bien la vaca. Me temo que sé a lo que se refiere. Tiene a un gigante nuevo trabajando para ella, un tío llamado Argos.

Hermes frunció el ceño.

—¿Entonces? O entro sin que me vea o lo mato. Tengo una espada.

Zeus negó con la cabeza.

—Este tío es enorme, fuerte y veloz. No puedes vencerlo en una pelea justa, ni

siquiera con tu espada. Y en cuanto a entrar sin que te vea... imposible. El colega tiene ojos en la nuca y...

—Eso ya lo he oído antes —lo interrumpió Hermes, entre risas.

—No, quiero decir que tiene ojos en la nuca, literalmente. Y en los brazos, las piernas y por todo el cuerpo. Cien ojos.

—¡Qué asco!

—¿Verdad? Pero no descansa nunca y siempre está mirando en todas las direcciones a la vez. Si está protegiendo a Ío...

Hermes se rascó la cabeza.

—No te preocupes, jefe, que ya se me ocurrirá algo.

Así que salió volando. Cuando llegó a la arboleda sagrada de Hera, Hermes vio a Ío, la vaca blanca, atada a un olivo. De pie a su lado estaba el gigante Argos.

Como había dicho Zeus, Argos estaba cubierto de ojos que parpadeaban y miraban a su alrededor de un modo psicodélico y vertiginoso que mareaba un poco a Hermes. Argos medía unos tres metros de altura, y estaba claro que el tío hacía ejercicio. Blandía una gran porra de madera con pinchos de hierro en un extremo. Hermes se preguntó si Argos tendría ojos en las palmas de las manos y, de ser así, si no se dejaría los ojos morados de cargar con la porra todo el día.

Hermes cambió de forma para parecer un simple pastor mortal. Su caduceo se transformó en una vara de madera normal. Entró paseando en la arboleda, silbando como si nada, y se hizo el sorprendido al ver a Argos.

—¡Ah, hola! —lo saludó Hermes, sonriendo—. ¡Vaya, qué alto eres!

Argos parpadeó varias veces. Estaba acostumbrado a que la gente se metiera con sus ojos, pero aquel pastor no parecía ni horrorizado ni asqueado. El gigante no sabía cómo reaccionar.

Hermes se secó la frente.

—Qué calor hace, ¿no? ¿Te importa si me siento a descansar?

Sin esperar permiso, Hermes se acomodó en el prado. Dejó su vara a un lado y, en secreto, le ordenó que empezara a obrar su magia en Argos. El caduceo le envió ondas de somnolencia que hicieron que Argos se sintiera como cuando estás en la sexta hora de clase con la tripa llena en un día de calor.

«Dormir», parecía decir el caduceo.

Pero Argos era un tío grande con muchos ojos y lo habían criado

específicamente para no dormirse, así que Hermes supuso que tardaría un rato. Necesitaba ganar tiempo.

—Tío, ¡menudo día he tenido! —le dijo al gigante mientras sacaba una jarra de agua—. ¡Bebe conmigo, amigo, y te lo cuento todo! ¡Será un placer compartir contigo esta jarra de agua helada!

Argos tenía mucha sed. Llevaba todo el día bajo el sol abrasador vigilando aquella estúpida vaca, tal como le había ordenado Hera. Pero la vaca era aburrida.

Aun así, estaba de servicio. Negó con la cabeza, que era lo único que podía hacer. No le gustaba hablar porque se le veían los ojos que tenía dentro de la boca y por toda la lengua.

Hermes empezó a parlotear. Era el dios de los viajes, así que conocía un montón de buenas historias. Se sabía chistes de todo el mundo, y a los mensajeros se les daba bien hablar, así que Hermes sabía cómo entretener a la gente. Deleitó a Argos con el último cotilleo sobre los dioses.

—¡He oído que un dios, Hermes, le robó el ganado a Apolo! —le dijo, sonriendo.

Después le contó la historia como si le hubiera ocurrido a otra persona.

Mientras tanto, el caduceo no dejaba de palpitar mágicamente y de llenar el aire de una pesada capa de modorra, como si fuera una manta calentita.

Al cabo de media hora, Argos soltó la porra, se sentó al lado de Hermes y aceptó el agua.

Hermes siguió bromeando con él, contándole historias, hasta que Argos se sintió como si fueran viejos amigos.

«Duerme», decía el caduceo.

Al cabo de otra hora, a Argos empezaron a pesarle los párpados. Sabía que se suponía que estaba de servicio, pero no recordaba por qué. Su imaginación vagaba por las maravillosas historias que le contaba Hermes.

Al final, Hermes empezó a cantar una nana.

—Esta es la que me cantaba mi madre cuando era un bebé.

Le cantó la misma canción que había escuchado en su cuna la noche en que nació, sobre los perros de Artemisa, los caballos de Poseidón y las vacas de Apolo.

A Argos se le cayó la cabeza una, dos veces... Pum. Se le cerraron todos los ojos, y el gigante empezó a roncar.

Hermes siguió cantando. Muy despacio, se puso de pie y desenvainó la espada. Se puso detrás de Argos sin hacer ruido y le cortó la cabeza.

—¡Buenas noches, amiguito! —exclamó Hermes alegremente.

(Retiro lo que dije antes: Hermes sí que era un asesino).

Después desató a la vaca Ío y se la devolvió a Zeus.

Hera estaba furiosa, pero no tenía pruebas. Zeus estaba encantado. Hermes fue premiado con un extra en su siguiente paga. La pobre Ío... Cuando Zeus se cansó de salir con ella, Hera la convirtió en vaca para siempre y envió a un tábano a que le picara durante el resto de su vida, así que tenía que estar siempre en movimiento, vagando de un país a otro.

Pero ¡así es la vida de las vacas! Al menos, Hermes pudo sentir la satisfacción del deber cumplido.

## Dioniso conquista el mundo

con una bebida refrescante

He dejado a este tío para el final porque seguro que me convierte en marsopa si digo algo malo sobre él. Y, sinceramente, no estoy seguro de poder decir nada bueno.

En fin, que sea lo que tenga que ser...

¿Os acordáis de que hace unas cuantas páginas os hablé de una princesa que se llamaba Sémele que acabó volatilizada cuando estaba embarazada de Zeus? Sí, y que Zeus tuvo que rescatar al bebé prematuro cosiéndoselo al muslo derecho para mantenerlo con vida.

(Sí, lo sé, otro aburrido día en la vida de un dios).

Varios meses después, el bebé había crecido y estaba incómodo en la pierna de Zeus, así que este supuso que ya estaba preparado para nacer. Se descosió los puntos. Por increíble que parezca, el chaval salió sano y salvo.

Zeus lo envolvió en una manta, pero no sabía nada sobre criar bebés, así que llamó a Hermes.

—Oye —le dijo—, llévate a este bebé al mundo mortal. Creo que Sémele tiene una hermana o algo. Encuéntrala y pídele que cuide del niño hasta que crezca.

—Claro, jefe. —Hermes cogió al bebé y lo examinó—. ¿Es un dios, un semidiós o qué?

—Todavía no estoy seguro. Tendremos que esperar a ver. Pero no quiero estar cambiando pañales hasta entonces.

—Te entiendo. ¿Cómo se llama?

El niño empezó a gritar y a chillar.

—Por ahora —decidió Zeus—, lo llamaré Baco.

—¿«El ruidoso»? Me gusta —respondió Hermes, sonriendo.

—Otra cosa más: Hera lo buscará. No ha podido meterse con él mientras lo he tenido en el muslo, pero se dará cuenta de que ya no tengo el bulto.

—Sí, la verdad es que era un bulto bastante aparatoso.

—Puede que lo mejor sea que la tía de Baco lo críe como si fuera una niña, durante un tiempo. Quizá eso desorienta a Hera.

Hermes frunció el ceño. No creía que criar al bebé como si fuera una niña sirviera de algo, ya que no era tan fácil engañar a Hera, pero también sabía que lo mejor era no discutir con el jefe.

—Entendido —dijo—. ¡Allá voy!

A Hermes no le costó encontrar a la tía del bebé, Ino, y a su tío, Atamante. Los dos aceptaron criar a Baco junto a sus propios hijos, y el chico se hizo adulto a la velocidad humana normal, no al ritmo superacelerado de los dioses. Todos pensaron que debía de ser un semidiós, pero aquello solo sirvió para que Zeus temiese más que nunca que Hera lo hiciera pedazos.

Tal como se les pidió, Ino y Atamante vistieron a Baco con ropa de niña para ocultar su identidad. Durante sus primeros años de vida, Baco estuvo muy desconcertado. No entendía por qué sus padres adoptivos lo trataban como si fuera un niño en privado y como si fuera una niña en público. Al principio creía que así es como debían de tratar a todos los niños.

Entonces, cuando cumplió tres años, Hera golpeó. Descubrió dónde vivía el bebé y bajó volando del Olimpo, decidida a vengarse. Cuando Zeus se enteró, solo tuvo unos segundos para actuar. Consiguió transformar a Baco en un macho cabrío para que Hera no se fijara en él, pero los padres adoptivos de Baco no tuvieron tanta suerte. Hera los encontró y los castigó con un violento ataque de locura.

El tío Atamante creyó que su hijo mayor, Learco, era un ciervo, así que lo mató con un arco y una flecha. La tía Ino creyó que su hijo menor, Melicertes, necesitaba un baño, un baño muy muy caliente, así que lo ahogó en una tina de agua hirviendo. Después, Ino y Atamante se dieron cuenta de lo que habían hecho. Desesperados, saltaron por un precipicio y murieron.

Esta Hera, siempre tan defensora de los valores familiares...

Zeus consiguió recuperar a Baco y transformarlo otra vez en niño, pero aquella experiencia dejó tocado al chico. Aprendió que la locura puede usarse como arma, que los machos cabríos son buenos (de hecho, se convirtió en uno de sus animales sagrados) y que no puedes esconder tu verdadera personalidad tan solo poniéndote una ropa distinta. Más adelante se convirtió en el dios de cualquiera que se sintiera confuso sobre su género, ya que Dioniso lo entendía.

En fin, que Zeus miró a su alrededor en busca de unos nuevos padres adoptivos. Sorpresa, sorpresa: no se presentaron muchos voluntarios después de que se supiera lo que Hera les había hecho a Ino y Atamante. Al final, Zeus voló al monte Nisa, en la Grecia continental, y convenció a las ninfas del lugar para que criaran a Baco. Les prometió que, si le hacían aquel favor, las haría inmortales, lo cual constituía una oferta difícil de rechazar. El joven Baco era conocido como el «dios hijo de Zeus que vive en Nisa», o, por abreviar, el dios

de Nisa. Eso dio lugar a su nuevo nombre: Dioniso, aunque todavía lo llamaban Baco, el ruidoso, sobre todo cuando comía alubias o col. (Bueno, supongo que podría haberos ahorrado ese detalle).

Dioniso creció en el monte Nisa con las ninfas como madres adoptivas y los sátiros como padres adoptivos. Los sátiros son bastante salvajes y caóticos (dicho sea sin ánimo de ofender a mis amigos sátiros), así que no es de extrañar que Dioniso se saliera un poco de lo normal.

De vez en cuando jugaba con los críos mortales de las granjas cercanas, y se hizo popular por sus trucos de magia con plantas. Descubrió muy joven que podía producir un néctar potable si aplastaba cualquier materia vegetal: ramas, hojas, corteza, raíces, lo que fuera. ¿Jarabe de ciprés? Hecho. ¿Zumo de hinojo? ¡Ñam!

Los otros chavales lo retaban en plan: «¡Te apuesto lo que quieras a que no puedes hacer una bebida con ese arbusto espinoso!». Dioniso cogía una roca, aplastaba unas cuantas ramas, y de la planta herida salía una savia dorada. Dioniso la servía en copas, la mezclaba con agua, añadía unas sombrillitas y, *voilà*, calimocho helado de arbusto espinoso para todos.

Era un truco gracioso, pero ninguna de las primeras recetas de Dioniso se puso de moda. Después de todo, el zumo de hinojo tampoco era tan popular.

Entonces, un día, Dioniso estaba en el bosque con su mejor amigo, un chico sátiro llamado Ámpelo. Vieron una gruesa vid enrollada en la rama de un olmo, a unos seis metros por encima de sus cabezas. Dioniso se paró en seco.

—¿Qué pasa? —preguntó Ámpelo.

—Esa vid de ahí arriba —respondió Dioniso—. ¿Qué clase de planta es?

Ámpelo frunció el ceño porque la vid no le parecía nada especial. Era gruesa y basta, con anchas hojas verdes, y sin frutos ni flores a la vista.

—Bueno, no es hiedra ni madreselva. No sé, no la había visto antes. ¡Venga, vamos!

Pero Dioniso se había quedado paralizado. Había algo realmente importante en aquella planta, algo que podía cambiar el mundo.

—Tengo que verla más de cerca.

Dioniso intentó trepar por el tronco del olmo, pero era un pésimo trepador y se cayó de culo sobre las hojas.

Ámpelo se rio.

—Si tan importante te parece, te la bajaré. Deja lo de trepar a los árboles para los sátiros.

Dioniso sintió un repentino escalofrío de miedo: no quería que Ámpelo subiera. Pero quería la vid.

—Ten cuidado —le dijo.

Ámpelo se exasperó.

—¡He trepado a árboles más altos que este! —exclamó.

El joven sátiro subió por el tronco y no tardó en colocarse a horcajadas sobre la rama del olmo.

—¡Pan comido! —dijo antes de ponerse a arrancar la vid de la rama para pasarle el extremo a Dioniso, como si fuera una cuerda—. ¿La tienes?

Dioniso alzó un brazo y agarró la vid.

Lo que pasó a continuación no está claro. Puede que Dioniso tirara con demasiada fuerza de la vid o que Ámpelo bajara demasiado la mano. El caso es que Ámpelo perdió el equilibrio y cayó, enredado en la vid.

Seis metros no es mucho, pero fue suficiente: Ámpelo se golpeó la cabeza contra una roca. El crujido fue tremendo.

Dioniso gritó, horrorizado. Abrazó a su amigo, pero los ojos del joven sátiro ya estaban vacíos y sin brillo. No respiraba. La sangre, pegajosa, le apelmazaba el pelo y manchaba las hojas de la vid.

Ámpelo estaba muerto.

Dioniso sollozó. Si no hubiese querido aquella estúpida vid, su amigo seguiría vivo. La tristeza se mezclaba con la ira. Miró con rabia la sangre del sátiro sobre las hojas verdes y rugió:

—Pagarás por esto, vid. Darás el fruto más dulce para compensar esta pérdida tan amarga. ¡Da fruto!

La vid tembló. El cadáver de Ámpelo se disolvió en una neblina. La sangre del sátiro empapó la planta, y de ella brotaron unos racimos de frutitas que maduraron al instante hasta adquirir un tono rojo oscuro.

Dioniso había creado la primera vid de uvas.

Se secó las lágrimas. La muerte de su amigo tenía que servir para algo, así que decidió sacar provecho de aquella nueva planta.

Las uvas parecían llenas de zumo, de modo que recogió varios racimos, los llevó al lecho de un arroyo cercano y buscó dos grandes piedras planas. Aplastó las uvas entre las piedras e inventó el primer lagar.

Dioniso recogió el zumo en su vaso, que siempre llevaba colgado del cinturón.



Sostuvo el líquido a la luz y obró su magia, dándole vueltas al zumo de uva hasta fermentarlo y convertirlo en... otra cosa. Algo nuevo.

Le dio un trago, y sus papilas gustativas estuvieron a punto de estallar.

—Esto está bueno —concluyó.

Dioniso lo llamó vino. Preparó lo suficiente para llenarse el botellín y dirigió una última mirada melancólica al lugar en el que había muerto Ámpelo. Las vides se habían vuelto locas, se propagaban por el bosque y florecían sin parar, dando uvas.

Dioniso asintió, satisfecho. Si se salía con la suya, todo el mundo se cubriría de vides en honor de Ámpelo.

Regresó a la cueva del monte Nisa en la que vivía. Le enseñó su descubrimiento a una de sus madres adoptivas, una ninfa llamada Ambrosía. (Sí, la habían llamado así por la comida de los dioses. No sé por qué. Al menos, es mejor que Galleta o Rosquilla).

Ambrosía le dio un trago al vino. Abrió mucho los ojos.

—¡Está delicioso! ¿Y Ámpelo?

—Bueno... —respondió Dioniso, agachando la cabeza—. Ha muerto, se ha caído de un árbol.

—¡Es terrible! —exclamó ella antes de dar otro trago—. Pero ¡esto está bueno!

Al cabo de unos minutos estaba compartiendo el vino con todas sus amigas ninfas. Los sátiros se acercaron a ver a qué venían tantas risas. Y la montaña entera no tardó en convertirse en una fiesta gigantesca con bailes, canciones, antorchas y mucho, mucho vino. Dioniso no paraba de fabricarlo y repartirlo. Llegó un momento en que no pudo responder a la demanda, de modo que enseñó a los sátiros y a las ninfas a prepararlo, y, al final de la noche, todos los habitantes de la montaña eran expertos viticultores.

Los sátiros pronto descubrieron que, si bebían demasiado vino, se emborrachaban. No pensaban ni veían con claridad, ni caminaban en línea recta. Aquello les parecía tronchante, así que siguieron bebiendo.

Un sátiro de más edad, Sileno, pasó un brazo por encima de los hombros de Dioniso.

—Señor mío, ¡eres un dios! No, en serio. El dios de... ¿Cómo decías que se llamaba esta cosa?

—Vino —respondió Dioniso.

—¡El dios del vino! —exclamó Sileno entre hipidos—. ¿Tienes más?

Bueno, chicos, es otra buena ocasión para recordaros que el vino es para adultos. Tiene un sabor asqueroso y puede fastidiaros la vida a base de bien. ¡Que no os tiente hasta que tengáis cuarenta años, como mínimo!

«Ay, Percy —me diréis—, ¡es que parece que los sátiros se lo pasaban muy bien bebiendo vino!».

Puede que dé esa impresión, chicos, pero los sátiros pueden ser bastante estúpidos (de nuevo, sin ánimo de ofender a mi colega Grover). Tampoco habéis visto a los sátiros a la mañana siguiente, dando tumbos por el bosque, cuando sufrían dolores de cabeza atroces y se metían entre los árboles para vomitar.

A pesar de todo, las ninfas y los sátiros estaban tan impresionados con Dioniso que llegaron a la conclusión de que tenía que ser un dios, porque su invento era asombroso.

A lo mejor estáis pensando: «Vale, es vino, pues vaya cosa. ¿Y eso convertía a Dioniso en dios? Si yo hubiera inventado la ensalada de atún, ¿también sería dios?».

Pero es que el vino fue un adelanto muy importante en la tecnología de las bebidas.

Que sí, que la gente bebía agua, pero el agua podía matarte, sobre todo en las ciudades, donde estaba llena de bacterias y basura y... Bueno, no voy a dar más detalles. Digamos que el agua era asquerosa. Todavía no se habían inventado los refrescos enlatados, ni siquiera el té y el café, así que la cosa quedaba reducida al agua y la leche, básicamente. Y la leche había que beberla deprisa para que no se agriara, ya que no había frigoríficos.

Entonces llegó Dioniso e inventó el vino, que no se estropeaba mientras lo mantuvieras embotellado. A veces incluso sabía mejor si lo dejabas reposar unos cuantos años. Podías aguarlo para que no estuviese tan fuerte, y el alcohol mataba los gérmenes y demás, así que era más seguro beber vino que agua normal. Hasta podías endulzarlo con miel o variar el sabor con distintos tipos de uvas.

Vamos, que era la superbebida de la Antigua Grecia.

No solo eso. Si bebías un poco, te relajaba. Si bebías mucho, te mareaba y te volvía loco. Algunas personas llegaron a creer que, si bebían lo suficiente, tenían visiones de los dioses. (De nuevo: no lo probéis en casa. No veréis a los dioses griegos. Puede que sí obtengáis un primer plano del váter mientras vomitáis, pero no veréis dioses).

Enseguida corrió la voz sobre la nueva bebida. Ninfas y sátiros del monte Nisa viajaron por la campiña contándole a todo el que quisiera escuchar lo increíble que era el vino y el dios que lo había creado, Dioniso. Montaron tenderetes con catas gratuitas a ambos lados de los caminos. Ofrecían un kit para principiantes que incluía una vid en tiesto, un manual de instrucciones

para fabricar un lagar y un servicio telefónico gratuito de atención al cliente.

Dioniso se hizo famoso. Hasta los mortales normales empezaron a reunirse en el monte Nisa todas las noches para la juerga total. Que sí, que bebían demasiado y se volvían locos, pero no solo por diversión: los seguidores de Dioniso se consideraban gente religiosa. Se hacían llamar bacantes —los grupos de Baco— y, para ellos, montar fiestas era como ir a la iglesia. Creían que así estaban más cerca de los dioses, porque Dioniso estaba destinado a ser el duodécimo dios del Olimpo.

¿Qué le parecía aquello a Dioniso?

Pues lo ponía un poco nervioso. Seguía siendo joven e inseguro. No sabía con certeza si era o no un dios de verdad. Por otro lado, le gustaba ver a la gente disfrutar de su nueva bebida. Suponía que al difundir el conocimiento del vino estaba haciendo algo bueno por el mundo, lo que lo compensaba por todo el dolor que había sufrido: la muerte de su madre antes de que él naciera, que Hera volviera locos a sus padres adoptivos y, por supuesto, la muerte de su mejor amigo, Ámpelo, en el bosque.

Entonces, un día, sus seguidores se reunieron en torno a él y le propusieron una idea.

—¡Tenemos que darnos a conocer al gran público! —explicó uno de los sátiros—. Deberíamos ir a la ciudad grande más próxima y poner de nuestra parte al rey. Puedes ofrecerte como su dios protector. ¡Te construirán un templo y tu fama se extenderá aún más deprisa!

El rey más cercano era un tipo llamado Licurgo que gobernaba una ciudad costera a los pies del monte Nisa. Los sátiros sugirieron empezar por allí para apoyar el comercio local y demás.

Dioniso no estaba seguro de estar listo para el *prime time*, pero sus seguidores estaban entusiasmados y no aceptaban un no por respuesta.

—¡Es una idea genial! —le prometieron.

Dioniso no tardó en descubrir que era una idea pésima.

Licurgo era malo hasta decir basta.

Disfrutaba azotando animales indefensos, como perros, caballos, hámsteres y cualquier cosa que se cruzara en su camino. De hecho, tenía un látigo especial solo para eso: tres metros de cuero negro trenzado con pinchos de hierro y trozos puntiagudos de cristal.

Si no había hámsteres cerca, azotaba a sus súbditos. A veces, solo por divertirse, los azotaba cuando entraban en la sala del trono a hacerle alguna petición.

—Mi señor, ¡ayyyy! Mi vecino ha matado a mi caballo y... ¡ayyy! Me gustaría

que me pagara por daños y perjuicios. ¡Ayyy! ¡Ayyy!

Así hacía que las audiencias fueran mucho más rápidas.

Dioniso y sus seguidores no sabían todo esto, ya que se pasaban todo el día de fiesta en el monte Nisa. Entraron en la ciudad con su alegre desfile, regalando uvas, vides y copas de vino, tocando los címbalos, cantando y tropezándose con los peatones. Dioniso observó las caras de nerviosismo de los habitantes del lugar. Muchos de ellos tenían marcas de latigazos. A Dioniso no le gustó aquello, pero sus seguidores iban anunciándolo como a un dios, cantando sus alabanzas y bailando a su alrededor. Lo habían vestido con una cara túnica morada y le habían colocado una corona de hojas de hiedra en la cabeza. Se suponía que era el último de los dioses del Olimpo, señor del vino y de las fiestas. Si huía, seguramente fastidiaría el efecto.

Avanzaron hasta el palacio real.

Licurgo no estaba acostumbrado a que cientos de sátiros y ninfas con ganas de juerga le entraran en casa. Por un momento, el pasmo le impidió actuar.

Dioniso se acercó al trono, repasando mentalmente su discurso.

—Rey Licurgo —le dijo—, soy Dioniso, el dios del vino, y estos son mis seguidores.

El rey se quedó mirándolo. Aquel chico no parecía tener más de catorce o quince años, con aquella larga melena oscura y aquella cara bonita, casi afeminada, en opinión de Licurgo.

—Eres un dios —dijo el rey sin más—. Ya veo. ¿Y qué es el vino, exactamente?

Los seguidores de Dioniso alzaron sus copas a modo de saludo. Algunos dejaron tiestos con vides y botellas de vino en los escalones del trono.

—El vino es una bebida nueva —explicó Dioniso—. Pero es más que una bebida. ¡Es una experiencia religiosa!

Dioniso empezó a explicarle las demás virtudes del vino, pero Licurgo levantó una mano para ordenarle silencio.

—¿Por qué habéis venido? —preguntó—. ¿Qué queréis de mí?

—Solo queremos compartir el conocimiento sobre el vino —respondió Dioniso—. Si permites que tu gente aprenda el arte de la vitivinicultura, tu reino florecerá. Además, yo sería el dios protector de tu ciudad. Solo te pido que me construyas un templo.

A Licurgo le temblaron los labios. Hacía mucho tiempo que no sentía la tentación de reírse.

—Un templo. ¿Eso es todo?

Dioniso cambió el peso del cuerpo de un pie al otro.

—Estooo, sí.

—Bueno, joven dios, yo también he inventado una cosa. ¿Quieres verla? La llamo el nuevo y mejorado látigo. Lo utilizo para librarme de... ¡la gente que me hace perder el tiempo!

El rey Licurgo empezó a azotar a todo el mundo. Arreaba a diestro y siniestro, y con ganas.

Los seguidores de Dioniso se dispersaron. No se esperaban una pelea, y no podían defenderse con uvas y vasos. Muchos no llevaban más que exiguas túnicas, así que los latigazos dolían un montón. La madre adoptiva de Dioniso, Ambrosía, recibió un latigazo en la cara y cayó muerta a los pies de Dioniso.

—¡¡Nooo!! —gritó el dios.

Los guardias de palacio rodearon por todos los flancos a sátiros y ninfas, y los detuvieron.

Dioniso huyó, perseguido por los guardias. Faltó poco para que lo capturasen, pero saltó al mar desde un balcón, y la nereida Tetis acudió muy oportunamente a rescatarlo. Permitió a Dioniso respirar bajo el agua y le vendó las heridas mientras él esperaba a que los soldados del rey abandonaran la búsqueda.

Dioniso lloró amargamente mientras la ninfa marina lo tenía entre sus brazos.

—Tetis, ¡nada me sale bien! ¡Todos los que se me acercan mueren o acaban castigados por creer en mí!

Tetis lo tranquilizó acariciándole el pelo.

—No te rindas, Dioniso. Serás un dios, pero no puedes permitir que los mortales celosos se interpongan en tu camino. Vuelve a por Licurgo y enseñale que no puede faltarte al respeto de ese modo.

—¡Tiene un látigo!

—Tú también tienes armas.

Dioniso se lo pensó. Notó que un fuego se le encendía en el estómago, igual que cuando probó el primer trago de vino.

—Tienes razón. Gracias, Tetis.

—A por ellos, campeón.

Dioniso salió del mar y fue derecho al palacio de Licurgo.

¿Fue aquel el momento en que pasó de ser un semidiós a un dios completo? Nadie lo sabe con certeza. Su evolución fue gradual, pero, sin duda, se hizo más poderoso al aumentar su número de seguidores, y cuando decidió enfrentarse a Licurgo, creo que fue la primera vez que creyó en sí mismo tanto como creían en él sus bacantes.

El rey Licurgo estaba sentado en su trono, hablando con su hijo mayor, el príncipe Driante, que acababa de llegar y se preguntaba por qué había un montón de ninfas y sátiros muertos en el suelo.

Dioniso irrumpió en la sala, empapado y con un brillo acerado en los ojos.

Licurgo se quedó todavía más sorprendido que la primera vez.

—¿Otra vez tú? —preguntó el rey—. Todos tus seguidores están muertos o en prisión. ¿Quieres unirte a ellos?

—Vas a soltar de inmediato a mis seguidores —dijo Dioniso.

—¿O qué? —preguntó el rey entre risas.

—O tu reino se volverá yermo. No crecerán vides. No madurará la fruta. No florecerán plantas de ningún tipo.

—¡Ja! ¿Eso es todo?

—No —contestó Dioniso con voz fría—. Además, te volverás loco. ¿Te niegas?

—¡Me niego! —exclamó el rey, sonriente—. A ver, ¿dónde está esa locura...? ¡Aaah!

Licurgo se dobló de dolor. Después se levantó de golpe y gritó en falsete.

Su hijo, Driante, lo agarró por el brazo, preocupado.

—¡Papá! ¿Estás bien?

Licurgo miró al príncipe, pero lo que vio fue una columna de vides retorciéndose. El rey retrocedió, horrorizado.

—¡Las vides! ¡Están por todas partes! ¡Las vides nos invaden!

Licurgo le arrebató un hacha de doble filo al guardia más cercano y atacó con ella a la columna de vides.

—¡Papá! —gritaron las vides.

—¡Morid, vides! —gritó Licurgo mientras lanzaba un hachazo tras otro, hasta que cesaron los berridos.

Las vides yacían a sus pies, hechas pedazos.

Al rey se le aclaró la visión y entonces se dio cuenta de lo que había hecho. Licurgo sollozó de dolor y cayó de rodillas; el hacha brillaba con la sangre de su hijo muerto.

Si Dioniso sentía arrepentimiento, no lo demostró. Al fin y al cabo, Hera le había enseñado a usar la locura para castigar a sus enemigos. Dioniso había aprendido de la mejor.

—Licurgo, este es el precio de tu insolencia —dijo el dios del vino—. Hasta que liberes a mis seguidores y me reconozcas como a tu dios, todo tu reino sufrirá.

—¡Matadlo! —gritó el rey.

Los guardias se abalanzaron sobre él, pero Dioniso solo tuvo que mirarlos para hacerlos retroceder: veían el poder y la rabia divina en su mirada.

—Vuestro rey nunca se inclinará ante mí —les dijo Dioniso—. Vuestra tierra sufrirá hasta que lo... eliminéis. Pensáoslo.

Dioniso salió de palacio.

Durante los días siguientes, la campiña se marchitó. Tanto en la ciudad como en los campos, todas las plantas se secaron. La fruta se pudrió. El pan se enmohecía. El agua de los pozos se volvió caliente y espumosa. Los granjeros no lograban que nada creciese. La gente de la ciudad no podía alimentar a sus familias.

Al final, al cabo de dos semanas, la guardia real tomó el palacio al asalto y capturó al rey Licurgo. Nadie protestó. De todos modos, el rey no gozaba de muchas simpatías. Los guardias lo llevaron a rastras hasta la plaza de la ciudad, sin que él dejara de gritar y patear. Le ataron las extremidades a cuatro caballos, dieron unas palmadas en las grupas de los animales, y estos salieron corriendo, cada uno en una dirección distinta.

Sí, la muerte del rey fue un poco desagradable.

La gente de la ciudad liberó a los seguidores de Dioniso y, al instante, las plantas volvieron a crecer y se abrieron las flores. Las vides cubrieron los muros del palacio y dieron jugosos racimos de uvas.

Los lugareños aprendieron a elaborar vino. Empezaron a construir el primer templo de Dioniso. Y así fue como Dioniso ganó su primera victoria.

Después de aquello decidió echarse a la carretera. Reunió a sus seguidores y dio inicio a la Gran Gira Mundial de la Locura y la Cata de Vino. (El señor D. nunca lo reconocerá, pero todavía le quedan algunas camisetas sin vender en una caja, al fondo de su armario, todas de la talla pequeña para adultos).

Algunas ciudades aceptaron a Dioniso y su ejército de bacantes y sátiros borrachos sin oponer resistencia. Cuando pasaba, todo era sol y sonrisas. La ciudad conseguía vino gratis y aprendía a elaborarlo. Los seguidores de Baco montaban un fiestón. Todos honraban a Dioniso y, a la mañana siguiente, el ejército seguía su camino, dejando tras de sí un montón de vasos rotos, sombreros de fiesta aplastados y gente con resaca.

Pero el nuevo dios y sus seguidores no eran del gusto de todos. El rey Penteo de Tebas no confiaba en Dioniso. El ejército de borrachos del dios parecía peligroso y casi descontrolado, pero Penteo sabía lo que le había pasado a Licurgo, así que disimuló cuando Dioniso fue a visitarlo.

—Dame un tiempo para meditar sobre la oferta —le dijo.

Dioniso se inclinó.

—No hay problema. Estaremos en el bosque, al este, montando nuestras fiestas nocturnas. Te invitaría a unirme a nosotros, pero... —El dios esbozó una sonrisa misteriosa—. Pero nuestras fiestas son solo para los creyentes. Sin embargo, ¡te aseguro que te pierdes una buena juerga! Volveremos mañana para conocer tu respuesta.

El ejército se marchó en paz y acampó en el bosque.

El rey Penteo se moría de curiosidad. ¿De qué iba aquel nuevo dios? ¿Tenía armas secretas? ¿Por qué no dejaba entrar en sus fiestas a los forasteros?

Los espías del rey informaron de que muchos de sus súbditos ya habían aceptado a Dioniso como dios sin esperar al permiso de su señor. Cientos de ellos tenían la intención de escabullirse de la ciudad y unirse a las fiestas nocturnas en el bosque.

—Tengo que conocer mejor esta nueva amenaza —refunfuñó Penteo—. Y no puedo confiar en informes de segunda mano. ¡Demasiados de mis súbditos creen ya en el dios! Tengo que espiar en persona el campamento de Dioniso.

Sus guardias le advirtieron de que era mala idea, pero el rey no les hizo caso. Se puso su traje de ninja, se pintó la cara con grasa y ceniza, y salió a hurtadillas de la ciudad. Cuando llegó al borde del campamento de Dioniso, Penteo se subió a un árbol y observó a los juerguistas con fascinación y horror.

Las fiestas de los seguidores de Baco se habían vuelto bastante salvajes a lo largo de su periplo por Grecia. Algunos de los mortales, ninfas y sátiros se contentaban con beber vino y escuchar música. Otros montaban obras de teatro cómicas, porque Dioniso se había convertido en el dios protector del teatro.

Pero muchos de sus seguidores se volvieron locos de verdad. Encendían enormes fogatas y saltaban por encima de ellas para divertirse. Otros se emborrachaban y montaban competiciones de lucha a muerte. Otros... Bueno,



dejaré que uséis la imaginación. Yo nunca he estado en una de las fiestas del señor D. Si hubiera ido a alguna, mi madre me habría castigado para la eternidad. Pero sé que pasaban cosas muy locas.

Los seguidores más entusiastas de Dioniso eran un grupo de ninfas llamadas las ménades. Durante las fiestas se pasaban tanto de vueltas que no sentían dolor ni tenían autocontrol alguno. Se limitaban a hacer lo primero que se les pasara por la cabeza. Había que tener cuidado cuando las ménades estaban en la zona porque podían pasar de supercontentas a superenfadadas en una fracción de segundo. Eran tan fuertes y crueles... Imaginaos a treinta Hulkas borrachas con uñas afiladas como cuchillas, y os haréis una idea aproximada. Eran las guardaespaldas de Dioniso y sus tropas de asalto, para que nadie se atreviera a azotarlo nunca más.

Aquella noche estaban bailando alrededor de Dioniso, que estaba sentado en su improvisado trono de madera, bebiendo vino y brindando con sus seguidores. Siempre llevaba el mismo traje: una túnica morada y una corona de hojas de roble. Como símbolo de su poder portaba un cetro llamado tirso, coronado con una piña y rodeado de vides. Si no parece una gran arma, es que nunca os han golpeado en la cabeza con una piña pinchada en un palo.

En fin, que Penteo observó a los juerguistas desde lo alto de un árbol. Empezó a darse cuenta de que el nuevo dios, Dioniso, era mucho más poderoso de lo que creía. Cientos de los súbditos de Penteo bailaban entre la multitud. Entonces vio a una anciana que charlaba con unos sátiros junto a una fogata, y el corazón se le volvió de piedra.

—¿Madre? —gimió.

No lo dijo muy alto, pero igualmente el dios percibió su presencia. En la otra punta del claro, Dioniso se levantó, como si nada. Se bebió el vino de un trago y caminó hasta el árbol. Penteo no se atrevía a moverse. Sabía que era inútil tratar de huir corriendo.

Dioniso saltó y se agarró a una rama enorme. Era demasiado dura para que la doblara un humano, pero a él no le costó nada. El rey Penteo quedó expuesto por completo.

La música cesó. Cientos de bacantes contemplaron al espía del árbol.

—Mirad lo que hay aquí —dijo Dioniso—. El rey se ha colado y se ha burlado de nuestros rituales sagrados. —Se volvió hacia las ménades y el resto de la gente—. ¿Qué hacemos con los intrusos, amigos míos? ¡Vamos a enseñárselo!

La multitud rodeó rápidamente el árbol. Bajaron a Penteo y, literalmente, lo hicieron pedazos. Hasta la propia madre de Penteo, poseída por el espíritu de la fiesta, se unió a la diversión.

Así que, sí... vino, música, baile y algún asesinato asqueroso de vez en cuando. Dioniso sí que sabía montar un buen espectáculo.

Después de aquel incidente, no hubo muchas ciudades que se interpusieran en su camino. Dioniso tuvo algunos problemas en Atenas, pero, una vez explicada la situación (volviendo locas a un montón de mujeres atenienses), la ciudad le dio la bienvenida e inauguró un festival anual en su honor. Dioniso llegó a viajar hasta Egipto y Siria para dar a conocer el vino. Sí, tuvo algún que otro problema, pero si os contara todas las veces que Dioniso ha vuelto loco a un rey o lo ha desollado vivo, nos pasaríamos aquí todo el día. Con Dioniso, la fiesta no tenía fin.

Hera intentó destruirlo por última vez y casi lo logró. Separó a Dioniso de su ejército y lo volvió loco, pero Dioniso mejoró en vez de empeorar. Montó en un burro que hablaba y viajó hasta el Oráculo de Dodona, donde Zeus lo curó. (Es una larga historia; ni siquiera me preguntéis de dónde sacó el burro hablador).

Entonces, un día, Dioniso se casó. Solo porque lo capturaron unos piratas.

La noche anterior, las bacantes habían montado una fiesta más grande de lo normal en la costa de Italia. A la mañana siguiente, Dioniso se despertó con un dolor de cabeza terrible. Mientras el resto del campamento dormía, bajó hasta la playa para ir al servicio.

Y sí, claro que los dioses van al servicio. Bueno, eso creo... ¿Sabéis qué? Mejor continuamos.

En fin, que tenía una urgencia. Se quedó allí un buen rato, contemplando el océano mientras hacía sus necesidades. Al final, un barco apareció en el horizonte. Se acercó cada vez más, con sus velas negras hinchadas por el viento y una bandera negra ondeando en lo alto del mástil. Dioniso observó cómo el barco echaba el ancla. Una barca de remos llegó a tierra. Media docena de tíos feos salió de la barca y se dirigió a él.

—¡Arrrr! —dijo uno mientras sacaba su espada.

Dioniso sonrió.

—¡No me lo puedo creer! Tíos, ¿sois piratas?

Dioniso había oído hablar de los piratas, pero aún no había conocido a ninguno. Estaba muy emocionado.

Los piratas se miraron entre ellos, desconcertados por un momento.

—Eso es, mequetrefe —contestó el de la espada—. Soy el capitán de estos perros de agua salada. Y está claro que tú eres un joven príncipe con dinero, ¡así que vamos a secuestrarte!

(Nota personal: que alguien compruebe mi vocabulario pirata antes de publicar esto; ya hace tiempo que vi *Piratas del Caribe*).

Dioniso aplaudió con entusiasmo.

—¡Eso es fabuloso! —exclamó, volviendo la vista hacia las dunas—. Mi ejército sigue dormido, así que seguramente tengo un par de horas antes de que despierten.

El capitán entornó los ojos ante la mención de un ejército, pero no veía a nadie más en lo alto de las dunas, por lo que decidió que el joven príncipe se tiraba un farol. Dioniso parecía rico de verdad: la gente pobre no llevaba túnicas moradas y coronas de hojas de roble en la cabeza. Tampoco se hacía la manicura, ni llevaba largas melenas negras al viento, ni tenía dientes en condiciones. De hecho, el capitán no había visto nunca a un tío tan mono.

—¡Pues vamos! —ordenó—. ¡A la barca!

—¡Sí! —exclamó Dioniso, que corrió a la barca de remos—. ¿Me daréis un paseo por vuestro barco? ¿Podré caminar por la tabla?

Los piratas subieron a Dioniso a bordo y partieron. Intentaron atarlo, pero las cuerdas se caían por mucho que insistieran.

El capitán le preguntó quién era su padre, para poder exigir un buen rescate.

—¿Hum? —contestó Dioniso, que examinaba las jarcias—. Ah, mi padre es Zeus.

Aquello inquietó bastante a los piratas.

Al final, el piloto no pudo soportarlo más.

—¿Es que no veis que es un dios? Quiero decir, ningún mortal sería tan... mono.

—¡Gracias! —exclamó Dioniso, sonriendo de oreja a oreja—. Mi secreto es beber vino todos los días y salir mucho de fiesta.

El piloto frunció el ceño.

—Deberíamos llevarlo de vuelta y dejarlo marchar. Esto no va a acabar bien.

—¡Antes lo cuelgo del mástil! —gritó el capitán—. ¡Es nuestro prisionero y nos lo quedamos!

—¡Os quiero, tíos! —dijo Dioniso—. Pero con tanta emoción estoy muy muy cansado. ¿Puedo echarme una siestecita rápida? Después podemos lampacear la cubierta, o algo.

Dioniso se acurrucó sobre un montón de cuerdas y empezó a roncar.

Como los piratas no habían podido atarlo, lo dejaron dormir. Cuando por fin despertó, el sol estaba en su punto más alto.

—Estooo, ¿chicos? —dijo Dioniso mientras se levantaba y se restregaba los ojos—. Se hace tarde y mi ejército estará preocupado. ¿Podemos volver?

—¿Volver? —preguntó el capitán, entre risas—. Eres nuestro prisionero. Como no nos has dicho quién es tu verdadero padre, ¡vamos a llevarte a Creta para venderte como esclavo!

Dioniso estaba cansado de jugar a los piratas y, además, se despertaba de las siestas de mal humor.

—Os he dicho que mi padre es Zeus. Y, ahora, dad media vuelta al barco.

—¿O qué? —preguntó el capitán—. ¿Vas a matarme con tu belleza?

El barco empezó a temblar. De la cubierta brotaron vides que treparon por el mástil. Los piratas chillaron, alarmados, cuando las vides cubrieron por completo las velas y empezaron a bajar serpenteando por las jarcias. La tripulación corría de un lado a otro, presa del pánico, resbalando sobre racimos de uvas.

—¡Calmaos! —gritó el capitán—. ¡No son más que plantas! —Después rugió a Dioniso—: Das demasiados problemas, no mereces la pena, joven príncipe. ¡Prepárate para morir!

El capitán avanzó, espada en alto.

Dioniso todavía no había probado a cambiar de forma, pero, encantado, descubrió que podía hacerlo. De repente, el capitán se vio frente a un oso de doscientos y pico kilos.

Dioniso, el oso, rugió al capitán, que dejó caer la espada y salió corriendo, pero se resbaló con unas uvas. El resto de la tripulación huyó en dirección a la proa, pero un enorme tigre fantasma apareció en la cubierta, gruñendo, listo para atacar. Aunque no era más que una ilusión, los piratas estaban aterrados. Se volvieran hacia donde se volvieran, Dioniso creaba un depredador fantasmal distinto: un león, un leopardo, un lebrilope; elegid vosotros.

Al final, los piratas se tiraron por la borda. Dioniso pensó que el mar sería un buen lugar para que se quedaran en él definitivamente, así que los convirtió en delfines, y allá que se fueron nadando. Si alguna vez veis un delfín con un parche en el ojo parloteando como un pirata, ahora ya sabéis por qué.

El único que quedó fue el piloto, que había permanecido al timón, demasiado aterrado para moverse.

Dioniso le sonrió.

—Eres el único que se ha dado cuenta de que soy un dios. ¡Me caes bien!

El piloto soltó un pequeño chillido.

—¿Puedes llevarme de vuelta, por favor? —preguntó Dioniso.

—M... m... mi señor —consiguió decir el hombre—, lo haría, pero, sin tripulación, no puedo llegar muy lejos. Además, las vides de las jarcias...

—Ah, sí —respondió Dioniso, rascándose la cabeza—. Perdona.

El dios miró al agua y vio que, a algo más de un kilómetro, al este, había una islita.

—¿Y puedes llevarme ahí?

—Bueno... Eso es Naxos, mi señor. Creo...

—Perfecto. ¿Me dejas ahí mismo? Ya encontraré la forma de volver con mi ejército.

Así que Dioniso acabó en la isla de Naxos, que estaba deshabitada, con la excepción de una preciosa joven a la que Dioniso se encontró llorando a la orilla de un arroyo del bosque.

Parecía tan desconsolada que Dioniso se sentó a su lado y le dio la mano.

—¿Qué te pasa, querida?

Ella ni siquiera pareció sorprenderse, como si ya no le importara nada.

—Mi... mi novio me ha dejado —respondió.

A Dioniso se le hizo un nudo en el corazón, como si fuera un *pretzel*. A pesar de tener los ojos hinchados y la melena despeinada, la chica era una pasada de guapa.

—¿Quién iba a ser tan estúpido como para dejarte? —preguntó.

—Se... se llama Teseo —respondió la chica—. Yo soy la princesa Ariadna, por cierto.

Le contó su triste historia a Dioniso: que había ayudado a un chico muy guapo llamado Teseo a escapar del laberinto de su padre. Teseo había matado al Minotauro, bla, bla, bla. Esa es otra historia. Al final, Teseo había prometido llevarse a Ariadna a casa, con él, a Atenas. Por el camino había parado en Naxos a por agua potable, la había abandonado en la playa y se había marchado.

Y vosotros pensabais que romper con un mensaje de móvil era de cobardes.

Dioniso estaba furioso. De haber estado Teseo por allí, lo habría convertido en un puñado de uvas y lo habría pisado.

El dios consoló a Ariadna. Hizo aparecer vino y comida, y empezaron a hablar. Dioniso era una compañía agradable. Al cabo de un rato, Ariadna comenzó a sonreír, incluso se rio cuando Dioniso le habló de los piratas. (Supongo que la chica tenía un extraño sentido del humor).

En cuestión de minutos, se habían enamorado.

—Te llevaré conmigo, querida —le prometió Dioniso—. Nunca te dejaré. Cuando ascienda a mi trono en el monte Olimpo, serás mi reina para toda la eternidad.

Dioniso cumplió su palabra: se casó con Ariadna y, cuando por fin lo reconocieron como dios (fue el olímpico número doce), la convirtió en su esposa inmortal. Sí, claro que tuvo alguna que otra aventurilla con mortales. Era un dios, al fin y al cabo. Pero, según las historias griegas, vivieron felices y comieron perdices.

La última gran aventura de Dioniso sobre la tierra, antes de convertirse en dios a tiempo completo, fue su expedición a la India.

¿Por qué le dio por ahí?

¿Y por qué no?

Había viajado por todo el Mediterráneo, y había estado en Egipto y Siria, pero, cada vez que intentaba difundir la buena nueva sobre el vino más al este, los lugareños, enfadados, lo detenían. Quizá porque en Mesopotamia habían inventado la cerveza y no querían competencia.

En fin, que decidió hacer un último intento por ampliar su cuota de mercado. Para los griegos, la India era más o menos el fin del mundo, así que Dioniso decidió ir hasta allí, conquistarla, enseñarles lo del vino y regresar a casa, a ser posible a tiempo para la cena.

Sus ebrios seguidores se reunieron por miles. Algunas historias cuentan que Heracles se unió a Dioniso para la expedición y que por el camino se entretuvieron haciendo competiciones de bebida. Otras, que los hijos gemelos de Hefesto, los Cabiros, se unieron a la batalla sobre un carro mecánico y lucharon con valentía. Un par de veces lucharon con demasiada valentía y acabaron rodeados de enemigos, por lo que Hefesto en persona tuvo que bajar, rociar al enemigo con su lanzallamas divino y poner a salvo a sus críos.

Dioniso iba al frente de su ejército en un carro dorado tirado por dos centauros. Muchas ciudades de Siria se rindieron a él. El ejército ebrio llegó hasta el río Éufrates y construyó un puente para cruzarlo: los griegos nunca habían llegado tan lejos.

El puente ya no está. ¿Qué esperabais? Lo hizo una pandilla de borrachos; seguramente se cayó al cabo de una semana.

Todo fue genial... hasta que el ejército llegó a la India. Aquellos indios sabían

luchar. Tenían su propia magia, sus propios dioses y sus propias armas secretas. Sus hombres santos, los brahmanes, se sentaban en el campo de batalla, en actitud pacífica, y el ejército de Dioniso avanzaba pensando que el enemigo se rendía. En cuanto los griegos se acercaban, los indios les disparaban cohetes de fuego: llamas y luz cegadora, explosiones enormes que sembraban el pánico entre las tropas.

Después de unas cuantas batallas muy duras, Dioniso llegó al río Ganges, que era el río sagrado de la India. Asaltó una última fortaleza, un gran castillo sobre una colina tan alta como la Acrópolis de Atenas. Sus centauros y sátiros probaron con un ataque frontal, subiendo por las rocas, pero los indios activaron unas cuantas explosiones mágicas tan potentes que volatilizaron la primera línea griega. En teoría, todavía se puede ver la huella negra dejada por las siluetas de los sátiros y centauros quemados en los riscos en los que tuvo lugar la batalla.

En aquel momento, Dioniso decidió que ya había tenido bastante. Habían llegado hasta la India. Habían introducido el vino. Dioniso había reunido una interesante colección de exóticos felinos depredadores, como tigres y leopardos. Incluso había adoptado al leopardo como su nuevo animal sagrado y había iniciado una moda al hacerse una capa con la piel de uno de ellos. El ejército había conseguido grandes tesoros. Habían conocido pueblos nuevos e interesantes, los habían matado a casi todos y, en general, se lo habían pasado en grande.

Dioniso construyó un par de columnas a orillas del Ganges para demostrar que había estado allí. Se despidió de los indios con lágrimas en los ojos y se marchó a Grecia. Dejó una parte del botín en el Oráculo de Delfos, en honor a los dioses, y durante mucho tiempo en la sala del tesoro de Delfos hubo un gran cuenco de plata en el que se leía: **ROBADO A LOS INDIOS POR DIONISO, HIJO DE ZEUS Y SÉMELE.** (Uno de los antiguos escritores griegos lo vio, no me lo estoy inventando).

Total, que Dioniso por fin ascendió al monte Olimpo y se convirtió en el último de los dioses importantes. ¡Que empiece la música ambiental! ¡Que pongan los títulos de crédito! Nuestra cámara hace un barrido por la sala del trono del Olimpo, donde doce dioses van de un lado a otro sobre sus tronos. Y ¡corten!

Buf, lo hemos conseguido, tropa.

Doce olímpicos. Los hemos comentado todos, ¡más unos cuantos dioses extra de regalo, como Perséfone y Hades!

Ahora, si me perdonáis, me voy a dormir. Me siento como si acabara de volver de una de las juergas de Dioniso y tengo un dolor de cabeza horroroso.

## Epílogo

\*

Así que esto es lo esencial.

Sé que algunos os estaréis quejando, en plan: «Pero ¡se te ha olvidado hablar de Quesitos, el dios de los ratones! ¡Se te ha olvidado Bombachito, el dios de la moda hortera!». Algo así.

Por favor, hay como cien mil dioses griegos por ahí. Con mi TDAH no podría incluirlos a todos en un solo libro.

Que sí, que podría contaros cómo Gea creó un ejército de gigantes para destruir el Olimpo; cómo Eros se echó novia o cómo Hécate consiguió una comadreja pedorra, pero para eso necesitaría otro libro. (Y, por favor, no deis ideas a los editores, ¡que esto de escribir es muy duro!).

Hemos repasado a los personajes principales. Seguramente ya sabéis lo suficiente como para evitar que os conviertan en un montoncito de cenizas si alguna vez os cruzáis con alguno de los doce olímpicos.

Seguramente.

En cuanto a mí, llego tarde a la cita con mi novia. Annabeth va a matarme.

Espero que hayáis disfrutado con todas estas historias. Tened cuidado ahí fuera, semidioses.

Paz desde Manhattan,

PERCY JACKSON



